

TERRITORIO Y PATRIMONIO

**Ciudades, 4
1998**

TERRITORIO Y PATRIMONIO

instituto de urbanística
de la universidad de valladolid



UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

Ciudades, 4

**Revista del
Instituto de Urbanística
de la Universidad de Valladolid.**

Director: Alfonso Alvarez Mora

Consejo Editorial: Alfonso Alvarez Mora, Universidad de Valladolid. Juan Luis de las Rivas Sanz, Universidad de Valladolid. Antonio Fernández Alba, Universidad Politécnica de Madrid. Fernando Roch, Universidad Politécnica de Madrid. Ivor Samuels, Brook's University, Oxford. Marc Gossé, Instituto Lacambre, Bruselas. François Thomas, Universidad Jean Monet, Francia. Corina Morandi, Politécnico de Milán.

Edita:

Instituto de Urbanística de la Universidad de Valladolid.
Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Valladolid.

©Los Autores, Valladolid, 1998.

INSTITUTO DE URBANISTICA. UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES E INTERCAMBIO CIENTIFICO DE
LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.

Coordinación de este número:

María A. Castrillo Romón y Cristina Tremiño San Emeterio.

Fotografía de portada: Frederik Steiner

I.S.S.N: n.º: 1133-6579

I.S.B.N: n.º: 84-7762-861-0

Depósito legal: VA - 49 - 1999

Composición: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid

Impresión: ANGELMA S.A. Artes Gráficas

Para cualquier información dirigirse a:

Instituto de Urbanística de la Universidad de Valladolid. E.T.S. de Arquitectura
Avda. de Salamanca, s/n. 47014 Valladolid. España.
Tfno.: 983.42.34.65 y 983.42.34.37. Fax: 983.42.34.39

Indice

Presentación	9
Introducción	
Territorio y patrimonio en la IX Conferencia del Consejo Académico Iberoamericano: ideas y experiencias para una nueva cultura disciplinar	13
MARÍA CASTRILLO ROMÓN Y CRISTINA TREMIÑO SAN EMETERIO	
Conferencias	31
El patrimonio territorial: El territorio como recurso cultural y económico	33
JOSÉ ORTEGA VALCÁRCEL	
Topofilia americana. Hacia un concepto de patrimonio ambiental en América Latina	49
ROBERTO FERNÁNDEZ	
El territorio como recurso	73
FERNANDO ROCH	
Patrimonio arquitectónico, cultura y territorio	95
MIGUEL ÁNGEL TROITIÑO VINUESA	
Urbanismo, Ecología y ciudad consolidada	105
GIUSEPPE CAMPOS VENUTI	
Dal paesaggio all'ambiente, verso una nuova concezione degli spazi aperti in urbanistica	115
ANDREAS KIPAR	
Resumen de la conferencia de Andreas Kipar	121

El territorio como periferia	125
MARC GOSSE	
El crecimiento urbano latinoamericano como despilfarro territorial.	
Una lectura existencial del problema	129
HORACIO GNEMMI	
Ponencias	147
De la <i>terra ignota</i> al jardín terrenal. Transformaciones en los usos y funciones del territorio en la urbe global	149
ARTEMIO BAIGORRI	
Periferias históricas	165
ANDREA FELICIONI	
Patrimonio industrial y estrategias de desarrollo	171
PAZ BENITO DEL POZO	
Montreal, Québec. Reflexiones sobre un territorio urbano de América	179
YVES DESCHAMPS	
Territorio, pueblos y ciudades de la Pampa bonaerense	189
MANUEL TORRES CANO	
Las haciendas en Venezuela: Territorio y memoria histórica	203
LORENZO GONZÁLEZ CASAS	
Construcción histórica y percepción del territorio: Una visión diacrónica del paisaje de Valladolid y su entorno	215
LUIS SANTOS Y GANGES	
El patrimonio de la forma del territorio como criterio de ordenación	233
JOAQUÍN SABATÉ BEL	
Paisaje, historia y ciudad. La conservación del valle del Eresma a su paso por la ciudad de Segovia	251
JUAN LUIS DE LAS RIVAS, CRISTINA TREMIÑO Y GREGORIO VÁZQUEZ	

PRESENTACIÓN

La IX Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y del Patrimonio Edificado, del Consejo Académico Iberoamericano (CAI), tuvo lugar en Valladolid entre los días 7 y 11 de julio de 1997. La importancia de este encuentro y el hecho de que su organización y coordinación hayan correspondido al Instituto de Urbanística de la Universidad de Valladolid parecían indicar la conveniencia de dedicar este cuarto número de *Ciudades* a los contenidos del evento.

El CAI reúne en estos momentos a una cuarentena de universidades iberoamericanas bajo el común objetivo de ofrecer alternativas -desde los planos de la investigación y de la enseñanza- para la conservación e intervención sobre el patrimonio edificado. De hecho, desde la primera Conferencia celebrada en Camagüey (Cuba) en 1989, hasta la que tuvo lugar en Puebla (México) en 1996, el CAI se ha consolidado como una entidad iberoamericana capaz de aglutinar un número creciente de universidades en torno a la reflexión sobre los métodos e instrumentos que nos permitan realizar una práctica científica y social que repercuta en la conservación de nuestros centros históricos y, en general, de todo lo construido que tenga carácter patrimonial.

La variedad temática ha sido la constante en cada una de esas ocho conferencias celebradas hasta el momento. Los contenidos centrales de los diversos encuentros han hecho referencia al patrimonio iberoamericano en general, a los centros históricos en particular, al Urbanismo latinoamericano, al patrimonio edificado y su uso para la actividad universitaria, a la conservación de la arquitectura moderna, a la relación entre la conservación del patrimonio y el turismo, a la renovación urbana y a la destrucción de la riqueza patrimonial.

En la novena edición celebrada en 1997 se planteó ampliar esta temática, apostando por una reflexión sobre el patrimonio edificado hacia horizontes más extensos, asumiendo como objetivo específico el análisis de su vertiente territorial. En este sentido, el lema de la conferencia -«Territorio y Patrimonio»- encerraba en sí la proposición del tema de estudio elegido: la relación que se produce entre ambos términos, entendiendo por tal las correspondencias espaciales ineludibles entre lo construido y el lugar con el que necesariamente tiene que integrarse.

En torno a este planteamiento se trató de mostrar y demostrar que también

debemos hablar del patrimonio en una clave espacial amplia que no tiene por qué referirse únicamente a su expresión arquitectónica. En otras palabras, la Conferencia intentó poner de relieve las posibilidades de considerar, de valorar, como parte del ámbito de lo patrimonial un paisaje, una zona productiva, un ambiente no exclusivamente urbano, es decir, de todo aquello de lo que se requiere un uso y puede ser objeto de tratamiento en el marco de una ordenación territorial, aunque no se caracterice por su condición de pieza construida en clave arquitectónica.

Cada vez está más extendida la idea de que la conservación de los bienes patrimoniales constituye una práctica de la que no pueden excluirse aquellos ámbitos que forman parte y definen nuestro medio geográfico y paisajístico. En un momento histórico caracterizado por grandes cambios que afectan a ciudades y regiones, al proceso urbano en general y a su vinculación con el desarrollo, la valoración del medio que circunda y permanece en régimen de continuidad con lo construido, o que está necesariamente implicado con dicha construcción, constituye una posición intelectual que cobra, cada día, mayor aceptación.

En este orden de ideas, se establecieron para la Conferencia cuatro temas de debate que parecían ser las claves básicas de un amplio recorrido por los aspectos que se consideran actualmente primordiales en la discusión y reflexión acerca del territorio y el patrimonio:

- El territorio como periferia. La formación de los espacios periféricos en la lógica del proceso de construcción de la ciudad.
- El territorio como región. Las posibilidades patrimoniales del espacio no específicamente urbano.
- El territorio como recurso. Planificación urbanística, uso del territorio y desarrollo económico-social.
- Arquitectura y territorio. Lo construido en el medio geográfico y paisajístico.

Los ciclos de conferencias que estructuraron el contenido del encuentro, junto con el trabajo de las cuatro mesas de debate centradas sobre cada uno de los cuatro enfoques antes citados, permitieron abordar las cuestiones más latentes que plantean los asentamientos urbanos dentro del actual desequilibrio territorial, así como analizar el papel que debería tener el territorio, como sustrato de ordenación, y su Patrimonio, como recurso cultural heredado, en la actual forma de desarrollo y crecimiento urbano.

Todas las ponencias recibidas fueron leídas y seleccionadas por el Comité Científico constituido por los profesores Marc Gossé, François Tomas, Fernando Roch, Darío Álvarez y Ramón Rodríguez Llera. Así, los textos considerados de mayor interés y oportunidad para la discusión de cada uno de los temas de debate fueron presentados por sus autores en las mesas correspondientes.

La participación de conferenciantes y ponentes fue realmente extensa e

internacional. Estudiosos de países de toda Latinoamérica y Europa, Canadá y Marruecos contribuyeron con aportaciones que el Instituto de Urbanística hubiese deseado publicar en su totalidad. Sin embargo, esta intención se ha visto limitada por las características propias de una revista como *Ciudades*. Ha sido por ello irremediable escoger entre la totalidad de los textos presentados a la conferencia y reducir la publicación a un pequeño número de contribuciones que pudiesen constituir una muestra suficiente y significativa, por su carga teórica o por su valor ilustrativo, del rango de cuestiones debatidas.

Por último, el Instituto de Urbanística de la Universidad de Valladolid, en nombre del Consejo Académico Iberoamericano y en el suyo propio, quiere mostrar su agradecimiento a todas las personas e instituciones participantes y al conjunto de organismos colaboradores en las distintas actividades de la IX Conferencia sobre Conservación de Centros Históricos y del Patrimonio Edificado: Ayuntamiento de Valladolid, Ayuntamiento de Segovia, Consejo Superior de los Arquitectos de España, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia, Caja Salamanca y Soria, Diputación Provincial de Valladolid, E.T.S. de Arquitectura de Valladolid e Iberia, transportista oficial del Congreso. Asimismo, el Instituto de Urbanística quiere hacer expreso su sincero reconocimiento a las instituciones patrocinadoras que hicieron materialmente posible el evento: la Universidad de Valladolid, la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio, la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, y el Consejo Autonómico de los Colegios de Arquitectos de Castilla y León.

Ciudades, abril de 1998

INTRODUCCIÓN

TERRITORIO Y PATRIMONIO EN LA IX CONFERENCIA DEL CONSEJO ACADÉMICO IBEROAMERICANO: IDEAS Y EXPERIENCIAS PARA UNA NUEVA CULTURA DISCIPLINAR

**María A. Castrillo Romón
Cristina Tremiño San Emeterio***

El continuo proceso de desarrollo y urbanización que ha tenido lugar a lo largo del siglo ha obligado a la Urbanística a realizar continuos reajustes en función de las consecuencias físicas y sociales que esta evolución ha provocado sobre el espacio urbano y territorial.

Esta capacidad de respuesta disciplinar al devenir de las ciudades -en sí y en sus relaciones territoriales- parece renovarse hoy con nuevos planteamientos ideológicos y premisas de intervención territorial formulados a la vista del poco alentador panorama mundial en el que el hecho urbano manifiesta, cada vez con más fuerza, su trascendencia sobre la economía y la ecología de las diferentes áreas del globo.

La sensibilidad social cultivada desde décadas atrás en relación con los temas ambientales ha debido contribuir, sin duda, a la apreciable aceptación general, no siempre rigurosamente fundamentada, con que tales ensayos e intentos han sido recibidos en los diferentes sectores profesionales ligados a la disciplina. Así se puede observar cómo se ha modificado el lenguaje habitual incorporando vocablos y acepciones con los que se intenta aprehender una realidad que se muestra poliédrica y desbordantemente problemática, sujeta a importantes avances tecnológicos, nuevos procesos sociales y severos cambios de equilibrio ambiental, político y económico que alteran nuestra capacidad analítica.

* Arquitectas. Instituto de Urbanística de la Universidad de Valladolid. Las autoras agradecen las contribuciones a este trabajo de Juan Luis de las Rivas Sanz y de Luis Santos Ganges.

En esta coyuntura, y desde diferentes ángulos, parece imponerse la necesidad ineludible de pararse a analizar y reflexionar sobre las diferentes nociones y prácticas que comienzan a moldearse. Esta tarea, tan sencilla de enunciar como compleja de desarrollar, a la vista de la fase de crisis abierta en la que nos encontramos, es la que alentó al congreso anual de 1997 del Consejo Académico Iberoamericano. Siendo consciente del protagonismo que en los procesos en marcha han cobrado los aspectos ambientales y territoriales, pero sin abandonar su línea generatriz, esta IX Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y del Patrimonio Edificado adoptó el lema «Territorio y Patrimonio», aspirando con ello a recoger, ordenar y sintetizar diferentes visiones y análisis de aspectos que podrían estar orientando hoy el pensamiento sobre la ordenación futura de ciudades y territorios.

Territorio y patrimonio: Evolución conceptual

Precisamente porque el tema de la IX Conferencia así lo enunciaba, la reflexión sobre la concepción actual del territorio y del patrimonio ha sido el centro del debate y en ella se ha visto ciertamente la evolución disciplinar experimentada en los últimos años. La conferencia ha aportado la posibilidad de apreciar cómo se ha pasado de una preocupación más parcial y específica por la protección de lo que se reconocía como patrimonio arquitectónico, a una visión más global y generalista que reconoce también la propia construcción del territorio como componente intrínseca del haber patrimonial.

Pero, quizás, las mayores aportaciones de esta IX Conferencia hayan sido, por un lado, el común reconocimiento por parte de conferenciantes, ponentes y participantes de los más relevantes problemas actuales relacionados con la preservación del patrimonio entendido en su dimensión territorial y, por otro, la variada reflexión sobre las diversas maneras ensayadas para afrontarlos, aunque siempre desde conceptos y propuestas complementarias.

Contrariamente a lo sucedido en el anterior fin de siglo, cuando la ampliación y la transformación fueron aplicados como instrumentos para la solución de las principales carencias y problemas urbanos, la reflexión disciplinar en la antesala del tercer milenio parece estar siendo protagonizada por la conservación y la protección, dentro de un pensamiento reinterpretativo y adaptativo a las nuevas situaciones, que parece estimularse ante cierta conciencia de asistir a la oportunidad, quizás última en muchos casos, de reconducir el patrimonio heredado hacia una sensibilidad más respetuosa y, a la vez, de incorporarlo de forma activa al devenir económico y social.

La sociedad industrial ha amenazado -y destruido en muchos casos- el espacio «natural» y «humano» que conforma nuestro territorio. Sin embargo, las iniciativas destructoras no han sido únicas a lo largo de la historia. Siempre ha existido un patrimonio heredado, expresión de la cultura de un determinado lugar y tiempo, que

se ha visto amenazado y, en algunos casos, destruido por procesos de innovación que no le reconocieron como legado asumible o incorporable.

En este sentido, la actual etapa presenta el rasgo distintivo de una emergente conciencia de ruptura y discontinuidad respecto a las anteriores y a ese proceso secular de superposición cultural. Esta percepción ha provocado que el reconocimiento y la valoración del legado patrimonial heredado, esto es, del «patrimonio cultural», se haya convertido en un mecanismo memorizador y diferenciador de los procesos culturales presentes en tanto que supone la preservación de los referentes originarios de la propia sociedad moderna (Ortega Valcárcel)¹.

En la práctica urbanística esto se ha traducido en la protección, ya no sólo de áreas urbanas contenedoras de un patrimonio arquitectónico de interés, sino también del espacio rústico, que ha pasado a ser considerado parte de ese patrimonio cultural heredado, elemento indisoluble de las áreas urbanas en la constitución y formalización del territorio. Ya no es posible entender el uno sin el otro: se trata de conservar la forma cultural que se configura en la estructura general del asentamiento humano.

El espacio rústico ha sido frecuentemente considerado como un espacio ignorado (en su doble acepción de desconocido y obviado). La multitud de funciones existentes en él se han estado desarrollando a menudo de forma desordenada, provocando disfunciones y contradicciones. Pero ese espacio ignorado no es un espacio «vacío», o, como mucho, es un vacío imperfecto, en cierto modo lleno de cosas, de actividades, de apetencias -en suma, de tensiones-, en el que se suceden espacios con formas y funciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, pero que en su totalidad participan de una u otra forma de la civilización y de la cultura urbana.

En la ciudad global que corresponde a la actual sociedad de la información, el territorio, menos que nunca, va a poder ser considerado como naturaleza, sino como un auténtico entorno ambiental, que sostiene diversidad de usos, y responde a demandas no menos diversas (Baigorri).

Una vez más, la diferenciación antigua entre ciudad y campo no tiene sentido. La ciudad se ha territorializado y el territorio se ha urbanizado, modificando ambos su forma característica de ocupar y definir su espacio. Nos encontramos a la búsqueda de un nuevo paradigma basado en lo ambiental, en la reordenación entre lo «vacío» y lo «lleno», tratando de recuperar «vacíos» en el «lleno urbano» y tratando de reutilizar el «vacío rural» a partir de lo construido natural y edificado que lo llena.

Esta especie de re-territorialización del espacio geográfico plantea nuevos interrogantes sobre el futuro de la ciudad. Como se puede apreciar en las aportaciones

¹ En adelante, cuando, como en este caso, se haga referencia a ideas o conceptos desarrollados en los textos recogidos en este número de *Ciudades*, aparecerá entre paréntesis el apellido o apellidos del autor correspondiente.

a la IX Conferencia, el patrimonio territorial es entendido hoy desde diferentes acepciones que manifiestan los diversos valores que comporta el concepto. Esta diversidad, su ligazón con la situación disciplinar actual y su influencia sobre las futuras propuestas de intervención urbana y territorial han protagonizado en buena parte la reflexión habida en dicho foro.

A continuación se expresan de forma sintética varios de esos aspectos que, desde los distintos gradientes de estimación de los participantes de la IX Conferencia, explican y concretan las nuevas formas de entender el territorio como Patrimonio.

El territorio como patrimonio cultural

El territorio es considerado como patrimonio cultural en la medida en que en él se reconocen atributos edificados y no edificados que son identificables con una cultura o con una determinada forma de organización social o de quehacer humano. Esas manifestaciones culturales tienen dos vías de operatividad en el territorio. Por un lado, la ambiental, representada fundamentalmente por los espacios y recursos naturales de interés, y, por otro, la histórico-social, constituida por una concreta organización y conformación espacial, urbana y arquitectónica, que refleja el modo de ser y hacer de una sociedad determinada, caracterizando en ambos casos de forma singular el territorio donde se manifiesta y dejando sobre él unas huellas perfectamente identificables.

El patrimonio cultural puede ser, por tanto, valorado y conservado como defensa y protección de unos elementos y relaciones territoriales que son, o fueron, el reflejo de determinadas manifestaciones culturales concretas. No obstante, a este respecto, es importante apreciar con el profesor Ortega Valcárcel que lo que resulta determinante para que un territorio dado adquiriera valor patrimonial -para que sea reconocible y preservable- es la **aceptación social** del mismo como tal legado cultural.

El patrimonio territorial como soporte del desarrollo

Como ya se ha dicho, quizás uno de los aspectos más notables del momento actual sea la incorporación dentro del concepto de Patrimonio de un ámbito más amplio y comprensivo, que pasa de la valoración exclusiva de lo arquitectónico y lo urbano a la valoración de lo territorial.

Por supuesto, esta idea asume en sí que el patrimonio arquitectónico, reflejo singular de una cultura propia y de un lugar determinado, debe seguir siendo objeto de preservación, conservación y acrecentamiento. Pero también, de alguna manera, la novedosa comprensión del territorio como patrimonio está suponiendo la superación de una etapa inmovilista de entendimiento del patrimonio edificado como objeto de contemplación y deleite, para pasar a un planteamiento de incorporación activa a

los procesos de desarrollo social y económico.

A finales del siglo XX, desarrollo y conservación ya no pueden ser entendidos como términos antagónicos. Son realidades que tienen que ser necesariamente compatibles, fruto de nuevas formas de valoración, ordenación, explotación y gestión del patrimonio cultural, en definitiva, de la revaloración productiva del mismo (Troitiño). En este sentido, es el propio territorio -en tanto que patrimonio- el que adquiere la condición de recurso para el desarrollo, ahora bien, para un desarrollo asentado sobre las bases de la sostenibilidad.

En este orden de ideas, el patrimonio territorial debe incorporarse y formar parte de la actividad económica del lugar y caracterizar formas de desarrollo endógeno: «La cultura del patrimonio, de la naturaleza, del territorio y de la ciudad necesita incorporarse al sistema operativo del poder y a su base económica y debe empezar por lo local, por numerosas razones, entre otras porque es el terreno donde se materializan los sistemas ecológicos, que es lo mismo que decir la coherencia del todo y la diversidad, y porque es donde lo patrimonial cobra su sentido pleno» (Roch).

El territorio en sus valores ecológicos: el paisaje y los espacios abiertos como patrimonio

El urbanismo, en el umbral del año 2000, ha centrado su evolución hacia los valores ecológicos como reacción frente a los problemas derivados de la revolución industrial que han afectado no sólo a la ciudad sino a toda la antroposfera (Campos Venuti). De una visión restringida del paisaje se ha pasado a una preocupación ambiental por el territorio. Así, por ejemplo, el verde público se propone dentro de su dimensión ecológica, esto es, no sólo por su función social sino también por su capacidad de regeneración ambiental. En la misma línea, los nuevos estándares emergentes se refieren a las infraestructuras urbanas (infraestructuras energéticas, redes de tratamiento de residuos sólidos y líquidos y redes de comunicación inmateriales), cuyas consecuencias ecológicas son claramente evaluables. La conquista de los nuevos valores ambientales para la ciudad pasará por el establecimiento de unas reglas de control sobre el territorio en estas materias.

Por su parte, el profesor Gnemmi defiende, para el caso de las ciudades latinoamericanas en este siglo, que la ocupación de suelo en el proceso de crecimiento urbano ha venido realizándose a costa de un verdadero despilfarro territorial. Frente a esta apreciación, aplicable también en buena medida a las ciudades europeas, se abre paso la consideración del territorio -y, particularmente, de los espacios abiertos periurbanos- como elemento para la incorporación de valores ambientales en la ciudad, esto es, tanto para la protección atmosférica del entorno edificado o el reequilibrio de los suelos en áreas urbanas, por ejemplo, como para la definición proyectual de intervenciones de reestructuración y recualificación espacial.

En este contexto de recuperación ambiental cobra su sentido la preocupación

disciplinar por los problemas de la naturaleza en la ciudad y del paisaje en la ordenación espacial, problemas que ya contemplaba la ley federal alemana de 1976 sobre protección de la naturaleza, que consideraba el paisaje como un valor urbano, dentro de unos parámetros referidos básicamente al disfrute de la naturaleza (Kipar).

El paisaje es valorado como patrimonio cultural en la medida en que caracteriza espacios concretos y se constituye en la seña de identidad que los hace inconfundibles. Así el paisaje, natural y edificado, conforma un conjunto valorable y protegible en tanto que responde a unas pautas y lógicas de orden territorial.

Es interesante por ello tener en cuenta que esta difícil tarea del estudio del paisaje para el proyecto del territorio no puede reducirse a un simple análisis visual, sino que en él deben estar presentes siempre la complejidad de las relaciones con el criptosistema territorial, la consideración escénica sujeta a diversas interpretaciones culturales y el carácter histórico del paisaje, en definitiva, su significado geográfico en un sentido amplio (Santos Ganges).

El territorio como acumulación de una multitud de órdenes

Tras las antiguas y ya superadas concepciones del espacio rústico como realidad espontánea, que no respondía a ninguna idea previa anticipadora de mecanismos de articulación y organización legibles, asistimos a una nueva forma de entendimiento del territorio como espacio de organización compleja, producto de la adición de multitud de procesos variados con sus propios órdenes internos. El desorden territorial es sólo aparente: existen en él órdenes superpuestos y entrelazados que dan lugar a un sistema que, incluso para el conflictivo caso de las periferias urbanas, puede entenderse bajo la metáfora de un hipertexto (Felicioni).

Esta concepción del territorio como órdenes y estructuras superpuestas y articuladas permite la superación de los binomios campo/ciudad y centro/periferia en beneficio del entendimiento del territorio como espacio continuo y estructurado, mosaico de «vacíos» y «llenos» diversos, con edificios y elementos naturales, que lo conforman en un sinfín de relaciones específicas de convivencia, sujetas a adaptación progresiva a las necesidades socialmente expresadas.

En tal sentido, el análisis de la forma y el proceso de construcción de territorios concretos permite habitualmente concluir algunas pautas y lógicas de desarrollo espacial útiles a la planificación. Estas lógicas tienen mucho que ver con las cualidades propias de los elementos sociales, económicos, climáticos, topográficos, etc. que han configurado el territorio, y su análisis ha de permitir el entendimiento del papel que éste ha desempeñado en las distintas fases de desarrollo económico y social. De este modo, a partir del reconocimiento de los diferentes órdenes que han conformado el territorio, es posible para el planificador orientar la formulación de nuevos objetivos para su transformación.

El territorio como patrimonio ambiental

El profesor Roberto Fernández defiende la importancia de la aplicación de la idea de patrimonio ambiental como patrimonio cultural en la medida en que éste es coherente y se encuentra en equilibrio con las características físicas y bióticas de un determinado territorio.

De este modo lo artificial -lo construido- sobre dicho lugar complementa a lo natural -lo no edificado- existente sobre él, dentro de un equilibrio medioambiental sostenible que determinaría unas condiciones ambientales coherentes y reconocibles. Así, el patrimonio ambiental no sería más que el reflejo cultural de una determinada sociedad en aquel lugar del territorio donde se manifiesta y, en tal sentido, la noción de patrimonio ambiental comprendería la de patrimonio cultural, visto éste desde la coherencia y respeto hacia aquellos valores naturales que caracterizan un determinado lugar (Fernández).

Es evidente, por tanto, que, en la medida en que conozcamos más profundamente la relación entre el habitar y el hábitat de una población, sabremos reconocer más fácilmente el patrimonio ambiental que les identifica y que, en definitiva, viene caracterizado por una determinada simbiosis de pertenencia entre lo proyectado y su lugar.

Reflexión disciplinar sobre el patrimonio territorial*La forma consciente de una crisis anunciada*

La incorporación de valores y nuevas acepciones tanto sobre el concepto de patrimonio como sobre el de territorio no acontece al margen de cierta conciencia de crisis de la disciplina urbanística. Es más, al igual que el nacimiento de la reivindicación del carácter patrimonial de los viejos centros históricos estableció, en buena parte, uno de los primeros frentes de crisis del hasta entonces hegemónico urbanismo funcionalista², ahora podríamos estar asistiendo al fin de la precedente cultura disciplinar, reducida a brasas definitivamente por la reivindicación de un nuevo modelo de desarrollo territorial (y consiguientemente urbano) más atento a los valores patrimoniales en un sentido amplio.

Hemos de aceptar ya la evidencia de que la Urbanística moderna ha sido derrotada en su batalla «contra la cantidad»³, como prueban las condiciones materia-

² TOMAS, François, *Après le fonctionnalisme, quoi?* (artículo inédito).

³ KOOLHAS, R., «Qué fue del urbanismo», *Revista de Occidente*, nº 185. Octubre de 1996.

les de la irrefrenable urbanización actual en la mayor parte del planeta. Pero, a la conciencia de haber perdido la lucha cuantitativa se le suma la de fracaso en el terreno de lo cualitativo. En este sentido se encamina Gnemmi cuando, refiriéndose al crecimiento urbano latinoamericano, defiende que no implica desarrollo, «tratándose en realidad, y en muchos casos, de lo contrario». Esta conciencia crítica, generalizable a otras partes del mundo, viene conformándose en torno a la constatación de la «paulatina y acelerada pérdida de equilibrio» intrínseca a un crecimiento desmedido y desordenado, en definitiva, de la falta clara de «desarrollo integral, urbano y humano, en armonía con aquel crecimiento».

A esta apreciación cualitativa se le suman -o, quizá sería mejor decir, le informan- aquellas críticas que arrecian contra la cultura disciplinar moderna desde la constatación del desequilibrio ambiental congénito del desarrollo urbano contemporáneo y desde la conciencia de que la práctica de la planificación territorial hasta ahora al uso ha presentado, en sus diferentes formas, el común propósito de anular el «efecto territorio» (Roch), siguiendo la línea del modelo de desarrollo fordista que, en última instancia, inspiró los postulados clásicos del Funcionalismo.

Así, las contradicciones de un desarrollo socioeconómico basado en modelos espaciales abstractos, ajenos a las características propias del territorio -la ilusión, en definitiva, de la máquina de movimiento perpetuo- parecen haber actuado de revulsivo de un proceso de revisión profunda de ese vieja cultura urbanística que, además de ineficaz frente a las necesidades que reconocía, se ha demostrado cómplice, por su propia naturaleza, de los tremendos desequilibrios ecológicos y sociales que han protagonizado importantes convulsiones de la opinión pública en las últimas décadas⁴.

En este contexto hay ya quien expresa que «deberíamos estar preparando una nueva cultura urbanística», al tiempo que se apresura a observar la escasez de aproximaciones válidas para la elaboración de un «marco comprensivo del proceso de urbanización y de construcción del territorio en curso» (Roch). A la luz de las aportaciones a la IX Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y del Patrimonio Edificado, pueden destacarse dos líneas de aproximación en tal sentido.

Una de esas vías estaría protagonizada por la asunción disciplinar del concepto de **sostenibilidad**, que en su acepción fuerte retoma criterios de la termodinámica y la ecología para establecer un puente entre naturaleza y economía en forma de una nueva racionalidad productiva.

La aptitud de este concepto para reorientar los planteamientos de la planificación espacial guarda relación con la convergencia posible de la Urbanística y la

⁴ Ante la evidencia de que la máquina se dirigía, en vez de al movimiento perpetuo, a la autoextinción, parece renacer, ahora bajo supuestos renovados, aquella otra inspiración originaria de la Urbanística Moderna que es la reformista.

Ecología que defiende Campos Venuti. Este encuentro disciplinar, más anunciado que real todavía, adquiere verosimilitud cuando se consideran algunos extremos: Por un lado, algunos rasgos genealógicos comunes (ambas nacieron como disciplinas en un contexto de crisis, una en la crisis urbana de la primera industrialización, la otra en la medioambiental de la segunda industrialización); por otro, la disposición de instrumentos operativos característicos y complementarios, que en el caso del urbanismo sería el plan y en el de la Ecología, la evaluación de impacto ambiental. Es, precisamente, la complementariedad de estos dos instrumentos la que «sugiere la profundización de la colaboración entre las dos disciplinas» (Campos Venuti).

Esa propuesta de que la Urbanística asuma los valores de la Ecología y los enfrente a sus propios instrumentos disciplinares -en otras palabras, la «evolución de la disciplina en un sentido ecológico» (Campos Venuti)- apunta a aquella noción de sostenibilidad fuerte y a su desarrollo operativo, que viene siendo reclamado con insistencia desde diferentes ángulos⁵. Ahora bien, la apreciación que resulta fundamental para el desarrollo futuro de este recorrido es la que deduce Roch: «Nada puede intentarse, ninguna intervención, ningún proyecto, sin conocer el complejo juego de los intereses de los agentes que operan, ni las determinaciones necesarias de las estructuras presentes tanto en la esfera local como en la dimensión global».

Desde esa consideración se hace pertinente una segunda aproximación válida para la reorientación futura de la Urbanística: la revisión de las teorías del *Urban Regime* y de la Máquina de Crecimiento a la luz de la **teoría regulacionista** y de las aportaciones neogramscianas a la teoría del Estado. Este acercamiento es el que permite a Roch hablar de «una cultura urbanística fordista que ha informado la ideología de los bloques y ha modelado institucionalmente los diferentes modos de regulación de los que se ha servido el sistema en los dos últimos siglos, tanto en la gestión como en la elaboración de proyectos». Esa cultura sería la que podría estar en trance de ser sustituida por otra que se enfrentase al territorio bajo un patrón «inspirado en los mecanismos de convivencia que describe la ecología y en los mecanismos de creación y selección que describe la evolución natural y las transformaciones necesarias de los sistemas económicos tal como propone el discurso sostenible y como reconoce la visión regulacionista» (Roch). En definitiva, una cultura que, cuando menos, reincorpore una revalorización del patrimonio superando la óptica estrictamente conservacionista, y que niegue la falsa contraposición de campo y ciudad concibiendo el territorio como espacio histórico, continuo y dinámico cuya evolución está directamente comprometida por su propia diversidad.

⁵ NAREDO, J.M., «Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible», en *Primer catálogo español de buenas prácticas*. Madrid, Ministerio de Fomento, 1996.

Nuevos temas de reflexión para una nueva cultura disciplinar

Dentro del actual panorama de la planificación espacial despiertan hoy algunos temas de interés disciplinar que presentan la doble peculiaridad de evidenciar la escasa adecuación del aparato conceptual hasta ahora dominante frente a algunas realidades emergentes y, por ello, de dar margen para el ensayo de ideas y planteamientos operativos cercanos a ese nuevo marco disciplinar que estaría apareciendo ya en el horizonte.

Como uno de esos temas se puede señalar la consideración debida dentro de la práctica urbanística a los **espacios abiertos**. La potencial influencia de esta cuestión en la evolución disciplinar ha sido palpable en la última década, ya que, como defiende Kipar, las primeras aproximaciones habidas a través del estudio del paisaje han abierto la puerta a la reorientación ecológica de la disciplina urbanística. Más allá de este punto, la estrategia de defensa de los espacios abiertos se apunta hoy como la clave de la búsqueda de un nuevo equilibrio ecológico de la ciudad, equilibrio sobre el cual los planteamientos han evolucionado al ritmo en que crecían, en importancia y en interés social y económico, los problemas ecológicos urbanos (Kipar). Así, frente al inicial planteamiento defensivo de los espacios abiertos, asistimos en nuestro tiempo al surgimiento de una postura más ofensiva que plantea la construcción de un sistema de espacios no edificados que, además de ligarse al problema del paisaje en la ciudad, sea fundamentalmente un elemento estructurante del desarrollo urbano y reequilibrante de sus balances ecológicos.

Este planteamiento naciente -con antecedentes consolidados en otros contextos desde F.L. Olmsted- ha introducido algunos conceptos que dan sustento operativo a la «ecologización» de la Urbanística. Así, Kipar señala la trascendencia que han adquirido las aportaciones del equipo dirigido por el profesor Campos Venuti para la región italiana de Emilia Romagna y, en concreto, algunas nociones innovadoras dentro de la planificación espacial, como son, entre otras, la de «compensación ambiental» (que subordina la intervención urbanística al mantenimiento o mejora del equilibrio ecológico), la noción de «potencial ecológico ambiental», cuya identificación diferencial sobre el territorio «ha permitido determinar la capacidad regenerativa de cada recurso, disponiendo indicaciones útiles tanto para la zonificación como para la formulación de directrices específicas para las nuevas normas de actuación»; y algunos estándares ambientales de corte ecológico con cuya aplicación se pretende la mejora de la calidad ambiental urbana. Otras aportaciones disciplinares vanguardistas de ese estudio son la introducción de mecanismos para la valoración de compatibilidad de transformación a través del impacto producido y la especificación, para cada actuación urbanística prevista, de algunos caracteres propiamente ecológicos y de criterios para garantizar y aumentar su potencial biótico (Kipar).

Un segundo tema, que reclama por sí mismo un cambio de perspectiva disciplinar, es el de la **intervención sobre la ciudad existente**. No es éste sólo un planteamiento de oportunidad surgido ante la ralentización -matizada- del crecimen-

to urbano en Europa. La tarea de regeneración urbana, aunque con diferentes perspectivas según el proceso de desarrollo en marcha, constituye uno de los soportes básicos de la sostenibilidad y de la coherencia social generalizables a todo el mundo, tal y como puso de relieve la Conferencia Hábitat II celebrada en Estambul.

Tal pretensión de regenerar la ciudad -de «reciclarla»- se ha cifrado, en términos de planificación espacial, en dos objetivos básicos: garantizar el equilibrio interno de las aglomeraciones a partir del reforzamiento conceptual y material de los barrios, y mejorar el balance ecológico del proceso de construcción y del funcionamiento urbano: «toda la ciudad en su conjunto debe contribuir en modo decisivo a su propia regeneración ambiental, no disminuyendo la contaminación, sino participando en el reequilibrio de su propio ecosistema» (Campos Venuti).

Además de la evidente relación de este planteamiento con la postura antes reseñada relativa a los espacios abiertos, es interesante anotar que los expertos aducen que tales objetivos, en la coyuntura actual, revisten un interés socioeconómico prioritario⁶. En ese sentido, el nuevo gran reto territorial -y uno de los más grandes retos políticos- es la planificación de asentamientos más respetuosos desde el punto de vista ecológico, reto que alcanza tanto al caso de los nuevos desarrollos (allá donde la falta de soluciones más profundas a los desequilibrios socioeconómicos siga imponiendo la necesidad del crecimiento urbano), como al caso general de la remodelación de las áreas urbanas existentes.

Bajo esta óptica se apuntan ya algunos cambios de perspectiva en el quehacer disciplinar. Es el caso, por ejemplo, de la tendencia perceptible de la planificación espacial actual a establecer los «estándares urbanísticos del futuro y los nuevos parámetros de calidad del ambiente urbano» en relación a la programación de las infraestructuras de movilidad, ambientales, energéticas y de telecomunicaciones (Campos Venuti).

Los problemas de regeneración de la ciudad se presentan con especial importancia en dos tipos de situaciones. Por un lado, en las **áreas urbanas obsoletas o abandonadas**, particularmente las industriales: tal y como defiende Campos Venuti, el destino de tales espacios a usos sociales útiles al conjunto de la ciudad y el saneamiento y desarrollo de los suelos afectados con un balance ambiental positivo no sólo darán la medida de la orientación ecológica del planeamiento, sino que pondrán de relieve cómo el enfrentamiento a la problemática ambiental revierte también en enfrentamiento con las rentas del suelo.

El otro gran reto para la regeneración urbana es, posiblemente, el que constituyen las **periferias**. Y así lo hace explícito Gossé cuando afirma que las «nuevas prácticas [urbanísticas] estarán marcadas por la problemática ecológica, el

⁶ Así se infiere del Informe «Ciudades europeas sostenibles» redactado en 1996 por un Comité de expertos de la Comisión Europea.

mestizaje cultural, la crisis del desarrollo y las exigencias democráticas de la población. Nuestro territorio de investigación y de intervención deberá moverse hacia las periferias, en el sentido más amplio del concepto».

Así, «si el par patrimonio-territorio y sus derivaciones o componentes -paisaje, naturaleza, arquitectura- está fuertemente marcado por la cuestión de lo bello, de lo estético o de la obra, el par territorio- periferia está más caracterizado por lo ético, lo político y lo social, más allá de su substrato espacial común de casi sinónimos». Las periferias, que «se han vuelto mayoritarias», son «lugares de mutación, de innovación en todos los aspectos», «espacios de memoria y de resistencia a la uniformización», «lugares de experimentación de la sociedad del mañana» que «constituyen el territorio privilegiado de toda prospectiva» (Gossé).

Esta especificidad de las periferias pone en crisis su consideración patrimonial bajo esquemas convencionales. Felicioni ha observado que tal postura es inviable mientras se mantenga una concepción de las periferias como territorio «desordenado», no así si se introduce su entendimiento como sistemas complejos metaforizados en hipertextos. Tal enfoque deja espacio para un entendimiento comprensivo de la conservación de las periferias, consideración que, siguiendo tal lógica, comenzaría por la propia estructura del sistema.

En síntesis, extrapolando las observaciones de Kipar, se puede apreciar cómo los espacios abiertos, las áreas urbanas abandonadas y las periferias -en suma, los espacios que previsiblemente protagonizarán la reflexión disciplinar de los próximos años- se perfilan como «**espacios de mediación**» con un doble carácter técnico y político-social, esto es, como partes del territorio que deberán sujetarse a propuestas realizables que medien en el conflicto entre usos e intereses, y que deberán someterse a diseños coherentes y reconocibles que formen el fondo común de un proyecto político y ciudadano de futuro.

Propuestas de aplicación del nuevo marco conceptual a la práctica de la planificación espacial

El surgimiento de una nueva cultura disciplinar, más allá de la sólida argumentación de distintos autores, demuestra trascender la especulación intelectual precisamente en el universo de las propuestas concretas y de la práctica de la planificación espacial. Es en este campo de la experimentación donde se encuentran ya iniciativas que echan a rodar sobre los planteamientos críticos expresados y que, en su marcha, están construyendo de forma efectiva ese futuro disciplinar anunciado. Algunos ejemplos de ello encontraron un punto de difusión en la IX Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y del Patrimonio Edificado y de su contribución cabe sintetizar algunos aspectos operativos útiles dentro del marco conceptual ya referido.

El inventario territorial

Si alguna conclusión se puede extraer de la crisis del modelo de desarrollo económico y territorial, ésta es, sin duda, la ligazón necesaria con que en la práctica planificadora han de reunirse los términos de **patrimonio** (ambiental, territorial, urbano o arquitectónico) y de **desarrollo endógeno**. Ahora bien, en este punto resultan pertinentes dos observaciones. Por un lado, que la incorporación del patrimonio a los procesos de desarrollo local sólo puede verificarse en su dimensión territorial y, en tal sentido, «historiar el territorio desde una perspectiva espacial resulta fundamental para interpretar el patrimonio arquitectónico en su dimensión territorial» (Troitiño). Por otro lado, hay que señalar además que, para enfrentar el desarrollo local «desde el frente de la cultura», es preciso «desbordar el campo de la animación sociocultural» y utilizar otras palancas de dinamización socioeconómica que permitan «superar la mera conservación-recuperación del patrimonio arquitectónico y abordar su reelaboración productiva» (Troitiño).

En este marco de consideraciones, Troitiño propone que, «dado que los recursos patrimoniales en el territorio son variados, es conveniente para su preservación la sistematización de los mismos, así como la evaluación de sus posibilidades de utilización, dentro de lo que podría ser un **inventario territorial**». Éste se concibe como un instrumento útil para el proceso de ordenación espacial, basado en el análisis integrado del territorio, es decir, de sus recursos histórico-culturales, ambientales, paisajísticos y étnico-antropológicos, y del alcance posible y los problemas para su explotación (Troitiño).

Asentado en tales bases, el inventario territorial parece conllevar una renuncia a la aplicación incondicional del «patrón del anticuario» (Roch), óptica hasta ahora convencional de intervención sobre lo patrimonial, y permitir posiciones más activas en tal cuestión. Quizá uno de los aspectos más sensibles que se puedan derivar del empleo de un instrumento de tales características sea, precisamente, la superación de la omnipresente incompetencia actual para «cultivar» -de hecho- «el campo patrimonial» (Deschamps).

En este sentido, cabe esperar que la incorporación del inventario territorial a las metodologías de intervención permita, paralelamente a lo que supusieron en su momento los inventarios arquitectónicos, la sistematización de los valores concretos de las diferentes formas de expresión territorial y, por lo tanto, de las condiciones implícitas de su transformabilidad en el seno de los procesos de desarrollo en marcha⁷.

⁷ En este sentido se ha planteado el Inventario Territorial en el Avance de las Directrices de Ordenación Territorial de Valladolid y Entorno, trabajo del Instituto de Urbanística de la Universidad de Valladolid, dirigido por el profesor Juan Luis de las Rivas Sanz y presentado a la IX Conferencia.

La identidad del territorio como fundamento de su ordenación

Si el inventario territorial puede representar una fecunda aportación en el campo del conocimiento operativo del territorio, lo cierto es que todavía -a pesar de la existencia de referencias valiosas- no se ha consolidado ninguna disciplina de reconocimiento e intervención sobre el espacio territorial que cuente con análoga capacidad técnica a la que ha desarrollado la Urbanística moderna en relación con los procesos urbanos contemporáneos (Sabaté).

La falta de un aparato analítico consolidado coherente con el nuevo marco conceptual ha forzado que algunas experiencias en marcha hayan ensayado instrumentos específicos adecuados en cada caso a la consideración patrimonial de sus territorios concretos de referencia. Éste ha sido el caso de dos planes de muy distinta orientación y escala que fueron presentados en la IX Conferencia del Consejo Académico Iberoamericano: el Plan Insular de Ordenación del Territorio, para Tenerife (en adelante PIOT), y el Plan Especial de Protección Histórico-Artística, del Paisaje y de Reforma Interior de San Lorenzo, Valle del Eresma y San Marcos, para Segovia (en adelante PEVE). Salvando las grandes y evidentes diferencias de localización, escala y contenidos entre una y otra propuesta, se pueden percibir, sin embargo, algunos aspectos comunes que resultan significativos de cara a la evaluación del estado actual de la práctica disciplinar.

Es expresivo, en primer lugar, el especial hincapié que hacen ambos planes en la construcción de hipótesis de trabajo sobre la identidad de los territorios de su ámbito. Este esfuerzo tiene su razón de ser, a nuestro juicio, en dos grupos de aspectos. Por un lado, en ambos planes se enfrentan situaciones en las que, siguiendo el patrón clásico, la naturaleza del espacio ordenado no puede entenderse estrictamente como urbana ni como rural. En el caso del PIOT, porque buena parte de su ámbito está protagonizado por un característico modo de asentamiento tinerfeño muy difuso que invita la comprensión del territorio como espacio continuo (urbano y rural). En el caso del PEVE, porque la extrema singularidad topográfica y la peculiar construcción histórica de su territorio han dado como resultado un espacio cuya irrepetible y característica relación con la ciudad amurallada y el territorio agrario lo hace difícilmente reducible a las categorías comunes de urbano, periurbano o rural.

Nos hallamos, pues, en ambos casos, frente a ese tipo de espacios que podríamos calificar de «espacios de mediación» en el sentido expresado por Kipar. Espacios, por tanto, frente a los cuales, en el momento actual, se hace patente la crisis de la Urbanística Moderna y en los que se abren puertas al ensayo de construcción de una cultura disciplinar alternativa.

El otro grupo de aspectos que justificarían el esfuerzo invertido en el perfilamiento del modelo de territorio tiene un carácter metodológico y reúne algunas consideraciones que, de forma más o menos explícita, comparten en sus rasgos básicos los dos planes referidos. Una premisa fundamental explícita en ambos es que **la identidad del territorio ha de fundamentar en cada caso su propia ordenación.**

En coherencia con esta proposición, el reconocimiento evolutivo de valores estructurales y formas de suelo impelirán en cada plan la comprensión de las operaciones constructivas del territorio y, con ello, condicionarán los elementos de ordenación o regulación que se empleen.

Una observación interesante a este respecto es que ese redescubrimiento de la estructura topográfica, de los tejidos y de los sistemas territoriales se propone dentro de un proceso que también contempla las implicaciones territoriales de las actividades económicas actuales y, muy en concreto, en los casos de referencia, de la agricultura y la residencia. Pero, el conocimiento de los modelos de construcción del espacio rústico y del paisaje en su evolución histórica y en su interrelación con las actividades económicas constituirá la clave fundamental de la ordenación sólo en la medida en que la propia tarea analítica se conforme como un **proceso de aprendizaje sobre la cultura del territorio mismo**. Un matiz interesante a este respecto es el que introduce la **visión diacrónica del paisaje** que defiende L. Santos. Este autor argumenta que, para el conocimiento del territorio a través del análisis de la construcción histórica de su paisaje, tan importante es la propia evolución del paisaje como las diferentes percepciones que tuvieron de él las sociedades que lo fueron construyendo.

Tenemos, en fin, que, desde el objeto de ordenación hasta los contenidos metodológicos, lo que parece atisbarse en estos ejemplos es la nueva actitud del planeamiento frente al patrimonio territorial (o incluso podríamos decir, con R. Fernández, frente al «patrimonio ambiental»). En contra de la práctica común precedente, los dos planes de referencia se muestran más activos, pero también más responsables, en relación a la salvaguardia de los valores estructurales de un territorio entendido como construcción histórica y como espacio continuo. En tal sentido es significativo que ambos aspiran a la superación de la estricta protección pasiva -la conservación museística- y apuestan por una intervención discreta y activa para la protección. Esta postura alcanza incluso a los espacios naturales singulares y al patrimonio arquitectónico más reconocido, para los cuales, de forma coherente con los nuevos presupuestos, se propone la vinculación de su valor al conjunto de actividades y procesos territoriales en marcha.

Conclusiones

En las últimas décadas, la arbitrariedad en el crecimiento y el despilfarro incontrolado del uso y ocupación del territorio, así como el conjunto de problemas medioambientales provocados por el actual modelo de desarrollo, han obligado a reflexionar de forma generalizada acerca de la necesidad de una economía de recursos que sujete a una nueva racionalidad su utilización.

En esta línea se ha iniciado un proceso de reflexión sobre la rentabilización de los recursos sociales, económicos y medioambientales existentes, proceso que ha

quedado afectado de forma central por la evolución de la noción de patrimonio (natural o cultural), entendido como un legado que debe preservarse, enriquecerse e incorporarse a futuros desarrollos.

Este es el contexto general en el que se inscribe el importante debate disciplinar actual en torno a la definición y delimitación de lo patrimonial y a su conservación que ha recogido la IX Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y del Patrimonio Edificado.

La concepción del patrimonio edificado ha estado sujeta históricamente a diferentes delimitaciones según el momento que se considere. Su comprensión originaria sólo alcanzaba al patrimonio arquitectónico de mayor antigüedad y riqueza, esto es, a los edificios históricos más representativos y reconocibles. En la segunda mitad del siglo XX se incorporaron, como elementos patrimoniales edificados, los cascos urbanos históricos y, con ellos, la edificación no monumental que los conformaba, singularmente la residencia tradicional. Tras sucesivas ampliaciones conceptuales, la actual delimitación apuesta por una consideración amplia y se extiende al territorio en tanto que construcción histórica (Ortega Valcárcel).

Así, algunas de las más interesantes aportaciones de la IX Conferencia Internacional sobre Conservación de los Centros Históricos y del Patrimonio Edificado han girado en torno a la delimitación operativa del patrimonio territorial como todo aquello edificado o natural que tenga un valor cultural reconocible socialmente e identificable en el territorio en el que se integra, guardando unas condiciones de equilibrio ambiental. El patrimonio así entendido no es ya un patrimonio de orientación museística, sino que es objeto de consenso la conveniencia de su incorporación a los procesos socioeconómicos y espaciales en desarrollo.

La dispersión propiciada por la amplitud y variedad de temas y matices que se genera en la intersección de los dos amplísimos campos conceptuales del territorio y el patrimonio empuja a considerar que la IX Conferencia del Consejo Académico Iberoamericano no se inscribe en una fase conclusiva de discursos habidos, sino que, por el contrario, parece situarse en un momento inaugural en el que conceptos y criterios no están definitivamente fijados y en el que las líneas de reflexión permanecen abiertas. Por ello, quizá la aportación más novedosa de esta conferencia haya sido el perfilado del estado actual de la disciplina urbanística a uno y otro lado del Atlántico.

Sobre tal situación cabe apuntar algunas reflexiones que no vienen a ser sino una (modesta) muestra más del carácter abierto de la actual coyuntura. Así, por ejemplo, hay que observar el alto grado de abstracción que aún se observa en el enunciado de los objetivos propios del devenir disciplinar que se apunta. Esa falta de rumbos concretos, subsanada por la omnímoda consideración del patrimonio y de la sostenibilidad de los procesos, repercute en la práctica en una dificultad metodológica tan notable como, posiblemente, fecunda.

En ese sentido, el carácter innovador de los objetivos y de la metodología propuestos en algunos de los planes urbanísticos y territoriales en marcha es

manifestación del punto de inflexión disciplinar en el que, sin duda, nos encontramos. Pero, por su propia naturaleza y frente a la disciplina, esta situación condiciona el retraso, frente al desarrollo del aparato conceptual, de la construcción del aparato operativo adecuado. Por ello, cabe esperar que la evolución de la presente situación nos vaya deparando una suerte de «manualística del territorio sostenible» que será el fruto, precisamente, de la actual experimentación disciplinar⁸.

Un elemento prometedor se encuentra en las posturas que hacen frente al afán museístico con que se ha venido tratando aquellas piezas -pocas- que han recibido el reconocimiento de patrimonio territorial. La opción del «territorio convertido en museo de sí mismo» (Deschamps), se ha desvelado claramente como aplicable tan sólo de forma «residual» (Ortega Valcárcel), y ello, junto a la conciencia de la imposibilidad material de la conservación estática del paisaje, ha reforzado las posturas que defienden la necesidad de salvaguardar activamente los valores patrimoniales mediante su incorporación dinámica a los procesos de desarrollo local bajo criterios de sostenibilidad: algo, en definitiva, que es lo que secularmente ha acontecido para que ahora ese legado esté en nuestras manos. En tal sentido, se ha de aprender de la historia de las construcciones espaciales precedentes para así -en palabras de Deschamps- dirigir la mirada de hoy hacia una cultura -«cultivo»- viva y activa del territorio.

Lo que -a nuestro juicio- permanece incontestado por encima de todos estos (todavía) inciertos cambios de rumbo es la necesidad de la función social de la planificación espacial entendida como instrumento para un desarrollo que sea fruto y expresión de un proyecto colectivo, en definitiva, como instrumento de equidad. En ese sentido, en el panorama perceptible desde la IX Conferencia del CAI, el aspecto disciplinar más crítico que se entrevé es el del desarrollo de los contenidos sociales que han venido sintetizándose para este nuevo marco cultural urbanístico en los objetivos de cohesión social y participación ciudadana. A este respecto, siguiendo a Roch, se hace preciso recordar la necesidad de restablecer con plenas garantías los puentes necesarios entre el discurso de la naturaleza -discurso que la sostenibilidad recupera para la práctica económica- y el discurso político y social en sus diferentes escalas.

⁸ Podría decirse que, en realidad, la situación presente refleja un problema cultural: la inexistencia de una verdadera «demanda» de Planes fundados en los principios mencionados.

Conferencias

EL PATRIMONIO TERRITORIAL: EL TERRITORIO COMO RECURSO CULTURAL Y ECONÓMICO

José Ortega Valcárcel*

La consideración del territorio como un recurso cultural y económico deriva de su reciente y progresiva valoración como parte del patrimonio histórico y cultural. Este entendimiento como «patrimonio», reposa sobre dos principales coordenadas: la evolución habida en la concepción del propio patrimonio, elemento clave de la cultura occidental moderna, y la progresiva reelaboración teórica del concepto de «territorio». Ambas confluyen, en los últimos años, en una identificación que permite hablar de patrimonio territorial, cualificando, de este modo, no sólo el objeto edificado, sino la «construcción» del espacio, más allá del edificio. Esta perspectiva, que es la que sustenta este encuentro, constituye el punto de partida de este análisis.

Conviene resaltar que se trata de una actitud moderna, con raíces recientes. El reconocimiento de que una parte de nuestro entorno natural y artificial representa un «legado» valioso y que constituye, por ello, una herencia o patrimonio, forma parte de una actitud cultural de reciente calado en el pensamiento occidental, como ya señalara D. Eversley¹. Actitud que cabe vincular con la conciencia social de que se vive en una época de transformación, que supone un corte radical respecto del pasado. Es esta conciencia de ruptura y discontinuidad la que estimula la aparición de una cultura de la preservación, que busca mantener la memoria del pasado común, convertido en referencia cultural de la propia sociedad moderna².

Por razones distintas, éticas, estéticas, científicas y otras, surge y se desarrolla un movimiento social que valora el legado o herencia transmitido por las sociedades precedentes, que nutre un discurso nuevo, sobre ese legado, identificado como patrimonio cultural (*The Cultural Heritage*).

* Geógrafo, Universidad de Valladolid (España).

¹ «...the whole idea that remnants of the past are worth preserving is not an important strand in Western thinking...». «Conservation for minority», *Built Environment*, 1974, 3, p. 14.

² ROSS, M., *Planning and the Heritage*. Londres, E.F.N. Spon, 1991, 188 pp.

La defensa del París medieval, en proceso de desaparición, frente al París burgués de Hausmann y Napoleón III, por parte de figuras tan significativas como G. Doré y P. Merimée; o la de los intelectuales de la burguesía americana de la costa Este, respecto de los grandes espacios naturales, amenazados por la onda colonizadora, coinciden en una similar dirección: la reivindicación de un «pasado» en trance de destrucción y desaparición³.

Las raíces de esta cultura de la conservación, que están en el fundamento del concepto de patrimonio, se encuentran, por tanto, en esa sociedad occidental ilustrada, y en su inmediato producto, el Romanticismo, a uno y otro lado del Atlántico, aunque con miras distintas.

Las circunstancias históricas hacen comprensible la diferente ubicación geográfica de los dos grandes componentes del movimiento conservacionista y su distinto contenido u objetivo: la preferente atención al «patrimonio» histórico en Europa frente al interés específico por el «patrimonio» natural en USA. Sin embargo, responde a estímulos equivalentes, asociados a la reacción frente a las amenazas de destrucción que el desarrollo de la sociedad capitalista industrial ciernen sobre el entorno natural y sobre el entorno humano. Es evidente que las transformaciones afectan, en el marco europeo, a un espacio muy humanizado, mientras en el americano inciden, sobre todo, en un espacio natural virgen.

La progresiva definición de una cultura del patrimonio es un rasgo destacado del mundo moderno que reconoce así los vínculos que le unen con el mundo antiguo y que pretende con ello recuperar los signos más relevantes de esa tradición histórica.

Esta paradoja de la cultura modernista que, de una parte, destruye y sustituye la materialidad de esas sociedades preexistentes y, por otra, se vuelca en la preservación de lo que no son sino restos obsoletos de las mismas, o manifestaciones en proceso de desaparición, caracteriza el desarrollo de lo que podemos llamar «cultura del patrimonio». Una cultura que incorpora la preservación del pasado como un signo de su propia modernidad.

Si entendemos que, en definitiva, como dijera E. d'Ors, «*lo que no es tradición es plagio*», podemos considerar que este proceso no hace sino identificar la cultura con una permanente reinterpretación y recuperación del pasado y que los momentos más brillantes de este desarrollo cultural que representa el modernismo tienen mucho que ver con ese reencuentro con el pasado. En este sentido, la cultura es ante todo una herencia, un patrimonio. La cultura surge de esta relación permanente del presente con el pasado como interrogante y como sugestión.

³ Cfr. PEPPER, D., *The Roots of Modern Environmentalism*. London, Routledge, 1990, 246 pp.

El patrimonio cultural: del monumento al territorio

El rasgo más sobresaliente en este proceso es el progresivo deslizamiento que conduce del inicial concepto de patrimonio, limitado al campo estético, encerrado en la obra de arte singular o en lo «excepcional» de la Naturaleza, al actual concepto de patrimonio territorial. También el paulatino reencuentro de lo «natural» y lo «humano» que, durante mucho tiempo, han discurrido por sendas paralelas, separando «patrimonio natural» y «patrimonio histórico», identificado éste, de preferencia, con patrimonio edificado. Lo relevante es que desde uno y otro punto de partida se produce una perceptible evolución desde la percepción cultural estética, hacia nuevas dimensiones de carácter ético, científico, social y pedagógico. Y desde una identificación con lo singular y excepcional, incluso en lo cronológico, hacia otra más integral y de perspectiva más abierta, de lo que constituye el patrimonio cultural.

El tránsito esencial en este discurso cultural nos conduce desde el descubrimiento inicial de las «antigüedades», identificadas en sus expresiones singulares, «monumentos» de la Historia Natural y Humana, a una valoración del conjunto de la herencia; sin descontar el interés por lo pintoresco, como se percibe en la expresiva obra de A. de Humboldt, dedicado al mundo americano⁴; y, desde una perspectiva inicial, en la que prima lo estético, a una consideración histórica.

Se trata de un tránsito importante desde una cultura esteticista hacia una cultura histórica, en la que se integra, no sólo la obra del artista, sino también la del anónimo productor popular. El «Heimat Bewegung» alemán alienta este reencuentro con lo popular, en que se reconoce la identidad de toda una comunidad. A través de este movimiento, se integraba en el patrimonio común elementos en los que el componente estético resultaba, en el mejor de los casos, secundario, un subproducto del quehacer cotidiano⁵.

En el propio campo del producto artístico sobresaliente, del edificio monumental y singular, la crítica a las filosofías y presupuestos de la conservación de raíz estética, que conducía al aislamiento del edificio singular, a la destrucción del entorno edificado inmediato, va a descubrir la incidencia «cultural» del entorno en el monumento y a reivindicar un tratamiento «histórico» de la conservación, como atestigua la polémica suscitada en Italia, en el segundo cuarto de este siglo, inducida por la sedicente política conservacionista impuesta por el fascismo⁶. Frente a la cual

⁴ DE HUMBOLDT, A., *Vues des cordillères et des monuments des peuples d'Amerique*, 2 vols. + 1 Atlas. París, Edit. Nazan, 1816.

⁵ MUTHESIUS, S., «The origins of the German conservation movement», en KAIN, R., *Planning for Conservation*. London, Mansell, 1981, pp. 37-48.

⁶ Que postulaba «la necesidad de que la conservación de los edificios antiguos con un claro valor artístico no obstaculice el desarrollo racional y orgánico de los centros urbanos ni constriña en límites arbitrarios el desarrollo de una nueva arquitectura». Cfr. GIOVANNONI, G., *In fatto di arte e storia, e quindi di restauro di monumenti, Architettura di pensiero e pensieri sull'architettura*. Roma, Appolon, 1945, pp. 185-186.

se reclama y esboza una política de conservación de base histórica⁷. Una actitud radical por lo que significa: representa el descubrimiento del «conjunto» histórico, el tránsito del edificio singular al espacio urbano, del enfoque artístico al urbanístico, que no es, en definitiva, sino una dimensión de lo territorial⁸.

Esta progresiva derivación conceptual del patrimonio se ha producido también en el ámbito no edificado, en dos trayectorias diferenciadas: la que ha incorporado a la Naturaleza la presencia humana, decantando así una concepción integrada, en una perspectiva de equilibrio con el entorno, plenamente introducida, incluso en USA, en el marco del patrimonio natural; y la que supone la revalorización del concepto de «paisaje». Se manifiesta en Europa a mediados de este siglo y reivindica, no tanto la integración en la Naturaleza, como la entidad «histórica» y «cultural» de estas construcciones humanas, incluso como señas auténticas de identidad social, como en los «*bocages*» franceses.

La reivindicación del paisaje como «monumento histórico», en la expresión de R. Agaché, como realidad cultural, entroncaba con la creciente atención por el paisaje como construcción, es decir, como arquitectura, en USA⁹. Y, por tanto, como producto histórico, tal y como lo contemplara E. Sereni para Italia¹⁰; y como se ha considerado, también, en el caso de Francia¹¹: como objeto de análisis histórico y arqueológico. La «arqueología del paisaje», en definitiva, la arqueología del territorio, constituye así una pieza esencial en este proceso evolutivo, en esta decantación del territorio, este enriquecimiento del haber patrimonial¹². El paisaje forma parte, hoy, desde una u otra perspectiva, del patrimonio cultural. Como tal, constituye un patrimonio a gestionar¹³.

Proceso en el que la contribución más reciente, pero definitiva, proviene de la

⁷ «Para conservar una ciudad no basta salvar sus monumentos y palacios más hermosos, aislándolos y generando en su torno un ambiente completamente nuevo; es obligado salvar también el ambiente antiguo, con el que se identifican profundamente». Cfr. INNAURATO, E., «Dall 'restauro' al 'recupero'. Motivi della 'Conservazione' nella Scienza Nuova di G.B. Vico ed in Gioberti. Loro riverberazioni in alcuni architetti da P. Selvatico a G. Muzio», en *Il Recupero. Cultura e Tecnica*. Torino, Be-Ma Editrice, 1988, pp. 19-30.

⁸ Lo recordaba, en fecha reciente, CAMPOS VENUTI, G.: «Esto ocurre al tomar conciencia de que conservar una iglesia gótica o un palacio barroco fuera del contexto arquitectónico circundante sustraía al propio monumento una parte indispensable de su valor, y que, por lo tanto, el cuidado del conjunto no toleraba amputaciones importantes de la denominada 'arquitectura menor'». En prólogo a la edición española de CANIGGIA, G. y MAFFEI, G.L., *Tipología de la edificación. Estructura del espacio antrópico*. Madrid, Edit. Celeste, 1995.

⁹ Cfr. PREGILL, P. y VOLKMAN, N., *Landscapes in History. Design and planning in the western tradition*. New York, Van Nostrand, 1993.

¹⁰ Cfr. SERENI, E., *Storia del paesaggio agrario italiano*. Bari, Laterza, 1989, 500 pp.

¹¹ PITTE, J.R., *Histoire du paysage français*. Paris, Tallandier, 1989, 2 vols.

¹² Cfr. «La prospección arqueológica. Paysage et peuplement Actes de la table ronde des 14 et 15 mai 1982», en *Documents d'Archéologie française*, nº 3, Paris, 1986.

¹³ Cfr. BOUILLON, D., «Le paysage, un patrimoine à gérer», *Etudes Rurales*, nº 121-124, 1991, pp. 197-205.

incorporación de vestigios que no corresponden ya a un pasado remoto, ni a sociedades fundadas sobre otros fundamentos técnicos y económicos, sino que tienen estricto carácter contemporáneo, que pertenecen a nuestra misma sociedad, aunque sea en sus iniciales manifestaciones, y que aportan, en su misma naturaleza, una dimensión territorial manifiesta.

Se trata de los «territorios» industriales que la reciente evolución tecnológica y económica ha dejado sin uso, en unos casos como simples edificios, pero en otros muchos como espacios de considerable extensión y complejidad. Complejos fabriles, cuencas mineras, valles industriales, «corredores» industriales, como se les ha denominado también, estructuras territoriales que testimonian el pasado industrial reciente de nuestra sociedad. Son los «paisajes» de la industria¹⁴, objeto de lo que ha venido a llamarse «arqueología industrial». Constituyen el patrimonio industrial, el «*industrial heritage*» de los anglosajones. No hay posibilidad de entender estos restos industriales fuera de una perspectiva territorial¹⁵.

A esta identificación ha contribuido el paralelo desarrollo, no menos paradójico, de una cultura de la Naturaleza, de una elaboración cultural del concepto de Naturaleza que ha logrado un excepcional predicamento en el último medio siglo. En una sociedad postindustrial en la que la Naturaleza, entendida como origen, apenas tiene hoy representación objetiva, en la medida en que se encuentra por completo alterada o sometida a los efectos perturbadores de la presencia humana, incluso en aquellas áreas que, en principio, pueden parecer «vírgenes», utilizando el término expresivo con que se suele identificar este tipo de ámbito naturales, el efecto directo o indirecto de la presencia humana ha convertido tales áreas en inexistentes o en precarias.

De esta confluencia de experiencias, de una tradición cultural arraigada pero moderna, de una progresiva reflexión desde el presente sobre el pasado, se configura lo que constituye, en la actualidad, el entendimiento del patrimonio histórico y natural. Una evolución que coincide con la paralela transformación habida en la concepción del territorio.

Del territorio físico al territorio construcción

El territorio ha tenido, de forma tradicional, una consideración física y geométrica predominante. El territorio se ha identificado con el sustrato natural, más o menos modificado, en el que las diversas sociedades se desarrollan. Esta percepción

¹⁴ Cfr. LENAN, P., «Quand l'industrie laisse des paysages», *Lotus International*, 1997, 14, p. 28.

¹⁵ VANDERHOULST, G. (ed.), «Industry, man and Landscape», *The International Committee for the Conservation of the Industrial Heritage*. Bruselas, 1992.

de carácter naturalista o ambiental, muy arraigada en la Geografía moderna, pero compartida, desde una perspectiva cultural, por la sociedad occidental sin excepción, ha proporcionado al territorio una cierta identidad con Naturaleza. Territorio y Naturaleza han venido a ser, en cierta medida, sinónimos.

Por otra parte, un esquema cultural, también de profundo arraigo en nuestra cultura occidental, ha hecho del territorio una dimensión de carácter geométrico. El territorio se identifica con la extensión, con el espacio en su acepción euclídea. El territorio ha quedado reducido a superficie, a dimensión extensa, susceptible de cálculo y medida, como una reserva útil en la que se extiende el desarrollo social. El territorio como una especie de reserva disponible en mayor o menor grado, e incluso escaso.

Estas concepciones y percepciones del territorio han prevalecido, tanto en el ámbito cultural, como en la práctica de aquellas disciplinas de más directa implicación con el espacio, sea Geografía, Arquitectura o Ingeniería. Y han condicionado, en no escasa medida, las posibilidades de su evolución y desarrollo teórico y práctico.

El rasgo más relevante del último tercio de siglo ha sido la progresiva aceptación de un enfoque teórico y conceptual renovador, respecto del territorio como concepto básico de estas disciplinas¹⁶. El cambio resulta de la superación del enunciado ambientalista y geométrico y su sustitución por otro de carácter social que contempla el territorio o espacio como un elemento no dado, sino construido¹⁷.

La adopción de esta perspectiva va más allá de lo que puede interpretarse como una simple variación conceptual. El espacio como construcción conlleva derivaciones importantes. Significa entender el territorio como un producto de la sociedad; comporta introducir un componente de historicidad que hace del territorio un producto contingente y, al mismo tiempo, vinculado a condiciones determinadas de orden temporal o histórico. Supone incorporar una dimensión evolutiva y transformadora que depende de factores externos, sociales.

El territorio es, así, en la mayor parte de los casos, en áreas de amplia continuidad cultural histórica, una especie de palimpsesto, cuya lectura requiere identificar los diversos «territorios» incorporados en él, separar estas distintas aportaciones históricas, valorando su grado de inserción, en cada caso, así como la amplitud que cada uno ocupa, y las modalidades de articulación de lo antiguo en lo nuevo, y el grado de transformación experimentado en ese proceso de absorción y «refuncionalización». Lo que es patente en el ámbito urbano, y bien conocido desde hace bastantes decenios, lo es menos en el marco territorial, en la medida en que hemos

¹⁶ Cfr. MURATORI, S., *Civiltà e Territoria*. Roma, 1967, 561 pp.; CANIGGIA, G., *Strutture dello spazio antropico. Studi e note*. Firenze, 1967, 221 pp.; CATALDI, G., *Per una scienza del territorio. Studi e note*. Firenze, Uniedit, 1977, 165 pp.

¹⁷ La aportación teórica esencial es la de LEFEBVRE, H., en su *La production de l'espace*. París, Ed. Anthropos, 1974.

estado más condicionados por concepciones teóricas naturalistas o de orden geométrico, que han impedido abordar los territorios desde una óptica equivalente a la utilizada en el marco urbano. Convierte el análisis del territorio en un proceso de «deconstrucción».

El territorio aparece como un complejo físico cuyos elementos naturales y cuya dimensión superficial o geométrica forman parte de una construcción que los integra como materiales, en la misma medida en que incorpora otros que son puro artificio, es decir, resultado inmediato de una actividad social dirigida a un fin determinado, sean edificios, vías de tránsito, espacios libres, áreas de cultivo, o de otra clase. El territorio aparece como una «arquitectura», con independencia de los materiales más específicos que puedan ser utilizados. La construcción del territorio, a la que se han referido los autores italianos, tiene así pleno sentido.

La arquitectura territorial conlleva un proyecto y, de igual modo, un diseño. Es el resultado, por tanto, de una práctica proyectiva, no muy diferente de la que el arquitecto aplica al edificio o al conjunto edificado, apoyada en un esbozo o previsión formal del resultado deseado. En algunos casos, como sabemos muy bien, se trata de un proyecto y diseño conscientes y formalizados de antemano que se plasman en una arquitectura territorial identificable, aunque hayan pasado varios cientos o miles de años: el ejemplo excepcional de las grandes operaciones territoriales romanas que conocemos como «centuriaciones» es, sin duda, el más sobresaliente, por su antigüedad.

Proyecto y diseño forman parte de la centuriación romana. Como están presentes en las grandes operaciones medievales de colonización conocidas como «comunidades de villa y tierra», y como podemos identificar en el proceso de colonización hispana en los territorios indígenas precolombinos, sobreimpuestos como nuevas tramas territoriales, de manifiesta base racionalizadora, de acuerdo con los esquemas transportados desde la Península Ibérica por los conquistadores hispanos.

El proyecto no está ausente de los territorios contruidos sin un plan de conjunto previo. La propia colonización medieval en la Península Ibérica, que es el origen directo de una parte sustancial de la actual trama territorial ibérica, que carece de unas directrices generales, responde, sin embargo, a la existencia de un cierto proyecto-modelo, incardinado cultural y socialmente en las comunidades campesinas colonizadoras, que repiten, cada una en su área, provocando la aparición de un sistema territorial de manifiesta homogeneidad y regularidad, cuyas piezas básicas son la aldea compacta, el espacio auxiliar y el espacio agrario propio. Y, aunque difiera de forma considerable en su escala y en sus determinantes socioeconómicas, no deja de ser equivalente en su «arquitectura» territorial.

Las regularidades de la trama territorial que afloran bajo el más elemental análisis descubre la existencia de ese proyecto básico, aunque, como tal, no se produjese como una formulación de orden general, es decir, como una planificación consciente. Y evidencia, si no un diseño formalizado, sí una práctica empírica de

diseño territorial, incorporada por la colectividad y aplicada, en cada caso, de acuerdo con las pautas generales, y adaptada a las exigencias particulares de cada localidad.

Estos territorios iniciales, cuya arquitectura se levanta sobre los restos más o menos manifiestos de otras arquitecturas precedentes, han experimentado el efecto alterador de las nuevas operaciones que caracterizan la construcción del territorio «industrial» que, en parte, ha supuesto la destrucción del anterior y, en parte, su incorporación y transformación en el nuevo y actual.

De ahí la valoración del territorio como un complejo físico, hecho de suposiciones, como una construcción que incorpora materiales reutilizados y que integra, asimismo, componentes funcionales activos reconvertidos, como es el caso patente de los propios núcleos y de buena parte del sistema de caminos, entre otros.

Un complejo heredado, de carácter histórico, del que disponemos como un legado de las sociedades precedentes en el devenir histórico. De ahí la posibilidad de contemplarlo como «patrimonio». En definitiva, como un recurso cultural, en la medida en que su patente historicidad permite situar el territorio como un producto histórico y, en esa medida, vinculado con períodos históricos previos, susceptible, por tanto, de ser contemplado como un bien heredado. Como un bien cultural heredado. Se trata, por consiguiente, de la valoración del territorio como un «patrimonio» histórico de raíz cultural. El concepto de patrimonio territorial permite integrar, como construcción histórica, los elementos naturales y los componentes artificiales en lo que es la arquitectura del territorio histórico.

El territorio como recurso cultural

Un recurso cultural podemos entenderlo como un bien de orden cultural susceptible de uso directo o indirecto. Es claro en el caso de los múltiples objetos de arte y artesanía que componen las colecciones museísticas y en los numerosos ejemplos de edificaciones que, por diversos motivos, artísticos, históricos, sociales..., son objeto de atención social y se integran como puntos de interés cultural en lo que podemos llamar itinerarios culturales, sean estos explotados de forma comercial o no.

Se ha consolidado, desde hace ya tiempo, en el caso de los espacios naturales más sobresalientes, como son los parques naturales y, en menor medida, aquellos espacios protegidos que han sido potenciados, desde el punto de vista social, como áreas u objetos de interés cultural. En unos casos con proyección comercial, en otros sin ella. Podemos decir que se trata de una valoración del territorio como recurso cultural, en el marco de esa cultura de la Naturaleza, hoy por completo arraigada y que induce movimientos significativos de población para el uso del mismo.

Por lo general, se trata de una valoración ambiental, siendo más raro que se valore el conjunto del territorio como un complejo humanizado. Este tipo de protección de raíz ambientalista ha facilitado la preservación, en principio, de

aquellas áreas que, incluso extensas, tienen un componente natural muy marcado; esto es, que cuentan con una presencia humana escasa o periférica.

En el caso de una presencia humana más intensa o más densa, con una menor evidencia de elementos naturales o de puro artificio sobresalientes, en que el valor cultural procede, ante todo, del grado de organización que ofrece, y de la calidad de la propia construcción, de su «arquitectura» territorial, la identificación cultural y, por consiguiente, su valoración como recurso, queda supeditada al grado de desarrollo cultural en la propia sociedad, que condiciona la sensibilidad ante este tipo de objeto cultural, y a la capacidad de intervención de los agentes públicos o privados como «reveladores» de dicho interés. Y como publicistas eficaces, desde el punto de vista social y cultural.

La posibilidad de que un «territorio» pueda ser reconocido como un espacio «cultural», es decir, con valores relevantes desde el punto de vista histórico y social como ejemplo de construcción singularizada del territorio y, por tanto, pueda ser integrado, por la sociedad, como patrimonio cultural, no depende sólo de su valor intrínseco, ni de su reconocimiento objetivo experto, sino de su aceptación social. Es ésta la que lo convierte en un recurso cultural.

Dos ejemplos, en el ámbito español, pueden ser ilustrativos de esta condicionamiento. El primero de ellos puede servirnos como evidencia de lo que supone esa identificación y reconocimiento, y del papel que desempeñan los agentes sociales y, de modo muy destacado, los institucionales. Se trata del Camino de Santiago.

La antigüedad de la vía y su carácter simbólico religioso, su dimensión artística y su valoración histórica, hacen de él un elemento bien conocido, desde una perspectiva social y cultural. Sin embargo, hasta fechas muy recientes, la consideración de esta vía ha quedado reducida a la de algunos de sus «hitos» singulares, sobre todo artísticos, de forma complementaria religiosos, en menor medida folklóricos, y en ningún caso territoriales. La mala conservación de la propia vía, su ocupación en diversos sectores, su desaparición en otros, a manos incluso de la propia Administración, su alteración tanto en trazados urbanos como rústicos, la desaparición o degradación de múltiples elementos integrantes del Camino, desde señales a fuentes o edificios, son evidencias objetivas de la inexistencia de una percepción territorial del Camino.

Este tipo de consideración aflora hace menos de quince años. Ha supuesto la contemplación del Camino de Santiago como una franja territorial en la que sobre, y en torno al eje viario, cuya traza y estructura son identificadas, se integra un complejo de infraestructuras, servicios, edificios y elementos construidos, en el marco de un variado sistema de entornos, que introducen paisajes y morfologías específicas en cada tramo o área, de acuerdo con las características de ésta¹⁸.

¹⁸ SORIA, A., *El Camino de Santiago*. Madrid, MOPT, 1991, 2 vols.

El propio Camino y sus variaciones de trazado, las relaciones con el viario romano preexistente, las modificaciones introducidas; el sistema de puentes que lo articulan sobre los grandes cursos de agua y sobre los pequeños arroyos; las fuentes de muy diversa factura, que acompañan al Camino como un elemento sustantivo del mismo; los hitos o señales que, con significación religiosa o no, refuerzan simbólicamente el Camino; los albergues y hospitales que, de forma regular, proporcionan un servicio esencial al viajero, agregados, en unos casos, a los principales núcleos urbanos, independientes y de carácter rural en otros; los centros religiosos que estructuran el desplazamiento, surgidos como un elemento del Camino o integrados en él con el propio desarrollo histórico de las peregrinaciones, sean simples oratorios, ermitas, iglesias, monasterios, pequeños o grandes, o catedrales; los núcleos de población, rurales y urbanos, derivados en unos casos del propio Camino, configurados como un espacio residencial y de servicios ordenado sobre y por el Camino, o integrados con él, con diversos grados de adaptación; los paisajes que enmarcan el desarrollo de la vía en relación con la traza y desenvolvimiento de ésta, con la naturaleza, tanto en su dimensión morfológica y litológica, como climática y vegetal, y con el grado y carácter de la incidencia humana, a través de la modificación del entorno natural y como resultado de su propia construcción territorial (áreas de cultivo, caminos, y demás componentes funcionales).

El Camino adquiere así una dimensión nueva. El apoyo institucional ha permitido una adecuada, aunque parcial, identificación y elaboración de este producto cultural, y ha facilitado políticas de intervención y explotación que se basan en esta perspectiva territorial.

El Canal de Castilla constituye un ejemplo paralelo y con no escasas analogías, así como notables diferencias. La identificación del Canal de Castilla como un elemento territorial destacado es reciente y se refiere, sobre todo, al complejo que representa la obra pública en sus distintos elementos y soluciones, desde la traza y configuración del cauce, esclusas, dársenas, puentes y acueductos, hasta los distintos elementos de industria asociados al mismo, sobre todo las fábricas harineras levantadas en los siglos XVIII y XIX. La atención cultural sobre este elemento territorial ha cristalizado, de tal modo que, como tal, es reconocido como un bien patrimonial de orden cultural, relacionado con las obras públicas en la Castilla protoindustrial¹⁹.

No puede decirse lo mismo respecto del grado de análisis territorial, protección, intervención y explotación del mismo como recurso²⁰. El conocimiento que tenemos sobre el territorio ordenado por el Canal o vinculado en su desarrollo al

¹⁹ Cfr. *El Canal de Castilla*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1986, 293 pp.; HELGUERA, J.; GARCÍA TAPIA, N. y MOLINERO, F., *El Canal de Castilla*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1988, 234 pp.

²⁰ ALONSO, J.L. y BAQUEDANO, E., *El Canal de Castilla*. Koiné, 1986, 2, pp. 33-47; SÁEZ HIDALGO, I., *El Canal de Castilla. Guía para caminantes*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1994, 164 pp.

mismo, sobre su incidencia y relación con el entorno natural y con los espacios agrarios por los que transita, con su propia «arquitectura» territorial, su vínculo funcional y formal con los núcleos urbanos y rurales, su incidencia sobre los mismos, son aspectos desconocidos. Y las intervenciones, públicas y privadas, sobre esta franja, son inexistentes. Tenemos un recurso cultural subvalorado y subexplotado, cuya funcionalidad ha cambiado de modo sustancial, si bien con un grado limitado de recuperación, pero que sigue activo en buena parte de su desarrollo.

La valoración del territorio como una construcción histórica, más o menos transformada a lo largo del tiempo respecto de su inicial configuración, no reposa tanto en sus cualidades estéticas, aunque esta dimensión constituya un componente decisivo en algunos casos, como en un conjunto de valores de muy diversa índole, desde el educativo, en la medida en que el territorio aparece como un instrumento de formación o pedagógico, hasta el lúdico, en cuanto permite o facilita usos de carácter recreativo.

El territorio, en su arquitectura, proporciona una evidencia de la diversidad de formas de organización del espacio en relación con la utilización y explotación de la Naturaleza y con el grado de desarrollo social. El territorio descubre una dimensión de la sociedad que lo ha construido. Su consideración aporta, por tanto, un instrumento de aprendizaje sobre el uso del mismo, sobre el proyecto y el diseño a que responde, sobre las condiciones de vida en que se ha utilizado.

Dimensión pedagógica que se completa y diversifica en la consideración de la multitud de elementos que, aislados y como conjuntos estructurados, componen la materialidad del territorio: edificios, campos de cultivo, caminos, obras auxiliares, infraestructuras diversas, cercados, tapias, terrazas, molinos, fábricas, disposición de los campos, forma de los mismos, agrupaciones productivas, constituyen, en su evidencia física y en su «organización» o arquitectura, un muestrario educativo, que ilustra sobre modos y condiciones de vida, sobre técnicas y capacidades, sobre la valoración de los recursos naturales y sobre la multiplicidad de sus aprovechamientos.

Dada la implicación que el territorio opera entre los elementos naturales y su aplicación social, productiva o no, nos descubre el grado y modalidad de integración del mundo social con la naturaleza. El territorio delata, en su diseño y como proyecto, el modo en que una sociedad se acomoda, a través de equilibrios más o menos frágiles, más o menos estables, más o menos adaptados a la diversidad de circunstancias naturales, en orden a su explotación y a la propia supervivencia. En una época de especial sensibilidad ante los problemas de uso de la Naturaleza, preocupada por la fragilidad de los equilibrios físicos y por la incidencia de las actuaciones humanas, el territorio heredado representa un espejo y un observatorio sobre las relaciones Sociedad- Naturaleza.

Más allá de esta dimensión medioambiental o ecológica, el territorio conlleva, por su propia naturaleza como construcción social, una dimensión histórica. El territorio es una manifestación de la sociedad que lo construye. El territorio proporciona una imagen de esa sociedad, a través de la «proyectiva» empleada para dar soluciones a determinados problemas de uso y ordenación de los recursos.

El territorio es, así, una «fuente» histórica sobre las sociedades del pasado. Sus estructuras básicas, el entramado de caminos y asentamientos, la disposición y ordenación de los espacios productivo, el manejo de los recursos naturales, la ordenación simbólica de algunos de estos elementos, transparentan no sólo condiciones sociales y económicas, sino también valores. Valores que suponen, en muchas ocasiones, señas de identidad colectiva, capaces de aglutinar el sentimiento de pertenencia a una comunidad. El singular ejemplo del «*bocage*» francés es, al respecto, ilustrativo. El territorio es un elemento de la identidad social. Un valor cultural que debemos contemplar en el marco de una sociedad cada vez más global y, por ello, por paradoja, cada vez más apegada a lo propio y distintivo. La recuperación de los paisajes aparece como un objetivo político de la actualidad²¹.

La dimensión estética que comporta el territorio, en la medida en que conlleva una «composición» que se traduce en un «paisaje» determinada, supone, ya, la posibilidad del disfrute escénico, del uso lúdico contemplativo que sustenta, en tantos aspectos, el culto por lo natural y por el paisaje en la tradición cultural occidental. El disfrute medioambiental del territorio construido, en que se plasma un cierto diseño más o menos consciente, una dimensión proyectiva, se complementa con la valoración estética de las composiciones o paisajes que han resultado de ese diseño o proyecto. La especificidad y variedad de los paisajes viene siendo, desde hace decenios, un valor destacado del territorio, en la medida en que es la propia elaboración cultural la que decanta los elementos simbólicos, los «signos» culturales de ese paisaje, y en la medida en que tales paisajes se integran en la conformación de los patrones estéticos dominantes. El paisaje es un objeto cultural, además de histórico²².

Más allá de una valoración estética y contemplativa, el territorio supone, en su construcción, elementos susceptibles de un uso lúdico activo. El territorio construido consta, en general, de numerosos elementos que soportan un valor de uso de carácter recreativo; desde las tramas de caminos y sendas, a los componentes hidráulicos que posibilitan utilizaciones diversas de este tipo, tanto organizadas como espontáneas. Sin considerar las posibilidades de reutilización y reconversión de determinados elementos del territorio, o de tramas completas de él, para la implantación o práctica de actividades de esta naturaleza. Un componente ya habitual en muchas de las áreas preservadas con estas características. Perspectiva que nos introduce en la otra dimensión de este análisis, la económica.

²¹ ROYAL, S., «La reconquête des paysages», *Etudes Rurales*, nº 121-124, 1991, pp. 213-214.

²² Cfr. SERENI, E., *op. cit.*

El territorio como recurso económico

El territorio constituye un excepcional ejemplo de capital fijo, de capital inmovilizado a lo largo del tiempo. Edificios, espacios productivos, caminos, infraestructuras hidráulicas, instalaciones mineras, instalaciones industriales, vías férreas, canales, cercados, aterrazamientos, entre otros muchos elementos, integran estos activos inmovilizados. En unos casos representan el elemento material, tangible, de la dimensión económica del territorio. A ésta hay que añadir el componente intangible, el que corresponde al diseño, el que subyace en el proyecto constructivo, que introduce un valor añadido que, en el caso del territorio heredado, es, ante todo, cultural²³.

Esos activos fijos tienen un valor contable. Y éste responde, tanto al valor de uso que el territorio y sus elementos mantienen o pueden mantener, como al valor de cambio que, en cada momento, la sociedad otorga a esos elementos y al propio territorio, y que va asociado a la demanda social. Sin olvidar que el valor de los elementos singulares, el valor de cambio, no es separable del territorio o, mejor dicho, está influido por la pertenencia a un determinado entorno territorial. Es este valor añadido, de fondo cultural, sea histórico, sea estético o sea medioambiental, el que sobrevalora el estricto valor de uso de cada elemento, o su mero valor contable, de acuerdo con el estado físico, grado de conservación, etc. El excepcional ejemplo de los «docks» londinenses, como revalorización de este tipo de activos en un marco territorial de casi 200 km, ilustra bien esta dimensión económica²⁴.

En el caso de estos territorios heredados, en que se combinan presiones de uso alternativas, por lo general al margen de los valores de uso y valores culturales del propio territorio «patrimonio», y posibles demandas sociales que valoran su entidad patrimonial, el valor económico al que me refiero es el que deriva de su carácter de patrimonio. En la medida en que este hecho le otorga un valor económico añadido: el de recurso escaso y no renovable.

El territorio de valor patrimonial es residual en la medida en que el uso activo del territorio conlleva una natural transformación del mismo que provoca la desaparición o desnaturalización de la construcción territorial precedente. En consecuencia, las construcciones territoriales heredadas tienden a ser elementos residuales o, en todo caso, tramas semiocultas bajo los nuevos componentes y nuevas «arquitecturas» del territorio.

Esta circunstancia es la que proporciona al patrimonio territorial un carácter económico destacado, puesto que la escasez relativa de un bien, en este caso cultural, fortalece su valoración social. En mayor medida si tomamos en consideración que,

²³ Cfr. *Landscapes in History*.

²⁴ Cfr. *Docklands Magazine*. Londres.

como tales construcciones históricas, constituyen un recurso no renovable. El consumo sustitutivo supone desaparición y, por ello, pérdida. El producto histórico, como tal, no es repetible ni recuperable, salvo como simple y estricto vestigio arqueológico.

La demanda social determina el valor de uso del territorio y sus elementos, la persistencia del uso original y la adaptación a nuevos usos. En el caso del territorio como patrimonio, ese valor de uso procede tanto del «uso» directo, residencial, productivo, recreativo, o de otro tipo, estimulado por la existencia de una demanda social solvente para tales elementos, como del «uso» indirecto, motivado por la valoración social del «patrimonio» territorial como tal, convertido éste en objeto de consumo.

En el primer caso, los elementos territoriales son el objeto del consumo, para usos específicos, residenciales o de otro orden, por parte de una demanda particular solvente que invierte, temporal o de forma definitiva, en tales activos, con renovación de los mismos, simple conservación o restauración. Ha sido el destino de los «*docks*» londineses y es el de los «*gîtes ruraux*» franceses sobre los pueblos abandonados.

En el segundo, la explotación económica proviene de la transformación definitiva del territorio específico en un objeto «cultural», bajo el que alienta una iniciativa bien privada, bien pública, bien asociativa, destinada a promover y gestionar, en su caso, el valor de uso «cultural». Se trata de una promoción del territorio como bien «cultural» y de su explotación como tal, vinculada, en este caso, a una demanda social colectiva. El valor de uso del «territorio» es cultural. Los elementos territoriales «pierden» su valor de uso original o simplemente «reproducen» pedagógicamente ese valor de uso.

El territorio se convierte en museo o exposición, si bien las modalidades organizativas pueden ser muy variadas, en cuanto al grado de actividad del conjunto. El concepto de «ecomuseo» iniciado en Francia, en el gran conjunto territorial de Le Creusot, ampliamente difundido, en diversas modalidades, por todo el mundo, identifica esta «reconversión» del valor de uso del territorio²⁵.

El «territorio» adquiere así un valor de cambio que supone una revalorización estricta de los activos fijos que componen el patrimonio, en la medida en que la demanda social, de carácter cultural, asegura la posibilidad de una explotación económica rentable que, a su vez, permite una preservación del territorio como «*heritage*». Se trata, en este caso, de una evidente valoración del recurso escaso y no renovable.

La dimensión económica deriva tanto de los resultados de la explotación mercantil del «patrimonio» como de los efectos económicos inducidos en el entorno, a través del empleo directo afecto a la conservación y explotación del «territorio»,

²⁵ BISI, L., «Arqueología Industrial y Museografía», *Debats*, nº 13, 1985, pp. 70-72.

como el empleo y actividades indirectas suscitadas por la presencia de una demanda social solvente que requiere servicios, que estimula infraestructuras complementarias, que consume otros bienes. Por vía indirecta, como efecto de esta demanda externa y del empleo generado en la explotación del territorio, o por vía directa, en el caso de ayudas, subvenciones públicas y privadas e inversiones públicas y privadas en estas áreas, y en la revalorización mercantil de determinados activos físicos, las comunidades vinculadas a esos territorios obtienen un beneficio económico inmediato, que repercute en el nivel de renta de la población.

Las condiciones de la valoración cultural y económica

El territorio, como en general el patrimonio, sea éste del tipo que sea, se constituye en recurso cultural en virtud de una valoración social. Sólo la existencia de ésta puede generar la posibilidad de un proceso de identificación cultural y, como consecuencia, patrimonial. Este reconocimiento aparece como un factor imprescindible para su transformación en recurso cultural y para su valoración como recurso económico.

La experiencia muestra que este proceso, más complejo en el caso del territorio, depende en gran medida de la acción consciente de iniciativas sociales capaces de singularizar tales bienes y de movilizar al conjunto de la comunidad y de la sociedad, en su caso, en orden a su valoración, primero, y a su consecuente preservación. La acción de estos movimientos sociales de génesis individual, pero siempre de trascendencia colectiva, es decisiva.

El reconocimiento social suele ser el resultado del dinamismo de sectores específicos, a veces muy minoritarios, pero capaces de provocar la identificación social con el propio territorio, en la medida en que el «consenso y la concertación» aparecen como factores decisivos en la gestión adecuada de estos bienes patrimoniales²⁶. Por otra parte, la necesidad de estos agentes operativos promocionales, que suponen iniciativas organizadas, sean privadas o públicas, institucionales o de otro orden, es un condicionante desde el punto de vista de la valoración como Patrimonio.

Desde esta perspectiva, el papel de la Ordenación del Territorio, la actividad de planeamiento, son instancias de valor sustantivo en la identificación, definición y revalorización cultural y económica de estos «territorios» y en la adecuada gestión de los mismos, bien de cara a una demanda social existente y con el objetivo de una preservación adecuada y de una explotación económica compatible con su conservación, bien en orden a una objetivación cultural, en el marco de las figuras que la propia

²⁶ Cfr. SGARD, J., «Quelques aspects de la gestion paysagère», *Etudes Rurales*, nº 121-124, 1991, pp. 207-212.

legislación propone, es decir, como «lugares protegidos», de acuerdo con sus características²⁷.

La conciencia del «territorio» en el planificador, en el profesional del planeamiento urbanístico y territorial y, en general, en el técnico del territorio, es condición esencial para una política de valoración y preservación de la arquitectura «territorial» heredada del pasado, de carácter relevante, con independencia de la específica caracterización de la misma²⁸.

²⁷ Cfr. LUCAS, P.H.C., *Protected Landscapes. A guide for policy-makers and planners*. Londres, Chapman and Hall, 1992.

²⁸ Cfr. KAIN, R., *op. cit.*

TOPOFILIA AMERICANA. HACIA UN CONCEPTO DE PATRIMONIO AMBIENTAL EN AMÉRICA LATINA

Roberto Fernández*

A partir de la omnipresencia de lo ambiental americano -la *Hylea* de Humboldt- se trata de postular la preponderancia de un patrimonio ambiental (en tanto manifestación de relaciones Sociedad/Naturaleza) en lugar del clásico concepto de patrimonio cultural. La noción de patrimonio ambiental conlleva a una concepción no coleccionística ni privatista de lo patrimonial; por lo tanto, en extremo, a una visión no objetualista ni clasificadora de fragmentos discretos y selectos de la materialidad susceptible de adquirir valor patrimonial devenido de su diferencialidad. Este argumento ambiental, opuesto asimismo al naturalismo ecologista, se propone evaluar la significación del sitio como pre-determinación del gesto objetual social. Así, emergen cuatro categorías significativas de patrimonio ambiental:

- El paisaje natural o fundante como motivo de contemplación y discursos cosmogónicos.
- El paisaje como materia transformada en las alternativas de la antropización.
- El paisaje del gesto colectivo en la no-ciudad americana dominada por la hibridación mestiza y populista.
- El paisaje de una clase de producción social de objetivos determinada por su voluntad de inserción en lo natural pre-cultural.

La construcción de una concepción ambiental patrimonial requiere, por último, una predisposición «topofílica», o sea, una conducta afectiva con aquello que se busca aquilatar como patrimonio social.

1. La idea subyacente de patrimonio en el contexto del desarrollo histórico-cultural occidental y desde el propio origen latino del término, refiere a una voluntad de clasificación diferencial del *continuum* de las cosas materiales, señalando que, a través del valor y su apropiación, una clase de objetos calificados conforman el

* Arquitecto. Universidad Nacional de Mar de Plata (Argentina).

patrimonio de una persona, familia, sociedad urbana, institución, Estado, etc. Si bien en extremo, como dice Marx, siempre en la base de la producción de las cosas materiales existe un componente de trabajo -es decir, una aplicación de esfuerzo humano o social sobre la materia prima de lo transformable, o sea, la naturaleza-, lo cierto es que la noción de patrimonio se acerca al valor más diferencial de la labor humana, esto es, al generado en mérito a una calificación artística. Así, si la noción occidental clásica de patrimonio está referida a una idea de calificación diferencial mediada por la cultura, en tanto forma y sistema de otorgamiento de ese valor diferencial, genéricamente artístico, existiría, desde otro criterio propositivo, una noción de patrimonio que podríamos definir como ambiental, consistente en la calidad de las relaciones entre una sociedad determinada y una porción discreta de la naturaleza. Cuando existe un cierto equilibrio en esta relación, como normalmente ocurre en las culturas vernáculas, se puede decir que las sociedades de dichas culturas -y extensivamente la humanidad- poseen cierto patrimonio ambiental.

Tal equilibrio está normalmente ligado a la relativa racionalidad o maduración visible en los procesos de antropización de la naturaleza. Por ejemplo, Heidegger encontraba este equilibrio -el «*locus*» esencial- en ciertas ocupaciones sensatas y perdurables de áreas de bosques de la Selva Negra, donde él vivía. Ocupaciones devenidas de tradiciones rurales de muy escasa variación a lo largo del tiempo, respetuosas de las formaciones naturales y renuentes a cualquier clase de exacerbación, sobre todo urbana, de la antropización. Si bien con un talante conservador, rayano en la valoración del «*heimatstil*» hitleriano, Heidegger valoraba como condición de patrimonio la perduración, por así decir, antimoderna, del antiguo modelo aldeano germánico, que supo oponerse, Rhin mediante, al expansivo criterio de la urbanidad romana, y del cual pudo haber emergido esa arcaica asociación entre los conceptos de cultivo y cultura, que en alemán se nombran indistintamente con la palabra «*bauen*» (que quiere decir, a la vez, cuidar o cultivar, cuando no construir o erigir). El edificar es, según Heidegger, ya un morar en el lenguaje y, por lo tanto, en una reconstrucción arqueo-semántica de la idea de patrimonio deberíamos valorar, sobre todo, la unidad construcción/instalación y acogimiento en lo natural, el erigir moradas o residencias, tanto como el cuidar y preservar el territorio natural originario.

Desde esta perspectiva, podríamos confrontar u oponer las nociones de patrimonio cultural y patrimonio ambiental, siendo la segunda más inclusiva y abarcativa que la primera: en efecto, sólo en el contexto amplio -y, por tanto, social- de la idea de patrimonio ambiental, puede circunscribirse y definirse el campo de parámetros valorativos del cual extraer los criterios de formulación para un corpus de patrimonio cultural que, entre otros aspectos demarcaría la especificidad cultural de una genérica relación civilizatoria de articulación social y natural en las largas duraciones (por ejemplo, las que inspiran las fases históricas de los modos productivos de Marx). A partir de estas ideas de prevalencia de la idea de patrimonio ambiental respecto del enfoque más restrictivo de patrimonio cultural (que termina por ser básicamente objetualista, diferencial en su criterio de valor/apropiación, pro-urbano/monumental e histórico/artizante), podríamos discutir algunos aportes recualifica-

dores, como las ideas de «sostenibilidad territorial» y «ritos refundacionales» en A. Magnaghi, de «bioregión» en R. Sale y A. Atkinson, y de «capital y deuda natural» en W. Rees.

A. Magnaghi¹ critica el desarrollo urbano italiano y su estúpida tendencia a la metropolización, cuando goza de una construcción histórica del territorio, lo suficientemente equilibrada y dispersiva. Frente a las tendencias pro-urbanas concentradoras, propone la «reterritorialización», entendible como la recuperación de ruinas, vestigios y fragmentos históricos, culturales y ambientales que están disponibles como sedimentos territoriales y «energías de contradicción» (respecto de la pro-urbanidad indiscriminada y anonimizante), y que hay que potenciar, para fortalecer un concepto de sustentabilidad territorial cultural, a través del desarrollo de las sociedades locales y del aquilataamiento de los tipos territoriales. En el seno de sociedades industriales avanzadas queda planteada así la desafiante postura, de sabor conservador, de la recuperación del saber local de los «paeses» y sus patrones ancestrales de asentamientos.

R. Sale², recuperando una tradición «wild» americana -que recoge las hipótesis regionalistas de Mumford, Turner y Odum, teñida de cierto matiz de utopismo rural socializante- formula la idea de «bioregionalismo» como un sistema de pensamiento acerca del desarrollo regional basado en cuatro puntos:

- a) La tierra urbana o las ciudades están inmersas en regiones, de las que hay que enfatizar el conocimiento profundo de su potencial bioregional.
- b) Fortalecer el proyecto ideológico de revivir los modos históricos y «folk» de entender la región.
- c) Desarrollar el potencial de conocimiento tradicional y contemporáneo sobre lo regional como un proyecto político y económico.
- d) Generar una auto-liberación en relación a una cerrada vinculación entre el territorio y la ciudad.

Este discurso rechaza su conversión en paradigma -no quiere expandirse- y retoma ciertas disquisiciones del clásico regionalismo geográfico acerca de la entidad

¹ MAGNAGHI, A. y PALOSCIA, R., *Per una trasformazione ecologica degli insediamenti*. Milano, E.F. Angeli, 1992. Aquí se expone ampliamente el concepto de «reterritorialización» y una interesante discusión sobre la noción de «sostenibilidad cultural», alrededor del análisis de los tipos territoriales. Un resumen de las ideas de A. Magnaghi se encuentra en español en su ensayo «Megalópolis: presunción y estupidez (en el caso de Florencia)», publicado en la revista *Ecología Política*, nº 11. Barcelona, 1996.

² SALE, R., *Dwellers in the land. The bioregional vision*. San Francisco, Sierra Club Books, 1985. Los principios del biorregionalismo propuestos por Sale retoman la tradición conservacionista conservadora (Emerson, Muir, Leopold) y utopista (Turner, Odum, Mumford), articulándose con cierta tendencia «new age» proveniente del legado californiano (Capra, Bateson, etc.), visible, por ejemplo, en libros como el de BERMAN, M., *The reenchament of the world*. New York, Batam Books, 1984.

de las cuencas y la redefinición de los «*hinterlands*» urbanos, cuestiona la expansividad del «*urban lifestyle*» y coincide, en la práctica, con las ideas más innovadoras de grandes teóricos de la planificación que, como Friedmann, proponen un «regionalismo territorialista» (no funcional a los modelos económicos) y el concepto de «*agropolitanism*» (que es, en rigor, un elogio a las pequeñas y medianas ciudades, «balanceadas» en el seno de los espacios regionales de dominante rural).

A. Atkinson³ avanza en estas consideraciones sobre «bioregionalismo» y propone cinco principios para definirlo:

- a) Las bioregiones son áreas territoriales geofísica y ecológicamente coherentes que, sin embargo, no tienen fronteras nítidas.
- b) Las bioregiones son entidades culturalmente coherentes y los procesos de urbanización, comúnmente, conllevan la atrofia del conocimiento local en su sentido bioregional.
- c) El bioregionalismo intenta designar los espacios territoriales a través de una «semántica del consumo», no de la producción.
- d) La medida de la salud de una bioregión es su ajuste a una «*carrying capacity*».
- e) El modelo autosuficiente (todo lo consumido es producido regionalmente) es el desiderátum bioregional, contra las tendencias homogeneizadoras y reductoras de la variedad (o maximizadoras de especialización y expansión del intercambio lejano) del capitalismo avanzado.

En resumen, estos presupuestos de Atkinson contienen la idea clave de negarse a que el suelo (local y regional) sea percibido y operado como una «*commoditie*».

W. Rees⁴ analiza la demanda incesante e irracional de recursos naturales suscitada por el consumo urbano en torno al concepto de «huella ecológica» (que es la expresión territorial de esa demanda, alcanzando a unas 5,5 hectáreas por habitante, según el patrón desarrollado, lo que implica, en su teórica o democrática generalización, disponer de unos 25,5 mil millones de hectáreas productivas, cuando el mundo posee, al máximo de producción, sólo 13 mil millones), que implica reconocer la

³ ATKINSON, A., «The urban bioregion as a sustainable development paradigm». Ensayo en la revista *Third World Planning Review*, 14-4, 1992. Allí se expone una síntesis de los principios y temas técnicos del bioregionalismo, así como una crítica a la expansión del «*urban lifestyle*», visible en la urbanificación indiscriminada del territorio.

⁴ REES, W., «Ecological footprints and appropriated carrying capacity: what urban economics leaves out». Ensayo en la revista *Environment and Urbanization*, vol. 4-2, 1992. Rees expone el concepto de «huella ecológica» o traza ambiental territorial de cada ciudad en el contexto de una radical crítica a la pre o anticientificidad del pensamiento económico.

irracionalidad subyacente en esta pregunta que este autor formula: «*Si la ecosfera es materialmente cerrada y limitada, ¿por qué se enfatiza la extrema apertura de las regiones urbanas?*». A partir de estas ideas, Rees esboza una serie de propuestas:

- a) El desarrollo urbano sustentable sólo es teóricamente correcto en la medida que se considere la interrelación de todas las regiones urbanas.
- b) Las presiones de mercado de la sustentabilidad de una región urbana afectan la capacidad de carga y el capital natural de otras regiones.
- c) Es preciso corregir los «errores del mercado» y reevaluar consecuentemente tierras y ecosistemas.
- d) Sería necesario revisar el patrón de desarrollo de las ciudades tercermundistas.
- e) Las áreas del Sur del mundo (que poseen el 80% de los recursos naturales) deberían garantizar exportaciones del mismo que no afecten el mantenimiento de dicho capital natural.
- f) Deberían imaginarse formas de gobierno local y regional capaces de garantizar los «*life-support landscapes*» y sus potenciales de capital natural.
- g) Posiblemente, la imposición internacional del concepto de capital natural (y deuda natural, del Norte respecto al Sur) sea mucho más significativa, por su envergadura económica, que la deuda financiera (del Sur respecto del Norte).

Este pequeño resumen de ideas generadas por autores alternativos del mundo desarrollado, nos acerca un contexto político, económico e histórico en el cual situar la discusión acerca de la eventual oposición de los conceptos de patrimonio cultural y patrimonio ambiental: Creemos en tal sentido que el segundo incluye y relativiza el primero, así como reformula todo el sistema conceptual y metodológico desde el cual plantearse la problemática latinoamericana. No quisiéramos con ello devaluar la noción de cultura, sino simplemente reproponerla como el marco de lectura local, regional o territorial, para aprehender adecuadamente los términos de la antropización de lo natural, es decir, los términos de calidad o valor ambiental, en tanto dicha antropización (o culturalización) sea equilibrada y sostenible.

2. Tendríamos que ser capaces de distinguir eficazmente (o sea políticamente) la diferencia entre ecologismo y ambientalismo, entendiendo estas nociones como ideologías no semejantes, sino más bien contrapuestas. Dos pequeños libros de sendos intelectuales italianos de mediados de los años 70 (es cierto: las condiciones políticas de esos años cambiaron bastante, pero también se agudizaron los problemas ambientales; no será hora de resituar y retomar estos discursos) ayudan a discernir esta cuestión.

E. Tibaldi⁵, en su polémico panfleto «Antiecológica», propone una acerba crítica al contenido ideológico de la ciencia ecológica -en tanto funcional al sostenimiento del capitalismo, cuanto la necesidad de enfocar los problemas ambientales como problemas sociales-: «La explotación del hombre por el hombre ha permitido pensar en la relación hombre-naturaleza como una relación de explotación de los recursos. Los poseedores del poder, los patronos, pueden tomar la iniciativa de educar a los otros imponiéndoles su propio modo de ver y actuar frente a la realidad». Aquí se enuncia el desplazamiento de la problemática intersocial (o de las diferencias en la apropiación de la naturaleza) a la problemática ecológica (en tanto que «toda» la sociedad es «culpable» de afectar «toda» la naturaleza ecosférica). Sigue así Tibaldi diciendo que «...la ecología como pseudociencia del ambiente es muy reciente; hija del capitalismo avanzado, forma parte de una amplia constelación de ideologías que tienden a presentar a todos los hombres iguales; todos somos asesinos, todos somos consumidores, todos estamos contaminados, todos somos contaminadores. Pero, dado que es evidente que todos no somos iguales, entre una de las muchas fábulas que la clase dominante nos cuenta, encontramos también una fábula ecológica: *Caperucita Roja ha desobedecido a mamá-naturaleza y será devorada por el lobo-contaminación*». Por fuera del alto voltaje setentista de este discurso, queda quizás claro que existen diferencias (aún en sus estatus ideológicos) entre el ecologismo y el ambientalismo. Al segundo enfoque le interesa comprobar los efectos sociales de la irracionalidad en la relación sociedad/naturaleza, y dichos efectos devienen, entre otras cosas, de la apropiación social diferencial de fragmentos también diferenciales de naturaleza; más que integrar o globalizar, al ambientalismo le importa, sobre todo, diferenciar o localizar.

Nuestro otro autor, E. Turri⁶, en su librito «Ambiente y Sociedad», en un contexto semejante, sitúa la limitación estructural de la continua tendencia a la homogeneización cultural y, bastante antes del discurso imperativo de la globalidad, dice lo siguiente: «Una cultura tecnológicamente especializada tiene limitadas posibilidades de respuesta, limitado campo de elección fuera del ambiente en el que se ha adaptado». Sin embargo, el movimiento histórico contemporáneo presencia la expansión de una «cultura tecnológicamente especializada» (urbana, industrial, objetual, privatista, consumista) y sus «limitaciones» de respuesta y adaptación a otros ambientes se convierten ahora en problemas ambientales (para los sujetos sociales de estos ambientes «conquistados»).

⁵ TEBALDI, E., *Anti-ecología*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1980. Este texto del biólogo italiano postula que el carácter de control territorial asumido por la ecología carece de entidad científica y, en rigor, obedece a un ideológico propósito de garantizar la supervivencia de los modos capitalistas de producción.

⁶ El pequeño texto del geógrafo italiano TURRI, E., *Sociedad y Ambiente*. Madrid, Editorial Villalar, 1977, es una reflexión sobre la relación entre cultura y naturaleza desde las sociedades primitivas hasta el mundo industrial, que intenta demostrar la contingente historicidad de las problemáticas ambientales y su condición cultural (devenida del desarrollo socio-productivo), es decir, lo natural.

Llevando ahora la cuestión nuevamente al tema de lo patrimonial, es evidente que deberá distinguirse patrimonio ecológico -el relicto natural puro, el santuario o área protegida, relativamente a salvo de las acciones antrópicas que debe salvaguardarse como reserva de «stock» de recursos y/o como medida-testimonio de la naturaleza originaria, como la idea de una Amazonia de la «humanidad», no de los brasileños y, muchos menos, de los yanomami- de patrimonio ambiental. Esta segunda noción es más bien el territorio real de la interacción entre sociedad y naturaleza, en donde se entablan las luchas sociales por determinada calidad o estilo de apropiación (habitativa y productiva) de tal naturaleza territorial: es la fricción ambiental del hábitat o soporte de dominante natural más o menos tecnológicamente antropizados, y el habitar o cuadro de necesidades de vida social, fricción que, cuando deviene en algún tipo de irracionalidad, hace emerger el problema ambiental. En este sentido, una idea de patrimonio ambiental sería el reconocimiento (y, eventualmente, el manejo o la gestión) de los equilibrios o adecuaciones territoriales relativas entre grupos sociales y fragmentos de naturaleza. Por contra de discursos ecologistas que eluden la conflictividad social, diríamos que la conversión de ciertos territorios en patrimonio ambiental -como, por caso, la selva lacandona chiapaneca o los latifundios improductivos de los bordes del bioma del Gran Chaco Gualamba brasileño- implicaría la necesidad de obtener reequilibrios entre sociedad y naturaleza, que suponen tanto la resolución de las demandas de tierra del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) en México, como la instalación efectiva de los grupos familiares del MST (Movimiento de los Sin Tierra) en Brasil.

Así, la concepción del patrimonio ambiental contiene la idea de una nueva mirada sobre lo territorial, capaz de advertir, sobre todo, las características de una antropización adecuada o racional. Es lo que E. Leff⁷ propone como búsqueda y obtención de una «racionalidad ambiental», que sea crítica, superadora y abarcativa de las racionalidades históricas precedentes, como la marxista-productivista, la weberiana-instrumental o la foucaultiana-relativista. El parámetro axiológico de una noción de «racionalidad ambiental» puede servir para una actitud de crítica y control, pero también para una base metodológica de otorgamiento de valor diferencial al territorio, a la búsqueda de una adecuada caracterización de esta idea de Patrimonio, notoriamente en ciernes frente al gran desarrollo de los criterios clásicos del Patrimonio cultural (artístico, arqueológico, monumental, etc.).

Aún en un estado fermentativo y fragmentario, hay algunos discursos convergentes a la construcción de estas nociones. Por ejemplo, la revisión subjetivo-

⁷ LEFF, E., «Sobre la articulación de las ciencias en la relación sociedad-naturaleza». Ensayo incluido en la antología de LEFF, E. (ed.), *Biosociología y articulación de las ciencias*. México, Editorial UNAM, 1981. Aquí aparece un análisis histórico-evolutivo de las diferentes nociones de «racionalidad» (desde Marx hasta Weber y Foucault) para proponer la condición superadora de una «racionalidad ambiental» capaz de cuestionar los aspectos críticos del modo productivo capitalista.

perceptualista que R. Sennett⁸, en *La Conciencia del Ojo*, propone para la rehistorización completa de las ideas clásicas de la urbanidad occidental. Más que ofrecer lecturas de las estructuras de dicha urbanidad, el sociólogo norteamericano plantea estudiar, a través de la «conciencia del ojo» -o sea, el acuíñamiento de ciertas subjetividades socio-históricas en torno de las culturas de la percepción, que es una forma de la convivencia social y sus representaciones- el tema de los «fenómenos» o conductas psico-sociales más o menos recurrentes en el seno de cada cultura histórica. Entendiendo mejor al sujeto y su habitar, podremos entender mejor la relación habitar/hábitat y, por lo tanto, adquirir conocimiento de los valores ambientales y su presumible cualidad patrimonial.

Un geógrafo norteamericano, J.R. Short⁹, en su «Imagined Country» -que quizás traduciríamos como «Territorios Imaginados»- se propone una lectura de las relaciones entre la sociedad y sus ambientes, filtradas por la cultura. Aparecen, así, aspectos como la «ruralidad», el territorio o la ciudad en clave de cómo se reconocen y re-presentan, de cómo sus significados, asumidos socialmente, pueden contribuir a consolidar aspectos de identidad regional o nacional. El territorio se revisa deconstruido en un conjunto de «mitos ambientales», los que, a su vez, suelen ser retrabajados en la construcción de productos culturales, fortaleciendo esa entidad mítica. Short, en particular, analiza tres conjuntos de productos: los «westerns» norteamericanos, las novelas inglesas y las pinturas paisajísticas australianas, viendo cómo en esas configuraciones emergen los mitos ambientales territoriales, propios de cada cultura regional. Por fuera de su repertorio específico de temas-territorios (cine, novela, pintura paisajística, USA, Inglaterra, Australia), el libro ofrece pautas metodológicas que contribuyen al análisis topofilico (o afectivo) de las estructuras ambientales y sus fenómenos de percepción: nuevamente, en tal enfoque, parece poder sustentarse una indagación contributiva al concepto de patrimonio ambiental.

3. La condición americana, según las célebres páginas de Humboldt¹⁰, sería,

⁸ SENNETT, R., *La Conciencia del Ojo*. Madrid, Ediciones Versal, 1992. Este escrito re-historiza la urbanidad occidental a partir de la memoria de los sujetos sociales significativos y su grado de conciencia perceptiva, proponiendo una reconsideración textual o narrativa de los hechos urbanos y su condición patrimonial.

⁹ SHORT, J. Rennie, *Imagined country. Society, Culture and Environment*. Londres, E. Routledge, 1991. Lo paisajístico releído a través de sus diversas «traducciones» en algunos registros artístico-culturales: el «western» norteamericano, la novela «ambientalista» inglesa y la «landscape painting» de los territorios naturales australianos. Por fuera de sus estudios específicos, este libro ofrece ideas metodológicas para analizar el Patrimonio ambiental a través de sus representaciones socio-culturales.

¹⁰ HUMBOLDT, A. Su obra completa americana se editó en siete tomos bajo el título *Personal Narrative of travels to the equinoctial regions of the new continent during the years 1799-1804*, confirmada con el naturalista francés BONPLAND, A. en Nueva York en 1966. Las *Cartas Americanas* (edición de C. Minguet. Caracas, 1980) y, fundamentalmente, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (edición de J. Labastida. México, 1974) son fragmentos de la antología general que analizan, tanto la excepcionalidad del mundo natural -la Hylea- americana, como el atraso o la precariedad comparativa del desarrollo cultural americano, sobre todo criticándose el primitivismo de sus monumentos arquitectónicos.

esencialmente, la de una omnipresencia magnificante de lo natural -que dio curso al bautizo de *Hylea*, con que el científico prusiano se permitía, en terminología griega, renombrar América- aunque, a la vez, presentaba en clave evolucionista un claro enfoque del desarrollo cultural americano como perteneciente al cuadro de los pueblos primitivos. Si todo lo natural era más grande y complejo que lo que manejaba su experiencia eurocéntrica, todo lo cultural -visible desde el registro de las costumbres hasta en la cualidad de las ruinas arqueológicas- le parecía menos valioso y más primitivo que los parámetros recogidos por dicha experiencia de talante enciclopédico. De todas formas, el entusiasmo del ojo científico europeo -que, por otra parte, integraba el amplio espectro de los viajeros y cronistas, desde Fernández de Oviedo hasta Darwin- rescataba la relevancia del mundo natural primigenio que, en el transcurso del tiempo, recogió la valoración de biodiversidad excepcional con que ahora mismo es reconocida esta región (y hemisféricamente, el Sur en general, depositario de las reservas más nutridas y variadas de recursos), y que dio vía a los discursos globalizantes de la Conferencia de Río y su discutible Agenda 21. El reconocimiento de esa biodiversidad es, desde luego, una clave para construir el criterio de patrimonio ambiental, como un marco que, desde ese fundamento, integre de manera sedimentaria la antropización ulterior, y no que derive hacia una idea de patrimonio según la cual la cultura es, esencialmente, conflicto u oposición respecto del mundo natural.

Un buen ejemplo de esta idea integrativa y superadora del criterio de patrimonio lo configura el área de algo más de 32.000 hectáreas consagrada al Santuario Natural de Macchu Picchu: allí están, como se sabe, las ruinas de la ciudadela incaica, pero también, como se sabe mucho menos, 374 especies distintas de aves, casi el 5% de la totalidad de especies conocidas en el mundo en un área de pocos kilómetros cuadrados. En rigor y retrospectivamente, es preciso revalorar el gesto antrópico de los incas, en la selección del sitio y en el acogimiento de una instalación artefactual cultural en el contexto de una entidad paisajística y ambiental, generando, por tanto, un fragmento complejo de interacción entre sociedad y naturaleza, es decir, un excelente ejemplo constitutivo de lo que llamamos patrimonio ambiental, capaz de contener y enriquecer la mera instancia del patrimonio cultural (objetual, arqueológico, artístico, urbano-arquitectónico, etc.). El sitio pre-patrimonial, por así llamarlo, aparece como determinación y posibilidad del acto antrópico (en tanto instalación territorial consciente y compleja) y, en esta condición, como cualidad esencial contributiva a la constitución del valor patrimonial. La antropización primaria o el gesto fundacional de instalación puede así ser entendido como un modo de lectura, interpretación o reconocimiento de la condición natural del sitio, de su cualidad de «*locus*» natural. En Wiñay Wayna, un sitio apenas a 6 kilómetros de Macchu Picchu, existe todo un proceso de desarrollo del gesto antrópico (el proyecto y construcción del sitio artificial) deducido de lecturas de reconocimiento del lugar natural preexistente: en la secuencia de baños rituales que elaboran el tema de las cascadas de un riachuelo que desciende desde Phuyupatamarca, en el edificio semicircular que «dialoga» e imita el nevado Wakay Wilka, al que se enfrenta. La

pedra sagrada del Templo de la Luna de Macchu Picchu evoca o describe la montaña venerada del Pumasillo, creándose un objeto-eco de la forma natural, como ocurre también en el llamado Templo del Cóndor, en el Intiwatana o la piedra sacrificial o astronómica que intercepta las trazas macroterritoriales del sitio (la conexión entre cuatro montes ceremoniales) y en el Templo de las Tres Ventanas, que no sólo permite medir los solsticios, sino que le hizo inferir al descubridor Bingham que se trataba del sitio que reconstruía el mito fundacional incaico con la alusión a los hermanos Ayar y su emergencia al mundo desde tres nichos o cavernas, su llegada a la luz desde las rocas.

Se da, pues, toda una compleja imbricación de historia (mitificada) y naturaleza, y la pura producción antrópica se nutre de discursos de interpretación y reconocimiento del paisaje, en tanto éste vehiculiza los elementos cosmogónicos de la sacralidad panteísta de la que se constituye, no sólo la historicidad o el transcurrir temporal al compás de los pulsos rituales, sino, asimismo, toda la cotidianeidad social, aún en las diferencias estamentarias de estas formaciones. Este mecanismo proyectual o interpretativo -del cual emerge toda la producción que luego reconoceríamos como de calidad patrimonial- no sólo es encontrable en los grandes conjuntos urbanos o sitios de acogimiento de un complejo territorial en el contexto de un sistema natural, sino, asimismo, en todo el espectro material, que incluye a las piezas arquitectónicas de tales conjuntos y a los objetos cívico-funcionales complementarios (queros, estelas, artefactos funerarios, textiles ceremoniales, etc.).

Decimos que esta materialidad ritual y cotidiana, saturada de significación cosmogónica de base panteísta, está apoyada en una voluntad integrativa de lo antrópico en lo natural, básicamente a través de mecanismos poiético-proyectuales miméticos (por lo demás, bastante semejantes a la «*tekne*» griega, también equidistante de los polos del arte y el artesanato) y, por otra parte, es la forma de re-escribir -en un contexto cultural sin escritura a la manera occidental- el discurso de lo arquetípico en lo ritual cotidiano o, si se quiere, de articular historia y mitología. Bastante se ha dicho acerca del fenómeno de fusión de historia y mitología con que los cronistas españoles -formidablemente resumidos, en la complejidad de su proyecto, en *Orbe Indiano* de D. Brading¹¹- emprendieron el registro de la aventura de la colonización, según el cual, y seguramente imbuidos del espíritu milenarista, acometieron un trabajo semejante al de los responsables de las Escrituras, en cuanto a su «natural» disposición a fundir mitología e historia, por cierto bajo el tamiz de la cristología que predicaban:

¹¹ BRADING, D., *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*. México, E. Fondo de Cultura Económica, 1991. Se trata de un soberbio resumen de la historia americana del período citado en base al comentario de los textos de los cronistas indianos (Anglería, Bernal, Oviedo, Las Casas, Gomara, Mallorquín, Acosta, etc.). A partir de esta cuidada interpretación de textos, puede leerse, al trasluz, la historia americana reelaborada en torno de las mistificaciones de estas escrituras, no documentales, sino apoyadas en el registro variado de los testimonios orales y las propias experiencias.

así se explica, como señala H. Urbano¹², que el clásico ciclo andino de los héroes Wiracocha sea transcripto/descrito a la luz de las teologías que portaban los cronistas, o bien que lo que no era funcional a esa teología -como, por caso, el ciclo de un verdadero anti-héroe cristiano como Thunupa, sin embargo de fuerte presencia mítica, aún hoy, en el mundo andino- fuera directamente ignorado. La historiografía andina (y, en cierto modo, la mesoamericana) ha aceptado constituirse a partir de esta base mitológica, en tanto considera como fuentes primarias documentales a tales productos cronísticos, que cumplieron el inicial y fundante rol de construir discursos temporales organizados a partir de una materialización de lo mítico: la discursividad historizante de los cronistas respecto del material mitológico ha producido, artificialmente si se quiere, un diferente documento; la transcripción espacial o la indagación de las expresiones concretas de esta materialidad podría dar paso a una análoga construcción de otro núcleo conceptual, como sería el caso de otra noción (respecto de la europea tradicional) de monumento o «unidad» de patrimonio. Así, como hay una historiografía devenida del proyecto de re-escritura de los discursos mitológicos y su conversión en soporte documental, podría haber una concepción patrimonialista, más bien de alcances ambientales antes que artístico-culturales, que emergiera del correspondiente análisis de las expresiones material-espaciales de dicho sistema mitológico. Parte de ese trabajo está desarrollado en diversas investigaciones, como la antología organizada por H. Urbano, citada en la nota 12, en la cual un grupo de diferentes expertos abordan el análisis del carácter fundante de lo mitológico en un cierto conjunto de materiales (alrededor del tema de la figura -en las tunicas, las pinturas o la iconografía arquitectónica- y del tema de la palabra -en los cuentos folklóricos y las tradiciones orales-), precisamente a partir de cómo esos materiales no documentales fueron reelaborados, transcriptos y «explicados» durante el período colonial y, preferentemente, en torno de las interpretaciones sincretistas e inter-culturales de los cronistas eclesiásticos: así, el tamiz de los cronistas -o la muy peculiar transcripción del sistema mitológico americano hecho, en buena medida, por intelectuales utopistas europeos, como eran, básicamente, algunos dominicos, franciscanos y jesuitas- resulta un importante aspecto en cuanto a la necesidad de abordar o definir una noción alternativa de Patrimonio, apoyada, en este caso, y a partir del rol fundante de lo mitológico, en la relectura acerca de las relaciones sociedad/naturaleza que engendra la cualidad ambiental que consideramos sustancial en nuestro análisis americano.

¹² URBANO, H., «Introducción al estudio del espacio simbólico andino». Ensayo de apertura de la antología a su cargo, *Mito y simbolismo en Los Andes. La figura y la palabra*. Cusco, edición del Centro Bartolomé de Las Casas, 1993. Urbano tiene una postura contradictoria: por una parte, programáticamente, tiende a desmitificar el potencia utopizante de las tradiciones andinas (confrontando, sobre todo, con las ideas de A. Galindo) en nombre de una modernidad inevitable; por otra parte, sus eruditos estudios del potencial simbólico andino tienden, al menos, a demostrar, no sólo su importancia histórico-cultural, sino incluso su vigencia.

4. Sobre la base de los sedimentos ambientales y mitológicos descritos, emerge la idea de paisaje como estructura o forma que engloba y sintetiza el *continuum* en el cual deberíamos ser capaces de efectuar lecturas interpretativas tendentes a indagar acerca de la existencia de unidades o elementos de patrimonio, no ya en los convencionales términos de materialidad discreta, sino según otros parámetros y valoraciones. En cuanto realidad presente y, a la vez, registro de los cambios históricos (en tanto actitudes o procesos antrópicos transformativos de lo natural, original o fundante), en América parecen existir, al menos, cuatro situaciones que merecen nuestra consideración preferente:

- a) El paisaje como objeto y condición de contemplación y los efectos existenciales devenidos de tal situación.
- b) El paisaje como escenario y testimonio de transformaciones antrópico-productivas.
- c) El paisaje alternativo de las «imperfectas» ciudades americanas.
- d) El paisaje en tanto condición activo-receptiva en cuanto a una producción cultural más bien integrativa e imitativa respecto del paisaje como macro-forma o soporte finalmente acogedor de esa clase de producción (o micro-forma).

En ésta y en las tres subsiguientes notas analizaremos cada una de estas nociones o proposiciones que, en rigor, pueden llegar a contener los términos programáticos de una indagación alternativa -en tanto ambiental y mitologista- respecto a la cuestión del patrimonio en su dimensión territorial.

Desde luego, la idea del paisaje como objeto y condición de contemplación y, a partir de ello, la emergencia de diferentes construcciones (desde psicológicas a filosófico-religiosas) es quizás la más americana -o, extensivamente, extra-occidental- de las nociones habituales y la que menos se ajusta a la idea convencional de cultura, entendida más bien como distancia, enfrentamiento (transformativo) y aún violencia respecto de la dimensión arquetípica del paisaje: la cultura occidental hace gala del valor humano de lo diferencial respecto de lo natural y, en ese valor diferencial, constituye su idea básica de patrimonio.

R. Kusch¹³ matiza algo más este respeto por el paisaje de dominante natural,

¹³ De los varios textos del antropólogo argentino KUSCH, R., las referencias acerca de la posibilidad de una estética americana se encuentran en su artículo «Anotaciones para una estética de lo americano», aparecido originalmente en la *Revista Comentario*, n° 9. Buenos Aires, 1955, y luego reeditado varias veces hasta en uno de sus últimos libros, *La seducción de la barbarie*. Rosario, Editorial Ross, 1990. Conectado con este pensamiento y a la búsqueda de una cierta identidad americana confrontada respecto de una idea de «racionalidad metódica», véase el ensayo de FERNÁNDEZ, E., «La piedra que desecharon

al señalar que, por fuera de la idea amable que subyace en la visión científica de Humboldt sobre el paisaje americano, por el contrario, en la raíz de la vida real, éste inspira temor, conmueve y se presenta como amenazador y eventualmente dañino, como se expresa, por ejemplo, en la novelística de Rivera, Icaza o Asturias: es decir, hay cierto espanto humano frente a lo in-humano (o sobre-humano) del espacio natural, el cual «queda ahí», a ser contemplado y conjurado lejos de toda voluntad técnica de dominación. El entendimiento de lo comunitario-solidarista americano debe situarse, así, en una actitud de elemental defensa o hábito de mera supervivencia. El relato del Popol-Vuh de los mayas no es otro que la reiteración del mito americano de las cuatro edades, según las cuales se trata de sobrevivir ante la presión del Gigante Negro (la Naturaleza) mediante adaptaciones sucesivas, con contenidos mágicos o alquímicos que, como el Gigante Blanco (el maíz), garantizarían, sólo de forma solidaria, la supervivencia. Así, la vida cotidiana -por ejemplo, el ciclo de las prácticas agrícolas- es fuertemente emocional y mágica (poco y nada técnica), y en permanente contacto temeroso y reverencial con la envolvente natural, cuyo paisaje debe ser objeto de constante contemplación y desciframiento: esta actitud, aún o sobre todo, en el mundo práctico cotidiano, implica nutrir lo habitual de un contenido mágico, y ello supone el montaje de rituales, o sea, despliegues plásticos o manifestaciones expresivas. Para apenas vivir (no trascender), hay que entender/descifrar la naturaleza, y para conjurar su in-humanidad (o monstruosidad destructiva), hay que practicar rituales mágicos conjuratorios (rogativas, reclamos, agradecimientos, invocaciones), y ello establece la actividad que llamaríamos expresivo-sensible (o, muy imperfectamente, artístico-cultural).

Por eso, la «objetualidad» -o, si se quiere, la materia del patrimonio- no es nada fuera de su interpretación en el contexto de su relación con lo natural, desde lo que se entiende y funda como ritual. Un efecto subsidiario de este componente que define lo patrimonial como ambiental y mitológico, es la voluntad de exposición, la apertura al espacio de lo natural y, consecuentemente, por ejemplo, en la arquitectura, la voluntad de circunscribirse a la idea de espacio abierto, no interior: sin contacto con la cosmogonía de lo natural -el ciclo de la luz solar o de las estaciones, la alternancia sol-lluvia, etc.- la vida «interior» resulta altamente insegura o peligrosa. Y otro efecto secundario, de alto interés, es la geometrización de los «productos culturales», entendible como el máximo gesto de conjuración de lo monstruoso-natural, la aventurada idea de proponer un mínimo orden cósmico-humano frente a la omnipresencia de lo caótico-natural o in-humano. Se ha sostenido, dado el origen de la expresividad geometrizarante en las prácticas textiles (los *tocapus* incaicos, por ejemplo), que este efecto estético particular es una expresión de la estabilización

los constructores. Notas sobre el origen de la racionalidad metódica», en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, XIII-13. Buenos Aires, 1988: a una «*res cogitans*» europea (intelectual, totalizadora, urbano-burguesa y metropolitana) se podría oponerle una «*res extensa*» americana (manual, sensible-fragmentaria, agrario-proletaria, colonial).

humana en su conflicto de supervivencia y, paralelamente, una manifestación devenida de la instauración de formas matriarcales. Lo último que vale la pena consignar en este párrafo comentador de las ideas de Kusch es que, si bien se trata de referencias al momento indígena o fundacional americano, muchas de estas características, concurrentes a definir «lo esencial americano» en relación a la idea de patrimonio ambiental, subyacen todavía y han atravesado nuestra historia, «contaminándose» con el contacto formal con la cultura occidental y convergiendo, con fuerte vigencia de aquella originalidad, en la conformación de los híbridos discursos del mestizaje.

En algunos estudios etno-arqueológicos andinos de R.T. Zuidema¹⁴, las relaciones contemplativo-operativas de sujetos/comunidades y territorios -lo que da lugar a la sustanciación de las complejas relaciones ambientales y sus consecuencias patrimoniales- echan bastante luz, junto a otros trabajos, respecto de estos aspectos rito-mitológicos, en su faz de manifestación territorial. Por ejemplo, Zuidema ensaya una explicación de los ceques, ejes que describían la estructura territorial a partir de su capital, Cusco, y que, a través de ciertos elementos materiales (trazas, constelaciones de huacas o enterratorios ceremoniales) cumplían, además, funciones más complejas, desde evocar los ritos fundacionales y sus genealogías constitutivas del poder aristocrático, hasta designar los espacios territoriales del curacazgo. Los 41 ceques irradiados desde el Templo del Sol interceptaban 328 lugares sagrados o huacas, y esta organización no sólo representaba la historia/mitología y la organización del Imperio, sino que también implicaba un modo de interpretar la complejidad del mundo (sobre)natural, ya sea a través de la posibilidad de registrar fenómenos astronómicos en dichas trazas, como, sobre todo, ordenar y regular la administración hidráulica del territorio, articulando, en este caso, nuevamente, los aspectos rituales conjuratorios del mundo natural con el manejo del recurso en su finalidad productiva agrícola. Si bien dominado por una cosmovisión mitológica panteísta, el territorio era manejado, desde esta complejidad de sentidos mágicos y técnicos, concurrentes a establecer cierta conceptualización de las relaciones ambientales y, por ende, de los artefactos patrimoniales. En base a los ceques, se montaban ceremonias invocativas que, como la Citua y las de los parajes Socaire y Occros, rogaban a las montañas, en la dirección provista por cada eje específico, que otorgase su cesión anual de aguas, mediante instrumentos precisos, como las talatur, letanías de 12 coplas que los sacerdotes oficiaban en las noches adecuadas.

5. Con ser significativo el concepto de contemplación del paisaje y su condición fundante de una posible cualidad americana cifrada en el «mero estar», lo cierto es que la colonización europea, basada en una estrategia de ocupación extensiva

¹⁴ ZUIDEMA, R.T., «Lugares sagrados e irrigación: tradición histórica, mitos y rituales en el Curso». Ensayo incluido en su antología *Reyes y Guerreros. Ensayos de cultura andina*. Lima, Edición Fomciencias, 1989.

de los territorios en base a distintos dispositivos como las ciudades, los repartimientos urbanos y territoriales (las mercedes o suertes de chácaras y estancias), y los contratos encomenderos, supuso, en un plazo más bien corto, una intensa remodelación antrópica del paisaje natural y, por ello, el inicio de una tradición eurocéntrica, cuyas características quedaron en un término medio híbrido respecto de ambas tradiciones habitativas.

De tal forma, el paisaje americano agregará una dimensión adicional a su antigua condición de dominante natural y emergerá, así, el paisaje de las grandes transformaciones antrópicas del territorio, a veces en el contexto de ciertas manifestaciones de modernidad de «laboratorio»¹⁵. Desde este punto de vista, y ya desde la inicial operación ocupacional caribeña, pocos años después del arribo de Colón¹⁶, se sucederán numerosas experiencias de transformación productiva y habitativa del paisaje natural: desde su puesta en producción e intercambio, como lo prueban las innovativas explotaciones mineras de Potosí y el montaje de complejas novedades tecnológicas y socio-económicas¹⁷, el despliegue de las economías primario extractivas con características de enclave y sus estrategias de desplazamiento metropolitano de las materias obtenidas, por ejemplo, mediante el sistema de las flotas de galeones¹⁸ o las organizaciones adaptativas de viejas instituciones europeas a la realidad americana, como, por ejemplo, los complejos conventuales, como El Tejar y San Francisco de Quito, Los Descalzos en Lima o Santa Catalina de Arequipa¹⁹. En rigor, las características de todas estas estrategias urbano-territoriales, no sólo significaron la apertura a una reordenación esencialmente urbana del territorio, sino subsecuentemente, el desarrollo de una concepción de lo patrimonial novedosa para la América aborigen (aunque aprovechará su potencial artesanal y simbólico), semejante -aunque, a la vez,

¹⁵ FERNÁNDEZ, R., *El Laboratorio Americano*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1997.

¹⁶ En el ensayo de MORSE, R., «Tendencias y planteos en la investigación urbana latinoamericana. 1965-1970», incluido en su libro *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*. Buenos Aires, Editorial SIAP, 1971, su autor examina varias estrategias urbano-territoriales americanas, como la fundación de las 15 ciudades de la Isla de La Hispaniola a cargo de Ovando en 1504-1505, el desarrollo urbano del área poblana mexicana hacia el siglo XVI o el caso de la irradiación territorial de centros como Tunja, en la Nueva Granada del siglo XVI.

¹⁷ TANDETER, E., *Coacción y Mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial. 1692-1826*. Cusco, Ediciones del Centro Bartolomé de Las Casas, 1992. Éste es un documentado estudio de la concurrencia de elementos tradicionales, como la mita, la minga y la kajcha, junto con fenómenos de novedad económico-financiera de tenor cuasi capitalista, tanto como respecto de innovaciones tecnológicas en la azoquería y el refinamiento del mineral.

¹⁸ En el ensayo de BENÍTEZ ROJO, A., «La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña», *Revista Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 429. Madrid, 1986, se efectúa un análisis de los procesos agro-extractivos de enclaves desarrollados en el Caribe durante el período colonial, así como del sistema de las flotas de galeones diseñado por el asturiano Menéndez de Avilés.

¹⁹ Un breve análisis de algunas características propias de los conventos americanos consta en el ensayo de BONET CORREA, A., «El Convento de Santa Catalina de Arequipa y la arquitectura de los conventos de monjas en Hispanoamérica», incluido en el texto antológico *Simpósio Internazionale sul Barocco Latino Americano*. Roma, E. IILA, 1982.

distinta en su «imperfección» e hibridación- a los desarrollos culturales europeos, sobre todo de los periodos culturales renacentista y barroco. Esas semejanzas/ diferencias, que dieron lugar, como sabemos, a intensos debates historiográficos e iconológicos, por caso, sobre el barroco americano y su respectiva posibilidad de autonomía como expresión artística²⁰, constituyen, aún en sus posibles divergencias de interpretación y valoración, los términos de un nuevo capital patrimonial que debe incorporarse en el análisis americano.

El desarrollo de las ciudades americanas en su correlación con la apropiación de los vastos «*hinterlands*» rurales, es lo que, en general, dio motivo a sus fundaciones, es otra de las facetas del análisis que debe abordarse en la consideración de lo específico patrimonial americano: es lo que propone el significativo estudio de J.L. Romero²¹ y su indagación en torno de las diferentes fases históricas y tipos ideológicos de ciudades hidalgas (siglos XVI-XVII), criollas (siglo XVIII), patricias (1800-1880), burguesas (1880-1930) y de masas (1930-1970). El encuadre de Romero, eficazmente contenedor de los términos colonizantes del proceso de urbanización americana, pero también de sus paulatinas instancias de identificación diferencial, es particularmente interesante desde nuestras necesidades de definir la especificidad patrimonial, puesto que ensaya una ejemplificación y valoración del corpus patrimonial en tanto correlativo del concepto predominantemente eurocéntrico culturalista (literatura, artes plásticas, monumentos arquitectónicos, etc.), pero más relevantemente, instala la historización del desarrollo urbano americano en el contexto de los procesos de transformación antrópica del territorio, por ejemplo, presentando los casos de las ciudades mineras auríferas brasileñas, las cafetaleras colombianas o los enclaves portuarios. En tales esquemas, la reformulación de las diferentes clases de relación campo/ciudad no sólo es funcional para explicar el proceso político-cultural urbano, sino también indirectamente, para entender aspectos de las percepciones y representaciones simbólico-artísticas y de las recalificaciones de la cultura material, aspectos esenciales para la construcción de parámetros patrimoniales americanos, nuevamente articulables en la condición esencialmente ambiental, en tanto articulación de las sociedades (ahora predominantemente urbanas) con sus territorios naturales.

En este sentido, un trabajo del filósofo argentino E. Dussel²² acerca de lo que denomina «*filosofía de la poiésis*», es particularmente interesante, no sólo por definir la cuestión poiética, sino por intentar aplicar el término en una historización que comprende no sólo una revisión del concepto en el seno del desarrollo cultural

²⁰ Acerca del provincialismo del llamado «Barroco americano» y, por lo tanto, de su valor relativamente reelaborativo, se sabe han existido diferentes posturas de descalificación de una eventual especificidad (Palm, Gasparini), junto a otras de mayor valoración (Bayón, Gutiérrez, Bonet, Mesa-Gisbert, Castedo, etc.).

²¹ ROMERO, J.L., *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. México, Editorial Siglo XXI, 1976.

²² DUSSEL, E., «Filosofía de la poiésis». Ensayo incluido en su libro *Filosofía de la producción*. Bogotá, Editorial Nueva América, 1984.

europeo, sino también en sus facetas exo-europeas (oriental, árabe y, especialmente, americana). Para Dussel, la «*poiésis*», palabra de origen griego, identifica las relaciones histórico-tecnológicas de las sociedades con la naturaleza, a partir de una consideración central en torno del trabajo humano: es, por tanto, diferente de la «*praxis*» o «práctica», que supone el análisis de las relaciones hombre-hombre, es decir, aquellas relaciones esencialmente políticas y constitutivas de las relaciones sociales de producción. En el fondo, la historización poiética conlleva a realizar lo que Marx llamaba una «historia crítica de la tecnología», y este trabajo, para Dussel, será esencial, no sólo para establecer el marco evolutivo hegemónico dominante en la tradición europea, sino los términos en que tal evolución y hegemonía se presentan respecto de la situación americana. En el análisis histórico-poiético «central», Dussel presenta las características griegas clásicas, feudales y modernas (en torno de los análisis de la producción estética y técnica en Kant, Hegel, Heidegger y Marx) y, a contraluz de tal desarrollo conceptual, los efectos poiéticos en el mundo latinoamericano (colonización-evangelización, ortodoxia-innovación en el despliegue de modos productivos, periferización, dependencia y neo-capitalismo, populismos y desarrollismos, estrategias de liberación, etc.). Lo importante de esta propuesta de historización poiética (en términos ambientales y tecnológicos) es que permite construir las diferencias entre América y Europa en el nivel de las prácticas y los objetivos y, por lo tanto, ayuda a resituar la indagación de lo patrimonial nuevamente en un campo de semejanzas y diferencias, de similares recursos tecnológicos y concepciones acerca del trabajo humano en general y del artístico en particular y, asimismo, de oposiciones en el campo de definición de lo material y su valor-apropiación y, por tanto, también de posibles oposiciones entre capital material-culturalizado y capital simbólico-mitologizado.

6. Si la idea de un paisaje antropizado, unas transformaciones más o menos profundas de los territorios de dominante natural, supone ser otra de las características en la que buscar criterios americanos, específicos en cuanto al concepto de patrimonio, la ciudad -que también es, básicamente, expresión esencial de la conformación de la cultura material de raíz eurocéntrica- resulta ser un ámbito de cierto modo peculiar de América en cuanto a nuestros intereses. N. García Canclini²³ estudió especialmente estos fenómenos, dentro de lo que llamó «culturas híbridas», o formas peculiares de modernidad periférica, mestiza y populista.

En primer lugar, en cuanto a sus características de «ciudad otra», de circunstancia determinada por una especie de homogeneidad uniforme, en la que prevalece la anomia de la gestualidad colectiva. En este ítem resultaría interesante verificar la

²³ GARCÍA CANCLINI, N., *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Editorial Grijalbo, 1990. Se trata de un fundamental libro para la consideración de las culturas del mestizaje americano, en el contexto de su inserción espúrea en el mundo del mercado y la mass-mediatización, que incluye una interesante discusión convergente «hacia una teoría social del patrimonio» (capítulo IV, «El Prevenir del pasado»).

aplicación y eventual especificidad de una serie peculiar de «no lugares», como los que M. Augé²⁴ propuso para la ciudad europea o, en general, la ciudad resultante de la homogeneización global del consumo. A las características de ciudad discreta o anónima, en cuanto a aspectos de materialidad formal (de los que suele derivarse la idea de patrimonio material urbano), se le podría oponer la relativa relevancia de una ciudad in-material, una ciudad atravesada por relatos, como ha sido materia de variada y nutrida producción ficcional y como quedó propuesta en el concepto de «ciudad letrada» de A. Rama²⁵ que, por otra parte, como plantea R. Adorno²⁶ podría recoger el afán descriptivo-textualizador de tempranos cronistas americanos como Guamán Poma, por lo demás un feroz crítico de la trasposición americana de la modernidad urbana europea barroca.

En segundo lugar, por la traducción de esas cualidades de anomia e indeterminación en cierto conjunto de características, si no específicamente propias, al menos muy notorias en la ciudad americana, como la importancia de los tejidos homogéneos y cierto repertorio escueto de tipologías repetitivas, la condición agregativa de unidades de relativa homogeneidad interna, como son los «barrios» y la relevancia de componentes que, en rigor, son extraurbanos o «*bordeline*», como el suburbio, el arrabal, la periferia, la interfase campo-ciudad. Este fenómeno de identidad barrial resultó ser extremadamente funcional para el acogimiento de las migraciones europeas modernas, otra característica típica de la cultura urbana de varias ciudades americanas, como lo estudió, por ejemplo, S. Spini²⁷ para Bixiga, un barrio de migrantes italianos en San Pablo, donde quedaron dibujadas cuestiones muy nítidas propias de su identidad patrimonial «débil» (ocupaciones urbanas, oficios y herramientas, fiestas y rituales urbanos, modos de instalación habitacional y productiva, costumbres habitativas, etc.).

²⁴ AUGÉ, M., *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, Editorial Gedisa, 1994. Celebrando el redescubrimiento urbano de los antropólogos (ya sin territorios naturales vírgenes por explorar), el libro inicia cierta consideración de la anomia urbana «sobremoderna» y abre un método (antropológico) y un objeto (las culturas de los «no-lugares» urbanos) promisorios y de necesaria consideración que, en el caso americano, parece liderar García Canclini.

²⁵ RAMA, A., *La ciudad letrada*. Hannover, New Hampshire, Ediciones del Norte, 1984. Rama sistematiza para el caso americano una clase de estudios acerca de la ciudad re trabajada desde la escritura y la visión ficcional de los narradores, que ya habían desarrollado, por ejemplo BUCK-MORSS, SCHORSKE o BERMAN, y que en América merecerá luego investigaciones como las de SARLO, CÁNDIDO o ACHUGAR.

²⁶ ADORNO, R., *Cronista y príncipe. La obra de Don Felipe Guamán Poma de Ayala*. Lima, Editorial PUCP, 1989. Este es un preliminar estudio del célebre memorial de 1615 del cronista andino, revisado como instrumento de percepción/representación del mundo colonial y de las latentes oposiciones entre modernidad europea y tradicionalidad andina en el campo de lo espacial y objetual.

²⁷ SPINI, S., *Bixiga. Avio d'uma pesquisa etnourbana*. San Pablo, Brasil, Editorial IIC. 1984. Se trata de la indagación y registro del corpus patrimonial de un barrio popular paulistano fruto de la inmigración italiana de principios de siglo: bajo la influencia de los estudios patrimoniales populares de Guidoni se lleva a cabo un prolijo inventario de un Patrimonio «débil», que cruza testimonialidad oral y objetos lábiles o evanescentes.

En tercer lugar, la relevancia de la imbricación cultural de pautas rurales en el contexto de la vida urbana, como consecuencia de los relevantes y muy activos procesos migratorios campo/ciudad y por la peculiar forma de aculturación urbana del migrante de origen rural. La significación de elementos de socialidad rural en la vida urbana no aculturada -como la minga o los modelos de ayuda solidaria, el compadrazgo de origen tribal o de formas cooperativas como el ayllu andino, el intercambio en base al trueque y aún la existencia de intercambios simbólicos como las formas potlach o la persistencia de una vasta dotación de rituales simbólicos de origen mitológico agrarista- son características que suelen encontrarse de manera prevaleciente en algunos escenarios urbanos americanos. El citado García Canclini estudió muchos de estos fenómenos para el caso mexicano, uno de los más importantes.

En cuarto lugar, la importancia de la pluralidad cultural devenida de los factores multiétnicos y de la coexistencia de variadas minorías urbanas. Si bien éste es un aspecto generalizado de cualquier cultura urbana contemporánea, esta mixtura es específica de América en relación a las procedencias internas de sus contingentes de recientes migrantes. Factores tales como la desintegración de estos migrantes (o su pseudociudadanización mediática y su pertenencia a las llamadas redes informales), así como la apropiación blanda y transitoria de algunos espacios urbanos, son algunas características que se conjugan en la determinación de nuevas ritualidades urbanas y en el despliegue de lo que podríamos llamar «patrimonio in-formal» (como, por ejemplo, en formas musicales como el «rap» urbano, el arte callejero o de «graffitis», etc. Es decir, en parte, lo que A. Silva²⁸ estudió bajo lo que denominó «imaginarios urbanos», especialmente para el caso de ciudades colombianas y brasileñas). Un investigador social peruano, G. Portocarrero²⁹ se ocupó de analizar conductas psico-sociales de migrantes rurales afincados en Lima, llegando asimismo a comprobar la existencia de modos complejos de imbricación cultural y social, conflictos interétnicos y consecuencias específicas, no sólo en el plano de las relaciones grupales, sino también en el cuerpo de la materialidad y los objetivos cotidianos y simbólicos.

7. Deducidas de las tres nociones anteriores de relaciones paisaje/patrimonio (el paisaje natural y la contemplación, el paisaje de las transformaciones antrópicas territoriales y urbanas y el paisaje de las ciudades de patrimonio «débil» y anónimo),

²⁸ SILVA, A., *Imaginarios Urbanos*. Bogotá, 1985. Este estudio registra la productividad urbano-social popular, como los «graffitis» y demás expresiones de arte callejero, focalizado en los casos de Bogotá y San Pablo.

²⁹ PORTOCARRERO, G., «El psicoanálisis, las ciencias sociales y el mundo popular». Ensayo incluido en la antología a cargo de URBANO, H. (comp.), *Modernidad en Los Andes*. Cusco, Edición del Centro Bartolomé de Las Casas, 1991. Además de ofrecer un detallado estudio crítico de las posturas de diferentes científicos sociales sobre el mundo de la marginalidad popular urbana, detecta, como conclusión de trabajos de campo, la perduración de componentes míticos en el encuadre cotidiano del emigrante rural reciente de las grandes ciudades, desconfianza respecto de la modernidad y refugio en prácticas y rituales conjuratorios y de sanación frente a la hostilidad y ausencia de solidaridad del mundo urbano.

emerge una cuarta y última caracterización, según la cual podría postularse, para el caso americano, la existencia de una suerte de voluntad cultural (o «*kunstwollen*»), tendente a configurar objetos o elementos de la cultura material con fuerte imbricación en las estructuras dominantes del paisaje, incluso intentando que el objeto mismo pueda ser leído y entendido como un fragmento de dichas estructuras generales; un micro-objeto contextual y perteneciente a las macro-estructuras paisajísticas.

Esta voluntad interactiva objeto/paisaje opera, tanto como clave para analizar nuevas dimensiones patrimoniales, así como vía organizadora de una proyectualidad de posible alcance patrimonial, al menos en el registro de lo que hemos identificado como patrimonio ambiental. La noción de una micro-objetualidad contextualista no forma parte exclusiva de la modalidad productivo cultural americana, sino que puede ser extensiva a muchas culturas, por así llamarlas, pre-modernas: en el contexto europeo, ello puede ser verificado en varios casos de culturas materiales agrarias y populares, cercanas a los casos vernaculares, como quedara registrado en los varios estudios etno-urbanísticos desarrollados, por ejemplo, por E. Guidoni³⁰. Incluso en algunos escenarios tan sofisticados como los del diseño industrial, pudieron proponerse «modos proyectuales», según los cuales algunos objetos de diseño fueron pensados desde su eventual pertenencia conceptual a las diferentes regiones italianas³¹.

Desde la perspectiva específica de este ensayo interesan considerar tres cuestiones relevantes para América Latina: el de los objetos artesanales, el de los objetos o constructos arquitectónicos caracterizados por una materialidad análoga a la de sus soportes ambientales, y el de los objetos o constructos arquitectónicos caracterizados por una determinación formal que pretende generar cierta clase de asimilación geográfica o geológica con las estructuras del paisaje preexistente. En estos casos, podríamos proponer la existencia de valores o cualidades en términos patrimoniales, a partir de ciertos tipos de elaboración de principios de contextualismo ambiental.

El objeto artesanal, como por ejemplo lo trata y caracteriza T. Escobar³², se presenta como una dimensión relevante de la actividad popular y, en tal caso, se revela

³⁰ De los múltiples trabajos de investigación etno-urbanística de GUIDONI, E., puede dar cierta imagen de síntesis su tomo de la Historia de la Arquitectura, dirigido por NERVI, P.L., *Arquitecturas primitivas*. Buenos Aires, Editorial Viscontes, 1984. Hay, asimismo, una edición española de la Editorial Aguilar.

³¹ Sobre un particular enfoque de las posibles relaciones entre objetos y territorios, véase el texto editado por AMADORI, C. et al., «Progetti e territori», editado como catálogo de la muestra *Abitare il tempo*. Verona, 1991, publicado en Venecia ese mismo año por Arsenale Editrice. El libro registra proposiciones proyectuales, según las cuales diferentes diseñadores deducen características de sus objetos proyectados de las características o cualidades específicas (culturales, tecnológicas, estéticas) de nueva diversas regiones de Italia y de dos países invitados (Alemania y Japón).

³² ESCOBAR, T., *El mito del arte y el mito del pueblo. Cuestiones sobre arte popular*. Asunción de Paraguay, Edición RP-Museo del Barro, 1986. Éste es un completo y complejo abordaje de los cruces múltiples entre lo artístico y lo popular, las artes y las artesanías, la cultura y lo mitológico.

como un fragmento resignificado y hecho instrumento social, del mundo de lo natural. La pieza consecuente de una práctica artesanal reivindica, como diría Dussel, la «conciencia poética» -en tanto manifestación de un trabajo de cultura sobre el material natural: barro, madera, piedra, vegetales- y como objeto que no es meramente, ni funcional (o instrumental), ni artístico (o referencial-representativo). En efecto, esta entidad no-vitruviana del objeto artesanal (en tanto doble carencia de «utilitas» y «venustas») lo convierte, sobre todo, en dispositivo de lectura o comentario acerca del mundo natural y, a la vez, en cosa constitutiva de la condición ambiental del patrimonio. Por otra parte, a menudo, el objeto artesanal cumple un destino ritual, en tanto evocación y reproducción de una primaria identidad mítica que suele ser intrínseca del objeto, o propia de su condición originaria: el primer objeto artesanal o las cabezas de serie -los vasos de madera o keros incaicos, las máscaras del carnaval boliviano, los instrumentos musicales percusivos brasileños- remiten a una función precisa en la versión fundante de un mito; la reproducción artesanal retiene, a menudo, la función ritual de evocación conmemorativa del mito originario, al menos dentro del mundo vernacular capaz de memorizar la articulación mito/rito. A Colombres³³ explora esta cualidad simbólica del objeto artesanal, tanto o más significativa que su identidad material ambiental, es decir, su condición mimética de la naturaleza.

8. Hace ya más de dos décadas, cuando apareció editado en inglés el libro «*Topofilia*», de Yi Fu Tuan³⁴, pudo percibirse la posibilidad de una reconstrucción histórica de las formas habitativas urbanas en torno de un concepto afectivo, de amor (filia) al lugar o sitio (topos), y que dicha interacción, por así llamarla, socio-emocional, está probablemente en la base de la voluntad cultural de enaltecer, transformar o enriquecer un sitio natural a través de alguna clase de intervención o instalación proyectual o proyectada. Más que valorar el grado de «violencia» del acto cultural proyectual -que, en definitiva, ha sido determinante en la conformación axiológica de las preceptivas estéticas y, por ello, de las nociones patrimoniales clásicas-, la noción de topofilia tiende a exaltar la sensibilidad o prudencia del proceso de antropización en cuanto éste respeta y ama la cualidad del «locus» originario. El discurso topofílico, hay que decirlo, también está en la base del pensamiento

³³ COLOMBRES, A., *Liberación y desarrollo del arte popular*. Asunción del Paraguay, Edición del Museo del Barro, 1986. Bajo la presentación de los propósitos del Museo del Barro, en tanto ámbito dedicado a estudiar y exponer piezas del Patrimonio artesanal popular, Colombres analiza las características del artesanato, sus cualidades y principios, su banalización y mercantilización, y su significación socioeconómica (en México hay unos seis millones de artesanos, casi el 10% de su población).

³⁴ TUAN, Yi-Fu, *Topophilia. A study of environmental perception, attitudes and values*. New Jersey, E. Prentice-Hall, 1974. Siguen siendo un significativo compendio sobre los aspectos de la percepción como vehículo de la relación de empatía entre sujeto y territorio. Luego de una recapitulación general de conceptos ligados al etnocentrismo de los «mundos personales», se abordan ciertas microvisiones topofílicas en Grecia y China, para pasar a considerar la ciudad moderna -desde el medievo hasta Los Ángeles- y lo que define como la relación entre «disposiciones físicas» («*physical settings*») y estilos de vida urbana.

heideggeriano, tanto en cuanto a su vertiente positiva de formulación del pensar como una condición o derivación del morar (o instalarse con respeto y sabiduría en el territorio), como a su vertiente negativa o crítica referida al cuestionamiento de la inhospitalidad de la ciudad moderna. Diríamos así que en estas posibles consideraciones tópico-afectivas respecto de lo patrimonial, se inscribe la posibilidad de trascender de una noción objetualista y privatista de patrimonio cultural de repertorio a una noción territorialista y social de patrimonio ambiental de paisaje, transcendencia que es válida, creemos, en cualquier contexto histórico-cultural, pero particularmente pertinente en el caso del patrimonio americano y sus peculiaridades.

Quizá sobre estos sedimentos topofílicos sea posible también entender la cualidad deglutiva e hiperasimilativa que J. Lezama Lima³⁵ consideraba básica de una «expresión americana»: el goce afectivo respecto del paisaje y sus cualidades ambientales podía ser extendido -como él lo hizo, junto con Borges o Paz- a un goce cultural capaz de apropiarse enciclopédica y golosamente de toda la cultura disponible y reproducirla según un modo proyectual barroco, cuya cualidad, asimismo, garantizará la forma de una inserción topofílica en lo natural americano. El erotismo barroco de la estética lezamiana permitía imaginar un concepto de historia mitificada, de imágenes y diversas urdimbres paralelas, con medios preceptivos basados en la gravitación, la urdimbre, la resonancia y las analogías (no homologías). Las «eras imaginarias» lezamianas dan curso a una historiografía basada en una imaginación transgeográfica, transcultural y trahistórica, susceptible de nutrir estéticas que pudieran rechazar la pura similitud y la repetición: lo americano, así, en términos de expresión, podría surgir tanto de la peculiaridad del ambiente y su paisaje, cuanto de la capacidad digestiva de recrear las eras imaginarias, basadas en una libre apropiación de los materiales culturales disponibles. Esto queda ya muy cerca del sincretismo mestizo, de la hibridación entendida como un goce que consuma en América lo que el barroco -el estilo más marginal del episteme europeo- apenas insinuó en su espacio originario. Por eso, Lezama celebra y admite la validez diferencial de una cultura de retazos y desechos, de corpúsculos generativos que podían y debían ser «sumados críticamente», desde los héroes cosmogónicos americanos, como el Hunalipú popoliano y los amantecas aztecas o los «señores barrocos» (Sor Juana, Sigüenza, O Aleijadinho), hasta los rebeldes románticos (Simón Rodríguez, Miranda, Martí), los poetas popu-

³⁵ LEZAMA LIMA, J., *La expresión americana*. México, Edición del Fondo de Cultura Económica, establecida por I. Chiampi, 1992. Se trató de la transcripción de un ciclo de cinco conferencias ofrecidas por Lezama en La Habana en 1957: «Mitos y cansancio clásico», «La curiosidad barroca», «El romanticismo y el hecho americano», «Nacimiento de la expresión criolla» y «Sumas críticas del americano». Repleto de referencias propias de la erudición exuberante del cubano, éste sigue siendo un texto fundamental para el entendimiento de lo americano. «En América -dirá Lezama- donde quiera que surge posibilidad de paisaje tiene que existir posibilidad de cultura. El más frenético proceso de la mimesis de lo europeo, se licúa si el paisaje que lo acompaña tiene su espíritu y lo ofrece, y conversamos con él, si quiera sea en el sueño» (p. 167).

lares (Hidalgo, Hernández) y hasta los «hombres de los comienzos» de la *«frontier-culture»* norteamericana (Melville, Whitman, Thoreau).

En definitiva, esa estética reescribe la historia en forma de poesía, por ejemplo en E. Cardenal³⁶:

«Las carreteras no eran para carros
sino para ritos
las carreteras, religiosas.
Las ciudades no tenían defensas
(como pueblito maya de hoy, sin defensas entre sus milpas).
No tenían murallas ni cuarteles».

El texto, de estético se hace político, y construye, como en los ritos, una forma de memoria, también para la desgracia del fin de lo americano autónomo:

«Los mayas actuales
no recuerdan a Quetzalcoatl
artcrafts de Guatemala, lo que queda de aquel arte
tejidos para turistas, Mexican curious
la foto es melancólica
la foto es en colores pero melancólica».

Sin embargo, como reserva de paciencia:

«El tiempo es redondo y se repite».

O como pura metáfora:

«Un quetzal disecado
vuela verde en la selva
y hay esperanzas».

³⁶ Las citas de CARDENAL, E., provienen de su largo poema «Mayapán», de su libro «Homenaje a los Indios Americanos», publicado entre otros materiales en la *Antología*, al cuidado de P.A. Cuadra. Buenos Aires, Ediciones C. Lohlé, 1971.

EL TERRITORIO COMO RECURSO

Fernando Roch*

*Gallia est omnis divisa in partes tres
Caesar. De bello Gallico*

Me hubiera gustado comenzar esta reflexión con un satisfactorio resumen del estado de la cuestión que nos hubiera ayudado a identificar líneas claras de investigación integradas en un marco conceptual sólido y un buen catálogo de intervenciones y prácticas institucionales en curso. Hubiera sido alentador poder señalar un punto de partida suficientemente maduro y discutir posibles caminos futuros con algunas garantías, pero sólo destaca un discurso central, obsesionado por la reorganización del espacio económico a escala mundial y cuya principal tarea consiste en elaborar una nueva distribución internacional del trabajo que garantice la conservación de las tasas de productividad, lo cual ha generado una dura pugna entre ciudades maduras que quieren verse como empresarias de su destino cuando en realidad las más de ellas caminan hacia una proletarianización inevitable. Resulta asombrosa tal ausencia disciplinar, ya que frente a este proyecto totalizador del territorio, que siembra el mundo local de incertidumbre, sólo se levanta el reto de la sostenibilidad y las primeras denuncias de que el modelo es una fuente inagotable de desigualdad social, hasta el punto de que algunos empiezan a mirar con nostalgia el férreo orden fordista de antaño que al menos disponía de mecanismos para practicar el equilibrio a su manera. Y, precisamente, cuando ya hace tiempo que se han activado las alarmas de la biosfera pidiendo clemencia y un poco de sensatez, deberíamos estar preparando con toda urgencia una nueva cultura urbanística.

Existe, sin embargo, gran cantidad de materiales sueltos, algunos de enorme interés que pueden ayudar a comprender aspectos parciales del problema, pero son pocas las aproximaciones que pueden ayudarnos a elaborar un marco comprensivo

* Arquitecto. Universidad Politécnica de Madrid (España).

del proceso de urbanización y construcción del territorio en curso, seguramente por haber nacido con otras preocupaciones, y ello a pesar de su voluntad integradora y su solidez intelectual. A partir de ellas podría intentarse construir los puentes que nos ayuden a completar la visión de esa dimensión poliédrica que es el territorio.

El territorio de la industrialización fordista

No podíamos ir más allá sin visitar previamente la propia práctica del urbanismo, pero, desafortunadamente, hace tiempo que su discurso menguante se ha quedado varado en las aguas escasamente profundas de los ejercicios morfológicos, estrechamente ligados a la emergencia en los últimos años, tal como se señala más arriba, de eso que se ha llamado *«entrepreneurial cities»* -aunque este matrimonio morfológico sólo lo reconocen en su verdadera dimensión las visiones críticas del proceso de globalización y de competitividad asociado-. Estos excesos formalistas que esconden tantas ausencias conceptuales vienen adoptando tres modalidades principales:

- Como proyecto urbano destinado principalmente a legitimar la excepcionalidad de ciertas intervenciones en la transformación estratégica de los Centros Históricos (áreas deprimidas, viejas instalaciones fabriles, portuarias, etc.) bajo la coartada de incorporar en el producto el mensaje «siempre innovador» de las estrellas de la pasarela arquitectónica. Cualquier ciudad que pretenda competir debe incorporar a su patrimonio algún artefacto de marca homologada que contribuya a mejorar su marketing en la pugna y, si puede ser, añadir un montón de metros cuadrados del mejor terciario disponible (un sueño).
- Dando forma a la propuesta de nuevas extensiones periféricas; tratando de crear (con escasa imaginación) una retórica renovada del hábitat que permita seguir alimentando la máquina inmobiliaria que acompañó el crecimiento del viejo fordismo y que hoy conoce momentos de decadencia y un futuro escasamente alentador.
- Como «estrategias territoriales» al servicio de un cambio de escala que permita hacer la transcripción necesaria de lo nacional a lo mundial, proporcionando todo el arsenal de nuevos artefactos de alta fontanería necesarios para gestionar los flujos masivos que se esperan, en especial los llamados logísticos, y que no son incompatibles con la práctica conservacionista siempre que se acoten con precisión los objetos a conservar y no interfieran con el propósito principal de conseguir buena plaza en la competición.

Desafortunadamente, de estas estrategias sobre el territorio no sólo no se desprende ninguna preocupación que nos pueda ayudar sino que por el contrario se mantienen en la vieja línea disciplinar de suprimir lo específicamente territorial aunque se llegue a afirmar lo contrario. Puede decirse que su propósito es anular el «efecto territorio», minimizando incluso su dimensión más renuente: la distancia.

Son fieles continuadoras de la cultura urbanística que acompañó al despliegue del régimen de industrialización fordista y que para establecer su racionalidad territorial más allá del ámbito municipal elaboró las teorías generales de la localización de actividades productivas y su complementaria de los lugares centrales para resolver el problema de la distribución, cerrando así el acoplamiento fundamental del régimen de acumulación, y que necesitadas de algún retoque se sirvieron del concepto de economías de aglomeración y urbanización para perfilar el modelo del territorio industrializado. Era un cúmulo doctrinal que anunciaba un proceso de organización automática del espacio en la gran escala, precisamente porque respondía al orden óptimo de los componentes del sistema económico dominante y que no necesitaba para desplegarse con toda naturalidad, sino que los agentes económicos (de los sociales no decía nada) actuaran con conocimiento y libertad. Sólo había una dificultad: el desigual desarrollo de partida tanto local como intrarregional y entre regiones; una desafortunada herencia de cuando la «barbarie» distribuía recursos de forma desconsideradamente arbitraria, ya que el Génesis sólo había establecido un único jardín primordial.

De forma que todo este aparato teórico se levanta como una «geografía por imperativo fordista» contra el diálogo secular (por lo visto irracional e hijo del pecado) que habían mantenido las sociedades y sus territorios. Como quiera que el automatismo preconizado podría tener serias dificultades para poder arrancar y establecer su eficiente armonía, fue necesario cebar la bomba creando la teoría de los Polos que permite finalmente dotar al sistema de una espoleta y de un mecanismo institucional y reglamentario para corregir desequilibrios. Todo ello desde el Estado que se legitima como gran arquitecto económico y social, apoyado en un discurso igualitarista bien anclado en la cultura del bloque histórico que se consolida después de la segunda guerra mundial.

El proyecto, que constituye el guión principal de los planes de desarrollo de los países industrializados hasta la década de los años 70, era muy preciso y consistía en crear redes estables y jerarquizadas de ciudades en el marco nacional (concentraciones puntuales de recursos productivos, de población y de dispositivos de distribución) según rangos y tamaños bien determinados por la teoría, desplegadas en un espacio isótropo y homogéneo -un territorio sin atributos naturales, sin diversidad, sin complejidad, sin historia-, lugares geométricos del acoplamiento equilibrado entre la producción y el consumo sobre un fondo limbar al que se le había sustraído la facultad de ser dimensión espacial de la naturaleza y la sociedad. Que en los huecos de este tejido eficiente se delimitaran ámbitos para practicar la conservación de ciertos sistemas naturales, como se conservaban otras reliquias del pasado o paisajes bien cubiertos por gruesas capas de pintura o de literatura, es totalmente irrelevante para

el asunto que nos ocupa y marginal para la actividad planificadora que se imponía.

La planificación territorial consistía en ignorar el territorio y completar la red urbana donde fuera necesario para estabilizar el espacio regional -sistema de ciudades regional- y redondear los espacios nacionales, que eran los verdaderos objetos en construcción. En definitiva, se proponía el manual para construir la física del espacio del capital industrial en su versión fordista, que se presentaba como la mejor evolución posible de todas las formas productivas anteriores a las que condenaba a la extinción -como acabamos de ver, esas formas preindustriales, generaban mucha desigualdad-, en la mejor de las organizaciones sociales posibles; una especie de culminación del progreso que no quería dejar de su pasado más que algunos trozos bien escogidos, destinados a formar una especie de museo de la civilización y la naturaleza, para visitar los días de vacaciones. Nada nuevo en el discurso político aunque fuera la primera vez que se disponía de una argumentación económica con todas las ecuaciones diferenciales que hicieran falta y que podía expresarse en una física susceptible de medida, aunque sólo estuviera atenta a aquellas dimensiones de la realidad que pudieran encontrar su correspondencia en los agregados monetarios. Fue una construcción de tan colosales proporciones que dio origen a la mayor y más diversa maquinaria de crecimiento y edificación jamás conocida.

Tanto la urbanística como la economía urbana modernas han sido adversarias declaradas de un universo territorial diferenciado, complejo y vivo y habría que añadir que también de la diversidad y complejidad de las ciudades, ya que lo urbano (*l'urbain*), como tal, había desaparecido hasta el extremo de tener que reclamarse su recuperación de forma explícita y como un derecho constitucional en la fase climática del despliegue (Lefebvre, 1968). Recordemos que por esas mismas fechas, la teoría de la renta del suelo en su versión neoclásica viene a proponer para el ámbito de la ciudad la misma reducción que las otras teorías ya habían perpetrado en la escala territorial, creando la mística del valor del suelo -debe tratarse de materia religiosa porque todavía no cuenta con una explicación satisfactoria en la teoría económica monetaria- que sigue firmemente asentada en el discurso político y técnico.

La razón de esa hostilidad necesaria tiene su origen en que ya desde mediados del siglo pasado, las ideas combinadas de desarrollo y progreso que constituyen las dos columnas fundamentales del ideario del bloque histórico, entonces emergente, encontraron en la teoría del valor su aliada natural en el discurso económico. La teoría del valor alimentaba el concepto de crecimiento económico a base de los agregados monetarios homogéneos de producción y sus derivados. En la creación de esos agregados no hay información sobre los procesos reales que los generan cuya heterogénea naturaleza es irrelevante para el sistema económico, de forma que, bajo ese cajón de sastre de la producción de valores pecuniarios, se esconde una compleja realidad física¹, y habría que añadir social y cultural, que el sistema silencia. Puede

¹ NAREDO, J.M., «Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible», en *Primer catálogo español de buenas prácticas*. Madrid, Ministerio de Fomento, 1996.

decirse más aún, la teoría del valor y sus conceptos asociados de crecimiento acumulativo y progreso sólo son concebibles en un universo en el que la diversidad y la variabilidad hayan sido barridas, es decir, en un mundo previamente depurado de heterogeneidad y complejidad.

Y sin embargo, los orígenes de la ciencia económica estuvieron precisamente en el respeto por la naturaleza de las cosas, centrándose en la producción de riquezas renovables sin detrimento de los «bienes fondo», lo cual exigía un conocimiento completo de los procesos naturales protagonizados por la singularidad de cada componente y las específicas relaciones entre ellos. Para la teoría del valor, por contra, todo es sustituible por su equivalente pecuniario. Significa esto que la economía del valor se presenta como una segunda naturaleza de la que hubieran desaparecido las peculiaridades de los componentes para pasar a ser simples proporciones de una sustancia universal homogénea e intercambiable, una naturaleza en la que todo es sustituible por una proporción monetaria que se fija según leyes de mercado.

No creo que en estos momentos la recuperación de lo territorial, con todo su valor irreproducible, pueda separarse o sea muy diferente de la recuperación de lo urbano en términos similares. Los dos necesitan imperiosamente sustraerse al efecto reductor de la cultura del valor que es la misma del desarrollo o crecimiento y del progreso entendido como una secuencia en la que cada nuevo componente iría postergando a los precedentes como mejor adaptado o más eficiente. Es ese proyecto el que me gustaría proponer aquí. Para el discurso oficial se tratará de una anticultura, pero ya hay muchos que lo entienden como una regeneración cultural urgente que va a exigir un esfuerzo de convergencia disciplinar que contrarreste la actual divergencia y dispersión que hace muy difícil tender las uniones precisas entre los diferentes enfoques cuando nos referimos a campos complejos como el territorio (dimensión espacial al mismo tiempo del complejo social y natural).

Ya que el urbanismo disciplinar no nos ofrece ninguna solución satisfactoria, veamos esas corrientes que mencionaba más arriba y las posibilidades que ofrecen de construir un armazón intelectual más integrado y un porvenir más alentador. Pero no olvidemos que la cuestión se mueve entre las posturas conservacionistas y ecologistas y el nuevo desarrollismo de la globalidad y la competitividad.

La sostenibilidad

Sin duda el más importante de esos enfoques, en la actualidad, es el de la sostenibilidad por su amplia aceptación en el conglomerado cultural del bloque histórico y en su programación económica y social -aunque de forma muy confusa e intencionadamente imprecisa como señala Naredo-, y porque el territorio es su campo de convergencia más explícito.

Aunque evidentemente éste no es el lugar ni yo la persona más adecuada para

hacer su presentación, sí quiero detenerme en algunas cuestiones que me parecen relevantes para evaluar su alcance en la tarea que nos interesa y destacar sus aportaciones más genuinas, advirtiéndole que en el interior de este discurso existen divergencias muy profundas, que ya de entrada nos obligan a distinguir entre una sostenibilidad débil y otra fuerte, que sería la genuinamente sostenible².

El concepto de sostenibilidad está vinculado al propósito de conservar los recursos en estado de ser utilizados por tiempo indefinido y, por tanto, a la idea de mantener para las generaciones futuras unas condiciones económicas que permitan ofrecer al menos las mismas condiciones de calidad de vida que en la actualidad. Esta idea que encajaría perfectamente con la postura científica de los primeros economistas (los llamados fisiócratas) empeñados en mantener los bienes fondo obteniendo tan sólo las riquezas que sean verdaderamente renovables³, entra en clara contradicción con la práctica desarrollista ligada al capitalismo industrial primero y al financiero después, de manera que en realidad sólo sería compatible con ciertas formas de vida en las que el respeto por las leyes naturales ocupen un puesto fundamental, algo que, antes de la revolución industrial, era más fácil de encontrar en las prácticas agrícolas, en el aprovechamiento de los recursos naturales y en la vinculación entre los asentamientos humanos y sus entornos territoriales. Por decirlo coloquialmente, estamos muy lejos de las razonables prescripciones de la República de Platón, de la Política de Aristóteles o de ese soberbio escenario que Ambrogio Lorenzetti nos dejó en las paredes del ayuntamiento de Siena para ilustrar los efectos del buen gobierno en el que campo y ciudad forman un todo armónico e indisoluble.

Frente a este acuerdo de consumo ajustado entre sociedad y naturaleza, el discurso de la sostenibilidad -en su versión inicial y débil- nacería de la voluntad de conciliar el desarrollo (no olvidemos que largamente legitimado como progreso) con la conservación de los recursos naturales. El problema está en que esas dos exigencias son de naturaleza contradictoria por cuanto la razón económica dominante niega o ignora las leyes naturales que ha sustituido por las leyes del valor (Naredo 1996). Ha habido una ruptura drástica con el mundo físico real y sus procesos. Aún así, surge el empeño de tender un puente entre la economía monetarizada y la naturaleza, en cuya intersección se situaría una visión del territorio igualmente débil y reducida a algunos aspectos muy particulares.

Esta versión de la sostenibilidad trataría así de buscar una solución de compromiso. La idea propuesta por R.M. Solow⁴ consiste en conservar el valor del

² Me remito para una información suficiente y bien presentada de estas cuestiones al primer volumen del *Primer catálogo español de buenas prácticas. Ciudades para un futuro más sostenible*. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Medio Ambiente, Madrid, 1996. En especial su primera parte, «Marco general de desarrollo sostenible aplicado a casos de buenas prácticas en medio urbano», a cargo de NAREDO, J.M. y RUEDA, S.

³ NAREDO, J.M., *op. cit.*

⁴ SOLOW, R., *An almost Practical Step towards Sustainability*. Conferencia pronunciada en el 40 Aniversario de Resources for the Future. 08/10/1991, 1992.

stock de capital del que dispone la sociedad, en el que estaría incluido el capital natural. Para ello habría que producir lo suficiente como para poder cubrir con inversiones al menos el deterioro producido en el stock por los propios mecanismos productivos y por el consumo humano. Algo, en definitiva, tan sencillo como evaluar el capital natural y su deterioro en unidades monetarias para poder hacer la sustitución necesaria, si no fuera porque una dificultad semejante resulta pequeña ante el absurdo de admitir la posibilidad de que esa sustitución sea pertinente, o tenga siquiera algún sentido.

Naredo señala que los elementos y sistemas que componen el «capital natural» se caracterizan más bien por ser complementarios antes que sustitutivos con respecto al capital producido por el hombre. Se trataría de una complementariedad insustituible. El flujo circular, en el que la inversión corrige el deterioro ocasionado por el propio sistema que la produce, es inviable en el mundo físico.

Con todo, en el discurso oficial de la sostenibilidad, que cuenta implícitamente con la complicidad de las poblaciones de los países desarrollados en cuyo bienestar tiene gran importancia esta actitud (quiero decir que participa en el meollo ideológico del acuerdo social amplio en el que se apoya el poder del bloque histórico), prevalece la idea de que los aumentos de productividad podrán contribuir mejor a resolver los problemas medioambientales ya que generarán mayor capacidad de inversión en estas cuestiones: o sea, que la sostenibilidad sirve de pretexto para aumentar la productividad. No se dice a costa de quiénes pueden obtenerse esos recursos para poder desplazarlos hacia los países del centro en los que podemos disfrutar del lujo de tener políticas medioambientales.

La sostenibilidad fuerte, por el contrario, partiría de la insustituibilidad de los recursos naturales degradados. Los criterios de utilización de esos recursos vendrían informados por las ciencias naturales y sus leyes (ausentes en la teoría del valor) y, especialmente, por esa especie de economía de la física que es la termodinámica y esa especie de economía de la biología que es la ecología. Aparecería así como una restricción externa e independiente de las leyes que regulan la construcción del universo social. En pocas palabras, nos ofrece la posibilidad de enjuiciar la adecuación de los asentamientos a las leyes naturales de conservación -a la economía natural-, o sea, conocer hasta qué punto es viable y conforme a *natura* una determinada organización de las actividades humanas y sus asentamientos.

Sin entrar en más detalles por el momento, la cultura de la sostenibilidad nos propone un puente inaplazable entre la naturaleza y la economía de la mano de la ecología y la termodinámica, una nueva racionalidad productiva compatible con el mantenimiento del ciclo de los materiales, basada en una contabilidad completa de los procesos implicados, que considera en su verdadera magnitud y naturaleza los flujos de materiales y de energía involucrados, que obliga, en definitiva, a una nueva formulación y a un redimensionamiento de los fenómenos económicos.

Para los asentamientos humanos y el territorio este nuevo patrón de aptitud permite no sólo evaluar su viabilidad, sino también delimitar los ámbitos reales sobre

los que se establece su dominio, esto es, el espacio que proporciona los recursos energéticos y materiales y también el que recibe los residuos. Al mismo tiempo permite comprobar cómo las ciudades modernas representan barreras para cerrar los ciclos naturales de recuperación mientras ensanchan desproporcionadamente el ámbito vinculado a ellas para obtener recursos y volcar sus desechos, y cómo las prácticas agrícolas aumentan su dependencia energética al tiempo que decrece la biodiversidad, se degradan los acuíferos y disminuye la fertilidad. Lo local, que es el escenario de lo territorial, viene así redefinido en sus ámbitos y sus contenidos.

Sin lugar a dudas se trata de una visión que pone de relieve cuestiones fundamentales sobre la propia supervivencia del sistema económico y social. Pero hay algo más que un sistema físico y su dependencia respecto a los abastecimientos de recursos y al desecho de residuos, controlando las pérdidas de calidad; Naredo añade: «Esto depende de la configuración y comportamiento de los sistemas sociales que los organizan y mantienen» (Naredo 1996). Este añadido, sin duda fundamental, creo que queda sin respuesta desde la visión sistémica dominada por las ciencias naturales que informa el discurso sostenible: ni la ecología, ni la termodinámica, ni la teoría general de sistemas, que son sus columnas disciplinares principales, proporcionan los elementos de comprensión necesarios para explicar los procesos de configuración y el comportamiento de las formaciones sociales, incluida la planificación de su propia dimensión espacial: estoy hablando del gobierno de lo local y su articulación en la gran escala de las estructuras económicas y políticas.

Por lo que a nuestro objetivo se refiere, el territorio, sea cual sea su delimitación, es algo más que un fragmento de naturaleza con el que debemos mantener unas sanas relaciones ecológicas, es una dimensión básica de cada formación social y económica, con capacidad acumulativa y de conservar la memoria o, lo que es lo mismo, condicionar su futuro y el nuestro: es una dimensión histórica de nuestras estructuras sociales y productivas y también de nuestras superestructuras culturales que se expresa simultáneamente en leyes naturales y sociales. Es preciso, pues, restablecer con plenas garantías los puentes necesarios entre el discurso de la naturaleza, que la sostenibilidad recupera para la práctica económica, y entre éstos y el discurso político y social en sus diferentes escalas.

Es un viejo problema que se plantea en el siglo XVII, en los albores de la modernidad, con la misma delicadeza con la que Alejandro se deshizo del nudo gordiano. Podríamos escenificarlo, de acuerdo con Shapin y Schaffer (1985)⁵, poniendo de un lado al sabio y melancólico Boyle realizando experimentos delante de los representantes de la comunidad científica (sus colegas-jueces de la Royal Society) que van a legitimar la veracidad de los hechos naturales, tal como son artificialmente propiciados en el recinto acotado (local) del laboratorio, y enfrente al

⁵ SHAPIN, Steve y SCHAFFER, Simon, *Leviathan and the air-pump. Hobbes, Boyle and the experimental life*. Princeton University Press, 1985.

protéico Hobbes creando la teoría política del estado moderno (del poder absoluto) como una estructura construida por los hombres y para los hombres, pero perdurando, por encima de sus creadores y desarrollando sus propias leyes estructurales como si de una segunda naturaleza se tratara, mientras los ciudadanos no decidan poner su destino en otras manos.

Ni Boyle podía admitir una realidad política que no surgiera de ese diálogo experimental que se iniciaba con todas las garantías de los hechos que hacían hablar a la naturaleza, ni Hobbes podía admitir que su sólida construcción social, inspirada en el orden natural más depurado, fuese puesta en cuestión con la letra pequeña que resultaba de esos turbios experimentos realizados en laboratorio con artefactos compuestos de piezas más o menos defectuosas.

Esta escena de divorcio, que algunos han calificado demasiado apresuradamente como de separación irreconciliable entre el discurso científico natural y el social, está en el inicio de la modernidad y, contrariamente a lo que podría parecer, ha permitido realizar toda clase de combinaciones a la carta, según las necesidades del bloque histórico en ejercicio. Lo que sin duda es una divergencia entre los modos de comprender y actuar -la separación entre economía y naturaleza referida más arriba lo es si por leyes naturales consideramos (con buen criterio) las de la ecología y la termodinámica pero no si consideramos la versión más idealizada de las de la mecánica- se instrumentaliza como una manera de conservar las manos libres para poder utilizar, de forma descontextualizada y después de una fuerte depuración, en el discurso del poder político, determinada ley o conjunto de leyes naturales que permitan avalar la construcción de un ideario de amplio consenso. Para ilustrarlo, podemos recordar al menos dos ensayos de éxito indiscutible puestos en marcha durante el siglo XIX, que convergen en la construcción del pensamiento social más extendido en el mundo actual y que guardan relación con las cuestiones que tratamos aquí.

El primero, que sigue fielmente la tradición del Leviatán, es el intento de explicar en términos de la mecánica newtoniana toda la maquinaria social y las leyes económicas, que abordan con entusiasmo religioso los sansimonianos y continúan las diversas escuelas positivistas con sus catecismos hasta ayer mismo. Incluso las pasiones, como nos recuerda Walter Benjamin, fueron secuestradas por las leyes oscuras de la mecánica, y nada menos que por Fourier al que el propio Marx, en algún momento, llegó a otorgar carta de pantagruélico. Las teorías mencionadas al principio de estas páginas sobre el despliegue territorial de las actividades económicas y de distribución no son sino uno de sus productos más elaborados. No podemos quejarnos si recordamos que Hobbes consideraba el tiempo y el espacio simples representaciones de la imaginación.

La ventaja de escoger de entre todos los campos de la física la mecánica estaba en que no obligaba a satisfacer ninguna condición económica en las relaciones del sistema con el exterior; mejor todavía, apuntaba a describir en conjunto un universo en movimiento perpetuo y estable, donde las fuerzas eran un afán natural de los

cuerpos masivos, y la energía ni se creaba ni se destruía, sólo se transformaba, y todo con la garantía de la divina providencia e ilustrado por el magnífico orden sempiterno de los planetas y unas cuantas ecuaciones para la eternidad. Era probablemente la más vieja imagen del orden perfecto que existe en nuestra cosmología, y es el tipo de analogía científica que entusiasmaba a Hobbes, bien distinta del diálogo chapucero y jadeante de la máquina de vacío de Boyle. Boltzman vendría mucho más tarde, en el último cuarto del siglo XIX para aguar definitivamente la fiesta con una de las ecuaciones más bellas y sumarias de la historia de la física, señalando el camino del infierno al revés de como siempre se había imaginado: la degradación de la energía, el aumento inevitable del desorden, el frío final. Pero ¿por qué nos iba a afectar una profecía tan lúgubre mientras reinara en el ideario político el orden imperturbable de los astros?

El segundo -que ha conocido un mayor éxito popular- es la incorporación a la cultura liberal del *struggle for existence* o del *survival of the fittest* a los que el propio Darwin prestó su autoridad intelectual, por razones ideológicas estrictas, a pesar de que contradecían su opinión bien fundada de que nada en la selección natural permitía asegurar que actuase en nombre de un progreso determinado, y de que ese mecanismo diabólico del progreso en una determinada dirección -en principio la del género humano por encima de las demás especies y, luego, hacia una humanidad liberal por encima de la demás formas de organización social- estaba reñido con la conservación de la variabilidad, de la que sí dependía la evolución y la propia posibilidad de seleccionar.

Son los ideólogos y los grupos intelectuales asociados al poder los que elaboran la aplicación de las verdades científicas a conveniencia del ideario del grupo hegemónico contribuyendo a crear un amplio consenso y una gran estabilidad social -a coser firmemente un bloque histórico- aunque se basen, como en el caso de la lucha por la existencia, en una fatalidad que entra en conflicto abierto con el previo acuerdo sobre la igualdad, sin el cual no hay estabilidad en las sociedades modernas. Reinsertar puentes interdisciplinarios con un verdadero sentido crítico dibuja así una labor cultural y política inaplazable para la sociedad civil.

Sin ir más lejos, y por lo que respecta al problema del territorio que nos ocupa, la extensión a ese campo de intervención del concepto de selección de los mejor dotados y del progreso en una dirección determinada puede tener, y ha tenido, efectos demoledores. Es nada menos que la diversidad y no sólo la ecológica la que está en peligro. Darwin sabía que esa era la cuestión fundamental, que sin ella no hay historia natural, ni criaturas mejores ni peores para elegir; simplemente nadie para poder adaptarse a un Medio cambiante. Hoy sabemos por experiencia que disponer de un amplio caudal genético es la única manera de preservar una especie y la propia evolución; que cuando sólo quedan pocos individuos no hay futuro para la especie; ni para la tierra cuando su arsenal histórico, su variabilidad de formas de vida, de modos de ocupación, de modelos de actividad son talados en el lecho de Procusto del sistema del valor y sus aliados, por muy en la punta del progreso que nos lo quieran

situar. Si desaparece la auténtica diversidad en la tierra -no la que podemos conservar en las vitrinas o arropadas por leyes proteccionistas fuera del mundo real- tampoco entonces habrá futuro. El proyecto debe cambiar así de sentido y pasar a ser el de conservar y propiciar la diversidad, no buscar el modelo más potente, el más eficiente (¿para quién y para qué?) y esperar que se imponga sobre todos los demás.

La relación entre el conocimiento y la praxis nos remite, en realidad, a la forma en la que se construye un bloque histórico, en ella subyace una base económica y un orden social cuya conservación conjunta se consolida mediante una combinación de prácticas y teorías. Son proyectos que se materializan y legitiman en el orden local, como hemos visto, por grupos hegemónicos, pero que al mismo tiempo componen un orden superior al que difícilmente pueden sustraerse y con el que inevitablemente entablan un diálogo constante en el que se plantean conflictos y contradicciones. Tienen, finalmente, su propia dimensión espacial cambiante expresada en diferentes escalas (desde el universo doméstico con su enorme variabilidad hasta las redes planetarias de ciudades), que algunos consideran de origen y transformación automática (naturalizada) y que en realidad viene modelada de forma compleja simultáneamente por las estructuras presentes y las estrategias de los agentes implicados, de acuerdo con el reflejo que proyectan las superestructuras culturales y políticas. Nada puede intentarse, ninguna intervención, ningún proyecto, sin conocer el complejo juego de los intereses de los agentes que operan, ni las determinaciones necesarias de las estructuras presentes tanto en la esfera local como en la dimensión global. Desmenuzar esa espesura en la que naufragan tantos buenos propósitos es indispensable incluso cuando se busca su transformación y necesitamos dibujar un programa de intervenciones y valorar su alcance.

Para ayudarnos en esta tarea de comprender mejor el tablero de juego, más que para enseñarnos a jugar como maestros, creo que no disponemos hoy de mejor guía que la segunda de las corrientes que he seleccionado, y que a mi entender ya lleva adelantada -al menos en el aspecto interpretativo al que me refiero- una importante tarea de unificación.

Me refiero a ese empeño que complementa, según creo, la aproximación sostenible (que ya hemos visto que dispone de un modelo propositivo de referencia) y que consiste en la revisión de la teoría del Urban Regime y la Growth Machine sobre los procesos de construcción del universo local a la luz de la Teoría Regulacionista, que proporciona un enfoque estructural e histórico de las leyes económicas vinculadas a formaciones sociales concretas y analiza la institucionalización de los mecanismos de regulación que les dan estabilidad, completado con la visión neogramsciana de la configuración de las estructuras de poder. Lo político, lo social y lo económico son revisados en el diálogo que mantienen entre sí y entre sus diferentes escalas y categorías: agentes y estructuras. Ese es el campo de acción y sus reglas, las propuestas deben encontrar en esa trama compleja de relaciones su viabilidad y su poder de transformación.

La revisión regulacionista y neogramsciana de la máquina de crecimiento⁶

Muy resumidamente, porque conviene dejar espacio para hacer algunas consideraciones específicas sobre el territorio a partir de este nuevo marco conceptual, voy a intentar presentar el estado de las reflexiones en esta dirección, con la seguridad de que van a quedar muchos matices sin la debida consideración.

La teoría del Urban Regime (y en cierto modo también la de la Máquina de Crecimiento) de las que se parte para el ensayo de integración, empieza por considerar que entre lo local (lugar de lo político y de la polis) y lo global (escala de lo económico) existe necesariamente una mediación a la que se denomina Urban Regime (Stone, 1993). Estas formas institucionales de gobierno hacen de mediadoras entre los imperativos económicos concebidos como estrategias (Jessop, 1983) o regímenes de acumulación (Lipietz, 1986), y el universo local que aparece como una formalización en ese ámbito de esas leyes económicas globales. **Lo peculiar de esta teoría es que ese gobierno de lo local se presenta como una fuerza potencialmente autónoma.**

De esta forma se propicia el tratamiento de la dinámica urbana, y de su territorio asociado por extensión, como algo aislado en cierto modo de las fuerzas políticas y económicas que rigen en la gran escala. Liberados de esa carga pueden centrarse en el estudio de los actores locales (*agency*) mientras excluyen la posibilidad de que actúe en el nivel urbano ninguna forma estructural que determine la acción de esos agentes. Si existe alguna estructura ha de ser muy maleable en manos de las élites locales.

Hay pues una fuerte resistencia a las estructuras que evidencia su adscripción doctrinal a la línea dura del neoliberalismo. No hay determinismos a ninguna escala, todo se resume en la concurrencia de los agentes o en sus coaliciones en el ámbito local. Si hay similitudes entre ciudades, se deben a que el marco institucional es parecido y los comportamientos son similares, no a que estén sujetos a alguna clase de constricción estructural general de naturaleza económica.

De esta forma sólo la estructuración de las relaciones locales políticas merece un análisis empírico y tiene valor explicativo. Lo local y sus élites y, en especial, los empresarios del crecimiento.

Es cierto que en USA los modelos de crecimiento propuestos por estas teorías permiten explicar en gran medida el proceso de crecimiento del fordismo americano

⁶ Esta corriente, aún muy dispersa, cuenta con algunos representantes destacados que se agrupan en torno al Departamento de Geografía de la Universidad de Manchester y al de Sociología de Lancaster. Véase como muestra JESSOP, B.; PECK, J. y TICKELL, A., *Retooling the machine: economic crisis, state restructuring and urban politics*. Papel presentado en el encuentro anual de la Association of American Geographers, 1996.

en el que la influencia del estado en el universo local fue muy pequeña, pero ya había advertido Gramsci en 1930 que la estructura de clases en USA era muy simple y que la imposición de la hegemonía fordista en las fábricas era más fácil que en Europa donde fue necesaria una decidida intervención del Estado y una intensa producción ideológica (Jessop, Tickell y Peck, 1996). En todo caso, también el territorio ofrecía menos resistencia debido a su escasa biografía, frente a la máquina de crecimiento y al dispositivo inmobiliario que la acompaña. La épica americana está fundamentada, en buena parte, sobre el comportamiento del héroe local (representante de la sociedad civil), en ese territorio de la frontera que modelan a su antojo las élites del lugar y al que no llegan las leyes federales.

Estas teorías tienen para nosotros el interés de resituarnos en el universo local, donde lo territorial adquiere su significado específico incluso en sus aspectos ecológicos, con las fuerzas sociales que lo modelan y transforman. Por eso es importante reorientar su trabajo con los instrumentos conceptuales que le faltan. En especial superando su localismo autocentrado y reintroduciendo los elementos estructurales imprescindibles. Se trata de crear un nuevo campo de estudio que establezca las relaciones entre lo local, lo natural, la evolución de las estructuras económicas, más o menos globales, y los procesos de formación de los bloques de poder tanto en el nivel local (bloque hegemónico) como en el global (bloque histórico), porque es en esas relaciones donde pueden encontrarse las respuestas sobre los contenidos y alcance de los proyectos de recuperación de lo urbano y lo territorial, y sobre sus posibilidades de inserción en la futura dimensión espacial del sistema económico y social que adopta innumerables variantes locales. Cualquier propuesta voluntarista realizada fuera de este marco de contrastación carece de garantías y de posibilidades.

El grueso del bagaje conceptual necesario para realizar esta reorientación se encuentra en la revisión neogramsciana de la teoría del estado y del proceso político y en la teoría regulacionista sobre la economía capitalista.

Como carece de sentido intentar siquiera una breve presentación de estas teorías que están sometidas a un fecundo debate por otra parte⁷, me limitaré aquí a proponer un resumen intencionado agrupando algunos de sus conceptos fundamentales que además pueden ser los más operativos para enfrentarse al problema del territorio.

A. Gramsci al hablar de las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad política establece que el poder del estado en las sociedades capitalistas occidentales

⁷ Véase, para la teoría regulacionista, BRENNER, R. y GLICK, M., *The Regulation Approach: Theory and History* *New Left Review*, nº 188. Julio/Agosto, 1991. Para la revisión neogramsciana véase JESSOP, B., «A neo-Gramscian Approach to the Regulation of Urban Regimes: Accumulation Strategies, Hegemonic Projects, and Governance», en *Reconstructing Urban Regime Theory*. London, edited by Mickey Lauria, Sage Publications, 1996.

se mantiene gracias a una hegemonía acorazada por la coerción. En este sentido, presentaba al Estado como un complejo de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dominante no sólo justifica y mantiene su dominio sino que busca la manera de ganar el consenso activo de aquellos sobre los que gobierna. Podemos imaginar, pues, que lo político es el campo en el que se redefine la «voluntad colectiva» y se elaboran los proyectos que se consideran necesarios para servirla. Para analizar este conglomerado operativo, Gramsci propone varias distinciones conceptuales que cubren el campo de exploración de las relaciones principales y que conviene recordar.

El primer concepto a destacar es el de bloque histórico. Con él trata de dar respuesta a los problemas que plantean las relaciones entre la base económica y la superestructura político-ideológica. Expresa la correspondencia necesaria entre estructura y superestructura, materializada mediante prácticas intelectuales, morales y políticas que traducen los intereses económicos en ético-políticos. Es la manera en la que la estructura económica deja de ser una prisión y se convierte en una fuente de libertad subjetiva y de iniciativa.

Esta noción se complementa en el campo económico con los conceptos de régimen de acumulación y su modo de regulación asociado que elabora la Escuela Regulacionista (Aglietta y Lipietz), para describir precisamente los procesos de configuración de esa base económica. Los regulacionistas parten de la idea de que la evolución de la economía capitalista no responde a simples determinismos económicos sino que se conforma a través de relaciones de clases, formas institucionales y acción política. Nace, por tanto, como una crítica a la economía neoclásica, incapaz de explicar satisfactoriamente los patrones de desarrollo, porque no dispone de suficientes lazos entre la teoría y el análisis empírico -de nuevo la sombra de la oposición Hobbes-Boyle- que, por el contrario, los regulacionistas pretenden restablecer.

Una buena manera de atender a la construcción de vínculos, es crear objetos intermedios. En este caso se trata de «series de modelos de intermediación» que permiten hacer la comprobación empírica y devuelven el carácter histórico y concreto al proceso. Más claro, la evolución del capitalismo no puede entenderse como el resultado de la aplicación de un conjunto invariable de leyes abstractas (como pretende la economía neoclásica) sino como una sucesión de fases históricas cada una de las cuales se caracteriza por una configuración estructural, social e institucional asociada a un patrón económico determinado.

Para cada una de estas fases se identifica un Modo de Regulación y un Régimen de Acumulación que funcionan respecto a las fases como las relaciones sociales y las fuerzas de producción respecto a los Modos de Producción en la literatura marxista (Brenner y Glick, 1991). El Régimen de Acumulación se presenta como un patrón de desarrollo o crecimiento económico estable durante un tiempo determinado. Su dinámica específica la debe a un conjunto de regularidades asociadas como, por ejemplo, disponer de un modelo de organización productiva que define el trabajo de los asalariados con los medios de producción, que establece el tiempo horizonte para

la formación de capital, la distribución de la renta entre salarios, beneficios y tasas; define el volumen y características del consumo y -algo que nos interesa especialmente- la conexión entre los modos capitalistas y no capitalistas de producción presentes y articulados en cada momento y lugar. Naturalmente, cada una de estas configuraciones tiene una dimensión espacial propia, que puede conocer numerosas variantes. Así el modo de desarrollo fordista, basado en un régimen de acumulación intensivo y un modo de regulación monopolístico de inspiración keynesiana tiene su correspondencia física en la ciudad industrial moderna y en las estructuras nacionales que articulan esas ciudades, de acuerdo con una serie de rasgos que la práctica urbanística ha desarrollado ampliamente mediante una cultura disciplinar y la actividad de las máquinas de crecimiento locales.

Como puede comprobarse, se trata de un objeto complejo cuya construcción y conservación no es el resultado de mecanismos automáticos sino de un conjunto de instancias en las que se mezclan estrategias, proyectos, determinaciones estructurales e incluso el azar, y porque, además, tiene una naturaleza plural que permite conjugar auténticas «biocenosis» productivas en las que diferentes modos de producción asociados o yuxtapuestos, cada uno con su propia dimensión espacial, pueden colaborar entre sí o entrar en conflicto. Con esta visión, también el territorio parece encontrar un hueco para emerger como dimensión espacial de actividades y modos no específicamente urbanos, ocupando y desarrollando nichos sin los cuales el modo dominante no podría subsistir.

Asegurar esa subsistencia, con los mecanismos correctores adecuados, es precisamente la misión del Modo de Regulación que se presenta como una red de instituciones que garantizan la reproducción de las condiciones de funcionamiento del Régimen: relaciones de propiedad, ajuste entre producción y consumo, compatibilidad entre decisiones privadas conflictivas o contradictorias (por ejemplo, una distribución consensuada del uso del territorio, o normas de conservación de determinados elementos), etc.

La única dificultad que presenta para nosotros la utilización de la teoría regulacionista, tal como viene elaborada, estriba en que está excesivamente centrada en las condiciones generales que rigen la economía en la escala nacional e internacional. Piensa en modelos productivos y regímenes de acumulación más o menos universales (el fordista por ejemplo), y, aunque no es incompatible con la cuestión de las peculiaridades locales, precisaría una ampliación en esa dirección de la variabilidad y lo micro. Lo cierto es que la descripción del surgimiento, consolidación y crisis del régimen fordista, que ha constituido su mejor ensayo explicativo hasta el momento, obligaba a centrar el análisis en los espacios nacionales y en su desmantelamiento final en favor de la aparición de estructuras de mayor dimensión. Se desplaza precisamente en la dirección contraria a la del Gobierno Urbano y la Máquina de crecimiento y de ahí el interés de fundirlas: frente a lo local, lo global, frente a los agentes, las estructuras. Es preciso reunirlos.

Los campos de análisis se multiplican con esta teoría que muestra la importan-

cia del vínculo salario-capital, el tipo de competición entre capitales, el carácter de las relaciones financieras y monetarias, la forma en la que las firmas productivas se adhieren a la economía nacional y mundial, las formas de intervención estatales en la economía. Y también por lo que a su dimensión espacial se refiere, las modalidades de organización del espacio productivo y de reproducción (mano de obra y capital) nacimiento y crisis de las grandes fábricas fordistas y sus agrupaciones intra y periurbanas, el nacimiento de los conglomerados metropolitanos, los modelos de alojamiento y su papel en la estabilización de los mecanismos de reproducción de la fuerza de trabajo, el papel del salario en la constitución del Patrimonio inmobiliario, los mecanismos de formalización del espacio social y de actividades económicas, el despliegue del espacio de la distribución mercantil; la incorporación del modo de producción doméstico, de las economías informales, de la agricultura en su multiforme variedad, etc. Los más de ellos aún por explorar adecuadamente en el nivel local.

El Modo de Regulación, sirve en definitiva para armonizar las transformaciones en las condiciones de producción (volumen de capital implicado, reparto entre ramas, normas de producción, modelos de organización del trabajo) con sus simétricas en el campo del consumo. Es la socialización del proceso de producción y sus transformaciones lo que se estudia frente a la visión neoclásica que sólo es capaz de descubrir «desajustes» respecto a modelos estáticos de base numérica.

Esa dinámica histórica es la que nos interesa recuperar, porque permite devolver al territorio y a la ciudad su dimensión fundamental.

Pero terminemos este fugaz repaso recordando que la combinación de un modo de regulación con un régimen de acumulación representa un Modo de Crecimiento o Desarrollo caracterizado por crisis cíclicas no necesariamente catastróficas y sí generalmente autoreguladas. Sólo en su fase final las contradicciones se acumulan; las restricciones sobre los mecanismos de acumulación que impone la regulación acaban en una crisis estructural, de la que emerge un nuevo modo de regulación, etc.. Es ahí precisamente, en esa transición más o menos drástica, donde la teoría presenta sus mayores debilidades (Brenner y Glick 1991), pero esa no es ahora la cuestión.

El análisis que hace esta escuela del proceso de gestación del capitalismo fordista desde el siglo XIX hasta su implantación más universal, después de la depresión de los años 30 y la guerra, y su desenlace final como una crisis de productividad que está en la base del proyecto de mundialización actual de la actividad económica, resulta extraordinariamente sugerente para volver a visitar la dinámica del universo local, que había permanecido oculta en esta visión, pero que la competitividad entre ciudades devuelve ahora inevitablemente a un lugar de privilegio.

Volvemos a un escenario regulador competitivo de características similares al que operó en las primeras décadas de este siglo, también acompañando a una decidida expansión geográfica aunque con características diferentes, y reconstruyendo viejas relaciones con el entorno no capitalista (modos de producción asociados) que faciliten

rentas de reproducción, pero sobre un territorio claramente escindido, en el que los países del centro, labrados profundamente con el modelo de urbanización fordista en descomposición, deben explorar nuevos acoplamientos.

La tentación de caer en un cierto determinismo económico persiste en esta visión regulacionista, a pesar del complejo sistema de mediaciones institucionales que se interponen. No se trata del determinismo trivializado que distingue al economicismo oficial que naturaliza leyes mecánicas, sino de estructuras que cobijan una gran variabilidad que se transcribe en el universo local gracias a la mediación modulada por las relaciones entre la sociedad civil y los grupos hegemónicos, y que puede expresarse elaborando proyectos colectivos. Esta cuestión nos remite de nuevo a Gramsci y a su concepto de bloque hegemónico.

Se refiere a la unidad histórica de las fuerzas sociales (no de las estructuras como en el bloque histórico), una alianza durable de clases gobernantes, clases populares e intelectuales. Su unidad procede de las relaciones orgánicas entre la sociedad política y la cívica y tiene diversos grados según que el consenso sea más general o más selectivo y según el grado de clientelismo, pudiendo llegar a la coerción si no hay convencimiento. No es necesario hilar muy fino para llegar a la conclusión de que el territorio y los grupos sociales vinculados a él han estado desde la revolución industrial supeditados a bloques hegemónicos de origen urbano.

Si bien Gramsci habla de una hegemonía ético-política, no olvida la influencia que el grupo dominante ejerce en el núcleo de la actividad económica. De nuevo asoma el fantasma del determinismo económico, pero podemos interpretar esta afirmación en el sentido de que los proyectos hegemónicos tienen que respetar «la determinación económica en última instancia», con lo cual salvamos la capacidad de la dialéctica sociedad civil-grupos dominantes para generar proyectos de transformación. Recordemos que Gramsci trataba en realidad de crear una ciencia autónoma de lo político capaz de derrocar al capitalismo.

Conviene cerrar de momento el circuito aunque haya sido un recorrido muy sucinto, y me consta que una visión como la que aquí se propone puede crear desconcierto y escepticismo, ya que significa un esfuerzo importante de revisión del aparato conceptual y técnico con el que se han labrado todas las rutinas que informan las intervenciones en la ciudad y el territorio, pero tampoco tengo ninguna duda respecto al agotamiento de ese arsenal trivializado que seguimos usando. Del mismo modo que podemos hablar de un Modo de Desarrollo fordista, podemos hablar de una cultura urbanística fordista que ha informado la ideología de los bloques y ha modelado institucionalmente los diferentes modos de Regulación de los que se ha servido el sistema en los últimos dos siglos, tanto en la gestión como en la elaboración de proyectos. Ha llegado el momento de sustituir esa cultura, y creo que es una buena ocasión, para devolverle al territorio y a la ciudad el lugar que se les negó.

Reanudar la historia del territorio

Queda en el aire una pregunta legítima: ¿Pero qué hacemos con el territorio? Las respuestas al uso son bien conocidas. En general versarían sobre la protección. Se puede proteger, acotándolo previamente, por razones varias: porque es una reserva natural de algo; porque es un paisaje reconocido y prestigiado; porque sus condiciones agronómicas son excepcionales; porque tiene un valor histórico (esto es aún más complicado de explicar). En estos casos todavía caben dos posibilidades extremas. La primera es protegerlo, cueste lo que cueste, por imperativo cultural indiscutible (se hace con la intervención pública), la segunda es protegerlo incluyéndolo en alguna lógica monetaria que contribuya a crear economías asociadas en el entorno que colaboren en su mantenimiento y, habría que añadir inmediatamente, en su degradación; por ejemplo podemos convertirlo en un espacio turístico (turismo cultural claro), pero incluso una solución como esa necesita un soporte en la sociedad civil y en la actividad territorial que no es fácil de encontrar en cualquier parte, y muchas cautelas.

Estamos hablando de algo que conocemos bien a través de la cultura del patrimonio, heredera de la vieja cultura anticuaria que consistía en sustraer objetos excepcionales e irreproducibles al abuso del siglo para recuperar su contenido perdido o a punto de perderse. Inicialmente se buscaba en ellos algún saber antiguo o algún secreto de la naturaleza, pero hoy es suficiente que representen simplemente una parte de nuestra cultura o de la naturaleza que corre peligro de desaparecer para siempre. Estamos en el límite y eso legitima en nuestro ideario político movilizaciones de recursos públicos, pero precisamente porque éstos son escasos hay resistencia a admitir la excepcionalidad y también tendencia a desentenderse de los compromisos cuando dejan de tener valor de cambio. Además, la excepcionalidad construye un cerco de impenetrabilidad en torno al objeto que pasa a formar parte de un limbo invulnerable a los cambios y desconectado de los procesos vivos con los que ha perdido la relación directa por más que multipliquemos las visitas al museo. Mantenerlo es también costoso, hay toda una química y una física de la conservación que se aplica con el mismo celo con el que Osiris se empleaba para sustraer el mundo sempiterno de los muertos a los ciclos naturales, burlando el dogma fundamental de la dialéctica de la naturaleza que él mismo representaba: la resurrección. Hoy diríamos el reciclaje.

La alternativa es normalizar la existencia de esos valores asegurando su viabilidad, pero hemos visto los efectos demoledores de las lógicas del desarrollo económico en acción. De manera que en el panorama que hemos trazado más arriba, poco podemos esperar en ese campo de las estructuras económicas que actúan en la escala global. No nos queda otro camino razonable que acudir directamente a explorar nuestras posibilidades en la esfera política y cultural; el objetivo sería reintroducir la cuestión en el ideario ético-político del bloque histórico y del bloque hegemónico, y tratar de que emerjan los resultados en el campo local porque es allí donde la

influencia de las estructuras globales viene atemperada por las relaciones entre la sociedad civil y los grupos líderes, y también por esa suerte de autonomía relativa en lo económico que disfruta.

No es casual, pues, que sean precisamente los movimientos de carácter nacionalista los que pueden ofrecer una mejor cobertura conservacionista del patrimonio, entendido en sentido amplio como cultura o forma de vida, ya que incluyen esa revalorización patrimonial como una fuente de libertad subjetiva y de iniciativas colectivas de las que habla la teoría, pero no está demostrado que esa conservación supere lo estrictamente conservacionista.

Quiero decir que frente al patrón anticuario, que es el dominante y se basa en el encapsulado y el aislamiento, puede plantearse otro inspirado en los mecanismos de convivencia que describe la ecología y en los mecanismos de creación y selección que describe la evolución natural y las transformaciones necesarias de los sistemas económicos, tal como los propone el discurso sostenible y como las reconoce la visión regulacionista. Allí vemos que, incluso en la esfera económica, existe la posibilidad de componer asociaciones de modos productivos, aunque estén controlados por el dominante, lo cual no impide que cada uno pueda desplegar su propia dimensión espacial y su forma de vida. Delimitar esas dimensiones de fuerte contenido local y proteger sus condiciones de existencia puede ser una tarea más eficiente y accesible que el recurso a la protección por el aislamiento. La idea es devolverles su propia historia en las condiciones en las que pueden desarrollarse, unidas a un proyecto hegemónico y no secuestrándolas en una vitrina o intentar que compitan en el terreno del valor monetario que no es el suyo. Hay ejemplos que gozan incluso de gran prestigio económico y social por la excelencia de los productos que son capaces de generar aunque estén alejados de los modos dominantes en los procesos de trabajo y en los mecanismos de valorización. Vienen asociados a una realidad territorial muy precisa: el «*terroir*», una especie de agroecosistema capaz de generar productos agrícolas de alta cotización y cuyo contenido histórico y cultural es muy elevado, ya que representa un modo de vida, un modo de producción particular en el que un saber ancestral acumulativo y evolucionado es la base, un paisaje y un hábitat.

La cultura conservacionista, sin quererlo, asume el papel remoto en la historia que asigna a sus objetos protegidos la visión dominante en vez de reconocer que forman parte de un proceso de transformación en curso y que contienen un caudal de nuevas respuestas siempre posibles, una reserva de lo diverso y lo cualitativo en un mundo que camina hacia la clonación.

La visión más aceptada del proceso de construcción del espacio económico es una línea de progreso en la que el territorio alcanzó su mejor expresión en épocas remotas cuando la tierra dominaba como factor de producción. La sustitución que el capital ha realizado parece que viene asociada a la idea de que el campo, el territorio, quedó para siempre congelado en aquel entonces, que de él no puede esperarse nuevas aportaciones, que ya no es un espacio de innovación, que las tecnologías sólo pueden venir de fuera, desde lo urbano dominado hoy por el capital. Que toda mirada a lo

territorial supondría un regreso, una renuncia. Conservarlo como escenificación histórica de un mundo curioso ya superado significa robarle todo futuro que no sea conservarlo en un museo, y con ello renunciar a reintroducir en la sociedad todo el conjunto de valores que le rodean y de novedades que podría ofrecernos.

La idea es visitar el territorio como cultura considerándolo un universo con capacidad de generación permanente de nuevas formas de actividad, diferentes en cualquier caso a las de la ciudad pero igualmente necesarias y complementarias de ésta. Para ello es preciso evitar la falacia que ha terminado por imponer la teoría urbanística principal según la cual se podría trazar una línea evolutiva de progreso desde la caverna al Santa Clara County que habría dejado el camino lleno de gloriosas piezas de museo, entre ellas un territorio poblado de seres y objetos arcaicos y casi enemigos que en otros tiempos fue un espacio para la fantasía o la aventura y que, en el mejor de los casos, podría recuperarse otra vez para lo mismo.

Como señalaba al principio, se está proyectando sobre el territorio la misma visión antropocéntrica que se tiene de la evolución natural. En el fondo es su ampliación, incorporando el fenómeno urbano y el desarrollo capitalista como la continuación natural de esa evolución en progreso: un progreso que sólo continúa por el vértice de esa estructura piramidal, -las «*topcities*» de la pasarela globalizadora- negándole al resto su propia evolución y diversificación ininterrumpida. Sin embargo, casi todo el espacio existente es territorio y en él se siguen produciendo los procesos de transformación naturales así como multitud de actividades agronómicas de diverso signo, y cada vez más, un sinnúmero de actividades humanas de reconquista y recualificación de esa dimensión. La reconstrucción de un territorio en evolución, no sometido a las leyes del valor pecuniario, debe protagonizar uno de los episodios fundamentales de construcción de la sociedad futura.

Parece que ya no existe más tiempo que el del capital y su historia, pero existe un tiempo profundo del territorio.

Como dice E.J. Gould⁸, el hombre no es más que una excepción en un mundo poblado fundamentalmente por bacterias, que siguen siendo los seres más antiguos y también los más eficientes que ha visto nacer el planeta. Por mucho que las ciudades globales se levanten sobre sus quebradizos pedestales, todo estará cubierto por un fino tejido territorial milenario, labrado con multitud de variantes productivas, siempre en evolución, capaces de elaborar los productos más refinados.

Está claro que este cambio sencillo necesita una profunda transformación en la cultura del bloque histórico y en las alianzas de los bloques hegemónicos a nivel local. La cultura del patrimonio, de la naturaleza, del territorio y de la ciudad necesita reincorporarse al sistema operativo del poder y a su base económica y debe empezar

⁸ GOULD, S.J., *Life's Grandeur. The Spread of Excellence from Plato to Darwin*. London, Jonathan Cape, 1996.

por lo local por numerosas razones. Primero porque es el lugar de la sociedad civil que debe elaborar y respaldar los proyectos; segundo porque es allí donde los determinismos económicos adoptan variantes y se modulan; tercero porque lo local es el ámbito del entorno productivo no capitalista; cuarto porque es el terreno en el que se materializan los sistemas ecológicos que es lo mismo que decir la coherencia del todo y la diversidad y quinto porque es donde lo patrimonial cobra su sentido pleno.

El proceso de institucionalización complejo que debe acompañar a esta transformación va a encontrar numerosas dificultades. La primera es consecuencia del nuevo paradigma territorial que se perfila en el que la mundialización está conduciendo a numerosas ciudades y sus entornos productivos hacia la proletarianización, es decir, a la pérdida del control de sus medios de supervivencia que deja a los gobiernos locales sin una verdadera opción decisoria sobre sus propios territorios. Seguramente es la peor amenaza que se cierne sobre cualquier proyecto de recuperación como el que aquí se propone, porque significa la pérdida de autonomía en el nivel del que más podía esperarse.

La lucha en los organismos internacionales por la implantación de esta cultura regeneradora también puede tener sus frutos. El Primer catálogo español de buenas prácticas nacido de la conferencia de Naciones Unidas sobre asentamientos humanos de Estambul el pasado año⁹ supone un esfuerzo en la tarea de crear una red de intercambios de experiencias que pueden nutrir un cuerpo doctrinal bien surtido y animar a las instituciones locales a participar activamente. No es extraño que haya habido ya una respuesta masiva precisamente desde los ámbitos locales y en especial por los órganos de la administración o del poder cívico que se enfrentan a los conflictos surgidos por la desigualdad creciente.

No tenía otro propósito que ofrecer un marco teórico más comprensivo que permita orientar y situar las propuestas, éstas deben surgir, no desde la teoría, sino de la realidad concreta e histórica y convertirse en experiencias vivas. La teoría sí puede servir para valorarlas y mostrar sus posibilidades de aplicación en otras situaciones similares. Con frecuencia se aplican fórmulas nacidas en lugares determinados a otros puntos sin un examen crítico y con frecuencia fracasan. Creo que el marco conceptual que aquí se propone puede ayudar a sugerir proyectos y comprender los límites y los campos de aplicación de ese arsenal de experiencias que seguramente pronto estará disponible.

Me gustaría cerrar estas palabras tratando de contrarrestar la zafiedad de ese más que exordio, exabrupto, que encabeza este discurso, esa fórmula sumaria con la que un general describía su campo de operaciones. Y no podía encontrar nada mejor que el testimonio directo de un gran poeta algo más joven pero contemporáneo suyo.

⁹ Véase nota 1. La obra contiene numerosos textos sobre el problema de la conservación en general y existen ya estudios de casos que se publicarán próximamente.

Todo el mundo sabe que Augusto se empeñó en reconstruir la clase de los pequeños propietarios campesinos y con ella los valores morales y religiosos de la vieja civilización agrícola de la república romana -¡sin haber leído a Gramsci!-, y con frecuencia se ha citado el papel que Virgilio, como intelectual, jugó en esa política. Hay opiniones sobre esa participación pero nadie puede negar el profundo amor por la tierra que inspira las Bucólicas. Escritas con ocasión de la confiscación de propiedades que se realizó en la región de Cremona y Mantua para ponerlas en manos de los veteranos de guerra hacia el año 40 a.C. Era su tierra natal y el propio poeta fue víctima de esa expropiación aunque luego recuperara sus posesiones. Agradeció el gesto componiendo las Geórgicas y -no podía ser de otra forma- un poema nacionalista y «anticuario» como La Eneida para garantizar la estirpe del emperador: un bloque histórico compuesto de versos, alejandrinos para base económica, hexámetros para la superestructura ideológica. Por lo visto no hay nada nuevo bajo el sol pero sigue brillando en la primera égloga, con luz propia, el hermoso lamento de Melibeo, que no tuvo tanta suerte:

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi
silvestrem tenui musam meditaris avena:
nos patria fines et dulcia linquimus arva;
nos patria fugimus: tu, Tityre, lentus in umbra
formosan resonare doces Amaryllida silvas.

PATRIMONIO ARQUITECTÓNICO, CULTURA Y TERRITORIO

Miguel Ángel Troitiño Vinuesa*

Planteamiento

Durante los últimos, en el marco de los planteamientos del desarrollo local, se está produciendo una nueva lectura cultural del territorio. En este proceso, donde el territorio, la sociedad y la cultura son los grandes protagonistas, el patrimonio construido, por su referenciación territorial, tiene un papel fundamental para el reforzamiento de nuevas identidades y también para crear nuevos espacios de desarrollo.

El «desarrollo sostenible» demanda de una nueva interpretación del patrimonio arquitectónico como uno de los elementos articuladores del territorio, entendido éste como una construcción social. En este marco, los «ecomuseos» aparecen no sólo como instrumentos dinamizadores de la sociedad y de la economía local, sino también como instrumentos estables de la ordenación, explotación y gestión del patrimonio arquitectónico.

A finales del siglo XX la conservación y el desarrollo no pueden ser entendidos como términos antagónicos, dado que sin conservación no es posible garantizar el desarrollo. Desarrollo y conservación son realidades que tienen que ser necesariamente compatibles, fruto de nuevas formas de valoración, ordenación, explotación y gestión del patrimonio cultural.

* Geógrafo. Universidad Complutense de Madrid (España).

El patrimonio arquitectónico y las relaciones entre naturaleza, sociedad y cultura

Entendiendo el Medio Ambiente como el territorio o el hogar del hombre y, por tanto, como el resultado de unas relaciones dinámicas a lo largo del tiempo entre naturaleza, sociedad y cultura, nos encontramos que el patrimonio arquitectónico tiene mucho que ver con las características del Medio natural donde se localiza, pero fundamentalmente con la historia y con la cultura.

El análisis integrado del territorio aparece como un camino adecuado en el momento abordar los temas del patrimonio en su dimensión territorial. La «ética de la conservación», tanto del patrimonio natural como del patrimonio cultural, aparece muy tarde en nuestra sociedad dado que el liberalismo y la revolución industrial significan el triunfo de una determinada idea de progreso, la económica, donde dominan las relaciones de conquista, dependencia y transformación.

De forma lenta pero paulatina, se va introduciendo la necesidad del control social del Patrimonio en la búsqueda de un nuevo orden ecológico y territorial, donde la cultura adquiere un papel protagonista. Sólo desde una nueva cultura territorial será posible valorar la dimensión territorial del patrimonio arquitectónico.

Del territorio soporte de la actividad económica al territorio recurso y patrimonio cultural

Uno de los rasgos diferenciadores de las estrategias de desarrollo local radica en apoyarse en una nueva conceptualización del espacio económico. Mientras que en las teorías del desarrollo polarizado y de la difusión, el territorio o el espacio se conciben como una realidad neutra, un mero soporte físico para las actividades y los procesos económicos, la teoría del desarrollo local concibe al territorio como un recurso, un valor y un agente clave del desarrollo.

Todas las comunidades territoriales disponen de un conjunto de recursos (económicos, humanos, ambientales, institucionales, culturales, etc.) que constituyen lo que se denomina su patrimonio o potencial de desarrollo endógeno. El reto está en encontrar, según el momento histórico, nuevas ideas y nuevos proyectos que permitan movilizar y utilizar los recursos para afrontar los problemas planteados. La capacidad para liderar el propio proceso de desarrollo, unida a la movilización de los recursos disponibles, conduce al desarrollo local, entendido como un proceso de crecimiento económico y de cambio cultural.

El territorio juega siempre un papel decisivo en los procesos de desarrollo local, en la medida que se trata de impulsar la actividad económica y la mejora del nivel de vida en un territorio dado, a partir de sus propios recursos y de sus

potencialidades. Por otra parte, el nacimiento, la consolidación y el desarrollo de los sistemas productivos locales guarda estrecha relación con la existencia de un sistema cultural fuertemente vinculado al territorio. En este proceso de vinculaciones e identidades el patrimonio arquitectónico, por ser el más visible, desempeña un papel decisivo.

Las acciones de desarrollo también deben ser analizadas en términos de ordenación del territorio. La no consideración de los factores territoriales y ambientales en los programas de desarrollo, tal como ocurre con excesiva frecuencia, acarrea problemas funcionales y conflictos medioambientales que se pueden convertir en hipotecas de cara al futuro.

Cultura, territorio y desarrollo

El desarrollo local, definido por Jacqueline Mengín como «una acción voluntaria, organizada que interviene en un proceso de cambio social», requiere entender la cultura como factor generador de riqueza, la denominada cultura productiva¹. La acción en los ámbitos locales desde el frente de la cultura requiere desbordar el campo de la «animación sociocultural» y utilizar los instrumentos a su alcance (ecomuseos, parques culturales, etc.) como palancas para la dinamización socioeconómica. Cultura y patrimonio arquitectónico van estrechamente unidos, en cuanto que este último es la expresión material del quehacer de los hombres a lo largo del tiempo.

Sin vertebrar la sociedad local será muy difícil llevar a buen puerto un programa de conservación del patrimonio. En esta vertebración, la cultura tiene un papel fundamental y debe estar vinculada una nueva lectura y diagnóstico del territorio. Hay que superar la mera conservación-recuperación del patrimonio arquitectónico y abordar su reelaboración productiva. La innovación cultural tiene que ponerse al servicio de la creatividad social y convertirse en un pilar fundamental del desarrollo.

De las tres corrientes de pensamiento que Gilbert Dalla Rossa (1996) diferencia en las teorías del desarrollo local, político-administrativa, económica y humanista, esta última es la que realiza una aproximación compleja y global al desarrollo local, nacida de la crisis de otros modelos de desarrollo y de la quiebra «eco-sociocultural», en suma quiebra territorial, de nuestras sociedades, apostando por la movilización global de los recursos de las sociedades locales en sus dimensiones económicas, sociales, culturales y territoriales.

¹ HERNÁNDEZ, 1989.

Las estrategias de desarrollo local han llevado a revisar los conceptos de territorio, gestión y desarrollo. Para M.E. Chassagne:

- El territorio no es sólo una circunscripción administrativa sino el cuerpo de la sociedad local.
- La gestión no es la ordenación del territorio sino su puesta en movimiento.
- El desarrollo no es el crecimiento sino la vida.

El patrimonio construido es algo así como el esqueleto cultural del territorio y su puesta en movimiento es, sin duda, un poderoso instrumento para el logro de una buena calidad de vida.

Territorio y análisis global

Existen dificultades para que se abra camino una cultura territorial y ambiental superadora del crecimiento ilimitado. Sin embargo, nos enfrentamos al reto de construir un nuevo territorio que permita al hombre alcanzar altas cotas de calidad de vida, libertad y solidaridad. Para ello hay que entender globalmente la realidad donde se actúa, dando entrada a dimensiones económicas, culturales, ambientales, sociales, espirituales, etc. Cada día se hace más evidente la necesidad de pensar globalmente para actuar puntualmente.

El territorio es el reflejo de la sociedad que lo habita, hoy nuestro mundo es un territorio bastante hostil donde es necesario introducir importantes cambios de rumbo. Además de integrar las dimensiones ambientales y culturales en las estrategias de desarrollo, es necesario dotarse de nuevos instrumentos para llenar de contenido a las estrategias de conservación activa. Este puede ser el caso de los «parques culturales», donde tiene lugar una nueva interpretación del Medio local y una revalorización productiva de su patrimonio cultural (Diez y Andrés, 1996). La ordenación y gestión integrada del territorio deben ser la base de estrategias de desarrollo orientadas a compatibilizar promoción socioeconómica y protección del patrimonio cultural.

La localidad es el lugar donde la acción y el pensamiento social entran en contacto. El territorio de lo local es, ante todo, cultura, relaciones sociales, identidad, patrimonio, representación, etc. El territorio es una construcción social, el resultante de un largo proceso de intervención del hombre sobre el Medio. El grupo que impulsa el desarrollo se debe agrupar alrededor del sentimiento de pertenencia, de la vinculación a un «territorio vivido», donde existe voluntad de levantar un proyecto común.

El territorio de lo local es, ante todo, una construcción social. Son más

importantes las relaciones entre los diversos agentes sociales que la mera contigüidad geográfica. No parece factible impulsar procesos de desarrollo local sin reforzar o construir una matriz de identidad territorial, de ahí que resulte fundamental identificar, de manera adecuada, tanto los recursos como las unidades operativas. En esta línea el patrimonio arquitectónico tiene un papel fundamental en la configuración de las identidades colectivas al tratarse, tal como hemos señalado, de recursos territorializados.

Territorio, historia y patrimonio construido

Historiar el territorio desde una perspectiva espacial resulta fundamental para interpretar el Patrimonio arquitectónico en su dimensión territorial (Troitiño, 1996). Las finalidades básicas a cubrir pueden ser las siguientes:

- Clarificar los procesos que marcaron las pautas organizativas del territorio y que condicionan su funcionamiento actual.
- Poner de relieve el carácter dinámico de las relaciones entre el hombre y su Medio Ambiente.
- Acercarse a la personalidad y singularidad histórica de la zona de estudio.

Se trata, en suma, de recorrer los diversos ciclos históricos y tratar de clarificar como se establecían las relaciones entre territorio y sociedad. Un análisis histórico territorializado permite resaltar la raíz histórica y cultural del patrimonio arquitectónico, explicar el entramado del poblamiento actual y sus interdependencias funcionales, identificar y contextualizar el patrimonio cultural y valorar el propio territorio como recurso ecocultural.

El poblamiento tiene un papel fundamental para interpretar el patrimonio en su vertiente territorial y su análisis permite:

- Entender la trama histórica y la funcionalidad del patrimonio arquitectónico.
- Conocer el mayor o menor grado de adaptación y de integración en el Medio geográfico.
- Valorar la arquitectura rural como patrimonio, en sus dimensiones culta y popular.
- Explicar la lógica de las transformaciones tipológicas y morfológicas en relación con la problemática de la vivienda y de los modelos de organización y explotación del territorio.

- Explicar las nuevas formas de hábitat relacionadas con el esparcimiento y clarificar la problemática relacionada con su inserción en el territorio.

Multifuncionalidad y valoración de los recursos patrimoniales del territorio

El Medio rural se ha ido configurando como un «territorio problema», tanto por su propia fragilidad natural, económica y social como por las características y limitaciones de una política económica y territorial, de fuerte componente sectorial, impulsora de la polarización urbano industrial, que ha olvidado la singularidad de muchos territorios, en cuanto marco diferenciado de las actividades y de la cultura de los hombres.

El territorio desempeña funciones múltiples y a las de carácter más tradicional, relacionadas con la explotación agraria o artesanal, se han unido otras nuevas y cada vez más importantes en nuestra sociedad como las de equilibrio ambiental y territorial, producción de espacios de calidad paisajística y ambiental, reserva de recursos hídricos, soporte de actividades de esparcimiento, recreo, culturales, etc.

La valoración del territorio requiere, tal como hemos señalado, analizar desde una nueva perspectiva los recursos existentes y conocer la problemática socio-territorial planteada de cara a su explotación. Ello obliga a una nueva lectura del territorio, acorde con las demandas actuales y respetuosa con sus valores ambientales y culturales. En esta línea de trabajo resulta de gran utilidad, sobre la base del análisis integrado del territorio, confeccionar un *Inventario Territorial* donde se sistematicen las diversas tipologías de recursos disponibles y se evalúen sus posibilidades de utilización.

Así en relación con la valoración del patrimonio arquitectónico se pueden considerar, entre otros, las siguientes tipologías de recursos:

- a) *Recursos histórico-culturales.* En el territorio, en cuanto realidad que conserva la huella de diversas civilizaciones, estos recursos son de gran riqueza y su naturaleza es muy diversa: elementos del viario tradicional (calzadas, cañadas, cordeles...); patrimonio Histórico-Artístico; arquitectura popular; elementos del patrimonio artesanal e industrial (almazaras, molinos, fraguas, etc.). Estos elementos ofrecen diversas oportunidades para la revalorización turística y cultural del Medio rural.
- b) *Recursos ambientales.* La relación entre el hombre y el Medio determina que buena parte de los paisajes rurales en sus diversas manifestaciones, sotos, riberas, bosques, montes, pueblos, praderíos, senderos, dehesas, etc., tengan una elevada calidad ambiental que les convierte en elemento

atractivo para el habitante de la ciudad o para el desarrollo de iniciativas que buscan un Medio Ambiente de calidad.

- c) *Recursos paisajísticos*. El territorio rural, en una sociedad técnico-urbana, es el símbolo del paisaje hermoso y diversificado. A ello contribuyen factores muy diversos como los elementos del relieve, la diversidad biogeográfica, las formas de utilización del suelo, los cambios cromáticos según las estaciones. Esta dimensión paisajística del Medio rural requiere de una adecuada lectura y de una comprensión en el marco de una sociedad donde la cultura de la imagen tiene un papel relevante. Hoy los paisajes son un recurso tan importante como en otro tiempo lo pudieron ser la producción de forrajes o la producción de frutos.
- d) *Recursos etnológico-antropológicos*. El Medio rural, por su larga evolución histórica y por su carácter de espacio refugio, especialmente en montaña y territorios de mayor marginalidad, conserva costumbres y tradiciones de culturas a punto de extinguirse. Su utilización como recurso turístico o cultural, con las pertinentes precauciones, puede servir tanto para su conservación como para reforzar los atractivos de una determinada comarca.

Instrumentos para la promoción y la valoración del patrimonio cultural: ecomuseos y parques culturales

Los instrumentos a utilizar para la valorización del patrimonio arquitectónico son de naturaleza diversa, en unos casos tienen un carácter eminentemente pasivo y centrado en la protección, aunque puedan ir acompañados de un cierto **efecto renombre** (conjuntos históricos, patrimonio cultural de la humanidad...), y en otros su carácter es de naturaleza activa. A continuación nos referiremos a algunos de los instrumentos de naturaleza activa, cuya finalidad es la articular y vertebrar el patrimonio en su dimensión territorial.

Los ecomuseos, los parques culturales o los museos integrales nacen ligados a las transformaciones culturales y a las preocupaciones medioambientales que despiertan en la década de los sesenta, implican una nueva lectura del territorio, son un importante instrumento de dinamización cultural y un poderoso motor para el desarrollo. Por otra parte, más que equipamientos culturales en el sentido tradicional del término, son «movimientos culturales» y de ahí que el propio Hughes de Varine, inventor con Georges Henri Riviere del término ecomuseo en 1971, le resulte difícil comprender su destino (De Varine, 1985).

Una de sus aportaciones fundamentales es que su contenido y su significado pueden variar de un lugar a otro y adecuarse a los diversos contextos socioterritoriales: centro de interpretación, museo parque, museo artesanal, conservatorio etnológico o

centro de cultura industrial. Nacen para renovar el museo y se afirman como un instrumento necesario al servicio de la comunidad, su finalidad es la de articular y presentar de forma coherente el patrimonio cultural de una comarca.

El ecomuseo nace ligado a las nuevas preocupaciones medioambientales y territoriales de la década de los años 60.

Las primeras iniciativas tienen lugar en relación con preocupaciones etnológicas y ecológicas, como el mito del regreso al campo, la valorización del Medio rural y el resurgimiento de las culturas tradicionales. Otro elemento decisivo de estas iniciativas es su preocupación por el enraizamiento con la sociedad. Georges Henri Riviere señala que los pueblos se expresan en sus arquitecturas y propugna que la actuación de los parques naturales regionales en materia de patrimonio debería centrarse en la creación de «museos de la casa».

El ecomuseo aporta dos ideas fundamentales: la puesta en valor del patrimonio, cultural y natural, y una concepción dinámica del patrimonio que implica proteger, desvelar su identidad y favorecer un desarrollo equilibrado. En los años 70 se afirma el ecomuseo y asocia las ideas de tiempo y espacio para explicar, de forma integrada, las relaciones entre Hombre y Naturaleza en un territorio dado, vieja preocupación de la Geografía.

La territorialidad, entendida como vinculación del hombre a una realidad cultural y social concreta, se convierte en una idea central del proyecto y significa la plena toma en consideración de la dimensión local. Así, paulatinamente el concepto «eco» se refiere tanto al entorno natural como al social.

En suma, los ecomuseos, los parques culturales o los parques comunitarios o los que también podrían denominarse «*Centros de interpretación del territorio*», ya que lo importante no es el término sino su contenido, son instrumentos que, adaptados a las diversas realidades, pueden servir tanto para valorizar el patrimonio cultural como para difundir una nueva cultura del desarrollo.

Bibliografía

- AA.VV., *Seminario sobre El Paisaje*. Junta de Andalucía, Centro de Estudios Territoriales y Urbanos, 1989.
- AA.VV., *Medio Ambiente y Ordenación del Territorio*. Fundación Duques de Soria-Universidad de Valladolid, 1994.
- AA.VV., *Medio Ambiente y Desarrollo Rural*. Fundación Duques de Soria-Universidad de Valladolid, 1995.
- BERTRAND, G., «Le paysage entre la nature et la société», *Revue Géographique des Pyrénées et Sud-Ouest*, nº 2, 1978, pp. 127-139.
- DALLA ROSSA, G., «Experiencias y conceptos teóricos para la formación superior de agentes de desarrollo local», *Desarrollo Local y Medio Ambiente. La Iniciativa Comunitaria LEADER*. Cuenca, Diputación, 1996, pp. 69-86.
- DIEZ, J. y ANDRÉS, M., «El parque cultural del Maestrazgo turolense», *Desarrollo Local y Medio Ambiente. La iniciativa Comunitaria LEADER*. Cuenca, Diputación, 1996, pp. 215-221.
- DE VARINE, H., «El Ecomuseo, más allá de la palabra», *Revista Museum*, nº 148, 1985, p. 185.
- GARCÍA MERINO, L.V. (ed.), *Espacios Rurales. Pequeños Municipios*. Cantabria, Universidad de Cantabria, Centro de Estudios Rurales, 1996.
- GEORGE, P., *Les hommes sur la terre. La géographie en mouvement*. París, Seghers, 1989.
- HERNÁNDEZ, A., *Cultura y Medio Rural*. Ed. Narcea, 1989.
- HUBERT, F., «Histoire des écomusées», *La Museologie selon George Henri Rivière*. Dunod, 1989, pp. 146-154.
- HUBERT, F., «Los ecomuseos de Francia: contradicciones y extravíos», *Revista Museum*, nº 148, 1985, pp. 186-190.
- ISNARD, H., *L'Espace Géographique*. París, P.U.F., 1978, 219 pp.
- KAYSER, B., *La Renaissance Rural*. París, A. Colin, 1990, 316 pp.
- KAYSER, B., «La cultura un incentivo para el desarrollo local», *Revista Leader*, nº 8, 1994, pp. 5-9.
- LEADER, *Cultura y desarrollo rural*, nº 9, 1994, pp. 12-16.
- LORTHIOIS, J., *Le Diagnostic Local de Ressources*. ASDIC-Editions W. Lusigny sur Ouche, 1996.
- MAX NEEF, M., *Desarrollo a escala humana*. Madrid, Ed. Icaria, 1994.
- MENGUIN, J. y MASSON, G., *Guide du développement local et du développement social*. París, L'Harmattan, 1989.

- RIVIÉRE, G.H., «Definición evolutiva del ecomuseo», *Revista Museum*, nº 148, 1985, pp. 202-203.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, F., «El desarrollo local, una aplicación geográfica. Exploración teórica e indagación sobre su práctica», *Revista ERIA*, nº 39-40, 1996, pp. 57-73.
- TROITIÑO VINUESA, M.A., «Análisis Integrado del Territorio y Desarrollo Local», *Desarrollo Local y Medio Ambiente. La Iniciativa Comunitaria LEADER*. Cuenca, Diputación, 1996, pp. 103-120.
- VERHELST, T., «Las funciones sociales de la cultura», *Revista Leader*, nº 8, 1994, pp. 10-11.

URBANISMO, ECOLOGÍA Y CIUDAD CONSOLIDADA*

Giuseppe Campos Venuti**

El urbanismo, como lo consideramos y lo practicamos en Europa en el umbral del año 2000, está atravesando una etapa de profunda evolución disciplinar y su evolución está centrada, principalmente, alrededor de los problemas ecológicos.

Después de esta afirmación, quiero subrayar, como primera cuestión, que esta evolución no puede hacernos pensar de ninguna manera que el urbanismo tenga que sustituir a la ecología. O tan solo ocupar en el futuro una parte del espacio operativo, cultural y político que hoy está ocupado por la ecología. Al contrario, una evolución del urbanismo que lo haga capaz de hacerse cargo de muchas exigencias ecológicas que hasta hoy habían sido descuidadas puede contribuir a la afirmación y a la difusión de la ecología en la sociedad contemporánea.

Bien mirado, tanto el urbanismo como la ecología se presentan como disciplinas modernas en el mundo occidental en correspondencia con dos grandes transformaciones temporales.

El urbanismo moderno nace, en efecto, cuando la primera revolución industrial provoca en Europa el rápido crecimiento de las ciudades, y cuando este crecimiento genera patologías, o por lo menos problemas concentrados en las ciudades, que es necesario tratar de forma sistemática. El urbanismo representa por tanto la disciplina que analiza estos problemas y que se propone solucionarlos. Sus valores culturales adquieren rápidamente una conciencia social, económica y hasta política, como demuestran las propuestas de Owen y de Fourier. Sin embargo Engels y Proudhon llegan a utilizar el urbanismo, y el aspecto por entonces central de la «cuestión de la vivienda», como el terreno de choque entre la estrategia política revolucionaria y la reformista.

La ecología nace sin embargo en el mundo occidental como reacción a las patologías tanto locales como planetarias (desde la contaminación sistemática al

* Traducción de Giovanni Muzio.

** Arquitecto. Politécnico de Milán (Italia).

inmenso desperdicio de recursos naturales), generadas por la segunda revolución industrial, o por lo menos producidas como consecuencia de esta última. Los nuevos problemas no afectan solo a la ciudad, sino a toda la antroposfera y provocan entonces un impacto emotivo incluso superior al provocado por los problemas urbanísticos. Y afectan directamente a la política, hasta el punto de provocar el nacimiento de partidos políticos centrados exclusivamente sobre el tema de la ecología, con el resultado consecuente de obligar a la política tradicional a dedicarle una atención antes desconocida. Y finalmente provocan también consistentes repercusiones culturales.

Naturalmente, la salida a la luz de problemas ecológicos no borra la presencia de la ya consolidada problemática urbanística, lo que sugiere una confrontación y una estricta colaboración entre las dos disciplinas. Por lo que respecta al urbanismo moderno europeo, éste ya ha desarrollado una continua evolución a lo largo de dos siglos. Sus caracteres iniciales están indudablemente dedicados a la ciudad: al modelo pragmático inglés de la ciudad por partes -los *circus*, los *crescent*, los *public grounds*- o a los modelos generales nacidos en el continente, el de Hausmann para la transformación urbana, y el de Cerdá para la expansión urbana. Pero gradualmente el urbanismo ha dirigido su interés hacia los territorios extra-urbanos: en Italia la ley que obliga a los planes urbanísticos a regular todo el territorio municipal fue aprobada en 1942, o sea, con la Segunda Guerra Mundial.

El valor ambiental de la disciplina urbanística se afirmó mucho más tarde que el original, el valor relacionado exclusivamente con las construcciones. No debe ser casual que esta evolución sea inversamente proporcional a la importancia de la renta urbana de las economías nacionales. Mientras son tradicionalmente más abiertas a las exigencias del Medio Ambiente el urbanismo holandés o el de los países escandinavos, notoriamente poco subalternos al régimen inmobiliario; en Italia -como en España-, donde el peso económico de la renta urbana es enorme, los valores ambientales son reconocidos en un primer momento tan sólo por su componente paisajista. Pero este reconocimiento produce en Italia una importante evolución jurídica, porque la Corte Constitucional estableció que los vínculos de salvaguardia, que limitan su disponibilidad por parte de los propietarios sobre los suelos a los cuales es reconocido el valor ambiental-paisajista, no dan derecho a indemnizaciones pagadas por la comunidad.

A mí, que he trabajado hace más de diez años en el *Piano Regionale Paesaggistico* de la Región Emilia-Romagna, cuya actuación ha dado resultados positivos, me surgió espontáneamente una objeción de fondo, formulada con este ejemplo paradigmático. ¿Qué sentido tiene proteger los valores paisajistas de los suelos a lo largo de los cuales fluye un curso de agua, si este último está todavía muy contaminado? Sobre la base de las preocupaciones que he ejemplificado, está en curso en Italia, desde hace una decena de años, una progresiva evolución de los planes urbanísticos hacia toda la problemática ambiental del territorio, para superar los más restringidos límites del planteamiento paisajista. Pero el grave límite de esta evolución está en el hecho de no enfrentarse, todavía plenamente, a los problemas ecológicos en el interior de la ciudad consolidada, negando entonces la globalidad

propia de esta disciplina.

Por otro lado, la diversidad de los instrumentos operativos, que el urbanismo y la ecología han elegido, sugiere la profundización de la colaboración entre las dos disciplinas. El urbanismo intenta materializar sus objetivos con el plan, o sea con un instrumento concebido, en origen, para condicionar y encauzar las transformaciones urbanas y territoriales, mientras el instrumento elegido por la ecología es la Evaluación de Impacto Ambiental, o sea una verificación que se ejecuta a posteriori sobre un proyecto de intervención para juzgar su sostenibilidad. Y no siempre la Evaluación de Impacto Ambiental permite la «opción cero», o sea el rechazo de una intervención considerada insostenible.

La misma existencia de dos instrumentos parece entonces sugerir la colaboración interdisciplinar: la adopción por parte del Plan de todos los contenidos ecológicos de que el urbanismo puede hacerse portador, y la sucesiva aplicación de la EIA a todas las intervenciones de mayor relevancia. La EIA, en conclusión, no puede, por sí sola suplir, o peor aún ser una alternativa a un planeamiento urbanístico que sepa asumir sobre sí los contenidos más amplios de la ecología. Pero esta integración de contenidos y de instrumentos deberá superar las dificultades que el urbanismo encuentra al introducir la problemática ecológica dentro del planeamiento de la ciudad, o sea la dificultad de transformar en sentido ecológico el mismo proyecto urbanístico en la ciudad consolidada.

Esta dificultad no se presenta en las naciones más avanzadas que Italia ni desde el punto de vista urbanístico ni ecológico. Es sintomático, por tanto, el esfuerzo realizado en este ámbito en Holanda, para proteger y valorar el «corazón verde» de la nación, una zona rural muy poco urbanizada, localizada en el centro de la «Randstad», o sea el anillo formado por todas las principales ciudades holandesas. Pero igual de importante es el esfuerzo holandés para enfrentarse a las problemáticas ecológicas utilizando el urbanismo dentro de la ciudad. Ejemplar es el caso del «*Structuurplan*» elaborado para Amsterdam, pensado como «ciudad compacta», donde el verde asume una más amplia dimensión biótica, las redes infraestructurales son concebidas en función ecológica y el tema de ahorro de suelo se entremezcla con el de las áreas contaminadas y para sanear.

Pero, es Alemania el país europeo donde, hoy día, urbanismo y ecología parecen mas integradas, y donde la ecología entra con mayor frecuencia a cualificar los planes urbanísticos en el interior de la ciudad. Ejemplo emblemático del interés alemán por la ecología es la grandiosa experiencia del «*IBA Emscher Park*», iniciada en 1989, y que nació justamente para borrar las monstruosidades ecológicas realizadas en el área mas devastada de Europa por la industrialización y la urbanización. Pero la legislación alemana prevé para toda la nación un planeamiento ambiental que acompaña al urbanístico, más tradicional; y aunque el nombre de esta planificación se refiera al paisajismo, «*Landschaft*», sus contenidos son, por el contrario, abiertamente ecológicos y abordan directamente la transformación de la ciudad.

Pero ciertamente no continúan en esta dirección las colosales intervenciones

actualmente en construcción en Berlín, una ciudad donde la defensa de la ecología y el crecimiento de los espacios verdes ha sido, hasta hace muy poco, realizada con gran éxito. Produce una cierta impresión mirar la tabla del «*Landschaftsprogramm*» de Berlín, que se refiere a los espacios abiertos, repleta de variaciones que recuperan para edificar las zonas verdes de las áreas más céntricas. Y descubrir que esta antiecológica inversión de la línea política, se está realizando sistemáticamente a costa del Tiergarten, valientemente defendido durante los décadas del asedio, desde el Reichstag al Potsdamer Platz; justo en la zona central de la ciudad establecida como «cuña verde» y prioritaria para la protección del clima y de los recursos naturales. Que la intervención en curso consiga evitar negativas transformaciones microambientales - por ejemplo, no alterar el nivel de las aguas subterráneas y no dañar por tanto el gran patrimonio vegetal berlinés - no garantiza, ciertamente, la sostenibilidad urbanística global, y especialmente la ecológica, de las colosales intervenciones. A pesar, e independientemente, del espléndido proyecto de mi amigo Renzo Piano.

La misma Comunidad Económica Europea ha intervenido en 1990 con un «Libro verde sobre el ambiente urbano», que está expresamente orientado a introducir la ecología en el gobierno de la ciudad; aunque no sugiera una explícita colaboración entre la disciplina urbanística y la ecológica. Los problemas analizados en el libro verde tienen como objeto la contaminación, la degradación del ambiente urbano y el de sus espacios naturales. Y las propuestas planteadas se refieren al urbanismo y los transportes, la política de las aguas, de los residuos y de la energía. Un buen documento entonces, aunque por otro lado presenta los defectos de las «directivas CEE»: son muy generales y difíciles de dar a conocer a la opinión pública europea. En efecto somos pocos los que las conocemos, como estoy seguro que pocos saben en esta sala que si yo obtuviera la residencia en Valladolid obtendría, automáticamente, en base a las directivas de la CEE, el derecho a presentarme candidato para las próximas elecciones municipales de la ciudad. ¡Quedaos tranquilos, os aseguro que no corréis ese riesgo!

Respecto a las relaciones entre urbanismo y ecología la experiencia americana tiene, para nosotros los europeos, un significado más cultural que de modelo de referencia. Porque, entre otras cosas, en Estados Unidos el derecho y la operatividad son más fuertes para la ecología que para el urbanismo, al contrario de lo que ocurre en Europa. Es más, los valores ambientales representan, además, uno de los principios fundamentales de los Estados Unidos de América y es ahí donde, después de la formación de los primeros espléndidos parques nacionales, estos valores han pasado a influir los proyectos de asentamiento, en especial en los amplios suburbios de las metrópolis americanas. Pero resulta más difícil hacer entrar la ecología en lo vivo de la ciudad que en Europa. Incluso durante la llamada «*environmental decade*» (la década ambiental), cuando en los años 70 el ambientalismo tuvo su máximo auge, incluso político, el corazón de la ciudad consolidada, las «*down town*» americanas, escaparon de las polémicas ecológicas.

La urbanística, por tanto, no puede y no debe intentar sustituir a la ecología, pero puede y debe intentar asumir sus valores, para enfrentarlos a sus propios

instrumentos disciplinares. Deseo dar algunos ejemplos, sólo con la intención de eliminar cualquier duda sobre lo que repetidamente he afirmado. La urbanística -éste es el primer ejemplo- no puede continuar ocupándose solamente de planificar los asentamientos, o sea la residencia, la industria, las oficinas, los comercios y lo demás. Por el contrario, debe ocuparse, cada vez más, del planeamiento de las vías de transporte, que hoy representan un aspecto central de la calidad urbanística y también ecológica de la ciudad; y tiene, naturalmente, los instrumentos disciplinares para realizarlo. Pero, el Urbanismo no puede (ni debe) de ningún modo ocuparse de la calidad ecológica de los automóviles que utilizan el viario urbano: aunque sabemos que esto representa hoy uno de los objetivos ecológicos prioritarios de la política de los transportes. El Urbanismo -y éste es otro aspecto- tendrá también que asumir el peso de programar las redes de tratamiento de los residuos, utilizando sus instrumentos y ampliando entonces el ámbito propio disciplinar de control del territorio, pero sus instrumentos disciplinares no le permiten afrontar la recogida selectiva de residuos, que también representa otro objetivo ecológico de gran relevancia para la ciudad.

Los ejemplos que he dado han sido elegidos, por tanto, para aclarar que los objetivos de la evolución disciplinar del urbanismo están ausentes de cualquier pretensión de alternativa respecto a la ecología. Pero sirven, también, para indicar la tendencia que la evolución de la disciplina esta asumiendo hoy. En efecto, el urbanismo moderno ha estado muchas veces vinculado a la problemática de los asentamientos: desde la zonificación monofuncional a la plurifuncional, y al mas reciente debate sobre el planeamiento morfológico. Sin embargo la problemática de las redes de infraestructuras ha sido, hasta hace poco, contemplada sólo por los responsables del viario y los transportes. Por lo menos en Italia el urbanismo ha descuidado, por mucho tiempo, los mismos transportes sobre raíl, con el resultado de tener las peores redes de transporte urbano de la Comunidad Europea, una situación que penaliza a las ciudades italianas desde el punto de vista de la movilidad, pero también de la contaminación producida por el aplastante predominio del tráfico motorizado.

Sólo recientemente las redes de infraestructuras energéticas (gasoductos y electroductos) y las redes de tratamiento de residuos líquidos y sólidos (alcantarillado, depuradoras, incineradores) comienzan a ser valoradas en el cuadro del planeamiento urbano y territorial. Y junto con estos, las redes de comunicaciones inmateriales (teléfonos, televisión y especialmente cableado). Porque las ciudades tienden cada vez más a identificarse no sólo con los transportes sino también con el consumo energético, con el tratamiento de los residuos y con las telecomunicaciones. Y la calidad de los asentamientos es cada vez más dependiente de estas infraestructuras que tienen todas unas consecuencias ecológicas muy elevadas. Son éstos los servicios de los cuales el urbanismo debe medir el estándar, mientras hasta hoy medía sólo los estándares referidos a los servicios educacionales, culturales, sanitarios o al verde público. El nivel de accesibilidad, la garantía de tratamiento de los residuos y el cableado de un barrio, representan, ciertamente, los estándares urbanísticos del futuro

y los nuevos parámetros de calidad para el ambiente urbano. Sin embargo, recuerdo la sorpresa que despertaron los estudios para el nuevo plan regulador de Madrid cuando, en 1982, junto con las tablas sobre los asentamientos residenciales, los servicios y el verde, además del sistema de transporte público se evidenciaron las redes energéticas y las de tratamiento de residuos.

Creo que en España se percibe con claridad el salto cualitativo disciplinar que es necesario para lograr esta evolución en el sentido ecológico del urbanismo; y seguramente es percibido con claridad en Italia. Pero mucho menos en Holanda, Suiza, o en Alemania, porque ya durante la década de los años 60 las intervenciones urbanísticas atentas a la ecología realizadas en estos países nórdicos, representaban en Italia -y creo en todos los países del Mediterráneo- el modelo ideal; y porque esta evolución disciplinar, en Alemania, como en Holanda o en Suiza, es el producto de una lenta y casi imperceptible maduración cualitativa, que ha durado décadas, sin embargo en Italia, como posiblemente en España, hoy ya es necesario un drástico y radical cambio de rumbo.

En los meses anteriores los italianos han reaccionado con insatisfacción a las valoraciones críticas de los organismos de la Comunidad Europea relativos a la situación económico-financiera del país. Cualquiera que sea el juicio sobre esta reacción hay que admitir que los progresos realizados en los últimos años respecto a la estabilidad económico-financiera están entre los más altos de Europa. Pero si se hubiera realizado una análoga valoración llevando a examen la calidad ecológica y urbanística de las ciudades italianas, o específicamente el valor ambiental y la eficiencia de las infraestructuras para el transporte y el tratamiento de residuos urbanos, el balance italiano habría sido desastroso y mostraría un terrible retraso respecto a las naciones de la Europa continental. Y no estoy del todo seguro que, también para el ingreso en la moneda única, el aspecto financiero sea el único que debe ser controlado: si nos hubieran evaluado en urbanismo y ecología a mi país le habría ido mucho peor.

En cualquier caso el valor ambiental y la eficiencia de las redes de las infraestructuras urbanas constituyen sólo un aspecto de la evolución ecológica del urbanismo. El otro aspecto -que quizás sea también el más visible- tiene relación con el reto de hacer la ciudad ecológica en su conjunto: a las infraestructuras pero también a los asentamientos. Y no solamente la ciudad en expansión, cuyo crecimiento se ha detenido, sino también la ciudad consolidada, de la cuál se ha comenzado en estos años la transformación. El reto más clamoroso del urbanismo de los años 2000 será, en efecto, el de su transformación en sentido ecológico; o, al contrario, el de renunciar a hacerlo y confirmar así la concepción paleo-industrial de la ciudad, haciendo prevalecer así las estructuras económicas parasitarias ligadas a la renta urbana, en vez de aquellas productivas ligadas al beneficio empresarial.

El modelo de evolución en sentido ecológico de la disciplina urbanística obliga explícitamente a que el balance ambiental de las mayores transformaciones urbanas tenga que ser siempre positivo. Y la verificación de este desafío se realizará

preferentemente en aquéllas que en Italia llamamos «áreas abandonadas», o sea en aquellas partes de ciudad que hasta hoy han tenido un uso industrial, mercantil, ferroviario y que son transformadas porque ya no son necesarias. Conseguir dar a estas áreas urbanas internas un uso útil y social para toda la ciudad, en vez de un uso especulativo para la propiedad inmobiliaria, también significa darles un uso ecológico o antiecológico.

El uso ecológico de las áreas urbanas a transformar empieza con su radical saneamiento, ya que muy a menudo han sido altamente contaminadas por los anteriores usos. Y a menudo el costo de saneamiento es tan alto, que anula el valor de mercado del área. Es típico al respecto el ejemplo de aquellas áreas antes industriales del Ruhr: éstas han sido cedidas por los propietarios a la comunidad al precio simbólico de un marco, porque proceder a sanear los terrenos por cuenta propia habría absorbido cualquier beneficio producido por el nuevo uso. En Italia en cambio, el área abandonada de la industria Pirelli (donde se producían neumáticos y cables) en la periferia de Milán está ya en avanzada transformación, y con elevadas cargas urbanísticas, y no se conoce que se haya realizado un drástico saneamiento de los terrenos -una evidente contradicción con el bello proyecto de otro amigo, Vittorio Gregotti-. Mientras, en Nápoles, las fábricas de acero abandonadas de Bagnoli, una vez propiedad pública, serán saneadas con un gasto a cargo del Estado de casi 300.000 millones de liras (alrededor de 170 millones de dólares), y después serán reutilizadas destinando a zona verde una parte consistente de los terrenos. Estas diferencias de comportamiento dependen de la ausencia en Italia de una ley que obligue a sanear y descontaminar las áreas industriales, como ocurre en Alemania. Así que en Italia la opción ecológica depende del compromiso o de la indiferencia de los ayuntamientos.

En Italia hemos empezado recientemente a comprender que toda la ciudad en su conjunto debe contribuir de modo decisivo a su propia regeneración ambiental. O sea, que no basta con disminuir la contaminación del aire, del suelo y del agua en el área urbana -operación difícil en sí misma- sino que el organismo entero de la ciudad debe poseer los anticuerpos de su propia curación fisiológica y debe participar en la purificación de su atmósfera, en el equilibrio de su temperatura y su humedad, en la respiración del suelo y en la renovación de sus capas de aguas subterráneas. Todo esto ya ocurre en cierta medida en las ciudades europeas continentales, en las cuales, por tradición, las superficies realmente ocupadas por el verde son muy amplias, tratándose también a menudo de áreas verdes de propiedad privada. Son entonces terrenos permeables, donde la hierba, los arbustos y los árboles garantizan la respiración de la ciudad: y son en general superficies que alcanzan o superan el cincuenta por ciento del área urbana. En Italia, sin embargo, el porcentaje de suelo urbano permeable y capaz de contribuir a la regeneración ambiental alcanza en los mejores casos un tercio de la superficie urbana.

Estamos entonces delante del problema del verde en la ciudad con una postura mas compleja que la tradicional, porque en ciudades como las italianas, donde la cultura urbanística no garantiza fácilmente una elevada dotación de verde, el propósito ha sido durante años el de aumentar las áreas verdes publicas, para permitir

al ciudadano una disponibilidad mínima de parques y jardines. Pero hoy nos hemos dado cuenta de que este objetivo es necesario pero no suficiente, y que, además del verde para uso social, es también indispensable aumentar el verde para la regeneración ambiental. Y también nos hemos dado cuenta que es necesario que la propiedad privada haga su contribución a esta función fisiológica. Hay que aumentar el verde en la ciudad con actuaciones públicas, pero también con iniciativas privadas, empujando a los empresarios del sector a realizar grandes porcentajes de superficie verde privada en los asentamientos propios, y en especial en los nuevos asentamientos realizados sobre las zonas obsoletas, porque, substancialmente, la fotosíntesis clorofílica se produce de la misma forma en las plantas de propiedad privada y en aquellas municipales.

Por lo menos en los países de la Europa mediterránea esto representa un aspecto importante de la evolución en sentido ecológico de la disciplina urbanística. Así que, entre los nuevos estándares ambientales, lograr el respeto al «índice de permeabilidad», o sea al porcentaje del suelo destinado a verde permeable garantizado, representa uno de los objetivos principales. En Alemania es una práctica ya operativa, hasta el punto de programar en las zonas urbanas más impermeabilizadas una parcial recuperación de la permeabilidad. Y esto lleva además, en Alemania como también en Holanda, un cuidado especial para el equilibrio hidráulico de las capas subterráneas, que en los países mediterráneos se tiende a olvidar con más facilidad. En Italia, sin embargo, los empresarios más previsores empiezan a comprender que, en un mercado de la construcción cada vez más difícil, las dotaciones de verde privado y en general la calidad ambiental, pueden representar la carta vencedora para conquistar una clientela ya muy exigente. Así el mercado y las nuevas necesidades ambientales empujan conjuntamente para que en los nuevos asentamientos urbanos el balance ecológico sea siempre positivo.

En Italia la evolución en sentido ecológico de la disciplina urbanística nos ha llevado también a relanzar con mayor fuerza la centralidad de los transportes urbanos sobre raíl, apuntando a corregir la anomalía genética de las mayores ciudades italianas, que, al contrario de otras ciudades europeas, han crecido exclusivamente ligadas a las calles, en vez de al ferrocarril y al metro. En nuestras ciudades, en consecuencia, el urbanismo debe buscar, además de una movilidad eficiente, una reducción de la contaminación producida por el tráfico mayoritariamente motorizado. El urbanismo tampoco puede renunciar a una íntegra reorganización de las infraestructuras para el tratamiento de residuos, para la energía y para las comunicaciones inmateriales. Una operación donde los contenidos específicamente urbanísticos, se entrecruzan estrechamente con los nuevos contenidos ecológicos.

¿Cómo descuidar además, dentro de este nuevo interés por la problemática ambiental, el empeño que la mejor urbanística siempre ha dedicado, en su batalla en contra de la renta urbana, a la reducción de las cargas urbanísticas, especialmente hoy, cuando el nudo central de la transformación urbana está representado por las áreas interiores degradadas de la ciudad consolidada, disponibles para su reutilización y su reestructuración, y cuándo, una vez más, el objetivo específicamente urbanístico se

carga de nuevos contenidos ecológicos, porque estas áreas urbanas obsoletas a reutilizar representan la última gran ocasión histórica, para una significativa calificación ambiental de los viejos organismos urbanos?

No será ciertamente fácil, por lo menos en Italia, enderezar la evolución de la urbanística hacia la asunción de nuevos contenidos ecológicos. Pero, ciertamente, ésta es la dirección que la comunidad europea ya ha asumido, por lo menos formalmente, y que antes o después tendrá que convertirse en sustancial. Dirección que quizás sea más difícil de aplicar en el Sur de Europa, pero que sin embargo es más necesaria aquí que en otros sitios. En Italia, en efecto, los años 80, los de la «*desregulation*» urbanística, parecen ya superados. La necesidad de una reforma general del urbanismo, antes sostenida por pocos obstinados, hoy parece haber sido comprendida de forma más general: por la mayoría de los ayuntamientos, de las provincias y de las regiones, pero también por diversos grupos políticos parlamentarios, que han presentado ya diversos proyectos de ley para su discusión.

Sin querer hacer optimismo fácil, no se puede negar que la situación del urbanismo italiano haya mejorado respecto a hace diez años. Y es ciertamente positivo que, entre los objetivos de la reforma, la evolución disciplinar en un sentido ecológico, sea uno de los más reconocidos. Tengo que agregar que el espíritu general de la reforma urbanística en discusión en Italia, es en parte acreedora de los principios de la «ley del suelo»¹ española: empezando por aquellos principios que niegan la edificabilidad natural de todos los terrenos, definiéndola en prevalencia «no urbanizable», y que exigen por el contrario la planificación equitativa y compensada de terrenos únicamente considerados edificables, distinguiéndolos en «programados» y «no programados». Comprenderéis mi perplejidad cuando he sabido que, aceptados hoy en Italia, estos principios son puestos en discusión justo en España, con motivaciones que la experiencia italiana ha refutado sobradamente.

Hoy, en efecto, una sólida planificación urbanística reformista es más que nunca necesaria para insertar sobre la vieja planta los nuevos retoños de la ecología. Me entero con placer de que así lo piensan numerosos de mis viejos amigos de España, según los cuales, como escribe uno de los más notables entre estos, Oriol Bohigas, «la aceptación de una anarquía territorial traerá como consecuencia una nueva degradación ambiental». Evidentemente, las polémicas basadas sobre el plan o sobre el proyecto, sobre el predominio del urbanismo o de la arquitectura, se han disipado, devolviendo importancia a la interdisciplinariedad, pero a la vez desarrollando la procesualidad y la misma flexibilidad de la planificación urbanística, haciendo hoy más claro que, si queremos conquistar nuevos valores ambientales para la ciudad, debemos confirmar una vez más nuestra confianza en la cultura de las reglas en el gobierno del territorio.

¹ En castellano en el original.

DAL PAESAGGIO ALL'AMBIENTE, VERSO UNA NUOVA CONCEZIONE DEGLI SPAZI APERTI URBANISTICA

Andreas Kipar*

Uno dei compiti centrali dell'urbanistica non è quello di ampliare le aree edificate, ma lo sforzo di conservare lo spazio aperto.

Fritz Schumacher

Era probabilmente questa la frase con la quale negli anni '30 l'urbanista Schumacher convinse l'allora sindaco, poi cancelliere, Konrad Adenauer a conferirgli l'incarico di disegnare la grande cintura verde che ancor oggi di Colonia conserva.

Fortemente ancorata alla storia dell'arte dei giardini la scuola di Peter Joseph Lenné, artefice insieme a Schinkel dell'impianto urbanistico moderno di Berlino, ha influenzato l'urbanistica tedesca che da sempre considera il paesaggio come componente importante all'interno del processo di piano e della trasformazione urbana e territoriale.

Non a caso si parla della cosiddetta *Stadtlandschaft*, ossia il «paesaggio della città», oggi ulteriormente esteso a «paesaggio nella città».

Parte proprio dallo studio del paesaggio l'attenzione con la quale l'ecologia si inserisce nella disciplina urbanistica.

El **paesaggio** come oggetto di ricerca della «*Landscape Ecology*» si articola in modo piuttosto differenziato:

- *Come un insieme di elementi organizzati tra di loro*, quindi nell'evoluzione di un paesaggio non sono importanti solo i tipi di elementi presenti, ma

Paisajista. Politécnico de Milán (Italia).

soprattutto le possibilità e le modalità di interazione reciproca. Infatti gli stessi elementi assemblati in modi diversi danno origine a paesaggi differenti e la mancanza di organizzazione dà origine al degrado.

- *Come un sistema vivente*, quindi dotato di struttura, funzioni, de in continua trasformazione.
- *Come un sistema complesso*, pertanto caratterizzato da più dimensioni determinate da spazio, tempo, eterogeneità, fisionomia, interazioni, percezione, ecc.
- *Come un sistema biologico ed un sistema gerarchico articolato in tre livelli*: un livello corrispondente alla scala alla quale si manifesta il fenomeno o el sistema paesistico da studiare, un livello superiore che condiziona e indirizza el sistema stesso de un livello inferiore dove avvengono i processi che nel loro insieme permettono l'evoluzione del sistema.

La traduzione di questa concezione di derivazione prevalentemente geografico-naturalistica in termini di strumenti e piani paesistici ha avuto anche in Germania un lungo travaglio (nonostante la premessa iniziale).

Per arrivare alla situazione odierna, nella quale la pianificazione degli spazi aperti all'interno dell'amministrazione è competenza di appositi uffici che elaborano a tutte le scale (regionali/provinciali/comunali) piani paesistici, atlanti ambientali e studi sul sistema ecologico-ambientale delle città, ci sono voluti decenni di continua ricerca di dialogo tra urbanistica de ecologia.

La legge federale sulla tutela della natura (*Bundesnaturschutzgesetz*, 1976) definisce lo spazio aperto «risorsa sacarsa» e promuove tre differenti livelli della pianificazione paesistica riferiti rispettivamente al Land, alle circoscrizioni di governo e ai comuni. A questi ultimi viene attribuito il compito di produrre, nel rispetto delle linee generali poste dai piani di livello superiore, un piano del paesaggio (*Landschaftsplan*) che costituisce uno statuto comunale riguardante solo le aree non edificate da applicarsi entro i limiti definiti dal piano generale di uso del suolo (*Flächennutzungsplan*).

La stessa legge, in particolare all'art. 1 esprime che «*Natura e paesaggio sono da tutelarsi in aree popolate e non popolate, da conservare e sviluppare, in modo che siano chiaramente assicurate la capacità di produzione del Patrimonio naturale, la capacità di sfruttamento dei beni naturali, il regno vegetale de anche il regno animale, la varietà, particolarità e bellezza della natura e del paesaggio come base di vita per l'uomo e come condizione per la sua ricreazione nella natura e nel paesaggio*».

La pianificazione paesistico-ambientale in Germania è fortemente integrata alla pianificazione territoriale e si basa su tre principi fondamentali:

1. *Il principio della prevenzione*, dei danni e dei rischi per l'uomo e l'ambiente: in sostanza, si intende tutelare oggi per proteggere l'ambiente domani.
2. *Il principio della cooperazione* fra organi proponenti, decisionali e di attuazione, per una corretta gestione del progetto e dell'intervento.
3. *Il principio del colpevole*, secondo il quale riparare i danni ambientali spetta a chi li ha procurati.

Il controllo sull'ambiente esercitato in Germania dagli organi competenti è reso possibile dall'articolazione della struttura della pianificazione territoriale.

A livello federale i principali obiettivi della politica di assetto territoriale sono contenuti nella legge per la pianificazione territoriale del 1965 (*Bundesraumordnungsgesetz*), e vengono espressi in appositi programmi e piani. Il programma di assetto territoriale (*Bundesraumordnungsprogramm*), le cui disposizioni hanno valenza di principi generali, promuove la salvaguardia, lo sviluppo dell'assetto territoriale nella sua globalità e il coordinamento della differenti e spesso contrastanti esigenze d'uso del suolo.

A livello degli Stati Federati (*Land*) gli obiettivi generali della pianificazione territoriale così formulati vengono concretizzati in forma di programmi e piani di sviluppo che vincolano le attività di pianificazione a livello locale con indicazioni di sintesi che richiedono ulteriori approfondimenti.

A questo proposito gli Stati Federati hanno elaborato una legislazione di base sulla pianificazione zonale. I piani zonali costituiscono un ponte fra i programmi e i piani di sviluppo degli Stati Federati e i piani regolatori comunali. Nei piani zonali vengono soprattutto rappresentate le aree degli insediamenti urbani e industriali, le aree per la ricreazione e gli assi di traffico a livello sovramunicipale.

Gli obiettivi della pianificazione territoriale si concretizzano in via definitiva a livello comunale mediante uno strumento di pianificazione urbanistica denominato piano regolatore comunale (*Bauleiplanung*) che è articolato in due piani: il piano regolatore generale e il piano particolareggiato (*Bebauungsplan*).

Il piano paesistico (*Landschaftspläne*) sono di competenza comunale e strettamente legati a questo livello di pianificazione. A seconda della diversa natura conferitagli dalla legislazione di ciascun Land esso contiene disposizioni vincolanti è oggetto di approvazione al pari del piano regolatore generale (strumento di pianificazione urbanistica a livello comunale) oppure viene inteso quale studio preliminare per la successiva attività urbanistica.

Un ulteriore strumento è costituito dal piano ordinatore del verde che, pur non previsto in seno alla legge federale di protezione della natura, è in uso nei *Länder* per il uso organico collegamento con la pianificazione urbanistica attuativa.

Le proposte recenti di riforma della pianificazione ordinaria hanno sollevato la necessità per tutti i comuni di adottare piani paesistici che insistano sull'intero territorio comunale, sostituendo alla prassi della giustapposizione delle aree nello

sviluppo della città quello dell'integrazione e della sovrapposizione. In un periodo in cui all'interno della disciplina tedesca si ricerca una possibile definizione di sostenibilità, l'idea di partire dalla salvaguardia delle aree ancora libere e dal recupero di aree edificate per integrarle in un sistema trova riscontro e consenso a livello politico prima ancora che negli uffici tecnici delle amministrazioni.

In assenza di un quadro di riferimento operativo preciso all'interno delle istituzioni ordinarie, nel tentativo di operare in senso positivo e non più in modo difensivo, sul finire degli anni '80 la parola *Freiraumplanung* ha iniziato ad arricchire con la propria ambiguità il linguaggio disciplinare, e contemporaneamente gli urbanisti hanno riutilizzato il vocabolario del passato adeguato a rappresentare la nuova centralità degli spazi aperti, a rievocare immagini di territorio radicate nelle tradizioni di piano locali. Nel bacino industriale della Ruhr si è riutilizzato il termine *Regionale Grünzüge*, corridoi verdi regionali, per indicare la struttura dell'*Emscher Landschaftspark*. Il termine era stato introdotto con il piano di sviluppo regionale del 1966 per indicare un sistema infrastrutturale di spazi verdi da tutelare, lo stesso sistema che negli anni '20 formava il paesaggio della città industriale immaginato da Robert Schmidt e governato dal consorzio degli insediamenti del bacino carbonifero della Ruhr. La politica per gli asistemati, viene ripresa riattribuendo al consorzio dei comuni della Ruhr, e soprattutto alle nuove strutture di pianificazione extra-ordinarie (in questo caso l'Iba) il ruolo di coordinamento nella pianificazione.

Mi sembra di particolare interesse che in questo caso venga rovesciato il termine *Bauerwartungsland*, area di attesa di edificazione, in *Parkerwartungsland*, area in attesa di diventare parco, evocando in modo efficace un nuovo approccio nella soluzione dei conflitti d'interessi nella gestione degli spazi aperti, ma anche le grandi difficoltà di attuazione dei nuovi progetti.

Le strategie di difesa degli spazi aperti sono mutate soprattutto con la crescita dell'importanza assunta dalla problematica ecologica, di cui si colgono alcuni chiari segnali nel programma di difesa del territorio da parte del governo federale degli anni '80, dei provvedimenti in merito al persistente sviluppo urbano e, negli anni '90, nella definizione dell'Agenda (nazionale) 21 e di molteplici programmi e progetti a scala regionale e comunale. Inoltre, lo sviluppo degli ultimi vent'anni ha messo in luce quanto il valore degli spazi aperti non coinvolga solo gli interessi sociali ed ecologici ma, da vicino, anche quelli economici. Questa esperienza ha così messo in evidenza come, in condizioni di equivalente infrastrutturazione, le differenze culturali ed ecologiche assumano rilievo anche nella concorrenza localizzativa.

In Italia è maturato agli inizi degli anni '90 a Reggio Emilia, città dell'Emilia Romagna, proprio sotto la guida del Prof. Campos Venuti, un'esperienza che introduce per la prima volta ampiamente i concetti dell'ecologia all'interno della pianificazione urbanistica. Come strumento innovativo di integrazione disciplinare tra urbanistica ed ecologia ho avuto modo di elaborare lo studio del sistema ecologico-ambientale.

Determinante per lo sviluppo dello Studio risultava l'introduzione del concetto

di «potenziale ecologico-ambientale» del territorio, ossia dell'ecosistema inteso come complesso intreccio dei fattori biotici e abiotici, applicato sull'intero territorio comunale, sia esso urbanizzato o no, che consente di valutarlo nella sua complessità.

Per affrontare la tematica ambientale in termini di potenzialità, si è analizzato il ciclo naturale delle singole componenti ambientali sovrapponendole e confrontandole al fine di constatare la situazione attuale e determinare la modificazione (ossia il grado di allontanamento dallo stato naturale) per stabilire infine le regole e le misure d'intervento indirizzate a compensare lo squilibrio esistente. L'individuazione del «potenziale ecologico-ambientale» relativa all'intero territorio comunale ha consentito, infine, la determinazione della capacità rigenerativa delle singole risorse (aria, acqua, suolo), fornendo utili indicazioni sia per la zonizzazione che per la formulazione di indirizzi specifici per le nuove norme di attuazione.

In quest'ottica, va sottolineato che particolare attenzione è stata prestata alle problematiche ambientali anche all'interno del centro urbano, fino ad oggi generalmente sottovalutate dalla maggior parte dei piani urbanistici. Lo Studio è arrivato a costituire, così, anche la base per un futuro monitoraggio dello stato dell'ambiente, considerando la presenza floristica e faunistica all'interno del territorio urbano, indagate e censite attentamente su alcune aree campione, quali utili microspie di una qualità ambientale in continua trasformazione.

Le ricadute urbanistiche dello Studio si sono articolate in tre tipi: relative agli indirizzi di carattere generale, all'azzonamento, alla normativa.

Per quanto riguarda l'azzonamento una ricaduta fondamentale è stata relativa all'individuazione delle aree con elevata capacità di compensazione ambientale che dovranno essere salvaguardate, collegate e ampliate, anche attraverso una oculata tutela dei biocentri e dei biocorridoi. Il miglioramento della qualità ambientale della città passa attraverso l'applicazione di alcuni standard ambientali e ecologici riguardanti, ad esempio:

- La percentuale di superficie da mantenere non edificata in ogni intervento.
- La quota di alberature da mettere a dimora.

Possono essere effettuate altre scelte, poi, in relazione alle diverse condizioni ambientali evidenziate dalle analisi tematiche. Così, ad esempio, le indicazioni più evidenti comportano l'esclusione di insediamenti nelle zone interessate da significativo grado di inquinamento atmosferico, o soggette ad allagamenti, o non servite da una rete fognaria efficiente.

La valutazione di compatibilità alla trasformazione entra nel dettaglio verificando, però ogni area di intervento urbanistico, il grado di impatto potenzialmente prodotto sulle diverse componenti ambientali. In base a questo grado (elevato, medio, contenuto) sono tratte le diverse possibili scelte.

Per ogni comparto urbanistico attuativo, in base alle proprie specificità

ambientali, sono prescritti non solo alcuni indici di carattere propriamente ecologico come «Indice massimo di impermeabilizzazione delle superfici», «Area a verde privato e pubblico», «Quota minima di alberature», ecc., ma anche dei precisi criteri da seguire nell'attuazione degli interventi per garantire la vita biologica così da aumentare complessivamente il potenziale biotico.

La più importante ricaduta metodologica dello *Studio del sistema ecologico ambientale* riguarda la compensazione ambientale. Il concetto di compensazione ambientale esprime la subordinazione degli interventi di trasformazione urbanistica a regole ecologiche specifiche, finalizzate al mantenimento dell'equilibrio ambientale precedente alla trasformazione programmata, se non al miglioramento delle stesse condizioni iniziali.

Ad un approccio *difensivo* per parti isolate, che troppo spesso ha visto la provvisorietà dei risultati raggiunti (con il ripensamento, ad ogni salto demografico, del destino di aree fino a quel punto preservate dall'edificazione), va sostituendosi un approccio *offensivo*, orientato cioè alla costruzione di sistemi di spazi non edificati: non più aree residuali o di riserva, ma elementi costitutivi e strutturanti lo sviluppo urbano. Questo approccio è risultato efficace solo se legato ad un'attribuzione di valore al «paesaggio nella città».

Gli spazi aperti sono infatti «spazi di mediazione» dove superficie e destinazioni d'uso, fruitori e imprenditori immobiliari, funzioni e significati di genere molto diverso entrano in relazione in un processo di mediazione dal duplice carattere, tecnico e politico-sociale. Sono spazi che richiedono progetti tecnicamente realizzabili e connotati da una forte stabilità in risposta ai conflitti tra i diversi usi e interessi. Allo stesso tempo, dal punto di vista sociale e politico, è necessario che l'insieme eterogeneo di forme che li connota assuma l'immagine di un disegno coerente e riconoscibile (come ad esempio el «parco paesaggistico» nell'Emscher Park o la «cintura verde» a Francoforte), capace di fare da sfondo comune a proposte ed iniziative di cittadini e politici, normalmente concentrati su ambiti parziali. Perché questo processo di mediazione possa aver luogo, è necessario che tra i diversi soggetti si instauri un rapporto di interazione che assume quindi importanza primaria non solo il coinvolgimento dei cittadini, ma anche, e soprattutto, la collaborazione tra i diversi settori all'interno delle amministrazioni pubbliche.

In questo senso l'esperienza del grande Parco Nord di Milano può essere inserita nella tradizione degli interventi già citati della Ruhr o di Francoforte. Intuito come necessità di riequilibrio negli anni '60, impostata e approvata la sua tutela negli anni '70, negli anni '80 si conferisce al parco un'immagine di un disegno riconoscibile. Oggi più di 200 dei 600 ettari sono parco metropolitano alla periferia Nord di Milano, e assumono funzione anche di motore di una più ampia riqualificazione di un tessuto industriale all'interno del quale sono indicate sia la grande area di trasformazione Pirelli-Bicocca che la futura trasformazione dell'acciaieria Falk a Sesto San Giovanni.

Un esempio da manuale di come oggi più che mai lo sforzo non sia solo quello di conservare lo spazio aperto come ai tempi di Schumacher, ma di attribuire alle aree anche particolari funzioni e qualità.

RESUMEN DE LA CONFERENCIA DE ANDREAS KIPAR

DEL PAISAJE AL AMBIENTE, EN UNA NUEVA CONCEPCIÓN DE LOS ESPACIOS ABIERTOS EN LA URBANÍSTICA

Ya desde los años 30 la preocupación por el espacio verde en Alemania decidió al Canciller Adenauer a encargar el diseño del cinturón verde de Colonia.

La urbanística alemana ha considerado siempre el paisaje como componente fundamental en el proceso de planificación y transformación urbana y territorial.

Es a partir del paisaje como la Ecología interviene en la disciplina urbanística:

- Como un conjunto de elementos organizados entre sí, cuya interacción da lugar a un paisaje concreto y no otro.
- Como un sistema vivo que se encuentra siempre, por tanto, en continua transformación.
- Como un sistema complejo compuesto de un gran número de variables.
- Como un sistema biológico y jerárquico articulado en tres niveles, que explican el proceso que condiciona el sistema a estudiar así como la evolución del mismo.

La planificación paisajístico-ambiental está en Alemania fuertemente integrada en la planificación territorial y esta basada en tres principios fundamentales:

1. Principio de Prevención respecto a daños y riesgos para el hombre y el ambiente, de forma que la tutela de hoy permita la protección del ambiente del mañana.
2. Principio de Cooperación entre los órganos proponentes, decisorios y de actuación, que permita la correcta gestión tanto del proyecto como de la intervención.

3. Principio de culpabilidad, según el cual el daño causado será reparado por el que le ha provocado.

Para la planificación de los espacios abiertos es necesario que la Administración, órgano competente, elabore a escalas regional, provincial y comunal planos paisajísticos, ambientales y estudios sobre el sistema ecológico-ambiental de la ciudad, procurando el máximo diálogo entre Urbanística y Ecología.

Dentro del estudio del sistema ecológico-ambiental se ha incorporado un nuevo concepto, el de «potencial ecológico-ambiental» del territorio que permite el análisis del ecosistema como complejo compuesto por valores bióticos.

Los objetivos de la Planificación territorial se concretan de forma definitiva a nivel comunal a través de un instrumento de planificación urbanística llamado Plano Regulador Comunal que se articula en dos Planos: Plano Regulador General y Plano Particularizado.

La Ley Federal sobre la Tutela de la Naturaleza (Bundesnaturschutzgesetz, 1976) define el espacio abierto y determina en su Artículo 1 que «Naturaleza y paisaje deben tutelarse tanto en las áreas pobladas como en las que no lo son, conservándose y desarrollándose, de modo que sea claramente asegurada la capacidad de producción del patrimonio natural, la capacidad de disfrute de los bienes naturales, del reino vegetal y del animal, la variedad, particularidad y belleza de la naturaleza y del paisaje, como base de vida para el hombre y como condición para el disfrute de la naturaleza y del paisaje»...

Dentro del actual periodo en el que la disciplina urbanística alemana trata de buscar una posible definición de la sostenibilidad, la idea de recuperar y salvaguardar las áreas aún vacías en el interior de las ciudades, ha sido muy bien acogida a nivel político.

Al inicio de los años 90, y bajo la dirección del profesor Campos Venuti, se ha realizado una experiencia de gran interés en la región de la Emilia Romagna, que introduce por primera vez dentro del Planeamiento Urbanístico el concepto de Ecología. Para ello se ha incorporado un instrumento innovador que integra la Urbanística y la Ecología, es decir el estudio del sistema ecológico-ambiental urbano.

La consecuencia más importante, de la metodología para el Estudio del sistema ecológico ambiental, es la que se refiere a la compensación ambiental. El concepto de compensación ambiental explica la subordinación de las intervenciones de transformación urbanística a reglas ecológicas específicas, encaminadas al mantenimiento del equilibrio ambiental, anterior a la transformación propuesta, a partir de la mejora de las condiciones iniciales.

Estos estudios se articulan a través de tres vertientes, unas indicaciones de carácter general, otras de zonificación y finalmente unas normativas.

La mejora de la calidad ambiental de la ciudad pasa por la aplicación de algún estándar ambiental de protección ecológica, como por ejemplo:

- El porcentaje de espacio libre que no debe ser edificado en cada intervención.
- La cantidad de arbolado que se debe colocar en las áreas residenciales.

Hay que empezar a pensar hoy que el esfuerzo mayor a hacer no será únicamente el de la conservación de los espacios abiertos, como en tiempos de Schumacher, sino fundamentalmente el de dar a estas áreas particulares unas condiciones funcionales y de calidad.

EL TERRITORIO COMO PERIFERIA

Marc Gossé*

El tema de esta introducción gira, dentro del contexto de la conferencia, en torno a varios conceptos que no son neutrales desde el punto de vista cultural, político, económico o espacial.

Como se puede sobreentender a partir del título de la propia conferencia - «Territorio y Patrimonio»- existe un parentesco conceptual entre ambos términos.

Patrimonio y territorio

La noción de patrimonio, en el sentido moderno del término, es una invención de la Revolución Francesa.

Se trataba de proteger los testimonios de un tiempo cumplido, amenazado de destrucción y desaparición por la violencia revolucionaria, y de sacralizar las obras de sustitución de la misma.

F. Choay demuestra que el patrimonio tiene un valor «alegórico», eminentemente sentimental, simbólico, de naturaleza a la vez ética y estética, pero también caracterizada por los procesos de apropiación, de propiedad y de usos colectivos e individuales que constituyen una cultura.

El patrimonio constituye un sistema de marcas culturales en el tiempo (la historia) y el espacio (el territorio) de una sociedad.

Objeto y lugar de memoria, el patrimonio pertenece a un mismo proceso de apropiación por el cual un grupo no sólo entiende la significación de su patrimonio y su territorio, sino que también se identifica con ellos.

* Arquitecto. I.S.A.C.F. «La Cambre» de Bruselas (Bélgica).

El acercamiento paulatino y consolidado entre los conceptos de patrimonio y de Territorio en nuestro siglo resulta de la conservación de conjuntos como territorios que constituyen el contexto inseparable del monumento.

Esta territorialización del objeto patrimonial fue ya implícita en las concepciones del Renacimiento, que extrajeron de la arquitectura un modelo territorial dominado por su propia lógica formal, poniendo en tela de juicio la relación naturaleza y cultura.

El territorio está planteado, como en la arquitectura «clásica», en términos de imitación de la naturaleza, es decir, una naturaleza totalmente «culturalizada».

Estética y territorio encuentran el mundo de la forma a través del concepto de paisaje, una invención de pintor, entendida por el arquitecto como la posibilidad de cualificar, a través de los edificios, la especificidad (integración) o la universalidad (tensión) de un lugar.

Más tarde, el geógrafo va a describir racionalmente el paisaje y sus mecanismos de producción o auto-producción.

Pierre Gourou anota que, entre un entorno natural y el paisaje *«se instala el prisma de las civilizaciones»*, indicando así el papel del hombre y la modificación del paisaje y su carácter eminentemente cultural, artificial.

Annah Arend clasificaba las actividades humanas en «trabajo», «obras» y «acción», dando a la obra una significación patrimonial.

Planteaba así implícitamente la relación compleja entre ética y estética, como producción y patrimonio, relación de la cual toda reflexión sobre el parentesco entre patrimonio y territorio no podría privarse. Si el par Patrimonio-Territorio y sus derivados o componentes -paisaje, naturaleza, arquitectura- está fuertemente marcado por la cuestión de lo bello, de lo estético o de la obra, el par Territorio-Periferia está más caracterizado por lo ético, lo político y lo social, más allá de su sustrato espacial común de casi sinónimos.

Territorio como periferia

Un territorio es un espacio ordenado -luego periférico- respecto de una centralidad. Centralidad con varias dimensiones: socio-económicas, culturales, históricas, patrimoniales, urbanas, regionales...

En este contexto, las relaciones centro-periferia introducen jerarquías, integraciones, espacios de transición, redes, etc... En una interpretación negativa y acumulativa -ética como estética, productiva o patrimonial- las periferias territoriales constituyen handicaps, espacios de marginalidad, de subdesarrollo, de informalidad, de subintegración, de pobreza.

Samir Amin, en términos de «desarrollo desigual» describía las relaciones

centro-periferia de la economía mundial como productoras de mecanismos de dominación.

Desigualdades parecidas existen entre ciudades y campo, metrópolis y provincia, etc. Pero estas características están lejos de ser exclusivas. Las periferias dan evidencia del diálogo cultura-naturaleza, resultado de la actividad humana. No son áreas sin memoria, sin historia, sin cualidades diversas.

Frecuentemente son paisajes producidos por el crecimiento urbano. Centros históricos, ciudades, pueblos, constituyen globalmente conjuntos de Territorios/ Patrimonios integrados.

Las periferias son -al contrario que los Centros Históricos consolidados y, a menudo, conservados- lugares de mutación, de innovación de todos los aspectos, como han demostrado investigaciones antropológicas.

En América Latina las periferias son, a menudo, lugares de fundación pre-colonial, con un patrimonio arqueológico y paisajístico excepcional (como, por ejemplo, el Barrio de los Pescaritos en Puebla-México).

La ciudad misma está compuesta de antiguos núcleos de población integrados por la urbanización, lugares de centralidad diferente dentro de la complejidad urbana.

Las periferias constituyen espacios de memoria y de resistencia a la uniformización, igual que constituyen lugares de experimentación de la sociedad del mañana.

La periferia, a todas escalas espaciales, juega su destino histórico. Las recientes teorías del caos, aplicadas a los conjuntos urbanos complejos, muestran que profundas mutaciones estructurales pueden resultar de desequilibrios «disipativos» marginales, periféricos.

El territorio de la periferia

Con las revoluciones profundas -demográficas, culturales, institucionales, económicas, ecológicas- que afectan a nuestras sociedades, las periferias se han vuelto mayoritarias.

- El crecimiento demográfico está localizado en el Sur, en la periferia del mundo desarrollado.
- Las ciudades más grandes están en la periferia.
- Las periferias urbanas («bidonvilles», favelas, barrios espontáneos...) se han vuelto más importantes que la ciudad institucional y consolidada, generalmente de fundación colonial en América Latina y en África.

En este contexto se plantean las problemáticas y van a inventarse los conceptos, las técnicas, las prácticas nuevas para el próximo siglo. Las periferias constituyen el territorio privilegiado de toda prospectiva. Se necesitaría buscar en ellas las potencialidades de desarrollo, de centralidades alternativas y de urbanidad nueva, las cuales tendrán sus propias características patrimoniales paisajísticas, políticas y culturales.

Los límites de la ciudad «mineral» en relación con la «naturaleza habitada» tienen que ser definidos en la perspectiva de un desarrollo sostenible, considerando igualmente como patrimonio el entorno bio-natural del «*homo urbanicus*». Por eso, los especialistas (urbanistas, arquitectos, gestores de la ciudad o del territorio) deben intensificar su conocimiento y mejorar sus métodos de intervención en la ciudad periférica, a nivel de la región urbana y del sistema global del territorio urbanizado. Faltan siempre en este campo análisis morfológicos, tipológicos, sociales, económicos y culturales del mismo rango que los que se hacen para la ciudad central consolidada.

La aceptación de la complejidad intrínseca del mundo, que necesita de un pensamiento sistémico y una acción integrada sobre el territorio, deben producir nuevas teorías y prácticas urbanísticas y arquitectónicas, so pena de una impotencia persistente de los especialistas, frente al desafío de la urbanización.

Estas nuevas prácticas estarán marcadas por la problemática ecológica, el mestizaje cultural, la crisis del desarrollo y las exigencias democráticas de la población. Nuestro territorio de investigación y de intervención deberá moverse hacia las periferias, en el sentido más amplio del concepto.

EL CRECIMIENTO URBANO LATINOAMERICANO COMO DESPILFARRO TERRITORIAL. UNA LECTURA EXISTENCIAL DEL PROBLEMA

Horacio Gnemmi*

Mucho leí y medité hasta decidir el enfoque que debía dar a esta lectura del problema que el título de la conferencia ya reconoce: *El crecimiento urbano latinoamericano como despilfarro territorial*. Intentaré, entonces, hacer una lectura existencial del problema planteado.

Las negaciones, en tanto exclusión de posibilidades, darán forma a esta instancia primera, y tienen el carácter y la intensidad de ser precisorias, justamente desde la negación como condición inicial, de mi enfoque y punto de vista del problema identificado. No soy urbanista; soy arquitecto y me ocupo y preocupo de y por la conservación del Patrimonio edificado. Desde ambos mundos, el de la arquitectura y el de la conservación, en su dimensión más amplia, es desde donde pretendo reflexionar sobre el tema propuesto, haciéndolo según mi posición, que «*valora sobre todo las acciones de los hombres y el efecto de las formas físicas sobre el espíritu*»¹.

No presentaré casos. Por lo tanto, no me detendré en el análisis de situaciones concretas. Por el contrario, intentaré comprender y reflexionar sobre el tema y el problema identificado y reconocido desde el hombre y su contradictoria y compleja realidad, para lo cual, y no en forma analítica, presentaré algunos ejemplos a manera de prueba de cuanto diga.

No comparto la idea de un ser latinoamericano, en tanto intención generalizadora y definitoria de caracteres y situaciones; más bien entiendo a lo latinoamericano como a un complejo y variado mundo al cual nos une e identifica, entre unos pocos pero

* Arquitecto. Universidad Nacional de Córdoba (Argentina).

¹ SCULLY, V., «Introducción», en *Complejidad y contradicción en Arquitectura*. Barcelona, Edic. Gustavo Gili, 1978, p. 13.

contundentes aspectos, la indiscutible, fuerte y definida instancia espacial que compartimos. Mientras escribo me viene en mente Macondo, producto de la imaginación tan real de García Márquez, caracterización que me resulta oportuna para precisar cuanto pienso al respecto sobre el mundo latinoamericano.

No pretendo generalizar, porque la generalización implica reducción, y la reducción conlleva omisión de cuanto no responda a las pautas y patrones según los cuales se intenta medir lo que se analiza y estudia. Cuanto proponga, entonces, implicará la caracterización de un fenómeno extendido, pero no con las mismas pautas, por cuanto si hay algo que distingue al mundo latinoamericano son los contrastes que lo dibujan y definen como inquietante, rico, complejo, contradictorio, pleno de claroscuros y misterios. Esto no debe ser ignorado cuando se reflexiona sobre el crecimiento de las ciudades latinoamericanas, por cuanto es un importante rasgo existencial de ineludible recurrencia a la hora de todo análisis que se pretenda realizar. Los ejemplos, por lo tanto, sólo serán eso, un muestreo que no pretende excluir otras situaciones, sino, por el contrario, con ellos sólo se intenta dejar constancia de algunas de dichas situaciones². Sin duda que la ciudad que vaya construyendo conceptualmente aspira a presentar a una situación compartida y común a la mayoría de los países de América Latina.

Una primera imagen sugerente

Las Leyes de Indias sentenciaban:

«...y quando hagan la planta del lugar, repartarlo por sus plazas, calles, y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor, y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales, y dexando tanto compas abierto, que aunque la poblacion vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma...»³.

Desde el poder y con una particular visión, la autoridad constituida supuso consolidada en el tiempo una situación para la cual el modelo adoptado les resultaba el más oportuno, al punto tal de llegar a imaginar que en el futuro la ciudad podía seguir desarrollándose según los lineamientos ya precisados, independientemente de sus habitantes, quienes deberían adaptarse al mismo.

² El número de ejemplos presentados durante la lectura en el Congreso fue reducido para la publicación por razones de espacio y se tomó, casi con exclusividad, a la ciudad de Córdoba, en la República Argentina.

³ *Leyes de Indias*. Recopilación de Leyes de los Reinos de Las Indias mandadas imprimir y publicar por la Majestad Católica del Rey Don Carlos II, Nuestro Señor, por la Viuda de Don Joaquín (3 tomos). Madrid, Edit. Ibarra, 1791. Tomo II, 19. Se trata del Libro llamado III, Título Séptimo, «De la población de Ciudades, Villas y Pueblos». Ley J.

Luego de las indicaciones sobre el tipo de lugar a elegir para la construcción de la ciudad, las que eran fundamentalmente de carácter higienista, se pasaba, en las citadas Leyes, directamente a la arquitectura sobre la cual cuanto se decía estaba referido a cuestiones práctico-higiénicas y simbólicas, como se puede apreciar en las siguientes citas:

«En los casos que hubiere licencia para fundar monasterios, nuestros Virreyes, Presidentes o Gobernadores... no permitan que se tome más sitio del que fuere precisamente necesario para la fundación y cómoda habitación de los Religiosos...»⁴.

«...se pongan a los Hospitales para pobres y enfermos de enfermedades que no sean contagiosas, junto a las Iglesias o por claustro de ellas, y para los enfermos de enfermedades contagiosas en lugares levantados, y partes, que ningún viento danoso pasando por los Hospitales, vaya a herir en las poblaciones»⁵.

«En lugares Mediterráneos no se fabrique el templo en la plaza, sino algo distante de ella, donde esté separado de otro cualquier edificio, que no pertenezca a su comodidad y ornato, y porque de todas partes sea visto..., esté algo levantado del suelo...»⁶.

Sobre el habitar, sobre la vida de la ciudad más allá de cuanto estuviese referido a aspectos como los señalados, no había ningún otro tipo de referencia, a excepción de la clara y neta diferencia que se establecía entre sus habitantes y entre estos y la autoridad. El anterior es un aspecto pocas veces remarcado, cuando en realidad es esencial y definitorio para comprender luego situaciones urbanas desde la perspectiva del habitante, a quien la legislación ya condicionaba en su modo de vida. Toda realidad urbana, en general, es la resultante de procesos complejos, en ciertos casos violentos, en otros lentos, razón por la cual la búsqueda de la coherencia como objetivo para reconocer y valorar resultados conduce al engaño de pensar que el «homo urbanicus» tiene pautas estereotipadas de pensamiento y de conducta. La ciudad latinoamericana no tiene porqué escapar a esta situación, y el crecimiento urbano no tuvo ni tiene tampoco entre nosotros una forzosa u obligada relación con la coherencia de la resultante del devenir, materializada en la forma urbana.

En nuestras ciudades latinoamericanas, la población y el crecimiento parecerían no haber tenido una relación justa y oportuna desde los comienzos de la segunda historia para algunas de ellas y para las culturas nativas en general, como se puede verificar en las anteriores citas, de las cuales se hace imposible inferir que se trataba de legislación para un determinado y particular territorio con culturas consolidadas

⁴ *Ibid.* Tomo Primero, 18. Se trata del Libro I, Título Segundo, «De las Iglesias Catedrales, y Parroquiales, y de sus erecciones y fundaciones». Ley II.

⁵ *Ibid.* Tomo Primero, 23. Se trata del Libro I, Título Cuarto, «De los Hospitales y Cofradías». Ley II.

⁶ *Ibid.* Tomo Segundo, 19. Se trata del Libro III, Título Séptimo, «De la población de Ciudades, Villas y Pueblos». Ley VIII.

en el tiempo. Desde entonces, se pudo distinguir claramente dos mundos, el del poder y las decisiones en un caso, del de la vida real urbana, ajena en muchas situaciones al primero de los mundos reconocido.

Aquella intención primera, precisada en las Leyes de Indias, de que la ciudad se podía dilatar cuasi infinitamente a medida que la población fuese en aumento, evidencia una posición que, sin negar, omite la presencia condicionante y definitoria del hombre, sobre todo de ciertos hombres, sus puntos de vista y decisiones, más allá de las circunstancias, los cuales, habitante y circunstancias, van modelando y condicionando las respuestas, a algunas de las cuales, y por tal razón, la pretensión de la coherencia reduce, oculta y, por momentos, descalifica absurdamente.

Hacia la precisión de una hipótesis

Lefebvre reconocía que «*la ciudad es obra, más próxima a la obra de arte que al simple producto material*»⁷. Como tal, entonces, debería agregarse que a la ciudad permanentemente se la dibuja y escribe, redibuja y reescribe, por cuanto ésta no es hoy y para siempre de la misma forma y carácter. Me resulta más que justa e inquietante la sutil y, a la vez, neta y aguda diferencia entre la ciudad como obra de arte y la ciudad como producto material, sólo que aquí creo necesario sumar a la idea de Lefebvre, que comparto totalmente, otra idea en cuanto a que no siempre la ciudad es una obra de arte, ya que para esto deben darse ciertas condiciones, existenciales y trascendentes, que confieran otra razón de ser al mero hacer o construir como respuesta a necesidades vitales y primigenias.

La obra de arte es un todo, el que, además de único, no admite alteraciones sin modificarse y verse, en algunos casos, peligrosamente alterada su condición de tal. El crecimiento urbano quizá pueda implicar algo de esto para la ciudad como un todo único e irreplicable.

«*El concepto de arte, por lo tanto, no define categorías de cosas, sino un tipo de valor*»⁸. ¿Cuál es el tipo de valor que encontramos en una ciudad referido a su condición de obra de arte? Para respondernos, podemos recurrir nuevamente a Argan, quien dice que: «*Éste (el valor) está siempre relacionado con el trabajo humano y sus técnicas e indica el resultado de una relación entre una actividad mental y una actividad operativa*»⁹. «*Certificar la calidad de una obra de arte significa certificar su autenticidad. La noción de autenticidad, fundamental para el estudio del arte, es*

⁷ LEFBVRE, H., *El derecho a la ciudad*. Barcelona, Edit. Península, 1978, p. 64.

⁸ ARGAN, G.C. y FAGIOLO, M., *Guida a la storia dell'arte*. Florencia, Sansoni Università, 1974, p. 8. (Traducción al castellano de H. Gnemmi).

⁹ *Ibid.*, p. 8.

*también ella una noción histórica... lo auténtico es lo contrario de lo falso; y lo falso, en arte, es la cosa definida por aquello que no es, la contracara de la manera de un artista o de una época*¹⁰. El crecimiento descontrolado, abusivo y agresivo mucho tiene de falso en cuanto a su propio carácter y a los resultados que se obtienen, ante todo, en relación con la calidad de vida y, luego, con la ciudad en tanto obra de arte que ya hoy, como un todo, en general, no lo es.

Toda obra necesita, para gozar de tal condición, de la presencia de quien la vive, usa u observa; en tal caso, es cuando *«la ciudad se escucha como una música, de la misma manera que se lee como una escritura discursiva»*¹¹. Es necesario recordar que la música que escuchamos no produce en nosotros las mismas sensaciones todos los días, y que dichas sensaciones varían de persona en persona; otro tanto sucede con la lectura y comprensión de cuanto se lee a través de la ciudad.

Otra precisión en pos de evitar la peligrosa generalización, referida en este caso a que hay músicas, ritmos, lecturas y poemas incomprensibles para muchos, para mayorías en algunos casos, expresiones éstas que han llevado al reiterado debate sobre qué es arte y qué es una obra de arte. Un aspecto a observar y evaluar en esta particular lectura del crecimiento urbano será precisamente si el mismo, en tanto despilfarro territorial, es música o interferencia molesta, para lo cual su modo de materialización arquitectónica y las conductas humanas serán referentes indispensables.

Hay un arte para hacer ciudad, consecuencia del cual nace la obra que reconocemos como ciudad, una a continuación del otro como constantes, en tanto no hay obra sin un arte que la posibilite, el cual, valiéndose de distintos recursos, técnicas, medios y estrategias, da como resultado siempre el mismo producto ciudad, el cual es, a la vez, siempre distinto. Me interesa especialmente ver y comprender cómo desde la arquitectura se hace ciudad, y cómo el hacer ciudad se desvirtúa como arte frente al crecimiento urbano descontrolado e irracional.

En muchos casos, el carácter diferenciante e identificador de la obra, de la ciudad, la que necesita del tiempo para concretarse y verificarse, implica, a través de éste, un crecimiento. Éste, el crecimiento, es la acción y el efecto de crecer, lo que significa que una cosa, y su lógico devenir, recibe aumento por añadirsele nueva materia, en tanto que el aumento implica el acrecentamiento o extensión de una cosa. Esto último, el aumento, conlleva, para la cosa, la idea de desarrollo en tanto incremento físico, intelectual o moral de la misma. Es decir, que la ciudad que crece debería desarrollarse ella y también sus habitantes, dado que es imposible pensar en un desarrollo unilateral, a lo cual debemos probar que realmente sea así, ya que a estar por la realidad pareciera no ser el desarrollo urbano y el desarrollo humano una

¹⁰ *Ibid.*, pp. 13-14.

¹¹ LEEBVRE, *op. cit.*, p. 75.

consecuencia necesaria del crecimiento de la ciudad. Deben darse ciertas condiciones y respetarse otras para que esto suceda.

Filosóficamente, se define al desarrollo como el movimiento hacia lo mejor, siendo ésta una concepción derivada de una idea aristotélica precisada luego con la visión propia del optimismo decimonónico. Si dejamos de lado la idea de alcanzar lo mejor, por discutible o, al menos, y en tantos casos, por lo dificultosa e imposible de su concreción, la pretensión de búsqueda y movimiento hacia algo, es decir, con alguna dirección y objetivo, con el fin de superar situaciones, me resulta válida e importante.

A estar por las evidencias, el crecimiento de la ciudad latinoamericana, en tanto obra de arte, y en su proceso, no siempre implicó ni implica aún forzosa y naturalmente desarrollo; por lo tanto, su música no es por todos comprendida, y su lectura se dificulta por momentos, precisamente por tratarse de un particular crecimiento, el que, más allá de la falta de homogeneidad -que no me preocupa- él mismo comporta despersonalización, ambigüedad y deshumanización.

Un primer borrador de la hipótesis que se propone podría sugerir entonces que el crecimiento urbano latinoamericano, generalmente, no implica desarrollo, tratándose en realidad y, en muchos casos, de lo contrario.

Justo resulta que nos preguntemos si dicho proceso en el tiempo tuvo siempre como constante a la característica de un crecimiento sin desarrollo.

Atentos a la situación reconocida por cuanto las Leyes de Indias ordenaban, podría inferirse que, desde los comienzos, todo estuvo planteado y dado para que la situación se definiera de tal modo, es decir, sólo un aumento por añadidura de nueva materia, por cuanto lo que preocupaba e interesaba era la resultante física, tal vez porque, en lugar de un derecho a la ciudad, como reclamara Lefebvre, se pensaba en el privilegio de vivir la ciudad que pareciera no pertenecía a sus habitantes, lo cual da como resultado concepciones y comportamientos muy distintos a aquellos imaginables en otras situaciones socio-culturales y espaciales.

Revisando cuidadosamente la historia de muchas de nuestras ciudades latinoamericanas, la que, por lo general, es parcial e incompleta, puede reconocerse que hubo en el tiempo, desde sus inicios hasta un cierto momento, un proceso de crecimiento que tuvo su carácter, significado y consecuencias y que, en su medida, implicó desarrollo, aunque me atrevería a calificar al mismo de unilateral, por cuanto fue físico y, sólo para unos pocos, también personal e intelectual. Ejemplos al respecto abundan en los distintos puntos de la América, por algunos llamada española, quizá y en parte porque se reclamara desde los comienzos que *«las obras públicas... sean de toda firmeza, duración y provecho, sin superfluidad...»*¹². En este caso, estoy leyendo e interpretando el crecimiento desde el hacer arquitectura, cierta arquitectura, la oficial.

¹² *Leyes de Indias. Op. cit.*, Tomo Segundo, p. 55. Se trata del Libro llamado III, Título Dieciséis.

Hubo una ciudad que, de un modo equilibrado y, aquí sí, coherente, y lentamente, fue creciendo de una manera que, si se me acepta, calificaría de natural, en la cual las reglas de juego, aunque en algunos casos injustas, estuvieron dadas y se las respetaba. La imagen que los documentos gráficos nos permiten recomponer, con todos los reparos que sobre las mismas se pueda tener, en tanto miradas condicionadas, nos muestra lo que antes afirmaba.

Tal vez el punto que más interés remarcar aquí sea el equilibrio territorial que un verdadero sistema de ciudades fue estableciendo a causa de decisiones que tuvieron que ver con la subsistencia y la dominación, sin dejar de lado todo el cuidado que era posible en el hacer de su arquitectura.

Con el lento crecer de las ciudades, la situación fue gradualmente modificándose, por cuanto las circunstancias pasaron a ser otras. Para la arquitectura, el siglo XIX significó un cambio de lenguajes y, por cierto, de las necesidades, las que fueron paulatinamente aumentando. Tardíamente y en algunos casos, ya en el siglo XX, la ciudad sintió los efectos de otros modos de concebirla. En tales casos, sus resultados quedaron como pequeñas muestras dentro de un todo distinto que los alojaba o, cuando se trató de intervenciones en otras escalas, éstas fueron absorbidas e integradas por el efecto conciliador de la arquitectura decimonónica. En dichos casos, la expansión, el crecimiento, cuando lo hubo, implicó un desarrollo notable, el cual llegó a través del cambio.

La intención homogeneizadora, cuando no decididamente transformadora de los testimonios que, cuando pudo, ocultó o disfrazó -como en la Argentina, por ejemplo- llevó a que la imagen de la ciudad fuese aún armónica y equilibrada desde los referentes, no ya sólo de carácter religioso, como fueron casi en forma exclusiva las iglesias en los comienzos.

Se hace imprescindible, como consecuencia, identificar el momento a partir del que la situación cambió irreversiblemente, es decir, el crecimiento tuvo otro carácter y otras consecuencias.

Históricamente, la relación entre el poder y, consecuentemente, el mercado, y los modos de vida del habitante de América Latina, fue muy particular, por cuanto implicó de imposición transformadora de los reales modos de vida. Consecuencia de lo cual, la cosa pública, la ciudad y el crecimiento, se diferenciaron y distanciaron del habitar, de lo privado y del tiempo cultural. Quedaron de tal forma las políticas, el desarrollo, los modelos y estereotipos, por un lado, constituyeron un grupo ajeno a la marginalidad, pobreza y real dimensión del habitar que, por el otro, y desde los inicios, fue dando particular forma al proceso de crecimiento. La ciudad, por una parte, y lo urbano, por la otra.

Fue el particular proceso de industrialización que viviera América Latina la instancia que Lefebvre definiera como inductora de otro proceso inducido que incluyó el crecimiento con una dimensión, carácter, significado e impacto hasta entonces desconocidos. Desde entonces, se comenzaron a transitar caminos paralelos, experiencia ya vivida, pero en otros términos y condiciones. La industrialización y el

crecimiento, por un lado, y la urbanización y el desarrollo, por el otro. Desde entonces, la ciudad se desdobló, se desintegró como unidad compacta, y el despilfarro territorial caracterizó el crecimiento, al menos de aquellas que se atrevieron al desafío de la que prefiero reconocer como pseudo-industrialización.

Ajustando la hipótesis antes borroneada, podría sugerir ahora que el crecimiento urbano latinoamericano, desde el proceso de industrialización, no implica forzosamente desarrollo de las ciudades.

¿Qué fue lo que hizo posible tal situación?

Evidencias definitorias

La autoevidencia existencial del sujeto pensante que Descartes precisara como «*Cogito ergo sum*» pareciera que, a partir del inicio del proceso de industrialización, adquirió, para la realidad latinoamericana, una dimensión distinta, caracterizada por el aislamiento, la marginación y, hasta en extremos, por el dramatismo, los que tiñeron de otro tono a la autoevidencia existencial, siendo éste, en muchos casos, oscuro, sin brillo y apagado.

La reflexión que, no con dificultad, fui haciendo, me llevó, en su proceso de construcción, a transitar un camino en el cual se hizo necesario, cuasi imprescindible, precisar, desde la dimensión existencial, cuáles fueron y cuáles son las razones que hicieron posible el despilfarro territorial en el crecimiento sin desarrollo de las ciudades latinoamericanas.

Una pregunta me inquieta: ¿Es justo y posible hablar solamente de despilfarro territorial cuando antes, y tal vez siempre, hubo un despilfarro humano?

Las historias de la historia

Al particular modo como en América Latina asumimos a la historia, bien puede considerárselo una constante. Al mismo lo definen las rupturas históricas. La nuestra es, ante todo, una historia de rupturas.

La dependencia cultural, los modelos, los paradigmas, cada uno de incidencia particular en las diversas instancias históricas reconocidas, no siempre iguales ni las mismas para todos los casos, caracterizaron, y continúan haciéndolo, a nuestra cultura, la cual se presenta hecha de la sumatoria de momentos más o menos fuertes o definidos, no vividos por todos los países o vivenciados de formas diversas por los que los transitaron, pero que en todos los casos fueron haciendo que la historia pueda, en todos ellos, ser leída como un antes y un después de... La consecuencia más notoria

de una situación como la planteada es el fuerte peso dado en tal caso a circunstancias y situaciones ajenas, tantas veces no comprendidas, las que luego, una vez infiltradas y asumidas como propias, motivaron y motivan, hasta de modo caricaturesco, el desdibujarse permanente de nuestra cultura, de la cual parecieran rápidamente olvidarse rasgos propios, los que, en otras circunstancias y realidades, me atrevo a pensar que serían considerados inviolables. El cambio de dirección de nuestra mirada dejó sus huellas en la ciudad, en la cual se fueron dibujando un paisaje en el que sus dibujantes, destinatarios y observadores, se reconocían por cuanto había un cierto equilibrio entre el lento y, diría, normal crecimiento de la ciudad y el desarrollo de las mismas y de sus vecinos, relación que el crecimiento, el salvaje, fue desdibujando.

Y las historias de las historias, las que, hasta cierto momento, se iban tejiendo en diversas calidades, pero sobre una misma urdimbre, como extraordinaria, sutil e inesperadamente se tejen y combinan texturas y colores en tantos de nuestros países, de repente se vieron interrumpidas porque fue imposible seguir construyendo la historia como se venía haciendo, ya que la información, los modelos y las modas apetecibles fueron tantos que superaron nuestra natural capacidad de absorción, y -de diverso modo y grados de influencia- ahondaron más en la particular relación con el devenir. Así entramos en un proceso de universalización asumido, visto y valorado de diversos modos. Uno de ellos propone que:

«Lo universal de este filosofar no estriba en lo excluyente, sino en las inclusiones que universalizan las diversas expresiones del hombre y los frutos de su hacer. Se habla... de una concepción de lo universal, del mundo, de la globalización que no es ya, que no puede ser excluyente, sino capaz de incluir a las diversas expresiones de lo humano»¹³.

Si bien rechazo toda interpretación continuista de la historia, por cuanto puede significar de peligrosas consecuencias al ignorar u ocultar todo aquello que resulta ajeno al modelo de lectura, una historia echa de menos, en algunos casos opuestos entre ellos, los que dejaron como consecuencia fuertes improntas en la ciudad, cual marcas o señales, tienen, sin duda, sus consecuencias en el tiempo. Haberlas comprendido y asumido como advertencias y llamados de atención, quizá hubiese significado evitar posteriores efectos negativos para la ciudad. Para esto se necesita voluntad urbana o quizá, decididamente, se deba a que nuestra comprensión y vivencia de la historia y de la ciudad como latinoamericanos sea muy particular y distinta de otras. En tal sentido, la historia nos muestra que, para nosotros, el territorio no fue un problema que se debiera resolver en relación con la ciudad, y que ésta tuvo un poder soberano sobre aquél, el cual, en tal sentido y relación, no cuenta más que como espacio que se debe ocupar, no que se debe transformar, como correspondería en lugares para el hombre, lo cual hubiese hecho a la situación muy distinta.

¹³ «Destaca Zea el triunfo de 'lo latino', en *Reforma* (lunes, 26 de mayo de 1997). Edit. Cultura, 3C.

La dimensión del poder

El poder no tendría porqué conferir «naturalmente» más autoridad que la que brinda la posibilidad y el privilegio de aplicarla en pos del beneficio común, para el provecho y el desarrollo de la comunidad y, en el caso de la ciudad, para el bien de los vecinos.

Desde los inicios de nuestra segunda historia urbana -digo nuestra en términos de compartir la condición de latinoamericanos, ya que no todos los actuales países vivieron una instancia precolombina, por lo tanto, asumo como propia la historia mesoamericana o incaica-, desde aquellos inicios el poder fue dibujando ciudades en las cuales él mismo se fue, no sólo poniendo en evidencia, sino que marcó pautas que incidieron en conductas y en modos de vida. Desde la Iglesia como institución, hasta el Estado, durante y después, fueron multiplicándose las expresiones de éste a medida que transcurría el tiempo y la burocracia iba lentamente generando la dimensión que actualmente tiene, absurda, hasta llegar a constituir un Estado dentro de otro Estado, una ciudad dentro de otra. Así, dichas instituciones fueron construyendo la imagen de una ciudad que, hasta y durante el siglo XIX, y aún avanzado el siglo XX, se presentaba como legible y equilibrada, siempre renovándose y aceptando en ella el fuerte peso que el poder confería a quienes lo detentaban y en la cual el territorio, aún sin ser tema de gran preocupación y cuidado, era la instancia que compensaba, preveía y marcaba diferencias.

Es muy común en nuestras culturas, por lo tanto en la historia de sus ciudades, que a los momentos de su devenir se los identifique con el nombre del personaje de turno en el poder, lo cual no constituye un hecho casual ni anecdótico y muestra, si se quiere ver, a un modo de concebir al poder, y que tiene su impacto en la ciudad.

Desde la industrialización tardía, si se la compara con la europea, la situación urbana se fue complejizando y agravando. Sin que los personajes que, históricamente, detentaban el poder por sus funciones, lo perdieran, se creó y confirmó nuevo poder a cada vez más personas, las que, desde la función pública o desde fuera de ella, actuaron y actúan en pos de sus intereses y con un total desconocimiento y/o desprecio y despreocupación hacia la ciudad como un todo, hacia la cosa pública. Consecuencia de esto fue la paulatina y acelerada pérdida de equilibrio, el crecimiento desmedido y desordenado, y la real falta de un desarrollo integral, urbano y humano, en armonía con aquel crecimiento. Observando los resultados, se deduce rápidamente que a un crecimiento caótico no puede nunca corresponder un desarrollo armónico e integral.

Con respecto a las instancias históricas, puede observarse cómo los modelos y las modas llegaron tristemente hasta ciudades y poblados ajenos a la industrialización, en las que, con la decidida intención de mostrar un cierto poder y capacidad, repitieron, al continuar haciendo a la ciudad, pautas ajenas, en casos absurdas y extrañas, al propio mundo y a la propia realidad.

Como por más que nos empeñemos en doblegar y dominar a la naturaleza, existen leyes del equilibrio que pareciera que «naturalmente» tenemos incorporadas,

el poder de los sin poder, conferido sólo por el número y no por el cargo, la función o el parentesco, fue dejando su impronta en la ciudad, haciendo cada vez más visible la dicotomía entre la ciudad de los funcionarios, la ciudad oficial si se quiere, y la ciudad de la gente, no ya de los vecinos, palpitante, inquieta, superadora de reglas y normas y de toda instancia oficial, la que desde la presión o por el propio peso de la realidad, logró, en muchos casos, oficializar su dimensión y carácter, sumándose, no integrándose a la otra, produciendo como resultado el despilfarro del crecimiento, al cual me interesa interpretar, ante todo, como humano, para verlo luego como despilfarro territorial. Quienes vieron esta oportunidad como única para sus fines políticos y/o económicos, son los responsables del crecimiento desmedido y descontrolado, ya que, si bien éste pareciera inevitable e incontrolable -digo pareciera-, el proceso de llegada de gente a la ciudad, no lo es -si se quiere- su localización e inserción en la misma.

«Sobre el fenómeno de la globalización se ha dicho suficiente, aunque por lo general casi siempre lo mismo. Pues éste, en cuanto tendencia que acorta distancias y lima diferencias, también llegó indefectiblemente, ¿por qué no?, a las ciudades latinoamericanas. Con sus variantes, sin dejar de lado los matices locales, es posible sentirse siempre rodeado de las cosas que no nos son básicamente necesarias, pero que necesitamos a diario. Porque nos las impusieron y nos enseñaron a necesitarlas. No hay ciudad que se precie de tal que no tenga una tienda de comida rápida de reconocido nombre, como es caso imposible pensar no oír hasta aturdirnos a la canción que ayer escuchamos en Buenos Aires, que hoy nos acompaña en un clima totalmente diverso en México y mañana, sin duda, estará con nosotros en Caracas. ¿Esto es bueno o implica agresiones a las culturas locales que, poco a poco, pero sin pausa, va comiendo sus raíces? Tal vez con una actitud muy propia de los habitantes de estas tierras, de nosotros podríamos, sin mucha reflexión previa, decir que así marcha el mundo, y no podemos bajarnos de la acelerada carrera que éste sigue sin correr serios riesgos. En parte es cierto, pero también corremos serios riesgos cuando, desde nuestro mundo, el que no maduró o no completó la modernidad, damos saltos de acróbatas, y tantas veces quedamos en el aire y luego caemos haciendo un estruendo que, hasta en el mundo desarrollado que nos desvela, se oye golpes que a ellos nos los desvela y poco preocupa. El salto y la posterior caída son consecuencias de perseguir a la quimera de lo ajeno, que, como tal, siempre es, para muchos, mejor»¹⁴.

¹⁴ GNEMMI, H., «Aventuras urbanas, desventuras humanas», en *Material de lectura para el ingresante a las carreras de Arquitectura y Diseño Industrial*. Córdoba, Edit. Eudecor, 1997, pp. 2-19.

Finitud y trascendencia

No es exclusiva del hombre latinoamericano su lucha con el carácter finito de la vida. Es un rasgo de la condición humana, una realidad que es un misterio, contra el cual todos, por un camino u otro, buscamos revelarnos.

Frente a esta realidad, la arquitectura y desde ésta la ciudad, y no inversamente, tienen la posibilidad, no infinita, pero al menos superadora de la definida y acotada finitud de la vida humana.

En el caso de Latinoamérica hay algo como un rasgo propio en esta situación, y está referido a la actual y aparente ignorancia, por parte de quienes detentan algún tipo de poder, referido a no advertir que la trascendencia de sus obras no se alcanza por ellas mismas, sino, por el contrario, ésta depende del ser humano, en tal sentido único capaz de percibir -no «naturalmente»- el sentido de la trascendencia. Sociedades alienadas, fuertemente castigadas por presiones económicas, descreídas de cuanto se les dice, es evidente que no pueden pensar más allá del diario subsistir y sólo interpretan a estas actitudes como actos de poder.

La falta de memoria, la negación de la historia, el poder conferido a lo banal y circunstancial, han hecho que contradictoriamente se dé la condición de trascendente precisamente a lo efímero. En tal sentido, el uso del territorio, el mal uso del mismo, desde la necesidad, el provecho, el usufructo personal, etc., llevaron a que el crecimiento se materializase de un modo que puede leerse como despilfarro territorial.

El crecimiento de la ciudad latinoamericana actual, aunque como proceso desmedido y descontrolado, es anterior, coincide actualmente con un momento particular para sus culturas marcado por una especial situación política, la que, aunque desde hace ya un tiempo se distanció de las dictaduras, vive hoy el proceso de soportar clases políticas corruptas que, día a día, por una razón u otra, son motivo de noticia. Advertí previamente sobre el peligro de generalizar; por lo tanto, no hablo aquí de todos los países de Latinoamérica, aunque cuando escribo pienso en Argentina, México, Ecuador, Colombia, como pruebas de cuanto digo. Este particular momento histórico se puede leer en la ciudad, descontrolada en su crecimiento, por más que, en muchos casos, existan Planes de desarrollo urbano, en los cuales el sentido de unidad, de la ciudad como un todo, se ha perdido a causa de la ligera, despreocupada e interesada actitud de sus autoridades y de las muchas preocupaciones que acosan a sus habitantes, quienes tienen otros motivos para ellos más trascendentes que el pensar si la ciudad crece o no ordenadamente.

«Adonde quiera que se dirigiese la mirada en aquellos primeros tiempos de la industrialización, sólo se apreciaba la lucha por la existencia como fenómeno superficial: las fábricas con sus chimeneas humeantes, las desoladas montañas de escombros de la producción, los barrios miserables que, por efecto de la afluencia de la población rural a las ciudades, se volvían cada vez más angostos. La meta que todos perseguían

huía velozmente en una espiral. Se perdía en la misma medida que se ganaba. El progreso, en su avance unilateral, no podía detenerse»¹⁵.

Hay otro rasgo que caracteriza en este sentido a Latinoamérica. Pienso que fuimos los primeros postmodernos, y aún sin haber vivido totalmente la modernidad. Por ejemplo, a la visión de la heterogeneidad de la vida, en tal sentido irreductible a ningún universalismo y al carácter autónomo, peligrosamente autónomo en muchos casos, para determinar su historia y su vida, se los puede encontrar en la reflexión de muchos filósofos de la postmodernidad indicados como características de la postmodernidad filosófica, características que nos son propias antes de tal reconocimiento.

La trascendencia de la ciudad latinoamericana impactada por un gran crecimiento está dada por el carácter autodestructivo de la misma y por mucha de la arquitectura dada como respuesta a este particular modo de hacer ciudad, arquitectura definida por el carácter de efímera que, en todo sentido, tiene. Sus formas, su lenguaje, sus materiales y sus procesos constructivos dan cuentas de un modo de pensar y de hacer para el hoy y despreocupado del mañana, donde lo casual y anecdótico pareciera ser un rasgo definitorio de las ciudades ya incapaces de mostrarse a sí mismas como por tanto tiempo lo fueron, sólidas, con personalidad definida y jugando un papel en un territorio no ignorado.

Epílogo anunciado

El arte actualmente tiene como una de sus expresiones a las instalaciones. En tal sentido, la ciudad caracterizada por el crecimiento desmedido y descontrolado, bien puede ser considerada una instalación de particulares características, en la cual lo bello poco importa, así como el equilibrio, y quizá dichas instalaciones logren uno de sus objetivos, que es provocar reacciones, en muchos de nuestros casos de rechazo y desagrado. Poco de música tiene la ciudad como conjunto, crecida en el caos y rompiendo con toda estructura y superando toda posible, si es que la hubo, planificación tanto urbana cuanto territorial.

Sin duda que nuestras ciudades, afectadas por el proceso de industrialización, no tuvieron un desarrollo en el sentido total que éste implica, y tuvieron, sobre todo, un fuerte deterioro en la calidad de vida de sus habitantes, de las mayorías, no de las minorías, cada vez más privilegiadas. Lo importante es no cargar sobre la industria-

¹⁵ KOKOSCHKA, O., «Mi vida», en *Filosofía, Modernidad, Posmodernidad*. Buenos Aires, Edit. Biblos, 1990, p. 89.

lización en sí misma las responsabilidades de un fenómeno que no sólo supera, sino que, en muchos casos, no le es propio. Me atrevo a calificar al problema como de carácter cultural, pero en dos sentidos distintos. El de la cultura del poder, por un lado, y el de la cultura de la sociedad, por el otro, las cuales no sólo son distintas, sino que se expresan de distinto modo y tienen distinto grado de responsabilidad.

«El elemento a analizar es el del estilo, la confección del discurso, el modo como inteligimos, y la forma como respondemos. Esa vía analítica sólo podrá desembocar en lo que es sabido: nuestro nominalismo, esa vocación por rotular las cosas antes que hacerlas, ese predominio de la palabra sobre los hechos. Y es ahí donde quedamos no sólo a mitad de camino del Occidente creativo, sino también de los árabes musulmanes»¹⁶.

Nuestro mayor despilfarro no es el territorial, sino el humano, consecuencia del cual sí puede leerse e interpretarse el otro, el territorial.

«América Latina está ahí, a mitad de camino en todo, contradictoria y poco consciente de que su esencia radica en portar todas las contradicciones: no exhibimos casi ninguno de los indicadores contemporáneos del poderío, nuestra invariable autoafirmación colectiva en todos los congresos y conferencias internacionales no es capaz de articularse en estructuras, y en la división occidental del trabajo cultural pareciera habérsenos confinado a algunas áreas de la creación artística y a la evasión por la música»¹⁷.

No pretendo, ni es mi objetivo, mostrar una imagen negativa, autodestructiva de nuestra realidad, sino, por el contrario, mostrarla tal cual es, para mí y ante todo, contradictoria y, por lo tanto, inquietante y cargada de misterios, contrastes y rasgos propios a los que el crecimiento desmedido afecta seria e irreversiblemente.

«La aventura urbana en nuestras ciudades latinoamericanas es maravillosa y corre el serio riesgo de convertirse en una experiencia «light», por emplear el modo de decir que muchos piensan que todos deberían entender, experiencia que las privaría -sin destruir materialmente a su Patrimonio construido- del color local que les da el modo de vida de sus habitantes; el olor que por ellas se expande producto de sus comidas típicas compradas aquí y allá, tantas veces sin pensar en los peligros del cólera; el ritmo apasionante e inquietante de tanto vendedor ambulante desconocedor de las reglas del «marketing»; y la actitud despreocupada de sus habitantes ajenos de tantas realidades y situaciones del mundo, pero felices porque tienen el privilegio de vivir en su mundo.

¹⁶ DE IMAZ, J.L., *Sobre la identidad iberoamericana*. Buenos Aires, 1984, p. 378.

¹⁷ *Ibid.*, p. 383.

Esta es una verdadera aventura urbana, cargada de carencias, llena de injusticias, pero humana al fin. ¿O no es la vida del hombre con sus venturas y desventuras una ciudad en pequeña escala?

Hoy que está de moda buscar respuestas alternativas a cuanto por siempre se nos ofreció científicamente tabulado, ordenado y definido, bueno sería también recordarles a los habitantes de nuestras ciudades que no pertenecer es también ser, y que puede constituir un gran privilegio si se lo mide en términos de calidad de vida, de tranquilidad, de ritmo humano, de sabor y color propio de las cosas, de amistad, de encuentros, de fiesta, y de la naturaleza presente en nuestras ciudades, de un modo que tantos otros nos advierten como un preciado valor.

La aventura urbana está hecha de muchos sabores, pero el sabor a cosa fresca, natural y con tonada saboreada de nuestras ciudades latinoamericanas es un privilegio que muchas veces sólo reconocen los turistas que las disfrutan y hasta nos envidian. ¡Vaya paradoja, y nosotros que los envidiamos a ellos!

Cuando no disfrutamos la aventura que la ciudad nos sugiere y propone, la vida urbana se convierte en una desventura por no saber aprovechar lo que tenemos y se nos ofrece sin más. Y esto no quiere decir que en la ciudad no haya mucho por hacer y mejorar, pero, ¿vamos a esperar a que todo esté perfecto para vivir?»¹⁸.

Mucho disfruto de la que llamo la aventura urbana en nuestras ciudades latinoamericanas y contemporáneamente continúo lamentando profundamente las desventajas como las del crecimiento descontrolado, desmedido y especulativo de nuestras maravillosas e inquietantes ciudades, el cual sostengo que no es culpa de sus habitantes, de nosotros, aunque algo tenemos de responsabilidad al actuar con desidia y no respetar y conservar aquello que tenemos, nos alberga y, en casos, orgullosamente aún nos representa.

¹⁸ GNEMMI, H., *op. cit.*, pp. 2-19, 2-20.

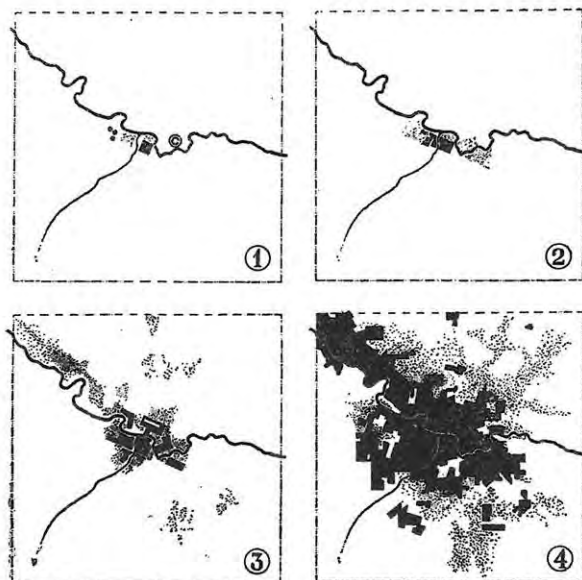


Ilustración 1. Crecimiento urbano de la ciudad de Córdoba en la República Argentina:
1. de 1573 a 1810; 2. de 1810 a 1870; 3. de 1870 a 1900; 4. de 1900 a 1962.
(TERZAGA, A., *Geografía de Córdoba. Reseña física y humana*, Córdoba, 1963, p. 282).



Ilustración 2. El crecimiento urbano y sus contrastes. Vista de Caracas, Venezuela.



Ilustración 3. Los momentos del pensar y hacer del hombre materializados en la arquitectura y sus contrastes. Dibujo de Mónica Bertolino, «Concierto de mediodía» (detalle). (*Córdoba, ciudad y desarrollo*, n° 2, año I, nov. 1994, p. 15).

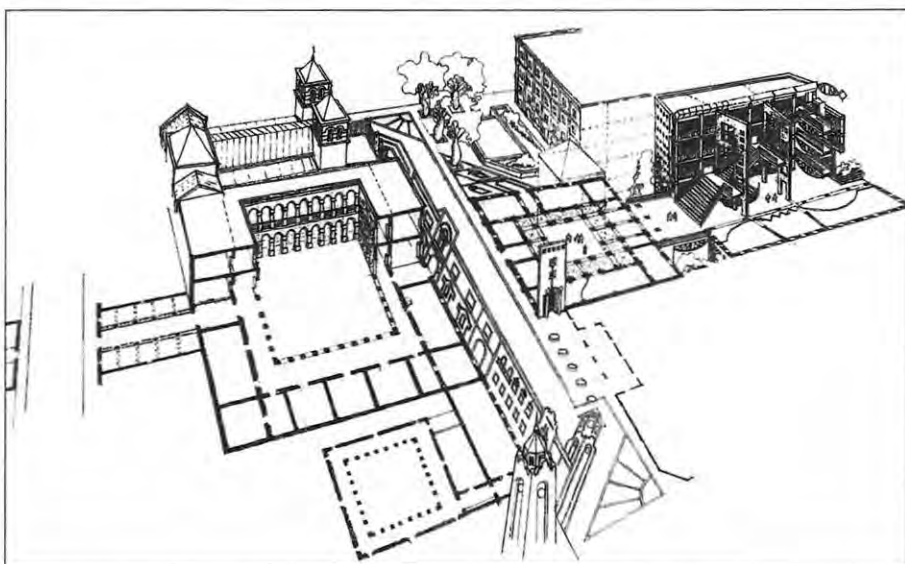


Ilustración 4. El proceso de crecimiento y cambio a través de la arquitectura. Proyecto de Miguel Angel Roca para la ampliación de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. En este dibujo se observan otros momentos anteriores de la arquitectura, calle de por medio y el mismo edificio ampliado, que ponen en evidencia actitudes que también se observan en la ciudad.

Ponencias

DE LA *TERRA IGNOTA* AL JARDÍN TERRENAL. TRANSFORMACIONES EN LOS USOS Y FUNCIONES DEL TERRITORIO DE LA URBE GLOBAL

Artemio Baigorri*

Resumen

Los usos del territorio y su relación con la ciudad dependen del modo de producción dominante. Éste, entendido, no desde el reduccionismo marxista, sino como las eras tecnosociales propuestas por Geddes -a través de Mumford-, es un complejo que incluye las relaciones y medios de producción, pero también ciertas construcciones mentales y estilos de relación con la Naturaleza, entendida en su sentido amplio. En cuanto a la planificación urbanística, desde que existe, ni ha hecho nunca ni podrá hacer nunca otra cosa que prestar coherencia técnica e ideológica a dichos procesos.

Desde antes del Neolítico, el territorio, como Naturaleza, se constituyó en una *terra ignota* que, además de ofrecer recursos, sustentaba pavores. La Revolución Industrial, por su parte, permitió descubrir, conquistar y dominar aquel mundo mágico que se extendía más allá de los caminos y los campos, incorporándolo al metabolismo de la ciudad. Sin embargo, la nueva Sociedad de la Información supone la conversión del territorio, de la Naturaleza, en un espacio multifuncional, tan complejo como las propias sociedades humanas, y llega a plantearse incluso la consecución de lo que constituyó un sueño eterno: el jardín del Edén.

En las tres últimas décadas, en el conjunto de los países desarrollados y, por supuesto, en España, hemos vivido el cenit en la conformación del tipo de relaciones con el territorio que ha caracterizado a la sociedad industrial. Sin embargo, preocupados por los efectos -casi siempre negativos- consiguientes, hemos prestado escasa

* Sociólogo. Universidad de Extremadura (España).

atención a los cambios que se vienen operando, y que van definiendo la nueva relación que ha de caracterizar a la sociedad de la información en la que nos adentramos. Para que la planificación urbanística, como instrumento legitimador y de cohesión social, pueda incorporar esas nuevas relaciones, es condición previa necesaria que seamos capaces de analizarlos.

Introducción

La caracterización de la historia humana en términos de cierta analogía con la evolución de los organismos vivos, de lo más simple a lo más complejo, es tan antigua como el intento de comprender el sentido de las cosas y, sobre todo, el sentido de los cambios que, aún dentro de nuestro estrecho horizonte vital, los seres humanos llegamos a observar. Cada cierto número de generaciones, la Humanidad -o la parte de la misma que protagoniza la Historia en cada momento- se enfrentan con el hecho empírico de que la sociedad ha cambiado, y lo percibe en términos de lo que Toffler describió como un «shock de futuro» (Toffler, 1970). Quienes, padeciendo lo que podríamos denominar «el síndrome de Ludd», se posicionan frente a los cambios, encuentran que el shock no es sino la prueba de que, indefectiblemente, la Humanidad camina hacia su destrucción. Pero quienes con Kant consideran la historia como una progresión inacabable «hacia mejor» (Kant, 1989), estiman que se trata tan sólo de las incomodidades propias del proceso adaptativo, y se apresuran a intentar construir un modelo explicativo.

Con independencia de que, frente a dichos cambios sociales, nos situemos en posiciones apocalípticas o integradas, por utilizar la ya clásica dicotomía de Umberto Eco, es evidente que dichos modelos constituyen un instrumento de la razón que nos permite comparar no sólo diferentes períodos, sino, asimismo, distintos espacios históricos. Y, en lo que al análisis del territorio se refiere, permiten explicar en términos más complejos de los usuales las transformaciones que se vienen produciendo, tanto en su forma como en su función. A veces, como puso de manifiesto Friedmann respecto de Mumford, pueden incluso convivir una modelización de la historia en términos implícitamente positivos, con una posición apocalíptica en lo que hace a la valoración (Friedmann, 1981), y en ese punto surge, sin duda, la necesidad de la utopía, como superación de una flagrante contradicción del espíritu. Pero esa es una cuestión que va mucho más allá de los modestos planteamientos de nuestra reflexión.

De la sociedad pretecnológica a la sociedad de la información

El modelo más aceptado en la actualidad que explique la sucesión de las civilizaciones distingue, a partir de una situación primigenia que nos es plenamente desconocida en sus aspectos fundamentales, tres grandes eras -u oleadas civilizatorias- en Toffler: una Era Agrícola o Tradicional, que se iniciaría con la Primera Revolución Tecnológica conocida, la del Neolítico; una Era Industrial o Moderna, que se inicia no tanto con la Revolución Industrial inglesa como con la Revolución Comercial del siglo XV, y una Era Informacional o Postindustrial, que se nos vendría anticipando desde mediados del siglo XX (Toffler, 1980). No es cuestión de extendernos en una descripción exhaustiva, pero debemos señalar siquiera algunos aspectos, de entre los que caracterizan a estas sociedades. El cuadro siguiente los recoge sintéticamente:

	Sociedad Agraria Tradicional	Sociedad Industrial Moderna	Sociedad Informacional Postindustrial
Objetivo que determina acciones y elecciones	Supervivencia física	Incremento del nivel de vida	Realización personal
Tendencia Demográfica	Población estable	Explosión demográfica	Estancamiento/Equilibrio
Tipo de Asentamiento	Rural	Urbano	Ciudad global/virtual
Sector Clave	Agricultura	Industria	Servicios
Actividad Dominante	Extractiva de la Naturaleza	Fabricación	Información
Productos Estratégicos	Alimentos	Bienes y Equipos	Ideas
Recurso Básico	Tierra	Capital	Conocimiento
Tipo de relaciones	Comunitarismo	Individualismo de mercado	Individualismo corporativo
Energía	Metabólica	Fósil	Inteligente
Relación con el Tiempo	Ritmo de la Naturaleza	Basada en el reloj	Flexibilidad orgánica
Movilidad Física	Escasa	Grande	Virtual
Relación vs. Naturaleza	De dependencia	De dominio	De equilibrio

Si prestamos atención a los factores recogidos en la tabla, observaremos cómo han debido determinar tanto la forma como la función del territorio en cada uno de los momentos de dicha evolución.

Aunque no tenemos recuerdo histórico de cómo los hombres anteriores al Neolítico utilizaron el territorio, tenemos la certeza de que, en cuanto a la Humanidad le fue posible, se estableció en asentamientos permanentes, refugiándose de una Naturaleza que le era hostil. En realidad, el hombre nunca ha vivido -fuera del mundo de los sueños y de la utopía social- en armonía con la Naturaleza. Al contrario, sólo ahora, después de unos cien siglos de lento progreso, se encuentra en condiciones de lograrlo -sin que ello implique, por supuesto, la convicción de que vaya a llegar a hacerlo-. Aunque la forma en que -sobre todo a partir de Kingsley Davis- se ha descrito la urbanización del mundo, ha llevado a pensar que la población humana haya pasado

de estar dispersa por campos y bosques a amontonarse en las grandes ciudades, el hecho cierto es que la inmensa mayoría de la población vive en asentamientos estables con cierto nivel de urbanización desde hace, al menos, cuatro mil años. El poblamiento disperso ha sido históricamente más raro de lo que lo es actualmente.

Cuando el hombre descubrió la agricultura, pudo establecer en torno a sus asentamientos un sistema de producción permanente de alimentos. Descubrió incluso que los mismos factores tecnológicos que le permitían producir alimentos le facilitaban la conversión de algunos fragmentos de naturaleza en espacios que reproducían la utopía milenaria de una armonía en la que la Naturaleza no agredía al hombre, sino que se le ofrecía. El sueño del paraíso de la utopía judaica se materializaba en los jardines interiores a los muros de la ciudad, y en las huertas de su entorno. Pero más allá de esos pequeños espacios conquistados a la naturaleza, se extendía la terra ignota, el espacio del temor y la incertidumbre. Es en realidad la idea que transmiten los primeros mapas conocidos.

El territorio externo a los asentamientos humanos ha sido, en la mayoría de las culturas, un lugar oscuro y desconocido, espacio de hadas pero también de belicosos monstruos. El hombre penetraba con temor en estos territorios para dotarse de algunos recursos como la caza, la madera y unos pocos minerales conocidos. El historiador J.R. Hale calculó que la distancia máxima a la que un individuo podría llegar a desplazarse, por término medio, en las sociedades agrarias, era de 25 kilómetros (Hale, 1971). Si bien la capacidad de soñar siempre hizo imaginar al hombre que, más allá de los bosques impenetrables, había lugares donde los perros se ataban con longanizas, y, aunque ciertamente, no los había, sí existían otros grupos encerrados en sus pequeños territorios humanizados, con los que, cuando unos pocos se aventuraron a encontrarlos, pudieron intercambiar ideas y productos.

Sin duda, fue el dominio de la Naturaleza el principal desafío de la Humanidad durante varios milenios. Como al enemigo, se la observó sistemáticamente; los viajeros descubrieron cómo otras comunidades habían encontrado algunos de sus puntos débiles, y éstos se difundieron multiplicando los conocimientos. Y al cabo, el hombre llegó a la conclusión de que no era una brizna de hierba a merced de los elementos, sino que podía llegar a ser su señor. Lo que Weber definió, al analizar la formación de las sociedades modernas, como un «desencantamiento del mundo» (Weber, 1985), equivale a lo que los historiadores de la cultura han descrito como «el paso de una cosmología mágica, pre-moderna, pre-capitalista, a una cosmología moderna, capitalista, científica» (Macfarlane, 1987). Lo cual, a su vez, implica la idea de un mundo ordenado, medido en el espacio y en el tiempo.

Los bosques, las zonas pantanosas que habían atemorizado a los hombres, se convirtieron en fuente inagotable de recursos para su progreso material. No debemos olvidar que las primeras chimeneas fabriles se elevaron, no en las ciudades, sino en los campos, cerca de las minas, de las materias primas y de la energía (fósil o hidráulica). La Sociedad Industrial conquistó sistemáticamente el territorio, organizándolo en función de las necesidades productivas.

Sin embargo, en el punto álgido de la Sociedad Industrial, no era la dispersión lo que primaba, sino la concentración en las grandes ciudades. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, en los países industriales, se produce un no menos sistemático vaciado de los espacios rurales, en la medida en que sólo en la ciudad industrial la división del trabajo posibilita la sucesiva incorporación de nuevas oleadas de pobladores a los beneficios del progreso. Las mismas revoluciones tecnológicas que incrementaban la productividad industrial, poniendo al alcance de mayor número de gente los bienes materiales, incrementaban, a su vez, la productividad agraria, arrojando de los campos a las ciudades a los campesinos «improductivos».

La sociedad industrial es, por naturaleza, la sociedad urbana. No vamos a retomar las características básicas que hemos señalado en el cuadro de síntesis, pero sí debemos resaltar en este punto que la ciudad industrial se convierte en un gigantesco organismo que debe alimentarse, y que produce desechos. Diversos autores plantearon en los años 60 los términos del metabolismo de las ciudades, definido como «la suma de todas las materias y productos que aquélla necesita para el sostén de sus moradores» (Wolman, 1979), un proceso ya imparable, pues, como el metabolismo orgánico, «no sólo implica una combustión, sino que la continuación ininterrumpida de ésta -la respiración- es condición para la prosecución de nuestra vida» (Jouvenel, 1969). La función del territorio pasó a ser la de soportar, en el sentido más amplio, el metabolismo de las ciudades. Y la planificación en este contexto, tanto la económica como la urbanística, adquirió la función de otorgar racionalidad legitimadora a este proceso, intentando ordenar la gestión de una hinterland que, en las condiciones vigentes, se mostraron a corto plazo incapaces de soportar los efectos del metabolismo. La oposición campo/ciudad, o rural/urbano, tenía ciertamente un sentido de lucha seminal por el control del territorio. Pero, para entonces, las cosas habían empezado a cambiar: se había iniciado la transición, en la que en la actualidad nos vemos envueltos, hacia la Sociedad de la Información.

Describir cómo se inició el proceso es probablemente demasiado ambicioso para los propósitos de este texto, pero creo necesario señalar someramente, al menos, algunos hitos fundamentales que han marcado una lenta transición de la que no siempre hemos sido consciente.

En primer lugar, la Revolución de las Comunicaciones -antes aún que la de las telecomunicaciones-. La constante aceleración de la velocidad, tanto de la comunicación entre las personas, como del transporte de mercancías y personas, hizo innecesaria la concentración en las ciudades de las estructuras productivas -y, por supuesto, las residenciales-. El proceso de dispersión de actividades fue inmediato, y el uso de la tierra en vastos territorios empezó a reflejar «la variedad de formas de vida de su gente y el poderoso influjo de la ciudad» (Gottman, 1973). En las últimas cuatro décadas, hemos asistido a un proceso sistemático de dispersión, iniciado en los Estados Unidos en los años 50, y luego generalizado en todos los países industriales.

En segundo lugar, las sucesivas Revoluciones Tecnológicas (tanto la electrónica e informática, como la operada con la invención de nuevos materiales, la

biogenética y, por supuesto, las telecomunicaciones), que han generado nuevas formas de producción no basadas en la industria pesada y que, con el conveniente sostén de infraestructuras de comunicación, contribuyen aún más a la dispersión productiva en lo que hemos llamado «la urbe global» (Baigorri, 1995).

En tercer lugar, la fragmentación social y económica. La división urbana del trabajo ha propiciado la disgregación de los grandes grupos sociales (clases sociales, comunidades con raíces comunes, etc.) en una miríada de grupos de interés, cohesionados por todo tipo de factores sociales, desde las relaciones de producción a los sistemas de creencias. La diversidad social se ha acentuado enormemente.

En fin, hay que hacer al menos referencia al cambio de valores que se inicia en los años 60 -a partir del momento en que, en los países industriales, la población encuentra satisfechas sus necesidades básicas-, apuntados tempranamente (Sacco, 1974), y sistematizados por Inglehart como «valores postmaterialistas» (Inglehart, 1990). Estos nuevos valores van a generar la aparición de lo que se denominó el «empresariado moral» (Becker, 1973), capaz de organizar redes de presión y que se erigen en promotores de usos socialmente admitidos para el territorio.

En correspondencia con todos estos factores, asistimos a la propia fragmentación de la ciudad: «el espacio urbano, como globalidad, se fragmenta en multitud de piezas más o menos alejadas entre sí; se rompe la continuidad, característica de la urbe hasta ahora» (López de Lucio, 1993). Lo que no es, en realidad, sino el proceso de constitución de la urbe global.

La transición a la sociedad de la información. El fin de la dialéctica campo/ciudad

La desconcentración que se produce al iniciarse la decadencia de la sociedad industrial ha provocado la transformación del propio concepto de urbanización. Ya no cabe referirlo únicamente al desplazamiento de población hacia las ciudades -aunque se siga produciendo-, sino también, y sobre todo, a la extensión de la cultura urbana al conjunto del hinterland de las ciudades.

Lo cual ha hecho que la contradicción entre lo rural y lo urbano haya dejado de estar vigente. En los países avanzados no puede hablarse ya de espacios rurales y espacios urbanos, sino de una continuidad isomorfa de carácter urbano, rota tan sólo en algunas islas: en unos casos, pequeños núcleos perdidos en el espacio y el tiempo, que mantienen relativamente viva la cultura rural; en otros, las grandes metrópolis, que aportan una nueva cultura metropolitana, no suficientemente definida, pero esencialmente distinta de la cultura urbana.

A cambio, ahora podemos entender la dialéctica campo/ciudad en un sentido mucho más estricto, como relación entre lo que se entiende por continuum edificado, o suelo urbano en términos de planeamiento, y su territorio circundante.

Desde esta perspectiva, y ateniéndonos al planeamiento urbanístico, deberíamos pasar a ver el conjunto del término municipal (o el conjunto de términos municipales, si nos enfrentamos a un planeamiento de ámbito comarcal o regional) como un recurso que cumple funciones muy diversas, que satisface a grupos sociales y económicos muy diferenciados entre sí, y que, como veremos, genera a menudo una fuerte competencia. Compatibilizar todas las demandas y necesidades, manteniendo un equilibrio entre ellas, y manteniendo, a su vez, un equilibrio entre las alternativas de conservación y desarrollo, es el gran desafío del planeamiento del siglo XXI.

Naturalmente, estos modelos no son universales. Hay territorios (municipios a efectos del planeamiento) que parecen anclados en un punto temporal indefinido, cuyo suelo rústico parece responder al concepto ideal que todos tenemos de Naturaleza¹. Aunque las fuerzas a las que vamos a referirnos se pueden detectar incluso en esos municipios, fundamentalmente aparecen en el entorno de las grandes ciudades y, más aún, en aquellos territorios tremendamente complejos de economía mixta, agroindustrial, pero con un creciente peso del sector servicios, que constituyen las zonas agrarias más ricas (Baigorri, 1983).

En este sentido, hace más de veinte años que iniciamos una reflexión sobre las interrelaciones entre la estructura, la forma y la función del territorio exterior a las ciudades, tomando como elemento de análisis esa competencia que diversos agentes ejercen, expresada en términos de competencia por el uso del recurso tierra². Parece de interés retomar dichos análisis por cuanto describen las características del territorio como recurso justo en el momento en que la sociedad industrial empezaba a transformarse en sociedad de la información, pero en un país que vivía todavía los últimos estertores de una Era de las chimeneas que, como los peores dictadores, moría matando. Creo que tenemos ya una cierta perspectiva histórica que debería permitirnos distanciarnos del mero entorchocar de las olas, y comprender dichos procesos en un marco evolutivo más general.

A medida que percibimos cómo desaparece la oposición bidireccional campo-ciudad, al estructurarse el territorio de los países desarrollados en un continuum crecientemente isomorfo al servicio de la red urbana global, llegamos a la conclusión

¹ Me resisto a utilizar el término *Naturaleza*, por cuanto la Naturaleza no existe en las sociedades desarrolladas. El campo, el espacio rústico, lo rural, es el resultado de la acción civilizatoria del hombre a lo largo de siglos y aún milenios. La Naturaleza es un espacio ideal que, incluso como concepto, surge muy tardíamente en la historia de las ideas, en el marco del Renacimiento, cuando el hombre occidental alcanza la percepción de que la ha perdido para siempre. Hoy la Naturaleza es exclusivamente, como diría Lefebvre, un reclamo publicitario.

² En nuestros informes para el Plan Director Territorial de Alfoz del Burgos (1977), los Planes Generales de Ordenación Urbana de Puerto de Santa María y Alfaro (1980), Alicante (1981), Ejea de los Caballeros (1982), Tauste (1983) y Badajoz (1985), así como en la propuesta de análisis para el Plan Especial del Suelo No Urbanizable de Tudela de Navarra (1983), y sobre todo en el Estudio Territorial de Extremadura (1991). Hemos intentado sistematizar en parte estas cuestiones en BAIGORRI (1982, 1983, 1984 y 1992) y en BAIGORRI, GAVIRIA et al. (1985), pp. 59-91.

de que los protagonistas de la competencia ya no son los campesinos frente a los urbanitas, sino una especie de todos contra todos. Tal y como en la Naturaleza distintas especies compiten por el territorio, además de competir a nivel interno los miembros de cada especie.

Así, los ecologistas urbanos compiten, pretendiendo un uso bio-arqueológico de ciertos suelos caracterizados como «espacios naturales», con los «domingueros» (que los desean para un uso recreativo-residencial), las grandes corporaciones (que los precisan para instalar sus plantas de producción o sus instalaciones de ocio), o el propio Estado (que puede precisarlos para ubicar sobre ellos grandes infraestructuras o equipamientos). Y, a su vez, todos ellos, los urbanitas, compiten con los rurales, que pueden precisarlos (compitiendo a su vez entre sí) para la agricultura, la ganadería, la producción forestal o la caza.

Sin duda, Doñana es un ejemplo paradigmático, donde hemos visto competir a biólogos conservacionistas, agricultores de regadío, ganaderos, urbanizadores y al propio Estado (que lo ha tomado como área de descanso para algunos de sus dirigentes); obviamente, la alianza entre conservacionistas y aparato del Estado ha supuesto su institucionalización como Parque Natural, pero un juego de alianzas distinto podría haber conducido a otro resultado. Pero hemos tenido ocasión de conocer otros muchos ejemplos, como recientemente el del Embalse de Alange, en Extremadura; construido para mejorar los regadíos de las Vegas del Guadiana, se ha convertido en un espacio fuertemente competido por las industrias de Almendralejo, que deben efluir sobre algunos cauces que lo alimentan: la ciudad de Mérida, que ha empezado a utilizarlo como fuente de abastecimiento; el municipio de Alange, donde se asienta la presa, a cuyos usos turísticos termale querria añadir un turismo más masivo de pantano; la principal organización ecologista de la región, que monopoliza el uso de varias islas y penínsulas; los ganaderos de la zona, que han construido siempre refugios y ahora se ven perseguidos por los ambientalistas... podríamos buscar todavía más agentes en conflicto.

No se trata, estrictamente, como tradicionalmente se ha planteado, de una oposición conservación/desarrollismo. Hay competencias dentro de lo que podríamos llamar el bloque histórico productivista: los promotores inmobiliarios y turísticos compiten, por ejemplo, con las grandes factorías potencialmente contaminantes; unos y otros con las explotaciones mineras; los propios usos infraestructurales, dirigidos funcionalmente en beneficio de la maquinaria productiva, pueden hallarse en competencia con otros usos productivos agrarios, industriales o inmobiliarios. Y hay también, cada vez en mayor medida, competencia dentro del supuesto bloque histórico proteccionista³.

³ Sin ir más lejos, los agricultores, que inicialmente fueron los mejores aliados de los ecologistas en la mayor parte de los países avanzados, han terminado por convertirse en objeto de los más duros ataques por parte de los ambientalistas.

Del juego de interrelaciones y alianzas, es decir, de las posibilidades de comensalismo entre distintos agentes en competencia, dependerá el uso final que, funcionalmente, se asigne a ese espacio protegible. Los grupos o alianzas pueden conseguir que el espacio sea protegido, o asignado a otros usos, en función de su capacidad de influir en la toma de decisiones colectivas. Es así como hablamos algunos autores de una construcción social de los espacios naturales.

Considerar estos procesos supone ir más allá de los habituales análisis del territorio, centrados casi exclusivamente en dos aspectos: la estructura (del suelo, de la diversidad biológica, de la propiedad, de las explotaciones) y la forma (paisajes, cultivos, parcelación...). Hay que añadir un tercero: las funciones que cumple el territorio, cada vez mayores y más complejas, y casi siempre metaagrarias.

En Baigorri (1984) planteábamos que el recurso tierra cumple funciones muy diversas, de las que yo destacaría, como esenciales, las siguientes:

- a) Conservación de la vida (conservación de la biomasa).
- b) Producción agraria.
- c) Explotación de recursos naturales (minas, aprovechamientos forestales y cinegéticos, etc.).
- d) Descongestión de la ciudad:
 - 1) Como soporte de actividades industriales o de servicios molestos, insalubres y peligrosos.
 - 2) Como soporte de servicios y dotaciones particulares o institucionales que requieren unos espacios caros dentro de los cascos urbanos.
- e) Crecimiento y desarrollo residencial de las propias ciudades y pueblos.
- f) Soporte de redes de transporte y comunicación (carreteras, líneas eléctricas y telefónicas, ferrocarriles, canales y conducciones de agua, etc.) entre los nudos de la red urbana global.
- g) Descanso y bienestar para todas las capas sociales, si bien compartimentados los espacios por clases y estratos.

De forma que diversos actores deben competir por el uso y control de este recurso hoy escaso: agricultores, ganaderos, residentes urbanos, comerciantes, industriales, organismos públicos, grupos conservacionistas, etc., lo que se manifiesta como competencia para el uso agrícola, ganadero, urbano, residencial, forestal, comercial, minero o infraestructural de la tierra.

En Baigorri, Gaviria et al. (1985) mostrábamos, sobre el área metropolitana de Madrid, tantos usos no agrarios en el territorio supuestamente rústico como nunca hubiésemos podido imaginar. Nada menos que 177 usos concretos y distintivos, desde centrales térmicas a recicladores de materiales de construcción, pasando por usos tan peregrinos como centros de amaestramiento de perros de seguridad,

empresas pirotécnicas, clubes de tiro, cuarteles, centros de investigación inmunológica, grandes lavanderías asépticas, mercado de ocasión de camiones, guardamuebles, seminarios, residencias de animales, cárceles, casinos de juego, escuelas taurinas, clubes de alterne, frontones, grandes antenas de seguimiento espacial y un largo etcétera, en el que se incluía también, obviamente, el uso agrícola.

Es la confluencia de todas estas funciones diversas, este sinnúmero de usos diferenciados, junto a los propios núcleos urbanos existentes, lo que otorga personalidad al territorio objeto de la ordenación. Si consideramos al suelo rústico como un espacio ignorado⁴, esa multitud de funciones se desarrollará de forma desordenada, provocando disfunciones y contradicciones, no sólo entre el Medio Ambiente y el desarrollo urbano (o edificatorio), sino también entre la industria y la agricultura, o entre ésta y las necesidades dotacionales, de ocio, etc. Ejemplos claros son los fenómenos de las parcelaciones ilegales, los vertederos incontrolados, o fenómenos como los huertos periurbanos, propios de las grandes ciudades y metrópolis (Baigorri y Gaviria, 1985).

Un análisis realizado en la misma época de ocaso de las chimeneas, en el municipio de Alicante, puede servirnos de ejemplo. Su término municipal se habrá complejizado desde entonces, pero en aquellos momentos mostraba en todo su esplendor la competencia por el territorio. En el primer esquema observamos el término municipal con sus núcleos urbanos entonces reconocidos: la ciudad y el Barrio de Villafranquezar.

Ésta sería la situación de espacio ignorado, tal y como tradicionalmente es visto por los urbanistas. Era un espacio ignorado, pero no vacío. En todo caso con un vacío imperfecto, en cierto modo lleno de cosas, actividades, apetencias, en suma, tensiones. La observación más somera mostraba la existencia de poblamiento disperso, pequeñas pedanías -originariamente surgidas como asentamientos campesinos que facilitan el control y el cultivo de un extenso territorio de 20.000 hectáreas, y que con el tiempo se han ido complejizando-, cuya población oscilaba entre los 58 y los casi 1.000 habitantes (exceptuando la urbanización turística de Playa de San Juan, con casi 2.000 habitantes permanentes). Si a ello le añadimos las vías de comunicación, vemos cómo se forma una malla, más densa si incorporásemos la red de caminos rurales no pavimentados, que interconecta los distintos puntos del término municipal, y al conjunto del municipio con el exterior.

Un nuevo esquema nos muestra las líneas eléctricas de alta tensión, las subestaciones y las líneas telefónicas que surcan el término municipal. Estas redes posibilitan aún más el uso multifuncional del territorio.

En el mapa siguiente se representa la compleja red de canales y tuberías que,

⁴ Bien ignorándolo, como ha venido ocurriendo con el planteamiento tecnocrático tradicional, bien superprotegiéndolo hasta imposibilitar cualquier actividad, como ocurre con el planteamiento tecnocrático ambientalista de nuevo cuño.

con agua posible o de riego (procedente de embalses del interior, del trasvase Tajo-Segura e, incluso, de varias estaciones depuradoras de aguas residuales), recorren el término. En la agricultura de Alicante, el único factor limitante es el agua, para obtener altísimos rendimientos, y el coste de acarreo de este recurso, por elevado que sea, es compensado por las producciones de primor. La agricultura ultraintensiva de regadío -dado su poder económico- era todavía en 1981 un poderoso agente competidor en la utilización del territorio.

Como lo eran los usos extractivos. Mármol, yesos, cemento, arcillas..., la ciudad se construye en tanto le es posible con materiales de su entorno. Se incluía la producción de sal marina, para cuya decantación se precisan de grandes superficies de terreno, aunque la caída del precio de la sal ya venía provocando entonces una decadencia generalizada de las salinas marinas en todo el territorio nacional, ante la imposibilidad de que este uso compitiera con las elevadas rentabilidades ofrecidas por la función residencial sobre la primera línea de playa⁵. Se incluyen los usos extractivos forestales.

La densa malla de redes de comunicación y abastecimiento que cubre un territorio aparentemente vacío -y, en consecuencia, incontrolado- facilita la ubicación fuera del casco urbano de actividades molestas, insalubres o peligrosas, o que requieren grandes superficies de suelo, con un elevado coste en suelo urbano. El esquema recoge las más importantes de las detectadas.

Se ha señalado, sin fin, cómo el territorio cumple, asimismo, una función de ocio, descanso y bienestar para los habitantes de los cascos urbanos, alcanzando por igual a todas las capas sociales. El proceso temporal por el que las distintas clases han accedido a la satisfacción de esta necesidad nos marca un proceso de segregación espacial que, al igual que se observa en los núcleos urbanos, podemos detectarlo en las áreas de suelo rústico utilizadas para el ocio. El esquema siguiente muestra las etapas que este proceso había marcado en el territorio de Alicante hasta el momento de nuestra investigación.

En una primera época, las clases altas utilizaron las limpias playas de San Juan y la periferia urbana del Norte, en las huertas más antiguas y feraces huertas, en un área que, por su cercanía al casco, pronto termina siendo absorbida. A su entorno acudieron luego las clases medias, ocupando áreas más extensas de la huerta. Y, ya a partir de los años 70, la clase trabajadora debe conformarse con los terrenos más alejados del casco urbano, por su menor coste (por su lejanía, ilegalidad y baja calidad ambiental y paisajística, a menudo con vistas a instalaciones mineroindustriales). La generalización de este fenómeno supone la aparición como hongos de parcelaciones ilegales. En el mismo esquema en que se observa el proceso se localizan las principales

⁵ Curiosamente, la decadencia de las salinas marinas, tan codiciadas por los promotores inmobiliarios de costa, provocó la recuperación de minas de sal interiores que habían sido abandonadas años atrás.

parcelaciones de la época, utilizando una mancha negra por cuanto semejan células cancerosas en el territorio.

Obviamente, hablar de algo tan simple conceptualmente como el Suelo No Urbanizable, ese espacio vacío en el que, aparentemente, no hay nada, e incluso nos parece que no hay efectivamente nada cuando lo observamos superficialmente, es, a todas luces, insuficiente cuando nos detenemos a analizar esa multiplicidad de funciones que atiende ese territorio, y obviamente la ordenación será inadecuada si no atendemos, asimismo, a la multiplicidad de agentes que compiten por el uso de ese suelo.

De ahí que, para el caso que nos ocupa, en mi interpretación general del territorio⁶ no hablase de un Suelo No Urbanizable, sino más bien de tres tipos de espacios, urbanizados con intensidad variable: el casco urbano, los territorios suburbanizados, y los territorios semidesertizados, que, aunque atendían funciones muy complejas y aparecían relativamente habitados, no constituían un casco urbano definido.

Así, dudo mucho de que, ni siquiera para los extensos espacios de América, sea una imagen apropiada de la nueva realidad urbano-territorial la que se plantea en una de las conferencias de este congreso, atendiendo al menos a su título («El territorio americano: entre la concentración urbana y el desierto rural»). Hoy podemos decir a ciencia cierta que el desierto no existe. El aviador que describe Saint Exupéry no hubiese sido visitado por ningún principito; ningún viajero de otro planeta se atrevería a descender ante la intensidad de tráfico actual... Aventureros, probadores de coches, arqueólogos, geólogos a la búsqueda de petróleo o de minerales, biólogos buscando la planta salvadora contra la sequía, adoradores del sol, o de la luna, o de la arena, o del yo perdido en la inmensidad... Y si esto es así para los llamados desiertos, ¿cómo podemos seguir creyendo que el territorio de la civilización se resuelve en una dicotomía simple entre lo rural y lo urbano, atribuyendo además a lo rural alguna especie de vacío?

El jardín de la urbe global. Planificación urbanística, usos del territorio y desarrollo económico-social en la sociedad de la información

La imagen de urbe global que proponemos, entendida como «un continuum inacabable en el que se suceden espacios con formas y funciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, pero que en su totalidad participan de una u otra forma de la civilización y la cultura urbanas», hasta el punto de que, al

⁶ El estudio que utilizamos se enmarcaba dentro de los trabajos preparatorios de la Revisión del P.G.O.U.

abarlo todo y descansar sobre las telecomunicaciones, la ciudad «deja de existir como espacio físico (...), se hace virtual» (Baigorri, 1995), se inspira en la «ecumenópolis» de Doxiadis (1979), que avanzaba los nuevos esquemas dominantes de organización social en red -concepto que incluye la idea holista de interrelación entre todos los factores-, antes que en el neoestructuralismo jerárquico, propio del pasado, que se deriva tanto de los modelos de Sassen (1994) como de los de Castells y Hall (1995) o, desde una perspectiva nacional, del que ha sintetizado Fernández Durán (1993). Para Doxiadis, la «ecumenópolis» se constituye como resultado de la interacción de cinco elementos: las capacidades de la Naturaleza, las necesidades del Hombre, las estructuras sociales, la capacidad técnica para la edificación en general (lo que él llama las conchas), y las redes, en el sentido más amplio del término. Es decir, básicamente el modelo POET (Población, Organización -cultura no material-, Medio Ambiente y Tecnología -cultura material-) propuesto por los sociólogos de la Escuela de Chicago como paradigma de la Ecología Humana (Park, 1936).

Algunos autores interpretan imaginativamente la urbe global en términos de una virtualidad límite, en la que «sus lugares serán construidos virtualmente por software, en lugar de físicamente con piedras, y estarán conectados por conexiones lógicas más que por puertas, pasajes y calles» (Mitchell, 1995). Frente a dicha interpretación, la tradición de la Ecología Humana nos ata a la materia, pero más desde la temprana perspectiva ecohumanista de un Jouvenel que reclama la necesidad de convertirnos en jardineros de la Tierra (Jouvenel, 1969), o un Whyte que proclama la urgencia de tratar el territorio a un nivel micro, construyendo en términos de humano el paisaje final (Whyte, 1968), que desde el tecnoambientalismo que ha alimentado el modelo de una economía de la nave espacial Tierra (Boulding, 1966), llevado al éxtasis con la hipótesis de Gaia (Lovelock, 1979).

En la urbe global que corresponde a la Sociedad de la Información, el territorio menos que nunca va a poder ser considerado como Naturaleza, sino como un auténtico entorno ambiental (environment) que sostiene diversidad de usos, respondiendo a demandas no menos diversas. Aquí los intersticios en la red urbana global son cada vez más reducidos, y afectan simultáneamente a escalas de muy distinto nivel⁷. Y el planeamiento urbanístico tiene un papel importantísimo que cumplir buscando la convivencia de diversos y legítimos intereses que compiten por su utilización.

En suma, se trata de considerar el conjunto del territorio como objeto de nuestra acción planificadora, y no únicamente los cascos urbanos y sus alrededores. Y se trata de estudiar ese territorio, no como Naturaleza, sino como un espacio que forma

⁷ No debemos olvidar, sin ir más lejos, que la base ecológica de nuestras ciudades no está en su entorno inmediato, sino en lugares dispersos y extremadamente alejados del planeta. Algunos trabajos han evaluado en 4,3 Has. la base ecológica actual de un *urbanita* avanzado, que evidentemente no pueden disponerse en su entorno inmediato (Wackernagel, Rees, 1995). El modelo de *urbe global* se nos aparece así como un instrumento analítico fundamental, ya que en estos términos el entorno de los intersticios de la urbe es el conjunto del planeta.

parte intrínseca de lo urbano, tremendamente complejo en usos y funciones, estrechamente interrelacionadas entre sí y sobre el que agentes muy diversos y contrapuestos compiten por su dominio. El territorio de la urbe global ni es el campo, ni mucho menos la Naturaleza; su capacidad funcional como recurso es muy superior, según ha quedado expuesto, y olvidarlo es condenarnos a seguir planificando en los mismos términos que en la era de las chimeneas⁸.

Quiero recordar que la idea de ciudad global fue anticipada en un sentido bien distinto por Yona Friedman, como utopía realizable en términos de proyecto que satisface la satisfacción de un grupo de seres humanos mediante el consentimiento de dicho grupo, es decir, bajo radicales principios democráticos (Friedman, 1977). Ciertamente, la Historia no ha terminado, y a las nuevas formas de la ciudad debe corresponder una nueva utopía realizable, una nueva construcción social en la que la Humanidad ejerza, ciertamente, como jardinera de la Tierra. El territorio, entonces, no es sino el jardín de la urbe global, con toda la implicación intraurbana que tiene el concepto de jardín. El hombre esperaba que, más allá de la terra ignota, hallaría el Jardín del Edén. Hoy se ve obligado a ser, él mismo, el jardinero de toda la Tierra si quiere sobrevivir como especie. Afortunadamente, cuenta con los principios morales, las capacidades y los medios técnicos necesarios para conseguirlo.

⁸ A menudo, la convivencia de usos y funciones de la sociedad agraria, la sociedad industrial y la sociedad de la información tienden a confundirse. Sobre todo porque nos manejamos con conceptos -pro o anti- anclados en la sociedad industrial. Pensemos como ejemplo de uno de esos nuevos usos a tener en cuenta, en los centros de teletrabajo que van a ir surgiendo, alejados de las grandes ciudades, con su propia área residencial y de ocio, tal y como los poblados industriales y mineros florecieron en el siglo XIX. El factor de localización no es la materia prima, ni el transporte, ni la insalubridad o molestias que la actividad pueda suponer sobre la ciudad existente. En el marco de la red global de transportes y telecomunicaciones, la localización de estos nuevos poblados informacionales está determinado fundamentalmente por dos factores: el coste del suelo -demasiado alto para *talleres informacionales* que generan escaso valor añadido por unidad de producto, en el centro de las ciudades- y un entorno de calidad que sea capaz de atraer a los teletrabajadores.

Bibliografía

- ACOT, P., *Historia de la Ecología*. Madrid, Edit. Taurus, 1990.
- BAIGORRI, A., «Retrato de un colonizado. Sobre la urbanización del mundo campesino», *BICICLETA*, nº 29/30, 1980, pp. 52-56.
- , «La competencia por el uso del suelo y el planeamiento en el Medio rural», en VV.AA., *Ordenación Territorial Rural*. Palma de Mallorca, Colegio de Arquitectos Balear, 1982.
- , «La urbanización del mundo campesino. Usos y abusos en la modernización del Medio rural», en *DOCUMENTACIÓN SOCIAL*, nº 51, 1983, pp. 143-158.
- , «La tierra, un recurso escaso. Análisis sobre la forma, estructura y funciones del suelo agrícola en La Rioja», en BAIGORRI, A. y GAVIRIA, M. (dirs.), *El campo riojano*, Tomo I. Zaragoza, Cámara Agraria de la Rioja, 1984, pp. 101-178.
- , «Perspectivas globales. Tendencias y desafíos planetarios entre los rurales», *EXTREMADURA*, nº 2, 1992, pp. 49-57.
- , «La ciudad como organización física de la coexistencia», en HERNÁNDEZ, A. y LÓPEZ DE LUCIO, R. (dirs.), *Curso sobre Rehabilitación Urbano-Ecológica de la ciudad europea*. Madrid, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, 1995. (Edición fotocopiada).
- BAIGORRI, A., GAVIRIA, M. et al., *El espacio ignorado. La agricultura periurbana en el Área Metropolitana de Madrid*. Madrid, Comunidad de Madrid, 1985.
- BECKER, H.S., *Outsiders*. Nueva York, Free Press, 1973.
- BOULDING, K.E., «The Economics of the Coming Spaceship Earth», en JARRET, H. (ed.), *Environmental Quality in a Growing Economy*. Washington, John Hopkins Press, 1966.
- CASTELLS, M. y HALL, P., *Tecnópolis del mundo*. Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- DELÉAGE, J.P., *Histoire de l'Écologie. Une science de l'homme et de la Nature*. París, Edit. La Decouverte, 1991.
- DOXIADIS, C., *Ecumenopolis: The inevitable City of the Future*. Nueva York, Edit. Norton, 1979.
- FERNÁNDEZ-DURÁN, R., *La explosión del desorden*. Madrid, Edit. Fundamentos, 1993.
- FRIEDMAN, Y., *Utopías realizables*. Barcelona, Edit. Gustavo Gili, 1977.
- FRIEDMAN, Jh., *Territorio y función*. Madrid, IEAL, 1981.
- GOTTMAN, J., «La urbanización y la campaña norteamericana: el concepto de la megalópolis», en COHEN, S. (ed.), *Geografía y Medio Ambiente de América*. México, Editores Asociados, 1973.
- HALE, J.R., *Renaissance Europe 1480-1520*. Londres, Edit. Fontana, 1971.

- INGLEHART, R., *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton, Princeton University Press, 1990.
- JOUVENEL, B., *Arcadia. Ensayos para vivir mejor*. Caracas, Edit. Monteávila, 1969.
- KANT, E., *Filosofía de la Historia*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- LÓPEZ DE LUCIO, R., *Ciudad y urbanismo a finales del siglo XX*. Valencia, Universitat de València, 1993.
- LÓPEZ DE SEBASTIÁN, J., *Destrucción de los recursos naturales y ordenación territorial*. Madrid, Edit. Mundi-Prensa, 1977.
- LOVELOCK, J.E., *Gaia, una nueva visión de la vida en la Tierra*. Barcelona, Edit. H. Blume, 1979.
- MACFARLANE, A., *The culture of capitalism*. Oxford, Edit. Basil Blackwell, 1987.
- MC LUHAN, M., *Guerra y paz en la aldea global*. Barcelona, Edit. Planeta-Agostini, 1985.
- MITCHELL, W.J., *City of bits*. http://www-mitpress.mit.edu:80/City_of_Bits. 1995.
- PARK, Robert E., «Human Ecology», *THE AMERICAN JOURNAL OF SOCIOLOGY*. Recogido en THEOROSON, G.A., *Estudios de ecología humana*, tomo I. Barcelona, Edit. Labor, 1974, pp. 43-55.
- SACCO, G., «Ciudad y sociedad hacia la nueva Edad Media», en ECO, COLOMBO, ALBERONI y SACCO, *La nueva Edad Media*. Madrid, Alianza Editorial, 1974.
- SASSEN, S., *Cities in a World Economy*. Thousank Oaks, Edit. Pin Forge Press, 1994.
- SHERRINGTON, Ch., *Hombre versus Naturaleza*. Barcelona, Edit. Orbis, 1985.
- TOFFLER, A., *El shock del futuro*. Barcelona, Edit. Plaza y Janés, 1970.
- , *La Tercera Ola*. Barcelona, Edit. Plaza y Janés, 1980.
- WACKERNAGEL, M. y REES, W., *Our Ecological Footprint: Reducing Human Impact on the Earth*. Filadelfia, Edit. New Society Publishers, 1995. (Resumen en <http://222.mbnet.mb.ca/linkages/consume/brfoot.html>).
- WEBER, M., *Ensayos de Sociología Contemporánea*, Tomos I y II. Barcelona, Edit. Planeta-Agostini, 1985.
- WHYTE, W., *The last landscape*. Nueva York, Edit. Doubleday, 1968.
- WOLAM, A., «El metabolismo de las ciudades», en SCIENTIFIC AMERICAN, *La ciudad* (3ª edición). Madrid, Alianza Editorial, 1979.
- YEARLEY, S., *Sociology, Environmentalism, Globalization*. Londres, Edit. Sage, 1996.

PERIFERIAS HISTÓRICAS

Andrea Felicioni*

Edificio y calle

La idea de periferia histórica, o bien nos hace sonreír, o bien nos deja perplejos. ¿Por qué? ¿En qué sentido los centros de las ciudades son históricos y sus periferias no? Respuestas puede haber muchas y todas válidas: la periferia no es histórica porque es la parte nueva de la ciudad, porque allí no hay edificios antiguos, porque su morfología es totalmente diferente de la del Centro Histórico. Pero estas respuestas sólo son correctas si no salimos del ámbito cultural que ha creado los conceptos de periferia y de Centro Histórico. O sea, aquella cultura que pone al edificio y a la calle en la base de todo intento de comprender cualquier fenómeno territorial y urbano, quizás la misma cultura que llevó a Cerdà a formular el concepto de «urbanización» y a poner en su fundamento, como únicos elementos irreducibles, estas dos construcciones. Saliendo de este ámbito cultural, les diré sin miedo a equivocarme que la periferia, o aquella parte de territorio a la que así llamamos, es tan histórica como el centro de la ciudad a la que pertenece. Si supiéramos fijarnos también en los otros elementos que determinan la construcción del paisaje, quizás hoy no hablaríamos ni de periferias, ni tan siquiera de Centros Históricos.

Edificio y calle son, sin duda alguna, los elementos que más condicionan la percepción del ambiente construido, tanto hoy como hace siglo y medio. Pero, ¿realmente son los únicos elementos irreducibles? Personalmente, tengo mis dudas. Es cierto que el paisaje nos transmite las cualidades de su construcción, sobre todo a través de los edificios, de las calles y de sus infinitas formas de combinarse, pero la comprensión de esta construcción tiene que incluir también el análisis de otros elementos, otras construcciones.

Antes de ver cuáles son estas construcciones, introduciremos otro tema que

* Arquitecto. Suiza.

nos permitirá seguir adelante. Para ello, necesitamos dos imágenes: la de «red» y la de «mosaico». Red y mosaico son dos entidades al mismo tiempo muy diferentes y muy afines: una es el negativo de la otra. En una red, lo que cuenta son los hilos; las superficies vacías que estos delimitan quedan intangibles. En un mosaico, pasa exactamente lo contrario: lo importante son las piezas, las teselas; las líneas que las separan quedan en un segundo plano. En el territorio, mosaico y red se funden: las teselas del primero y los hilos de la segunda se unen en una sola entidad que llena cada espacio. Naturalmente, con el fin de analizar y comprender la construcción del territorio, es posible separarlos gráficamente. Los resultados serán utilizables de maneras muy diferentes: la red nos ofrecerá el esqueleto, la estructura, nos dará la posibilidad de comprender la forma sin enseñárnosla, ya que de esto se ocupará el mosaico.

Si nos preocupa la forma, si nos interesa llevar a cabo estudios como los de Kevin Lynch sobre la percepción o -utilizando un término suyo- la «figurabilidad» del espacio construido, nos hará falta, sobre todo, el mosaico. La red le será útil a los que quieran saber el porqué de las formas, los que buscan el esqueleto y, para ello, tienen que eliminar todo el resto.

Recuperemos y analicemos ahora nuestros supuestos «elementos irreducibles»: nuestra calle y nuestro edificio. La calle es un elemento lineal. Su forma puede ser reducida gráficamente a dos líneas que corren más o menos paralelas sobre una superficie. Esto produce dos efectos: primero, las dos líneas, conjuntamente, parten en dos la superficie que atraviesan; segundo, entre ellas se define una tercera superficie, la de circulación. De esta manera, las plazas y los cruces pueden ser vistos como los lugares donde las líneas de una calle se entrelazan con las de otras; otras calles que, a su vez, antes y después del cruce, habrán partido y partirán en dos la superficie que atraviesen. Todo esto, visto desde arriba, producirá la imagen de una red en la que las calles serán sus cuerdas (de doble hilo) y los cruces y plazas sus nudos. El edificio, en cambio, tiene forma más o menos compacta, se inserta en el paisaje de manera puntual. Puede juntarse a otros edificios y crear un conjunto, pero su disposición y su forma dependerán, en gran medida, de los accesos y de la parcela en la que éste se encuentre. Así pues, si tuviéramos que clasificar por red y por mosaico, seguramente pondríamos a la calle como hilo de la primera y al edificio como tesela del segundo.

Hemos establecido así una importante distinción entre edificio y calle, no tanto a nivel morfológico (aquí las diferencias son evidentes), sino en términos de utilización analítica: el edificio como elemento de análisis es fundamental para aquellos que estudian la «figurabilidad» del territorio y de su construcción. Para aquellos que no investigan la expresión de la forma, sino su origen -su estructura- el edificio no es en absoluto imprescindible. Quien estudie las formas de un árbol, los efectos producidos por dichas formas en un entorno dado, se fijará sobre todo en el tronco y en el conjunto de hojas; quien, en cambio, estudie el origen de las mismas formas, tendrá que quitar las hojas para poder mirar las ramas. En un collar, lo fundamental para la «figurabilidad» son, sin duda, las perlas, pero quien quiera

comprender la estructura del mismo objeto tendrá que observar los hilos que las aguantan.

Volvamos ahora a nuestra pregunta inicial: ¿Realmente edificio y calle son los únicos elementos irreducibles?

Heidegger nos dice que el hombre construye para habitar. Así que construir significa modificar la naturaleza para habitar. Es evidente que esto no se obtiene sólo a través de la construcción de edificios y de calles. Modificar la naturaleza para habitar significa también deforestar, remover la tierra y cultivarla, encauzar las aguas rebeldes de los ríos, reforzar declives, drenar terrenos pantanosos, abrir canales, excavar fosos y túneles, crear canteras, levantar murallas, diques y presas, dividir la tierra y delimitar propiedades, crear parques y jardines, desviar el agua con acueductos, poner la infraestructura para el transporte de gas, de electricidad o de información; todo esto, y mucho más, es construir. Todas estas son construcciones, igual que los edificios y las calles. Y si hemos establecido que la calle comparable al hilo de una red y el edificio a la tesela de un mosaico, lo mismo podremos hacer con cualquier otra construcción. Un muro o un acueducto, por ejemplo, serán hilos; un campo cultivado o un jardín serán teselas. Así que concentrarse exclusivamente en edificios y calles equivale a dejar de lado una cantidad de información importantísima para una correcta comprensión de la construcción del paisaje.

Concluyo esta primera parte comentando que, si fuéramos capaces de plantearnos las preguntas: ¿qué quiero estudiar? y ¿qué necesito para ello?, al estudiar la red de la periferia -la estructura- podríamos olvidarnos momentáneamente de los edificios, bajar la vista al suelo y descubrir una cantidad de historia en nada inferior a la de los Centros Históricos.

Conservación: ¿sólo un acto de conmemoración?

Una de las mayores preocupaciones del Consejo Académico Iberoamericano es «la conservación de los Centros Históricos y de su patrimonio Edificado». En el congreso de este año, esta preocupación es abordada desde «la vertiente territorial». Podríamos formular la cuestión de esta manera: el territorio y su comprensión como base para la conservación del patrimonio Edificado.

Lewis Mumford, hablando de la ciudad, la definía un «point of concentration» de un fenómeno que implica todo el territorio. Creo que sería interesante decir algo parecido acerca de la arquitectura y del edificio: la arquitectura es un fenómeno que implica todo el territorio y que tiene su «point of concentration» en el edificio. De esta manera, se establece un nexo muy fuerte entre entorno y edificio; éste sería la hoja que necesita de la rama, la perla que necesita del hilo.

Una verdadera protección del patrimonio sólo es posible a partir de la comprensión de la estructura que lo sostiene. Hoy en día «cortamos ramas» con una

facilidad sorprendente y luego hacemos saltos mortales para que las hojas sigan en su sitio.

Un edificio histórico, por el solo hecho de ser «histórico», es ya un objeto descontextualizado. Si a esta descontextualización temporal (que es esencialmente socio-cultural) le añadimos aquella de su entorno físico, las posibilidades de que el edificio pueda sobrevivir son más exiguas todavía.

Toda conservación de un objeto de arquitectura es, hoy en día, esencialmente un acto de conmemoración. Se conserva físicamente el objeto para recordar, para formar una «memoria colectiva». Este tipo de conservación a la larga corre el peligro de volverse insostenible. Pero hay, creo, otra manera de conservar, más dinámica y menos asistencial. Esta conservación no empezaría, como aquella que todos conocemos, por el edificio. No empezaría por las hojas, sino por las ramas, por la estructura del territorio. No empezaría por el mosaico, sino por la red.

Cómo conservar la red que estructura el territorio es entonces la siguiente pregunta.

Cada proyecto, cada intervención en el paisaje construido, no nace exclusivamente de la pura interacción entre lugar y proyectista. Éste, antes de empezar, ya tiene una «imagen» preconcebida de ese y de cualquier otro lugar, una imagen moldeada por su entorno cultural. La imagen más fuerte de todo este siglo es la que hace del territorio el lugar de la confusión. Una confusión que nace del conflicto entre la necesidad de conservar el pasado acumulado en el suelo y aquella de intervenir en el mismo suelo para transformarlo y adaptarlo a las necesidades actuales. «El territorio desordenado» es un concepto del que hemos tirado muchísimo y del que, añadiría yo, hemos abusado. Si intentáramos buscar paralelos con la lengua, el territorio sería un texto desarticulado, insensato, lleno de contradicciones y de faltas. Propongo substituir esta imagen del territorio como texto caótico por la del territorio como hipertexto.

Un hipertexto es un documento electrónico compuesto por muchos textos. La diferencia entre éste y una antología normal y corriente, es que en la segunda los textos sólo se pueden ordenar secuencialmente, mientras que en el hipertexto, en cambio, no existe un orden lineal. Las relaciones entre los textos de este documento electrónico se establecen a través de palabras clave que conectan unos con otros hasta crear una estructura que puede ser mucho más elaborada y compleja que la sencilla ordenación secuencial: una antología es un conjunto de textos, un hipertexto es un sistema.

En el territorio pasa algo parecido. El desorden territorial con el que nos enfrentamos actualmente sólo es aparente; se trata, más bien, de una serie de órdenes superpuestos y entrelazados que pueden (pero no siempre es así) dar lugar a situaciones conflictivas -y aparentemente caóticas- allí donde se encuentran y se ven obligados a adaptarse el uno al otro. Y las maneras de pensar y de ordenar el territorio, no sólo se superponen con el paso del tiempo y de las épocas, no sólo se acumulan secuencialmente -como los textos de una antología-, sino que también se entrelazan y se funden, dando lugar a un sistema, como en un hipertexto. Buscar una multitud

de órdenes en vez de empeñarse en ordenar un supuesto caos, ya es una actitud que deja mucho más espacio a la conservación. Reconocer los textos que ya están escritos en el papel del suelo da la posibilidad de seguir desarrollando los mismos argumentos, de conservarlos o de interpretarlos y adaptarlos a las nuevas exigencias. Da la posibilidad de trabajar, como si de un hipertexto se tratara, sobre las conexiones entre los varios textos.

PATRIMONIO INDUSTRIAL Y ESTRATEGIAS DE DESARROLLO

Paz Benito del Pozo*

Resumen

Esta ponencia se plantea como una reflexión general acerca del valor del patrimonio industrial en aquellas regiones de tradición industrial en declive que buscan superar la crisis económica, demográfica y social, derivada de los procesos de desindustrialización y destrucción masiva de empleos, mediante actuaciones que ponen en valor recursos patrimoniales hasta entonces ignorados en las estrategias de desarrollo regional y local. Algunos ejemplos de regiones europeas y, en particular, el caso de Asturias (España) sirven como referencias empíricas.

Introducción

El patrimonio industrial, en su doble vertiente técnica y arquitectónica, se acepta hoy como un elemento importante del patrimonio cultural al que se le reconoce un valor material y social, no siempre exento de cierto interés artístico, cuya conservación, protección y estudio se hacen imprescindibles para la comprensión de la sociedad industrial contemporánea. En estas coordenadas, las actuaciones en la recuperación del patrimonio industrial se convierten en un fin en sí mismo.

Pero no sólo el patrimonio industrial histórico tiene interés y merece nuestra atención. Desde la perspectiva del patrimonio como recurso y su vinculación con el territorio, también los terrenos industriales abandonados, las naves y los edificios que

* Geógrafa. Universidad de León (España).

hasta fecha reciente sirvieron como fábricas y que representan un bien susceptible de ser aprovechado como soporte físico de iniciativas que lo revaloricen y pongan en uso, tienen igual grado de importancia. A las actuaciones antes citadas sobre este conjunto de bienes cabe añadir, pues, su regeneración y rehabilitación con fines productivos, lo que significa que el patrimonio industrial, histórico o no, se convierte en un medio para estimular la actividad económica y crear empleo.

¿Qué papel juega aquí el territorio? La mayoría de las estrategias de desarrollo regional y local que rescatan el patrimonio industrial de la ruina y el olvido o que reutilizan terrenos industriales plantean actuaciones globales de recuperación medioambiental del entorno y de regeneración urbana, operaciones que de forma necesaria deben acompañar las tareas de rehabilitación de edificios y la puesta en uso del suelo industrial abandonado. El objetivo último es dinamizar social y económicamente una zona deprimida, recuperar actividad y empleo allí donde el cierre de minas y fábricas amenaza con la desertización humana y la degradación física del espacio.

¿Dónde es importante el patrimonio industrial como recurso? El patrimonio industrial está amplia y profusamente insertado en las regiones y zonas de tradición industrial, es decir, en los países de Europa occidental pioneros en el proceso de industrialización que a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX se difundirá por el resto del continente. Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Alemania toman pronto conciencia de lo que había supuesto y de lo que representaba en la mentalidad colectiva el proceso de industrialización como revolución específica y este hecho se tradujo en la creación, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, de museos que rescatan y exhiben los restos materiales de la industrialización.

Habría que esperar, sin embargo, a 1973 para que los efectos devastadores de la crisis económica sobre las regiones de tradición industrial -especializadas en la producción de carbón y acero, los sectores más afectados por la reconversión y la liquidación de empresas-, ahonden la conciencia en la necesidad de actuar sobre el patrimonio industrial y se avance en la idea de museos, ecomuseos e iniciativas globales que revaloricen los restos de la industrialización con el concurso de los poderes públicos y la iniciativa privada.

De este modo, en las regiones de antigua industrialización, como País de Gales, Valonia, Nort-Pas de Calais y Ruhr, se desencadenó un proceso de recuperación y rehabilitación de viejas fábricas y terrenos abandonados orientado a servir de base para el relanzamiento de nuevas actividades productivas dentro de una estrategia global de reindustrialización que dio frutos muy desiguales en una y otras regiones pero que tuvo en todas la virtualidad de mover conciencias y despertar el interés por un patrimonio que se creía inservible en los nuevos tiempos. También en España la reindustrialización de las áreas minero-siderúrgicas y/o textiles en declive (País Vasco, Asturias y Cataluña) pone el acento en la recuperación y uso del patrimonio disponible.

En lo que sigue trataremos de dar respuesta a la pregunta de cómo las distintas

regiones han utilizado su patrimonio industrial como recurso de progreso y avance en la mejora de las condiciones objetivas de sus respectivos territorios; o lo que es lo mismo, qué tipo de iniciativas y propuestas se han desarrollado en aras de aprovechar con ventaja el patrimonio industrial y dinamizar el territorio.

Del museo al ecomuseo como elementos de atracción turística

A finales de los años 60 los países más industrializados de la escena europea, en particular Gran Bretaña, Bélgica y Francia, tenían, como ya se ha señalado, sobrada conciencia de que los restos materiales de la industrialización son un bien cultural que tiene que ser rescatado y puesto en valor desde el prisma de proyectos museísticos que fueran más allá de la mera recopilación y exposición de restos. La situación social y económica creada por la crisis de los setenta acrecentó esta idea e hizo surgir nuevos museos concebidos como parte de una política de desarrollo regional y local que buscaba en el turismo cultural una alternativa a las actividades industriales declinantes, tanto en términos de ingresos como de empleo.

En la localidad alemana de Bochum se pusieron en marcha el Museo de los Ferrocarriles y el Museo Alemán de la Mina, concebidos ambos como museos de las técnicas, donde se conservan objetos transportables separados del ambiente para el que fueron realizados (Santacreu, 1992). Por su parte, Gran Bretaña aporta un ejemplo de museo más complejo y ambicioso, el parque-museo del Valle de Ironbridge, proyectado como un museo abierto, al aire libre, que preserva el emplazamiento industrial y las técnicas industriales desaparecidas.

Este tipo de museo clásico evolucionó en poco tiempo hacia propuestas más integradoras y con mayores elementos de territorialidad que tienen su reflejo en la idea de Ecomuseo que plantean los franceses en la década de los setenta. Esta nueva iniciativa «...quería dar a la política de conservación de los vestigios industriales una dimensión social y económica dinámica frente al poco dinamismo que entrañan los conceptos de conservación y patrimonio... El Ecomuseo debe de constituirlo una zona geográfica entera que sea por sí misma un documento importante sobre el período industrial y, en su seno, un museo del hombre y de la industria» (Santacreu, 1992). El ejemplo de mayor resonancia internacional es el Ecomuseo de Le Creusot-Montceau-les-Mines, localizado en una antigua zona minera y metalúrgica de la Borgoña, que ofrece paisajes industriales, viviendas obreras, una mina de carbón a cielo abierto y el Museo del Hombre y de la Industria, entre otros elementos.

Un aspecto a destacar de este Ecomuseo es que desde él se trató de sensibilizar e implicar a la población del valle, que tomó parte en los trabajos de rehabilitación y formó la Asociación Comunitaria de Desarrollo del Turismo Industrial, encargada de formar guías entre los jubilados de la mina y la metalurgia.

En Bélgica se recogen todas las experiencias citadas y se crea a modo de

síntesis Le Grand Hornu, unos talleres y una ciudad en la zona hullera de Borinage que con el apoyo del gobierno de la provincia de Hainaut intenta promover iniciativas en el campo de la educación, de los museos y de la producción (Santacreu, 1992).

Por último, en España hay notables ejemplos de museos localizados en áreas de crisis industrial cuya puesta en marcha obedece tanto al afán de conservar como de dinamizar las economías locales respectivas. Destacan el Museo de la Ciencia y de la Técnica de Tarrasa (Cataluña), el Museo de la Técnica del País Vasco y los museos asturianos del ferrocarril y de la minería.

Estos dos últimos ilustran bien la idea de museo como elemento dinamizador en zonas de declive industrial y como parte de una estrategia regional para reactivar las maltrechas economías de las áreas minero-siderúrgicas tradicionales. En efecto, la cooperación entre los gobiernos autonómico y locales, así como el apoyo financiero de la Unión Europea (Benito del Pozo, 1996), han permitido pergeñar para el Área Central de Asturias una política de conservación y puesta en valor de sus bienes industriales que ha dado como fruto dos proyectos museísticos complementarios en sus fines y contenidos.

El Museo del Ferrocarril de Gijón, ubicado en el edificio de la antigua estación de trenes de Gijón, construida en 1873, forma parte de una acción territorial integrada que reutiliza un equipamiento fuera de servicio, como parte de una intervención más amplia de remodelación del sector Oeste del casco urbano, que refuerza la oferta cultural de la ciudad y que contribuye a dotar de un nuevo equipamiento de interés turístico a esa misma ciudad. A esto hay que sumar la vocación que dicho museo tiene de enlazar con el Museo de la Minería, en El Entrego, y constituir juntos un eje relativo al Patrimonio industrial que represente una oferta turística diferenciada con influencia y tirón económico sobre una amplia zona geográfica (Fernández López, 1996).

La recuperación de ruinas industriales para actividades alternativas

Ruinas industriales para turismo verde

En las regiones que acuden al museo como fórmula más obvia de recuperar el Patrimonio y crear focos de interés turístico también pueden concurrir proyectos que vinculan el patrimonio industrial de localización extraurbana o rural con un paisaje y unos elementos naturales de excepcional atractivo.

El proyecto turístico Senda Verde y la Casa del Oso son dos iniciativas complementarias que convergen en el Valle asturiano del Trubia, antaño minero y metalúrgico, que abarca los municipios de Proaza, Santo Adriano, Quirós y Teverga, los cuales ofrecen un paisaje natural de gran belleza, apenas alterado por la industrialización pasada, y el añadido valor faunístico de ser una de las escasas zonas oseras del Principado.

El proyecto Senda Verde surge de la idea de aprovechar la plataforma del antiguo ferrocarril carbonero de Trubia-Quirós-Teverga, abandonado desde hace años, y trasformarla en un elemento de atracción turística mediante su recuperación y rehabilitación como senda cicloturista.

La Senda se concibe como un nuevo espacio con las siguientes aplicaciones:

- Itinerario cicloturista.
- Itinerario didáctico para escolares.
- Itinerario de interpretación ambiental.
- Itinerario turístico-ambiental.

El equipamiento lo integran la propia plataforma recuperada y todos los demás elementos que contribuyen al logro eficaz de su nueva función: señalización, contenedores de basura, fuentes, áreas de aparcamiento, oficina de información y guías, acompañamiento de grupos, alquiler de bicicletas, áreas recreativas y servicios de hostelería adecuados.

Los objetivos que se persiguen se sintetizan en:

- a) Creación de una senda cicloturista que integre una oferta completa de turismo y ocio en el centro de Asturias y añada valor a los recursos industriales, naturales, didácticos, etc., que posee la zona.
- b) Dinamización socioeconómica del valle, inmerso en un avanzado proceso de despoblación y envejecimiento demográfico por falta de perspectivas laborales.

Desde el punto de vista de sus promotores, Gobierno regional y ayuntamientos, el proyecto Senda Verde se configura como un elemento de carácter innovador dentro de la comarca. Es una apuesta por el desarrollo endógeno basada en el aprovechamiento de los recursos ociosos y patrimoniales del lugar, que encaja dentro de las políticas de desarrollo integrado auspiciadas desde el Principado de Asturias.

Por su parte, la Casa del Oso, también en funcionamiento, quiere aprovechar otro gran valor de la zona, el osero, y vincularlo a la Senda que rescata el viejo camino de hierro, a fin de reforzar la oferta de un producto turístico que aúna patrimonio industrial y patrimonio natural.

Ruinas industriales al servicio de la innovación industrial y empresarial

Un aspecto de sumo interés con respecto al patrimonio industrial y su reutilización con fines también industriales pero de nuevo cuño, viene representado por la rehabilitación de edificios que en su tiempo fueron fábricas que quedaron

abandonadas tras la crisis de sus respectivas actividades pero que, por sus características arquitectónicas y su estratégica situación dentro del casco urbano, han merecido la atención de ciertos organismos públicos o de la iniciativa privada, que con una inversión no excesiva han llevado a cabo la puesta a punto del edificio.

La recuperación de ruinas industriales bajo esta modalidad se enmarca, con frecuencia, en políticas de promoción económica de una ciudad industrial que sigue apostando por las actividades secundarias y que intenta atraer inversiones industriales en ramas innovadoras (y servicios a la industria) así como a pequeñas y medianas empresas que se acomoden con facilidad al tejido industrial preexistente. Pensando en ofertar infraestructuras de asiento a estas empresas, para las que el polígono industrial tradicional no resulta atractivo ni adecuado, algunas ciudades han rescatado fábricas abandonadas para convertirlas en modernos centros de empresas.

Las comarcas siderúrgicas de Avilés y Gijón (Asturias) brindan dos excelentes ejemplos. En efecto, en la ciudad avilesina la iniciativa municipal ha rescatado de la ruina las naves de la antigua fábrica de curtidos conocida como La Curtidora donde hoy se ofrecen modernas instalaciones a pequeñas empresas que inician su negocio en la comarca, pudiéndose acoger éstas a las ayudas e incentivos que el Gobierno regional pone a su alcance. Idéntica finalidad cumple la antigua fábrica de vidrios de Cristasa, situada en Gijón, y transformada en centro municipal de empresas y sede del Servicio de Desarrollo Local.

La regeneración ambiental y física de conjuntos urbano-industriales

En el ámbito de las intervenciones medioambientales y urbanísticas sobre conjuntos industriales muy degradados y empobrecidos por la crisis del sector, cabe destacar el denominado Proyecto «Nuevo Langreo», aplicado a la ciudad asturiana del mismo nombre, en el corazón de la cuenca central hullaera.

Se trata de una actuación que ejemplifica bien un tipo de puesta en valor del patrimonio industrial en la mayoría de las regiones europeas que comparten análogos problemas. En este caso es un proyecto diseñado por la Sociedad Mixta de Gestión y Promoción del Suelo (SOGEPSA) para el casco urbano de Langreo, que alcanza de lleno a los Barrios industriales de La Felguera y Lada.

Consiste, más que en una intervención puramente urbanística, en una operación de desarrollo integral orientada a favorecer el relanzamiento económico de las cuencas mineras por medio de la recuperación del Medio urbano y natural, la creación de dotaciones culturales y recreativas, la potenciación de las comunicaciones y, por último, la incorporación de actividades terciarias como medio para romper el aislamiento y la escasez de intercambios e interrelaciones propia de una sociedad industrial de intensa especialización minera.

Otro objetivo de este proyecto es facilitar el enlace con el aprovechamiento de

los valores y capacidades de la región en el área del ocio y el tiempo libre, concebido además como elemento que puede aportar a la comarca un nuevo modelo de cultura social y económica. Esta fórmula se ha aplicado con éxito en las regiones de tradición industrial en declive citadas en apartados anteriores.

Semejante propuesta se apoya en las determinaciones del Programa de Reindustrialización de Asturias del Principado de Asturias y del Plan de Dinamización Económica de Asturias del Gobierno central. Con este proyecto se conseguiría, según sus promotores:

- a) Generar en un horizonte de 5/6 años una actividad económica en el campo de las obras públicas y la construcción decisiva para paliar los efectos de la crisis en los sectores minero y siderúrgico en la zona.
- b) Modificar el signo psicológico de dicha crisis, coadyuvando al inicio de nuevas actividades que aprovechen el patrimonio industrial, el capital humano y el saber hacer de los habitantes de la zona.

Las actuaciones previstas en el proyecto están orientadas a reforzar la función residencial de Langreo y mejorar sus equipamientos, infraestructuras de transportes y Medio Ambiente; en definitiva, se persigue mejorar la calidad de la ciudad y su atractivo para la población y la actividad productiva ligada a las demandas urbanas, lo que incluye un Plan de Restauración Paisajística y Ambiental y la creación de un Parque Temático (Castells, 1994).

Conclusiones

Las regiones europeas de tradición industrial en declive están aprovechando su ingente patrimonio industrial de un modo productivo y al servicio de las más diversas actividades alternativas a los sectores industriales en proceso de extinción. Los organismos públicos desempeñan un papel protagonista, si bien la iniciativa privada también interviene en la recuperación de terrenos y edificios abandonados. En general, el patrimonio cumple aquí la función de ser un elemento de dinamización de las economías regionales y locales bajo modalidades que abarcan desde la conservación y exhibición de los restos de la industrialización en museos y ecomuseos, hasta la rehabilitación de edificios y terrenos para nuevas actividades empresariales o para proyectos de turismo cultural y turismo de naturaleza, sin olvidar las ambiciosas operaciones de mejora medioambiental y urbanística de las ciudades más degradadas por la industria. De esta forma el patrimonio industrial se incorpora como elemento activo a las estrategias de desarrollo socioeconómico en territorios donde es preciso crear riqueza y empleo para frenar la despoblación y superar la atonía productiva.

Bibliografía

- ACTAS del VII Congreso Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial. Madrid, TICCIH- CEHOPU, 1995, 507 pp.
- ÁLVAREZ ARECES, M.A., «Recuperación y uso del Patrimonio industrial», en *ABACO. Revista de Ciencias Sociales*, nº 2. *Revista Época*, nº 1. Oviedo, 1992, pp. 57-66.
- , «Patrimonio industrial minero en Asturias», en *ABACO. Revista de Ciencias Sociales*, 2ª Época, nº 8. Oviedo, 1996, pp. 7-26.
- ÁLVAREZ RICO, Mª.E., «La reconversión minera en Europa: Alemania», en *Revista Europa Minera*, nº 24. Oviedo, ESM, 1995, pp. 7-25.
- , «La reconversión minera en Europa: Francia», en *Revista Europa Minera*, nº 23. Oviedo, ESM, 1995, pp. 8-28.
- BENITO DEL POZO, C., «Europa ante el Patrimonio industrial», en *Revista Asturiana de Economía*, nº 6. Oviedo, 1996, pp. 183-195.
- , «El Patrimonio industrial, un recurso económico», en *La industria en Asturias, entre la arqueología y la innovación*. Oviedo, Grupo de Geografía Industrial-Asociación de Geógrafos Españoles, 1995, pp. 101-110.
- BENITO DEL POZO, P., «El problema de las ruinas industriales en Europa», en *Boletín de Información sobre las Comunidades Europeas*. Oviedo, Universidad de Oviedo y Principado de Asturias, 1993, pp. 22-26.
- CASANELLES RAHOLA, E., «Patrimonio industrial en Cataluña», en *ABACO. Revista de Ciencias Sociales*, 2ª Época, nº 8. Oviedo, 1996, pp. 83-86.
- CASTELLS, M. (dir.), *Estrategias para la reindustrialización de Asturias*. Madrid, Edit. Civitas, 1994, pp. 759.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, J., «Museo del Ferrocarril en Gijón. Cultura industrial y desarrollo local», en *ABACO. Revista de Ciencias Sociales*, 2ª Época, nº 8. Oviedo, 1994, pp. 97-101.
- LÓPEZ GARCÍA, M., «El concepto de Patrimonio. El Patrimonio industrial o la memoria del lugar», en *ABACO. Revista de Ciencias Sociales*, 2ª Época, nº 1. Oviedo, 1992, pp. 9-12.
- RODRÍGUEZ, F., «El Patrimonio industrial histórico como recurso para el desarrollo local», en *ABACO. Revista de Ciencias Sociales*, 2ª Época, nº 1. Oviedo, 1992, pp. 71-78.
- SANTACREU, J.M., «Una visión global de la arqueología industrial en Europa», en *ABACO. Revista de Ciencias Sociales*, 2ª Época, nº 1. Oviedo, 1992, pp. 13-28.

MONTREAL, QUÉBEC. REFLEXIONES SOBRE UN TERRITORIO URBANO DE AMÉRICA

Yves Deschamps*

Una ciudad americana

Hay gente por el mundo que sueña con Praga, Kyoto o Granada, muy pocos con Montreal. Es de justicia. Si la gente de una ciudad no mira a su propio ambiente de vida, no se debe esperar a que los extranjeros lo hagan.

En el ámbito de la arquitectura, del paisaje o del urbanismo, Montreal no es autoridad y no quiero ofrecerla como modelo. Pero tampoco estoy en busca de modelos para Montreal. Más bien intento establecer un diálogo con representantes de regiones y culturas que tampoco son autoridad, entre las cuales la conquista de dicha autoridad no aparece tan urgente como la elaboración de ideas o prácticas apropiadas dentro de sus propios territorios. En este contexto, la falta de autoridad de Montreal se convierte paradójicamente en ventana.

En su libro «El interior de la historia», la arquitecta y teórica argentina Marina Waisman escribió: «Una barrera de incomunicación bloquea el intercambio de información entre paisajes marginales»¹. Si eso puede decirse de más de veinte naciones vecinas, unidas por lengua e historia, tiene que ser aún más relevante para una pequeña región poblada por siete millones de francoparlantes y enclavada en un espacio cultural ajeno, extremadamente homogéneo... y autoritario.

Como Iberoamérica, Quebec es un territorio de América al margen de las corrientes que definen la arquitectura contemporánea. Pues el derrocamiento de la barrera de incomunicación le importa mucho, quizás más que a Iberoamérica.

* Arquitecto. Universidad de Montreal (Canadá).

¹ WAISMAN, Marina, *El interior de la historia*. Bogotá, Edit. Escala, 1990, p. 67.

Territorio

«Thoreau se concentraba en la totalidad del ambiente natural, la parte -casi se puede decir sin paradoja- de la cual sus contemporáneos se habían olvidado» (Lewis Mumford)².

«Primero les debo pedir que amplíen la palabra arte más allá de lo que es conscientemente obra de arte, que incluyan en ella no sólo pintura, escultura y arquitectura, sino las formas y colores de todos los objetos domésticos, y hasta, siquiera, el arreglo de los campos para cultivo o pasto, la gestión de las ciudades y de nuestras carreteras de todos tipos» (William Morris)³.

La palabra territorio evoca un espacio limitado por una frontera, una jurisdicción, exclusiones e inclusiones y, quizás, una defensa. Estando preocupados por ciudades y arquitecturas, esas realidades nos interesarán, pero, a lo mejor, menos que la de hábitat, la de espacio y paisaje habitados, encarada, por un lado, como totalidad (la cita de Mumford) y, por otro, como objeto mirado y cultivado con arte (la de Morris).

Hoy en día, la idea de totalidad compleja, de la cual el individuo o las sociedades humanas no son más que componentes, es ampliamente aceptada. Más consciente del carácter precario y marginal de su intervención en la totalidad, todavía mal comprendida, que es la ciudad contemporánea, el arquitecto ya no ve más el territorio como un material neutro y totalmente controlable, sino como una realidad autónoma y viva que impone el respeto.

Sin embargo, respeto no quiere decir parálisis, no hay territorio sin sociedad. Por valiosa que sea, esta nueva actitud no puede eliminar la necesidad de acondicionar y adaptar el espacio con arreglo a las necesidades y deseos de sus habitantes. Depende entonces de cómo lo miramos y de las acciones que se derivarán de esta mirada. Depende de la constante evolución de nuestra mirada colectiva y de nuestro modo de habitar.

Finalmente, el territorio, como lugar y soporte de las culturas, es un bien colectivo particularmente vital en regiones como las nuestras, donde frecuentemente se ha pensado que el espíritu del tiempo y la modernidad exigen que se renuncie al espíritu del lugar y a la autonomía crítica regional.

² MUMFORD, Lewis, *The Brown Decades*, New York, Edit. Dover, 1971 (1931), p. 30.

³ MORRIS, William, «Art Under Plutocracy», in ZABEL, Gary (ed.), *Art and Society*. Medford MA, George's Hill Publications, 1993, pp. 19-20.

Patrimonio

En *The Seven Lamps of Architecture*, John Ruskin escribía, a propósito de los edificios antiguos:

«No tenemos derecho de tocarlos. No son nuestros. Por una parte, pertenecen a los que los construyeron y, por otra, a todas las generaciones humanas que van a seguirnos»⁴.

Con esta frase, toco el tema específico de nuestra conferencia. El territorio es una totalidad espacial, pero, del mismo modo que los edificios de que trata Ruskin, participa también de una continuidad histórica. Por consiguiente, es objeto de una responsabilidad histórica colectiva que no puede separarse de la noción de patrimonio. Debemos a las generaciones futuras lo que recibimos de las pasadas. El cumplimiento de este principio, ya problemático en la Inglaterra victoriana de Ruskin, resulta aún más difícil en nuestras sociedades heterogéneas y cambiantes.

Hoy en día, como hace un siglo y medio, dos tentaciones opuestas amenazan la gestión patrimonial del territorio: la modernización a ultranza y la conservación total. Durante los últimos años, la primera se ha denunciado con mucha razón, pero, al mismo tiempo, la segunda ha alcanzado el estatuto de religión cívica. En Montreal, por lo menos, el respeto del pasado y del contexto (o de ciertas representaciones de ellos) sirve de pretextos para justificar la imitación (el «cloning») de ordenaciones, tipos y detalles estilísticos. Así, lo que se quería preservar se ha desnaturalizado y trivializado y, además, el presente se encuentra privado de expresión propia. El territorio resulta inmovilizado, transformado en museo de sí mismo.

Hablaremos de nuevo de eso más adelante. Para mejor comprender el contexto y las circunstancias de esta situación bloqueada, se debe empezar por una breve reseña histórica del territorio de que estamos tratando.

Montreal

Montreal fue fundada en 1642 por colonos franceses, pero son el siglo XIX y el dominio inglés los que la convirtieron en ciudad comercial, industrial, pragmática, casi desprovista de monumentos u ordenaciones simbólicas.

En el siglo XX, olas sucesivas de desarrollo (la del tren y del tranvía hacia 1900, la del automóvil hacia 1950) hicieron estallar la densidad inicial y la mixidad

⁴ RUSKIN, John, *The Seven Lamps of Architecture*. New York, Noonday Press, 1961, p. 186.

de funciones que la acompañaba y dispersaron los establecimientos industriales y los suburbios residenciales por todo el archipiélago, y a lo largo de las dos bandas del río. Hoy en día, Montreal no es Londres, ni Chicago, ni Los Ángeles, pero contiene un pedazo de cada una según los modelos que se impusieron a ella durante las diversas etapas de su evolución.

Después de los años 70, el dinamismo de inicios del siglo ha sido reemplazado por una lenta decadencia económica. Sin embargo, el movimiento de dispersión sigue. A pesar de apariencias incoherentes y discontinuas, está construyendo un paisaje todavía sin nombre. No es ciudad, ni campo, ni exactamente suburbio, si se refiere al sentido acostumbrado de esta palabra, que supone una relación fuerte a un centro urbano.

De hecho, en su forma física, Montreal se caracteriza por sus huecos, por sus ausencias más que su presencia: ausencia de Plan, ausencia de conflictos, pero, también, de dinamismo, de imaginación.

Bloqueo

Ausencia de conflictos porque es el consenso mínimo que pudo alcanzar una sociedad dividida, porque cada uno de los componentes (francófonos, anglófonos, inmigrantes con otras lenguas) que comparten su espacio se encuentra bastante fuerte para poner trabas a los proyectos de los otros, pero no para realizar los propios.

La trama regular que cubre la mayor parte de la zona urbana nos proporciona una ilustración de este bloqueo. Su regularidad no es la consecuencia de una voluntad ordenadora poderosa como la de las Ordenanzas de población españolas en Iberoamérica, o de los «Comissionners» que, en 1811, extendieron un sistema de cuadrículas regulares a toda la Isla de Manhattan.

De hecho, la trama de Montreal no es un ordenamiento urbano. Es un catastro rural absorbido por el ensanche de la ciudad y adaptado a usos urbanos. El paisaje se ha desarrollado, a partir de esa traza, en un marco reglamentario bastante preciso en el detalle, establecido esencialmente con arreglo a problemas técnicos (tránsito rodado, alcantarillado y otras redes). Se caracteriza por su generosidad espacial y su baja densidad. La mayor parte de Montreal se desarrolló en el tiempo del transporte fácil y, tan pronto como pudieron, sus habitantes se fueron del centro y se establecieron en barrios periféricos siempre menos densos y más residenciales. Hoy mismo, este movimiento de dispersión prosigue, a pesar de la decadencia y de una cierta toma de consciencia de los problemas que esto acarrea.

Otro rasgo tradicional del uso del territorio en Montreal es la precariedad de las construcciones. Después de los primeros años del siglo pasado, casi nunca se construyó un edificio con la intención de que dure más de cincuenta o cien años. La evolución rápida de las técnicas hace la situación aún más complicada y el reparto casi

imposible o demasiado costoso.

Las calles comerciales que sirven de centro a la mayoría de los barrios (casi no hay plazas en Norteamérica) manifiestan este problema de modo aún más evidente. En este caso, lo provisorio y barato es casi la norma. Es menester adaptar rápidamente los edificios a nuevos usos para los cuales no eran concebidos. Es urgente ser visto en el caos siempre más agresivo de las vallas publicitarias; uno debe aprovechar la impresión de novedad y rentabilizar la instalación en pocos años, ya que el futuro no es seguro. Así, todo llega a ser permitido y la conservación del edificio (la mayoría de las veces alquilados a propietarios indiferentes) resulta frecuentemente descuidada.

Los municipios mismos otorgan pobres ejemplos de cuidado con el ambiente. La crudeza de los inviernos, que es un elemento fundamental de la vida en esta región del mundo, puede explicar en parte la mala conservación del dominio público: calles llenas de baches, aceras agrietadas, árboles quebrados, equipo urbano en mal estado. De hecho, cuatro meses al año, la nieve dificulta mucho las obras de reparación y mantenimiento. Pero después de 450 años de experiencia urbana en Canadá, uno se puede extrañar de la inexistencia de un diseño urbano adaptado a las condiciones específicas del territorio.

En cierto modo, se puede decir que el descuido y la improvisación de los poderes públicos es la base de la falta de interés de los ciudadanos privados en la calidad del territorio.

Modelos

A veces, expertos propusieron remedios a esta mala salud del territorio montrealense, remedios ofrecidos por la «caja de herramientas» arquitectónica y urbanística internacional. En los tiempos fastos de la Exposición Universal de 1967, unos encaraban una definición nueva y radical de la forma urbana. Sin discutir más adelante el valor de sus proyectos, se puede decir que suponían un Plan, amplios recursos y una voluntad fuerte y constante, cosas muy improbables en un contexto donde la política urbana siempre ha sido reducida a la yuxtaposición más o menos armoniosa de intereses privados.

En los años siguientes, apareció poco a poco una actitud mejor adaptada a las tradiciones políticas y al contexto de la ciudad, ideas extraídas del fondo común del postmodernismo. Esta vez, no se trataba ya de la invención de una ciudad nueva, sino de la protección de la existente.

Esta posición encontraba apoyos más amplios en el público. Además, les correspondía mejor, teóricamente, a las necesidades de una ciudad estabilizada o decreciente. Nociones a las cuales me he referido, como la de «mirada atenta» sobre la ciudad, o la de «responsabilidad cívica» frente a ella, deben mucho a los debates

que han animado el Medio montrealense durante los últimos treinta años.

Sin embargo, este movimiento también tiene sus límites, y me parece que, en Montreal, los ha alcanzado después de varios años. Eso, en primer lugar, porque, aunque insiste en el respeto del contexto local, se ha establecido en Montreal desde los centros universales del pensamiento arquitectónico que ya he evocado (esencialmente Yale y Nueva York). Así, ha creado la ilusión de una equivalencia de todas las situaciones, y exportado formas «contextualistas» que, curiosamente, son las mismas en todas partes. Ahora bien, por ejemplo, no se puede hablar de conservación del patrimonio en un país de antigua y variada tradición arquitectónica, y en una ciudad joven, cuyo patrimonio edificado es reciente, utilitario, precario y repetido en muchos ejemplares.

En Montreal, la preocupación conservacionista triunfó hasta paralizar toda crítica de lo existente -aunque sea muy perceptible-. Sin muchos matices, el pasado se «canonizó» globalmente. So pretexto de respeto al pasado, se multiplican, con el apoyo de los gobiernos provincial y municipal, imitaciones dudosas. Y eso podría ser nada más que ridículo si los que diseñan o aceptan tales ejercicios estilísticos no pensarán haberse así librado de responsabilidades mucho más serias.

Cultura

En su libro *The Brown Decades* (1931), Lewis Mumford escribió:

«El cultivo continuo de la tierra, y la del pensamiento a través de la tierra, es la señal de una alta civilización».

El capítulo en el cual se encuentra esta frase se refiere a un norteamericano que tuvo un papel mayor en la toma de conciencia del valor de los territorios, valor no sólo económico, como se había pensado hasta entonces en su parte del mundo, sino más ampliamente cultural. En el período crítico, cuando el desarrollo industrial y urbano empezó a transformar de modo irreversible los territorios de Estados Unidos, Frederick Law Olmsted supo imaginar ordenamientos paisajísticos, a la vez atentos a lo existente (natural y cultural), y creadores de espacios necesarios de una nueva civilización urbana. Montreal es privilegiada con una de sus obras, el Parc du Mont Royal (1873-1881), uno de los más preciosos elementos de su patrimonio.

El ejemplo que da Olmsted de equilibrio entre atención e innovación me parece muy relevante en el Montreal contemporáneo que sigue invisible en los ojos de muchos de sus habitantes. La presente fijación en imitaciones estilísticas ilustra una actitud generalizada de desconfianza, un sentido de la incompetencia del presente, no sólo en respetar el depósito del pasado, sino en tomar el relevo, en

cultivar, a su vez, el campo patrimonial y enriquecerlo con éxito equivalente o superior al de las generaciones precedentes. Demasiados arquitectos, urbanistas o funcionarios de los municipios prefieren renunciar al uso de la imaginación por miedo de reacciones de los grupos de defensa del patrimonio. La falta, por supuesto, no es de esos últimos, ni deben callarse por eso, pero tampoco se puede parar la historia.

Un paisajista montrealense, Philippe Poullaouec-Gonidec, escribió recientemente:

«...el cambio no es necesariamente amenazador [...] es normal que unos paisajes mueran y que otros se creen, ya que el paisaje es la calificación de un espacio por la mirada».

Así, el paisaje no sólo cambia por sí mismo, por la evolución de los elementos concretos que lo constituyen, sino también porque cambia nuestra mirada, la cual no puede ser sino contemporánea, ni respetar verdaderamente el pasado e integrarse en la continuidad histórica (Ruskin) sin criticar este pasado y preparar el patrimonio de mañana.

La mirada de hoy tiene que apuntar a una cultura del lugar, del territorio, viva y activa. La raíz común de las palabras «cultura» y «cultivo» es evidente. El territorio de una ciudad como Montreal nunca es un objeto completo que sólo se puede conservar. Es el hábitat de una sociedad múltiple y volátil, un árbol, siquiera, que a veces se debe hasta podar para que la próxima cosecha sea tan buena o mejor que las pasadas.

Termino con una última cita de Marina Waisman que es también un homenaje a su memoria. Ella definía así el Patrimonio:

«...un valor cultural no consumible, sino productivo: productivo de nuevas ideas como de mejores ámbitos de vida».

No puedo encontrar una fórmula mejor para definir también lo que debe ser el territorio.



Ilustración 1. Vista del mercado central de Montreal.



Ilustración 2. Vista de la avda. del Parque (Montreal), lado este.



Ilustración 3. Mobiliario urbano en la avda. del Parque (Montreal).

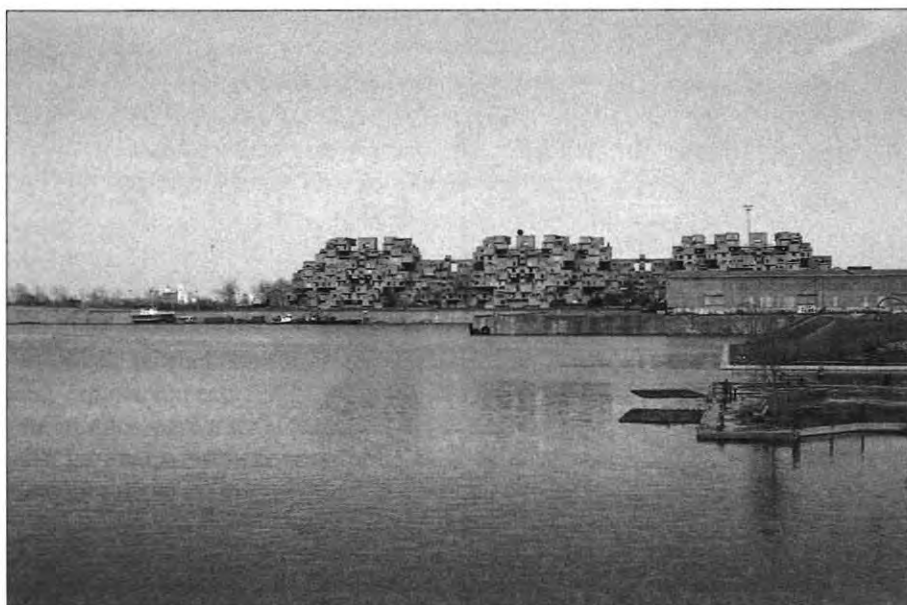


Ilustración 4. Vista de Habitat 67, de M. Safdie.



Ilustración 5. Rue Laval, en Montreal.



Ilustración 6. Vista del Parque del Mont Royal (F.L. Olmsted, 1873-1881).

TERRITORIO, PUEBLOS Y CIUDADES DE LA PAMPA BONAERENSE

Manuel Torres Cano*

La Pampa bonaerense

La presente ponencia plantea el estudio, como patrimonio cultural e histórico, de los pueblos, ciudades y establecimientos rurales de la Pampa bonaerense.

Este intento no es nuevo ni original. Existen desde Instituciones oficiales, el Instituto Arturo Jauretche y la Fundación del Banco de la Provincia de Buenos Aires, hasta la continuada obra de los «Congresos de Historia de los Pueblos de la Provincia de Buenos Aires», con sus investigaciones y publicaciones periódicas. También contamos, al respecto, con importantes académicos como el Arquitecto De Paula, de reconocimiento nacional, o investigadores locales, como el Arquitecto Roberto Cova en la ciudad de Mar de Plata, o regionales, como el Doctor Alberto Sarramone de la Región Central.

De todos modos, este espacio, sus ciudades, sus establecimientos y su particular historia, son aún un territorio poco o mal estudiado.

No faltan los buenos archivos y registros, tanto los de las localidades, como los muy importantes de Geodesia de la Provincia de Buenos Aires, y el Archivo Histórico de la misma.

Una de las razones de estas lagunas o ausencias, a mi entender, es que la Pampa pasó de ser un vacío hostil -«el desierto», «la frontera»- a ser un establecimiento de pura explotación económica. Así, de la nada, esta región, en un lapso no mayor de sesenta años, pasó a ser el núcleo, el eje de la producción de riqueza que catapultó al país. La Pampa vacía se transformó en la fábrica intensiva de ganado, cereales y oleaginosas. Su territorio se pobló a partir de ferrocarriles, estaciones, puertos. Sus

* Arquitecto. Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina).

núcleos fueron estancias, frigoríficos y silos. Sus asentamientos, pueblos terciarios, colonias agrícolas, saladeros, etc.

Esta definición de pura producción enturbió la consideración cultural como patrimonio de su particular urbanismo, al que podemos considerar como de colonización, pero que abrevó en las corrientes positivistas del urbanismo del siglo XIX. El programa estándar de estas ciudades nuevas tuvo un conjunto de espacios y edificios institucionales como base: la plaza central, iglesia central o la catedral, la escuela, el banco oficial y la municipalidad. Todos con frente a la plaza, configurando la cara institucional de la ciudad.

El período fundacional y formativo de esta región y sus pueblos es el abordado por este estudio.

La Pampa como territorio habitado

Partiendo de la noción de Heidegger de la cultura como «proceso de instalación», podemos afirmar que el paisaje y el territorio adquieren características culturales como sitios habitados en dicho proceso.

También hay que reconocer que hubo áreas, territorios y ciudades en los que la antigüedad y continuidad de su poblamiento hacen posible reconocer en ellos los procesos de larga duración, la historia social de ritmo lento y la historia factual, a la medida de los individuos y los acontecimientos, según la noción de Braudel.

Son estos lugares que parecieron estar siempre poblados, y donde la identidad de la sociedad y el territorio aparecen como naturales e intemporales. El Valle de México y sus ciudades, las ciudades castellanas, las de la Toscana, son lugares de este tipo. Estos sitios, enclaves de humanidad y cultura, son ideales objetos de estudio para el historiador.

Casi en las antípodas, hay sitios que parecen haber estado siempre vacíos y que, cuando los hombres pasaron por ellos, su huella fue leve, su paso trashumante: no se convirtieron en refugio ni en cobijo. Estos sitios, lejos de crear identidad y familiaridad, motivaron el pavor y la angustia ante el vacío, la inmensidad inabarcable, la falta de cobijos, de referencias. La Pampa bonaerense pertenece a este segundo tipo de sitios. Su planicie es ininterrumpida, su vegetación herbácea, monótona, sin árboles de gran altura, sin bosques. La fauna que originariamente la poblaba eran guanacos, venados, libres o fiandúes: corredores ligeros y fugaces. Hasta los primeros aborígenes Genakan eran nómadas dispersos que apenas dejaron huella.

Sin embargo, hay un plano humano de la región: «Nada indica al hombre civilizado el camino o dirección que debe seguir, pero todos los indios lo conocen. Cada punto, cada camino, tiene su nombre; los guías indígenas los indican y la civilización los conserva. La Pampa perpetuará este recuerdo de las razas desapare-

cidas en los nombres geográficos, cuyo sentido lleno de imágenes... tienen su significación, expresan alguna cosa de lo que en el lugar produce, de lo que vale, de lo que promete. Jamás ha puesto el indio nombre alguno sin ton ni son, como a la aventura. Estos nombres quedarán con su extraño colorido»¹.

Esta llanura, el territorio «desierto» o Pampa, se extiende al Sur del Río Salado, frontera histórica del blanco desde el siglo XVII.

El territorio se extiende sobre el Atlántico, con los parajes de Noario, de Viedma y de López. Zona de extensos cangrejales y médanos, la Cañada de Chivilcoy (entre el agua), del Ajó, por un cacique Senaken, y del Tuyú. Monsalvo y la Mar Chiquita completaban el sector. Hacia el Sur y Centro se hace mapuche la toponimia: Napaleofú (Balcarce), Chapaleofú, Voroleofú, Del Gualicho. La zona más serrana será asiento de los pampas así llamados «serranos». Tandil, Tapalqué, Villamanca. En el Oeste Pehuajó, Tranque Lauquen y Guamián, zona de lagunas y médanos.

Los nombres significan y dan sentido al territorio: Casuatí es «cerro alto», la más importante sierra de la Pampa. Carué es «lugar verde». Carumalal es «corral de piedra». El confín de la región es el Carulauquén, «Río Negro».

El territorio no solo es nominado, sino también recorrido por senderos de nomadismo, de arreos y «rastrilladas», a veces de malones. A. Sarramone reconoce varios de estos senderos:

- a) El de la Costa, que recorrió Juan de Garay y donde fue muerto. Por este sendero entraron los Jesuitas Falkner y Cardiel y fundaron efímeras reducciones. Parte de la Ensenada y recorre paralelo a la costa medanales y sierras hasta el Cabo Corrientes.
- b) El Camino de Dolores, del Sur o de Las Tropas. Salía de Buenos Aires y, pasando por Chasmocús, llegaba a Dolores (Hasta aquí es la actual Ruta 2). Desde allí se bifurcaba en dos caminos, uno hasta los «Montes Grandes» y el otro, por Tandil, hasta Bahía Blanca. Creemos que las fundaciones de Chascomús, Dolores y Tandil se corresponden al seguir este viejo sendero indígena.
- c) El Camino Napostá. Éste, más al Oeste, saliendo de Buenos Aires y pasando por Cañuelas, discurría por los Arroyos Romero y Tapalqué, éste último asiento de tribus «tapalqueras» y, pasando por Napostá, llegaba a Bahía Blanca.
- d) El Camino de las Salinas, pasando por Mercedes y cruzando El Salado, pasaba por lagunas y aguadas (Cruz de Guerra, Cabeza de Buey, Cañada de Zapata). A su paso, cruzaba la actual ciudad de Bolívar y llegaba a

¹ DAIREAUX, Emilio, *Vida y Costumbres del Plata*, 1888.

Salinas Grandes, en la provincia de La Pampa. Siendo el camino de la sal desde la colonia, lo fue también de «Los Chilenos», porque los araucanos o mapuches lo usaban como su gran campamento, su base desde donde arreaban los ganados robados a los pasos cordilleranos.

- e) El Camino del Salado a Tandil. Vadeaba el Chapaleofú y, pasando por Tandil, llegaba a la Costa en Lobería.
- f) El Camino de Chasmocús a Azul, por las lagunas, bordeaba los Arroyos del Gualicho y Azul. En estas comarcas se asentaron los «pampas de Catriel».
- g) El Camino a Córdoba que, pasando desde Buenos Aires a San Antonio de Areco, Pergamino y Arroyo del Medio, llevaba a Córdoba. Esta fue la única ruta de las carretas y viajeros en la colonia, ya que vinculaba con Córdoba a Cuyo, Chile, Tucumán y el Alto Perú. Fue la primera traza jalonada por fundaciones, fuertes y postas.

Este complejo mapa de arreos de ganados vinculó complejamente los asentamientos blancos y los indígenas, vinculó arroyos, lagunas y aguadas, con refugios serranos y puertos.

En la Pampa del período de la frontera (1750-1870) había numerosos baquianos, indios, gauchos y estancieros que se especializaron en «registrar, recaudar y utilizar cada detalle de los rastros»². A la vera de estos caminos inhóspitos y secretos prosperaron las postas, las pulperías, y puestos de estancia avanzados. Aquí reinó el intercambio y una población fronteriza, clandestina y conocedora de la Pampa. «Algunas de estas esquinas, testigos mudos de nuestra historia, aún sobreviven»³.

Territorio de frontera

En 1776, el Virrey Juan José de Vértiz, estableció la línea de fronteras al Norte del Río Salado. Esta disposición, difícil, sino imposible de realizar, dados el territorio inabarcable y la escasa población y milicia, se intentó construir con una serie de fuertes, que serían el embrión de otros tantos pueblos de frontera. Los pueblos de Ranchos, Chascomús, Monte, Mercedes, Salto y Rojas, y los fuertes de Lobos, Areco, Colón y Melincué. Todos fundados entre 1725 y 1796, ninguno llegaba a 500 pobladores. Estas primeras poblaciones eran las milicias recién creadas, los blandengues, los gauchos que poblaban y vagaban por la campaña, y un buen contingente de aventureros advenedizos y buscavidas.

² SARRAMONE, Alberto, *Catriel y los indios Pampas de Buenos Aires*.

³ SARRAMONE, Alberto, *op. cit.*

Desde entonces, la política nacional, con los altibajos de la accidentada historia de guerras civiles del siglo XIX, fue la de la expansión de esta frontera hacia el Sur y el Oeste. Para los indios fue el defender que se respetara la histórica línea de El Salado.

Así, en 1828, y merced a la expedición punitiva y de conquista de Martín Rodríguez, se traza una nueva línea que traspasa El Salado en Junín, y hace escalas en Azul, Tandil y Balcarce. Según los más ambiciosos, corría más al Oeste, llegando hasta Bahía Blanca. Ambas líneas fueron, durante cincuenta años, ilusorias, y sus establecimientos sólo avanzados que eran periódicamente barridos por el malón indígena. Recién llegado 1876, con la política defensiva de A. Alsina y ofensiva de Julio A. Roca, se correrá definitivamente hasta la plena ocupación con la expedición de 1879.

Estos años de fronteras móviles crean en la convivencia un tipo humano y una cultura que dejarán su impronta formativa en la región. Obras como «La guerra al malón» o «La conquista de La Pampa», ambas de Manuel Prado, el «Martín Fierro» de José Hernández (el más destacado, pero no el único de la literatura gauchesca), «Indios y Frontera», de Alvaro Barros, etc., testimonial que eran tema y preocupación central del pensamiento nacional el «problema de la frontera».

En 1878, Adolfo Alsina, comandante de fronteras, concibe la idea de materializar el límite con la construcción de una zanja, una fosa que hacía las veces de muralla china. Se ejecutó por tramos. «A cada noticia de invasión saltó a relucir la zanja de Alsina, como una burla perenne al gobierno que había cometido la locura de llevar las fronteras hasta Italó, Trenque Lauquen, Gaumini y Puán»⁴. Estas localidades eran verdaderas cuñas introducidas en territorio indio.

Poblaciones de frontera

¿Cómo eran estas localidades en 1862? «...cuando llegó a lo que pomposamente se llamaban cuarteles de Trenque Lauquen, halló un conjunto de carpas alineadas a la buena de Dios, donde la tropa y la oficialidad descansaban de las fatigas diarias»⁵.

También había un planeamiento como ingeniería militar. En 1877, el Sargento Mayor Jourdan Wysocky realiza un relevamiento cartográfico de fortines y dibuja unas esquemáticas plantas circulares de fortines y guarniciones, tipologías aproximadas de algo que era una realidad mucho más precaria.

En la mensura e implantación de pueblos, participaron, como señalaremos

⁴ PRADO, Manuel, *La Conquista de La Pampa*.

⁵ PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, J.A.

luego, los agrimensores y topógrafos del Departamento Topográfico. «...Había que levantar el campamento de Choele Choel, y el lugar elegido por el Perito en Construcciones era, a juicio de un indio cautivo, inapropiado, porque el río lo inundaría. El hombre de ciencia demostró por a+b que el salvaje..., era un salvaje, y trazó el pueblo donde él quiso; por supuesto, a la primera correntada todo se inundó...»⁶.

Colonias y estancias

Si fuertes y pueblos fueron una estrategia de colonización, la otra fue la estancia. Ya con la Ley de Enfiteusis de Rivadavia de 1825, se proponía un régimen de colonos labriegos, pero en realidad devienen en terratenientes que subarriendan latifundios. Su llamado a traer «labradores, comerciantes y demás hombres útiles del Norte». A estas palabras le siguieron hechos. La constitución «Río Plata Agricultural Association», fundada en Londres con un capital inicial de un millón de libras, tuvo un éxito de lanzamiento en Inglaterra, y el patrocinio local de Lezica, un terrateniente autóctono. El ensayo fue un fracaso. Durante los cincuenta años de ensanche de fronteras, el latifundio, el saladero y la gran estancia fueron la herramienta rural.

En 1857, la Ley de Arrendamiento vuelve a la carga con la política de colonización agrícola. Un líder de esos años, Juan B. Alberdi, acuña el «gobernar es poblar» como divisa, y se inicia una sostenida y continua política de creación de colonias y remate de tierras públicas.

En 1869, la campaña bonaerense, una llanura de unos 200.000 Km², aquí un ejército de línea, 3.400 soldados, custodiaban a una población de 317.320 habitantes, el 80,1% criollos.

Desde 1875 a 1880 llegaron al país 249.110 inmigrantes, la mayoría españoles e italianos; una buena parte se asentaría en la campaña bonaerense. La colonización había empezado.

La Ley Básica de Inmigración y Colonización de Avellaneda, de 1876, es explícita sobre el modo de afincarse: Las tierras nacionales serían divididas en sectores de 40.000 hectáreas, que tendrían la forma de un cuadrado de 20 kilómetros de lado, dividido en 400 lotes de 100 hectáreas cada uno. En cada sección se reservaban ocho lotes para las municipalidades, destinados a formar un pueblo. Así fue este proyecto territorial y urbanizador. Muchas de estas colonias de vascos, franceses, italianos..., subsisten con su trazado urbano original.

La contracara de este avance «progresista» fue la política de exclusión,

⁶ *Ibidem.*

persecución y exterminio del gaucho, poblador originario y, por cierto, la de los grupos indígenas. «Esos hombres sólo servían para pelear, encaramados sobre un potro y validos de las boleadoras, la lanza y el cuchillo; nada más indicado que darles el gusto y hacer de su sangre un abono útil para el país»⁷.

Poblamiento, migraciones y censos

La cuestión de los procesos de población en los distritos y pueblos de la frontera Sur, debe en principio atender a algunos rasgos particulares. El primero es si cuentan para su consideración los asentamientos indígenas como habitantes. El carácter seminómada de estos, sumado a su falta de integración en los establecimientos rurales o pueblos, hacen que sólo un mínimo porcentaje de ellos por mestización o integración se incorporara al proceso de ocupación. Podemos afirmar que el avance blanco desplazó al poblador indígena primitivo. Otro rasgo es el carácter disperso y errático del gaucho, poblador rural hasta los años 70, y su condición legal indefinida, sumada a su dificultad para asimilarse a los pueblos. Dice, en 1867, Samuel Roseti, desde Tres Arroyos, en una carta dirigida al Gobierno: «...estando el partido despoblado en su mayor parte me es imposible dar una razón del número de leguas cuadradas de que se compone... No extrañará a V.S. la escasez de población, pues siendo fronterizo y estándose recién poblándose este partido, no hay familias establecidas, y por lo general no hay más que hombres en las poblaciones...»⁸.

Esta situación de los pobladores efectivos hasta la década de los años 60 está determinada por varios factores. En principio, la seguridad frente al indio; en segundo término, la propiedad latifundista de la tierra, que no admitía el proyecto del pequeño productos o colono. Por último, las comunicaciones y abastecimientos dificultosos.

Todos estos factores fueron atacados simultáneamente a partir de la política de fronteras y explotación rural. La Ley sobre Arrendamiento Rural de 1857 marca el inicio de un proceso que, partiendo de la «Enfiteusis» de Rivadavia, trató de utilizar la tierra pública para fomentar el poblamiento y la explotación agrícola. El «Gobernar es poblar» de Alberdi es de plena vigencia en estos años. La política de creación de colonias, y remate de tierras públicas, se continuó sostenidamente hasta fines de siglo. La agresividad de esta acción se remarca en el Decreto del 19 y 30 de Julio de 1858 que instrumenta «La Ley de ventas de tierras públicas fuera de la línea de frontera».

Dentro de estas acciones, debemos destacar la formación de colonias agrícolas, con grupos de colonos, la mayor parte de las veces europeos. Esta forma de

⁷ PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, J.A., *La Barbarie* (El subrayado es una frase de Domingo F. Sarmiento).

⁸ SARRAMONE, A., *op. cit.*

poblamiento dio por fruto la aparición de muchos pueblos como núcleo urbano de una colonia agrícola.

Este ejemplo del Partido de Tres Arroyos ilustra lo dicho:

«La solicitud de formación de este centro agrícola fue presentada el 8 de Agosto de 1888 y se ajusta a la Ley del 25 de Noviembre y al Decreto Reglamentario correspondiente del 17 de Diciembre de 1887. Las obligaciones del responsable de la formación del centro agrícola eran:

1. Levantar un plano en base al modelo oficial después de realizada la mensura y amojonamiento, con la vigilancia del Departamento de Ingenieros.
2. Enajenar las chacras de modo que ningún propietario posea más de cuatro, de menos de 75 hectáreas en cada centro agrícola.
3. Hacer cultivar más de la mitad en los tres primeros años.
4. Debían reservarse los lotes para los edificios públicos.
5. Se facilitaría a los agricultores la adquisición definitiva del suelo, la compra de instrumentos y semillas, la mejora de las tierras y hacer las obras necesarias para la viabilidad y la mejor producción del centro agrícola»⁹.

Claramente surgen la política de colonización, que prevé el desarrollo de una planimetría, mensura; la intervención del Departamento de Ingenieros, y la reserva de los lotes para los edificios públicos, acto que ya supone el embrión de ciudad que la colonización supone.

De las actividades productivas no agrícolas que motivaron asentamientos de población, Mar del Plata es un caso atípico y elocuente: «En 1881 tenía el Señor Luro en esta localidad el muelle que lleva su nombre, el dique de piedra que se encuentra a su entrada..., la gran barraca con la prensa que ocupa la manzana 106, los saladeros que ocupaban las manzanas 86 y 93, el gran almacén de campaña llamado «La Proveedora», y edificó en esa manzana el Gran Hotel»¹⁰. Antes del fenómeno turístico y la pesca, el núcleo del saladero fue formativo del primer núcleo habitado.

Hubo también claras medidas de incentivo a la radicación de pobladores. Dice Domingo A. Vázquez, en carta al Ministro de Gobierno en 1885: «...que consulta si era posible autorizar a aquellos pobladores que se presentasen pidiendo permiso para poblar el pueblo que se estaba delineando. Los solicitantes no exigían ningún título de derecho por la concesión que se les hiciera...». A lo que responde el Ministro Nicolás Achaval: «...que siendo necesario el adelanto de los pueblos de la provincia y conveniente fomentar el interés de quienes tenían que establecerse en ellos, llenando

⁹ EIRAS, Carmen Teresa y PÉREZ VASSOLO, María Elena, *Historia del Partido de Tres Arroyos*.

¹⁰ EIRAS, Carmen Teresa y PÉREZ VASSOLO, María Elena, *op. cit.*

los requisitos de población y cultivo, no veía obstáculo en que la municipalidad diera licencias...»¹¹.

Sobre el proceso de poblamiento, los datos más fiables son el primer Censo Nacional, que manda hacer Sarmiento en 1869, y el de 1895. Estos, en el período de formación urbana que estamos considerando, nos dan los siguientes datos: La población total censada en 1869 es de 1.743.199 habitantes; de éstos, 495.107 habitan la provincia de Buenos Aires, la que, dividida entre la ciudad de Buenos Aires y la campaña, da para el interior una población de 317.320 habitantes.

Ya en el Censo de 1895, la provincia tiene 921.168 habitantes en el interior, es decir, más de un 200% de incremento de veintiséis años.

Con respecto a las ciudades de la provincia, el último Censo menciona: La Plata con 70.000 habitantes, Bahía Blanca con 19.025, Chivilcoy con 14.632, Azul con 9.494, Pergamino con 9.540 y Tandil con 7.088.

El ferrocarril

La expansión ferroviaria acompañó y potenció la expansión del territorio al Sur. Algunas cifras son claras en este sentido y, de las direcciones que tomó el trazado, el ferrocarril del Sur fue protagonista en esta zona.

Importa aquí considerar el ferrocarril como:

- a) Impulsor de desarrollo y poblamiento de ciudades. El vertiginoso desarrollo de Mar del Plata a partir de 1886 es que llega el ferrocarril.
- b) Origen de ciudades, en las cuales la estación es el primer núcleo de urbanización. Ligado con el ejemplo anterior, citamos «Arbolito», hoy Coronel Vidal, cuyo núcleo fue un conjunto de casillas que rodearon a la Estación Arbolito en 1886, el mismo desarrollo ferroviario cuya terminal fue Mar del Plata.
- c) Por último, los que podemos llamar «Pueblos ferroviarios». En éstos, la vía, la estación, la linealidad del trazado y la existencia de un núcleo importante de construcciones de talleres, viviendas de personal, galpones, etc., hacen que la empresa sea artífice de un urbanismo funcionalista y particular. Lezama y Comandante Nicanor Otamendi son dos localidades de esta zona en las que verificamos esta huella inicial. Su propio estancamiento y vaciamiento se corresponde con la subordinación del desarrollo

¹¹ COVA, Roberto, *Apuntes para una historia del Mar del Plata*.

del poblado a los vaivenes de las empresas ferroviarias. Cita E.S. Freije: «El pueblo Arbolito estaba constituido por varias casas de negocio de «ramos generales», complementadas con otras más pequeñas que atendían sus elementales necesidades, un modesto hotel, dos o tres fondas, carnicerías, panaderías, zapaterías, herrería, peluquería, etc. Dando el frente la casi totalidad a la calle que circunda el terreno de la estación y estando ubicado el núcleo principal en el ángulo que forma esa calle en las actuales instalaciones de remates ferias. El número de sus habitantes en aquel tiempo calcularse en doscientos aproximadamente».

Urbanización, creación de pueblos y poblamiento, fueron procesos simultáneos e interactuantes, así del tendido que, en 1870, tenga en el interior de la provincia como terminales Chivilcoy y Chascomús, con dos ramales, uno que se dirigía al Oeste, y otro al Sur; en 1880 se extienden y ramifican llegando a Bragado, Lobos, Azul y Dolores. Ya en 1890, la red cubre prácticamente todo el interior de la región, siendo las terminales: Pehuajó, Saladillo, Sierra Chica, Bahía Blanca, Tres Arroyos, Mar del Plata y La Plata.

En el mismo período conviven emprendimientos ferroviarios privados y estatales, y se instalan en tres trochas, de un metro, de 1,435 metros y, la ancha, de 1,67 metros.

La movilización de estancieros, pobladores e intendencias ante gobierno y empresas para promover la extensión de las redes y para comunicar asentamientos con el sistema ferroviarios, fue determinante; porque los cambios y avances que traía consigo eran espectaculares.

La puesta en producción de todo el territorio estuvo determinada por la posibilidad de llevar las cosechas y las reses a los mercados, frigoríficos y puerto.

En 1910, la Argentina tenía una red de 27.138 kilómetros de vías férreas y había en construcción 9.258 kilómetros. «Ningún otro país de América Latina contaba con una red semejante»¹². La parte más densa e interconectada de esta red era la provincia de Buenos Aires.

Una visión excesivamente progresista del rol de los ferrocarriles debe ser revisada a la luz de su puja de intereses con el Estado provincial. «Hacia 1880, y frente a la posibilidad de que la provincia de Buenos Aires expropiara el Ferrocarril del Sur, la dirección de esta empresa británica inició una negociación destinada a neutralizar la idea, auspiciada entre otros por Estanislao Zeballos. Después de hábil negociación, la compañía logró lo que buscaba, un acuerdo por el cual el Gobierno se comprometía a no comprar la línea hasta 1902... el contrato también contenía las bases para prolongar las líneas hasta Tandil y Bahía Blanca»¹³.

¹² EIRAS, Carmen Teresa y PÉREZ VASSOLO, María Elena, *op. cit.*

¹³ DÍEZ ABAD DE SANTILLÁN, *Historia Argentina*.

Agrimensores, ingenieros y oficinas públicas

Un episodio sustancial en la comprensión de pueblos y ciudades de la provincia de Buenos Aires lo constituyen las intervenciones de los profesionales, agrimensores, topógrafos, ingenieros. La gestión de estas intervenciones tuvo orígenes diversos, desde solicitudes de vecinos, emprendimientos empresariales, de hacendados (como el caso de Patricio Peralta Ramos, con Mar del Plata), gestiones de ferrocarriles, estrategias militares, etc. El común denominador de estas intervenciones fue el desarrollar una estrategia de deslindes, trazados y proyectos urbanos, francamente centralizada y homogénea. Podemos hablar de un verdadero urbanismo de estado, que utilizó un patrón para el planeamiento, y pocas veces se apartó por razones topográficas, de ribera, por cauces de río, etc.

Es útil indagar a qué obedeció este centralismo y sus formas. Creemos que algunas claves están en la historia de las oficinas públicas de agrimensura y topografía, que, sin desdeñar sus continuidades con el urbanismo español de las Leyes de Indias, tienen en nuestro país punto de partida en las creaciones rivadavianas, y en la venida en ese proceso de los gobiernos de Martín Rodríguez y Rivadavia, en un conjunto de técnicos, que encararon un Plan para formar recursos humanos y desarrollar una política de deslindes y trazados rurales y urbanos.

La tradición de los organismos públicos tiene antecedentes coloniales. En 1750, aparecen en el Río de La Plata los representantes del Real Cuerpo de Ingenieros. Este cuerpo, cuyos miembros actuaban ya en el siglo XVI en trazados urbanos, extendió aquí sus funciones a obras de arquitectura en edificios públicos y de ingeniería civil.

En 1821, durante el gobierno de Martín Rodríguez y el Ministerio de Rivadavia, se crean por Ley los puestos de Ingeniero Arquitecto e Ingeniero Hidráulico. De esta época data también la política de emplear en Europa profesionales de formación científica. Los nombres de Santiago Bevans, de Pierre Benoit y otros se identifican con esta política.

La primera designación recayó en Próspero Cotelín como Ingeniero Arquitecto, y en S. Bevans como Ingeniero Hidráulico.

Asociado a la decidida política de ocupar y colonizar la campaña, en 1824 un Decreto del Gobernador Las Heras crea una repartición topográfica dependiendo del Departamento de Ingenieros y Arquitectos. La Comisión Topográfica estuvo integrada por el Dr. Vicente López, D. Felipe Senillosa y D. Avelino Díaz.

Este cuerpo es responsable de las primeras normas para el ejercicio de la agrimensura. Reunió datos y confeccionó el primer plano topográfico y ordenó ejecutar, por Oficiales y Auxiliares, un plano topográfico de todos los pueblos de campaña. Actuó además sobre el primer trazado y designación de terrenos para los caminos de provincia.

Normas tales como la adopción de direccionales a medio rumbo N.E., S.E.

N.O. y S.O. para los límites de partido, o trazas de parcelas rurales y de calles y manzanas urbanas, correspondieron a este cuerpo.

El cuerpo sobrevivió las turbulencias de las guerras civiles como Departamento Topográfico y fue ejecutor de todos los trazados y deslindes de la época, declinando su accionar en el segundo gobierno de Rosas.

En 1852, después de Caseros, una de las tareas de reorganización institucional pasa por este Departamento: «Es de urgente necesidad restablecer el Departamento Topográfico, que hace doce o catorce años se halla en nulidad...» escribe Valentín Alsina al Gobernador.

Así, se reorganiza el cuerpo según modelo rivadaviano -el Plan de 1826-. Se creaba además una escuela dependiente del Departamento Topográfico. La reorganización de 1857 otorgaba al Departamento Topográfico la atribución de examinar y patentar agrimensores.

En 1865, el Departamento Topográfico desarrolla un registro gráfico de propiedades rurales de la provincia. Este trabajo técnico, muy elogiado en nuestro medio, es enviado a la Exposición Universal de París de 1867, donde obtiene un diploma y medalla de plata.

Un cambio sustancial se produjo en 1875, donde el Departamento Topográfico es suprimido, pasando sus funciones al Departamento de Ingenieros. Con sus recursos humanos pasó otro tanto. Así, encontramos presidiendo el cuerpo a D. Francisco Lavalle, como vocales a los Ingenieros D. Carlos Stegman, D. Rodolfo Butner, D. Luis Silveyra Olazábal y D. Jorge Coquet, y como agrimensores a D. Germán Kuhr y D. Edgardo Moreno.

Las secciones de este Departamento evidencian las prioridades de la época: ferrocarriles, puentes y caminos, hidráulica y arquitectura. Primera sección: Geodesia, y Obras Públicas las restantes.

Con la Ley de Nacionalización de la Capital, este Departamento tuvo un homónimo de la provincia y de él salieron las principales acciones de planeamiento territorial, urbano y de infraestructura¹⁴.

Algunos ejemplos regionales de estas acciones

El caso de Tres Arroyos, cuyo Decreto de «Formación» data de 1884 y, como se dijo, reconoce como antecedente el Fuerte de Orqueta, parte de la frontera Costa Sur. Ya en 1835, Feliciano Chiclana, quien actuaba como agrimensor del «Departamento Topográfico», realizó las primeras mediciones y trazados en el área.

¹⁴ CÓDEZ, *Crónica Argentina*.

En 1865, un Decreto del Gobernador Saavedra dispone la fundación de dos pueblos, uno en los Tres Arroyos, Partido de La Lobería, y el otro en Chañar, Partido de Junín. En su Artículo 2º dice: «El Departamento Topográfico determinará la precisa ubicación de estos pueblos presentando a la mayor brevedad un proyecto de traza y su ejido para que luego, de aprobado, se proceda por el Agrimensor... a su mensura y amojonamiento».

Como vemos, los treinta agitados y traumáticos años de la historia nacional no afectaron sustancialmente a estos entes técnicos, en los cuales se dio hasta una continuidad de dos generaciones (el caso del francés Pierre Benoit, llegado al país en 1821, y su hijo Pedro Benoit, de conocida actuación en el proyecto urbano de la ciudad de La Plata, al frente del Departamento de Ingenieros, y como proyectista de un gran número de edificios públicos de estas mismas ciudades, como las iglesias catedrales de La Plata y Mar del Plata).

Por último, vale la pena transcribir el Decreto de 1884 que, finalmente, da nacimiento al pueblo de Tres Arroyos, porque es de una gran calidad en cuanto a un programa y diseño tipo y uniforme:

«Artículo 1º.- Procédase a la formación del pueblo de Tres Arroyos.

Artículo 2º.- Nómbrase al agrimensor Vicente Souza para que previo reconocimiento del terreno proceda a la formación del plano de dicho pueblo.

Artículo 3º.- Sin perjuicio de las instrucciones que recibiera dicho agrimensor del Departamento de Ingenieros, se sujetará a las siguientes condiciones:

1º) El ejido del pueblo se compondrá de ocho leguas cuadradas en el paraje indicado por la Comisión que el P.E. nombró con ese objeto el 25 de octubre de 1882.

2º) Un cuarto de legua se destinará para solares del pueblo dividiéndolo en manzanas de cien metros por costado.

3º) Un cuarto de legua se destinará para quintas, dividiéndolas en fracciones de cien metros de frente por doscientos de costado.

4º) Las siete y media leguas restantes las dividirá en chacras de cincuenta hectáreas cada una.

5º) Se proyectará una plaza en el centro del pueblo de doscientos metros por cada frente y cuatro plazas más equidistantes de la primera de cien metros por cada frente.

6º) Las calles tendrán en el pueblo quince metros de ancho con excepción de dos, que se cortarán en el centro de la plaza principal, de treinta metros cada una. Otras dos de cincuenta metros dividirán los solares de las quintas y éstas de las chacras.

7º) El agrimensor examinará prolijamente las condiciones del terreno en que proyecte situar los lotes del pueblo, quintas, e informará a su respecto.

Artículo 4º.- Formado que sea el plano se presentará al Departamento de Ingenieros, quien lo pasará al P.E. para su información correspondiente.

Los artículos siguientes reglamentan las expropiaciones de tierras necesarias para desarrollar el proyecto».

Este Decreto resume un modelo de acción y un proyecto urbano que conformó la gran mayoría de los pueblos y ciudades de la provincia. Este Plan, que fracciona en manzanas urbanas, quintas y chacras, propone una unidad rural y urbana. En el mismo, que reconoce las huellas de los pueblos de la colonia española, ya no existen las «tierras del común», es decir, que es una ciudad enteramente de propietarios sin reserva de espacios comunales. Otra característica es la generosidad de espacios públicos en forma de plazas, la central de cuatro manzanas, con presencia de los edificios institucionales en sus bordes, y las barriales de una manzana. En el Plan originario de Mar del Plata, confeccionado por Chapeaurouge, las plazas secundarias siguen siendo de cuatro manzanas y su ritmo de aparición es cada cinco cuadras. En este caso, Peralta Ramos hizo donación de las parcelas de las plazas.

El trazado de calles, normales y principales, la más ancha que separa las manzanas urbanas de las quintas, se transformó, a partir de los automóviles, en una ancha avenida de circunvalación que materializó el límite del pueblo.

Dada la simultaneidad del trazado de los pueblos y las fracciones rurales, las calles más anchas que conducen a la plaza fueron continuidad natural del trazado de rutas, por lo que el acceso al centro del pueblo fue siempre una ancha avenida de 30 metros, muchas veces organizada y forestada como un «boulevard». Entendemos que, a finales del siglo XIX, la influencia de los principios higienistas y el urbanismo de Haussmann en París está presente en los agrimensores e ingenieros. A estos bulevares, en algunos casos como Adrogué o Miramar, se los reforzó con un sistema de diagonales de 45°, como otras tantas venidas de acceso.

Así, este urbanismo de Estado, ordenado y uniforme, tuvo en los agrimensores e ingenieros de los Departamentos Topográficos y de Ingenieros, unos ejecutores disciplinados y sistemáticos. Es interesante rastrear la prolongación de la acción de estos profesionales en los proyectos de los edificios públicos de estos pueblos, o en los proyectos ferroviarios.

LAS HACIENDAS EN VENEZUELA: TERRITORIO Y MEMORIA HISTÓRICA

Lorenzo González Casas*

«Casa opulenta la de Tovar. Haciendas en los Valles de Aragua y el Tuy, en los Llanos y en la costa del mar. Potreros, vegas, montes, acequias, puntas de cerro, lomas y vertientes. Arboledas de cacao, plantaciones de algodón y añil, trapiches e ingenios. Casas, tierras y esclavitudes»¹.

Resumen

El presente trabajo estudia la hacienda venezolana como elemento fundamental del patrimonio del país. La hacienda es examinada a través de varias de sus dimensiones históricas: como elemento articulador del territorio, como unidad de desarrollo económico y social tradicional, y como tema de composición arquitectónica.

Especial énfasis se brinda a las respuestas que la hacienda ha brindado a las condiciones geográficas, económicas y sociales de la formación histórica de la Región Central del país. En tal sentido, se resalta el importante proceso de síntesis que se logró en estos microcosmos, en los cuales se daban cita edificaciones, sociedad y paisaje.

El trabajo presenta también algunos de los problemas relacionados con la preservación de estos elementos patrimoniales, en virtud de la gradual desaparición de la estructura económica y del orden social que les dio origen.

* Arquitecto. Universidad Simón Bolívar (Caracas, Venezuela).

¹ BERNARDO NÚÑEZ, Enrique, *La Ciudad de los Techos Rojos*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1988, p. 261.

Introducción

La hacienda constituye un tema de reflexión de particular interés desde el punto de vista patrimonial². Al contrapunto entre sociedad, cultura y hacienda, que emerge como parte fundamental de la obra de novelistas venezolanos como Rómulo Gallegos, se aúna el valor de la hacienda como articulador del paisaje rural del país durante el período colonial y buena parte del republicano. La hacienda fue un polo de desarrollo complementario, y hasta alternativo, a la ciudad colonial³. Es por ello que para comprender el desarrollo histórico del país resulta imprescindible el estudio de la hacienda como pieza fundamental del arreglo espacial y social del mismo.

Algunas consideraciones en torno a la evolución histórica y el valor testimonial de la hacienda

Entre las diversas manifestaciones de la arquitectura rural que surgieron en Latinoamérica durante la colonia, la hacienda tiene una importancia fundamental por el hecho de haberse constituido en uno de los ejes esenciales de la agenda económica de la región. Expresión final de un sistema productivo de carácter singular, la hacienda sintetiza los diversos factores que conforman dicho sistema: las modalidades de un medio físico y las particularidades de los productos agrícolas. Conjuga también las experiencias agrícolas indígenas y las de la Península Ibérica, formando parte de un mestizaje biológico y cultural que se extiende desde la híbrida sociedad a los cultivos, ya que permite la coexistencia del algodón, cacao y maíz de América con el trigo europeo, el café africano y la caña de azúcar asiática.

La urgencia de una adaptación a una geografía muy distinta a la conocida en Europa y a un cultivo de productos variados -no pocas veces extraños- lleva a un predominio de lo pragmático sobre las formulaciones teóricas. De dicha adaptación surge un modelo que, si bien presenta antecedentes probables en Europa (en sus variantes de la finca rural, la villa y el cortijo andaluz), no mantiene comunicación directa con aquello y establece un acto de concreción formal específico de América.

² Este trabajo deriva del proyecto de investigación *La Hacienda en Venezuela*, el cual persigue estudiar y documentar estos componentes fundamentales del patrimonio cultural y arquitectónico mediante el estudio de casos en la Región Central del país, y su análisis y comparación con información teórica y ejemplos de otras regiones y países. Se ha contado con el importante apoyo del Decanato de Investigaciones, del Profesor Henry Vicente y de los estudiantes de los cursos de Arquitectura Venezolana de la Universidad de Simón Bolívar.

³ Con respecto a la relación entre villas, haciendas y viviendas suburbanas, ver GONZÁLEZ CASAS, Lorenzo, «Una casa en las afueras», en *La Casa como Tema. Suplemento Cultural «Últimas noticias»*, n° 1.139, 18 de marzo de 1990.

A pesar -y quién sabe si no a causa- de esas particularidades, la hacienda es uno de los temas menos estudiados en la arquitectura latinoamericana y, paradójicamente, sólo hoy logra atraer algo de atención al extinguirse en forma gradual.

En Venezuela, la carencia de otras fuentes de riqueza indujo el desarrollo de actividades agrícolas desde los mismos inicios del período colonial. La carencia de bienes de intercambio supuso inicialmente la necesidad de autoabastecimiento y, luego, el uso de excedentes agrícolas para exportación, actividad que sería por muchos años la única fuente de obtención de bienes del extranjero, hasta que en 1926 el petróleo reemplaza al café -y a una tradición de factoría agrícola colonial- como principal producto de comercio exterior.

Por lo anteriormente expresado, es importante enfatizar que la hacienda ha sido, durante la mayor parte de su historia, «el patrón predominante de organización agraria en Venezuela, cuyo funcionamiento alude, tanto a una unidad productiva generadora de patrones de organización social y de relacionamiento político, como a un patrón de ocupación del territorio»⁴.

La hacienda ha sido, por otra parte, la forma de explotación agrícola más difundida en el centro del país y presenta particularidades que la distinguen económica, social y morfológicamente de otras configuraciones, como la finca familiar de Los Andes y el hato ganadero de Los Llanos, los cuales originan otras variantes de ocupación del espacio.

La hacienda como artefacto transformador del paisaje natural y cultural

La hacienda es el elemento patrimonial que enfatiza más radicalmente su relación con, y dependencia del, entorno. Ello se verifica en términos de su respuesta morfológica y simbólica al ambiente en que está inmersa, el cual está representado principalmente por un Medio físico, un sistema productivo y un paisaje humano. Es por ello que su mejor comprensión deriva de una arqueología del paisaje, definida como «...el estudio del patrón de poblamiento y de las pautas de ocupación de un territorio por parte de las comunidades humanas»⁵.

⁴ CARVALLO, Gastón y RÍOS DE HERNÁNDEZ, Josefina, *Temas de la Venezuela Agroexportadora*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1984, p. 13.

⁵ CRIADO BOADO, Felipe y GONZÁLEZ MÉNDEZ, Matilde, «La Puesta en Valor del Patrimonio Arqueológico desde la Perspectiva de la Arqueología del Paisaje», en *Conservación Arqueológica: Reflexión y debate sobre teoría y práctica*. Andalucía, Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, 1992, p. 59.

Relación entre el Medio construido y la geografía y tipos de cultivo

La fuerza del contexto es una variable fundamental en los valles centrales y costeros de Venezuela. La topografía de dicha región es ondulada, con un fondo heterogéneo de colinas mayores, con cursos de agua que surcan frecuentemente el territorio. La vegetación natural -adecuada a pisos térmicos en permanente variación- y los diferentes tipos de cultivo, acentúan la riqueza y variedad geográficas.

Los factores asociados al lugar y al programa -programa general que deriva de condiciones de producción y características sociales- determinan una serie de arreglos espaciales y de respuestas formales. En la morfología de la hacienda pesa menos la transferencia foránea que en la casa urbana, la cual se sujeta a una trama y directrices preexistentes, o que en la arquitectura religiosa o en la militar, donde incluso se llegó a construir edificaciones cuyo proyecto se realizaba en Europa. Como expresa el historiador Ramón Gutiérrez en relación con la hacienda latinoamericana: «Es éste uno de aquellos temas donde la transculturación se relativiza casi de inmediato para dar lugar a un rápido proceso de recreación en virtud de que la gravitación de la realidad operativa es mucho más vital que la posible transferencia teórica»⁶.

Cada hacienda, un microcosmos relativamente autárquico, presenta sus peculiaridades de respuesta al entorno. Como microcosmos se ajusta a sus condiciones naturales, produciendo sistemas microclimáticos, creando desarrollos de vegetación arbórea en torno a las edificaciones y una efectiva comunicación con el paisaje circundante. Como expresáramos en una oportunidad anterior, en las haciendas «...se daban cita los medios productivos -terrenos y equipos fundamentalmente- para arañarle riqueza al Medio. Fueron además microcosmos, fortaleza, banco, cementerio, hospedería, escuela...»⁷.

Por otra parte, las técnicas de construcción se apoyan y limitan a los recursos de la micro-región. Se puede decir que las edificaciones pertenecen al suelo en que se ubican. Paredes de bahareque, adobe y tapial, y cubiertas de madera y caña, son constituyentes de una estructura poderosamente simple -hecha con la tecnología y materiales a la mano- que busca con el tiempo su regreso a la tierra de donde procede⁸.

⁶ GUTIÉRREZ, Ramón, *Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica*. Madrid, Ediciones Cátedra, 1983, p. 330.

⁷ GONZÁLEZ CASAS, Lorenzo y VICENTE, G. Henry, «Ciudades y Haciendas», en *Sartenejas*, n° 7 (número especial). Caracas, marzo de 1992, p. 7.

⁸ Es de hacer notar que, desde hace algún tiempo, se ha venido operando una importante transformación de la vivienda rural tradicional venezolana debido a la incorporación de materiales diferentes a los de recolección. Cubiertas de zinc o platabanda, muros de bloques de concreto o ladrillo, columnas y vigas de concreto o acero, y pisos de cemento, forman parte del nuevo lenguaje constructivo que el uso ha impuesto en las últimas décadas.

Los elementos constitutivos y sus configuraciones

La hacienda constituye un sistema indivisible de edificaciones y paisaje de cuya interacción deriva un sentido específico de lugar. En relación con las edificaciones, se pueden distinguir dos tipos generales: las relacionadas con la actividad residencial y las relacionadas con las actividades productivas, administración y aprovisionamiento. Buena parte de los centros agrícolas presentan un núcleo de población llamado en muchos lugares «casco de la hacienda», «casa grande» o «casa principal», donde se encuentra la vivienda del propietario o del encargado de la hacienda. Es la edificación realizada con más esmero y suele localizarse en un lugar estratégico, con frecuencia en altozanos que permiten divisar parte importante de la propiedad, defenderse mejor en caso de ataque y lograr mejores condiciones climáticas. En algunos lugares, esta estructura parece más bien una fortaleza: «...por lo recio y doble de sus muros, ciegos en lo bajo y con pequeñas ventanas o aspilleras en lo alto, coronadas por almenas y flanqueadas por fortines»⁹. En Venezuela son generalmente más abiertas y ligeras, a lo que contribuyeron, tanto las razones climáticas, como las defensivas; la Cordillera de la Costa establecía una muralla natural que brindaba protección respecto a los ataques desde el mar.

Como recinto diferenciado, asociado a la casa principal, existía a veces una capilla u oratorio, donde cabían todos los residentes de la hacienda, si bien para los dueños podía haber un lugar reservado dentro o aparte de la capilla. La presencia de la capilla jugaba papel importante en la sacralización del espacio público que se operaba en todo el territorio. Los espacios para el culto varían en autonomía volumétrica, y pueden presentarse como objetos aislados, como volúmenes remarcados dentro de la casa o como habitación especial en alguno de los corredores.

Aparte de la casa grande o del patrón, podía haber otras más modestas: la del administrador, mayordomo, capataces y peones, llamados en algunos lugares «acasillados», debido a que recibían casa en los predios de la hacienda. La forma en la que se da la relación entre el propietario o encargado y la mano de obra conduce a arreglos espaciales diferentes. Si la mano de obra es de carácter intensivo y de origen esclavo, una solución común fue la de núcleos compactos en torno a patios de labor. Este tipo de vivienda corresponde a la «senzala» brasileña, la cual casi siempre estaba formada por hileras de celdas o habitaciones, generalmente colectivas y enteramente cerradas que, en algunas oportunidades, constituyen patios o espacios controlados de tierra, cuyo único adorno era el poste de azotar. Una manifestación de este tipo de residencia colectiva en Venezuela fue descrita por el Barón Alejandro de Humboldt durante su visita a inicios del siglo XIX:

⁹ RIONDA ARREGUIN, Isauro, *Haciendas de Guanajuato*. México, Ediciones del Gobierno del Estado de Guanajuato, 1985, p. 10.

«La noche antes de llegar a Las Adjuntas la pasamos en una plantación de caña de azúcar, la hacienda de Don Fernando Key Muñoz. Una casa cuadrada contenía cerca de 80 negros que dormían en cueros de res tendidos sobre el suelo. Había cuatro esclavos en cada compartimiento de la casa, y ello semejaba un cuartel. Una docena de fogones había encendidos en el patio de la finca, donde se ocupaban de guisar la comida»¹⁰.

Sin embargo, en Venezuela no parece haber proliferado el sistema de barracones en mampostería para esclavos, suerte de cárceles colectivas, que se difundió en Cuba y Norteamérica. Más bien se daban conjuntos de bohíos aislados o en distribuciones geométricas más regulares en torno a patios. Es importante recordar que solamente un 25% de la población activa en agricultura correspondía a mano de obra esclava, siendo mayoría los peones libres o manumisos. Por esta razón era frecuente encontrar a los cultivadores viviendo en caseríos vinculados a la hacienda, algunos de los cuales han sido el germen de pueblos y ciudades actuales. También era frecuente un patrón de ocupación territorial a través de viviendas dispersas ocupadas por peones - usualmente ranchos de bahareque con piso de tierra y cubierta de palma- bajo el sistema que se ha denominado «binomino plantación-conuco».

El ordenamiento espacial es afectado por el esquema de desarrollo autárquico. La presencia de almacenes o pulperías, donde los peones y empleados de trabajo doméstico adquirían -muchas veces a crédito- los bienes requeridos, da muestra inequívoca de esta situación. Las monedas llamadas «fichas» fueron medio corriente de pago, con lo que cualquier excedente era retenido dentro de los límites de la hacienda.

En las explotaciones cuya actividad primordial es el cultivo de la caña de azúcar, aparecen los elementos productivos como dominantes en el paisaje. Los galpones, muchas veces abiertos al exterior, de gran cubierta de madera y tejas, albergan con flexibilidad y sistematización las funciones productivas¹¹, diferenciadas en los trapiches -que muchas veces dan el nombre a todo el conjunto- o norias, que son las zonas de moliendas para extraer el jugo de la caña, flanqueadas por las salas de calderas, en donde se calienta el jugo en pails diferentes, cuartos de hormas, depósitos y salas de purga, y los alambiques donde se produce aguardiente y alcohol por destilación.

Las plazas o patios de secado y de labor son indispensables en explotaciones de café y de cacao. En torno a los mismos aparecen tolvas receptoras, tanques, descerezadoras, piletas de fermentación y lavado, secaderos, molinos, herraderos y el resto de las viviendas e instalaciones que sean necesarias según la magnitud y los tipos

¹⁰ DE HUMBOLDT, Alejandro, *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*, vol. 3. Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, p. 52.

¹¹ Una prolija descripción de los sectores agrícola y fabril relacionados con la caña de azúcar se encuentra en MORENO FRAGINALS, Manuel, *El Ingenio*, vol. 1. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, pp. 167-255.

de cultivo. En oportunidades, estos patios adquieren enormes dimensiones; baste mencionar los patios de las haciendas La Elvira, en el Estado Guárico, y Montero, en el Estado Carabobo, del orden de 90 metros de longitud y 50 metros de ancho. Estos espacios superan en dimensión a la mayor parte de los espacios urbanos del país, expresando (junto con obras de infraestructura como presas, acueductos y molinos) el dominio sobre el espacio y la preeminencia de la agricultura como actividad económica del país hasta mediados del siglo XX.

En términos de arreglo compositivo de los diferentes elementos, hay que subrayar su correspondencia con el paisaje. En la ubicación de los desarrollos agrícolas en torno a corrientes de agua menores -que garantizan abastecimiento a la par que mayor seguridad que los ríos de gran caudal- se presentan posibilidades para conseguir arreglos de gran calidad ambiental. Quebradas y acequias, montículos y la densa vegetación, son reforzados por arcos de entrada, torres, podios y escalinatas. En Santa Clara de Choroní, en Trapichito de Aragua y en La Trinidad de Tapa-Tapa, esos podios y escalinatas constituyen elementos de especial atención arquitectónica.

La hacienda es un organismo flexible, capaz de ensancharse o encogerse según la coyuntura geográfica o económica. Esto incide en la presencia de variantes arquitectónicas notorias que pueden rastrearse a través de diversas regiones y manifestarse singularmente, de acuerdo a las razones de origen. La hacienda es una estructura en permanente evolución, cuya expresión construida es una suerte de arquitectura metabolista, que aparece y se transforma en contacto con las necesidades de sus habitantes y que desoye y pone en jaque las recomendaciones albertianas en torno a la integridad de la forma y el principio consustancial de la armonía, donde nada sobra ni nada falta. No puede ello menos que permitirnos una comparación con las obras abiertas del arte contemporáneo.

No obstante esa gran flexibilidad, los resultados distan de ser caóticos. Aparecen patios que fungen de elementos organizadores, muchas veces repetidos o fraccionados según funciones. A veces, los componentes se reúnen en partidos compactos y espacios flexibles -es notable la escasa especialización espacial- y generosos, tanto en su dimensión horizontal como en la vertical¹².

Existen también casas sin patios o con patios reducidos que recuerdan las viviendas urbanas. En estos casos, resulta común la presencia de edificaciones de dos plantas con amplio dominio visual sobre las propiedades. También existen composiciones tripartitas, con un curioso paralelismo con las villas renacentistas y casas de campo anglosajonas.

En haciendas de café y cacao, muchas de ellas ubicadas en zonas de topografía accidentada, las zonas de residencia y trabajo se yuxtaponen como sistemas

¹² Para un análisis de la arquitectura de la vivienda en áreas urbanas y rurales, buscando superar la contraposición campo-ciudad, concentrándose en la distinción entre casa compacta y casa con patio, ver GRASSI, Giorgio, *La arquitectura como oficio y otros escritos*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1980.

interconectados a través de patios. El área de servicio y, como en la casa urbana, el depósito o despensa y comedor, puede funcionar como lugar intermedio entre dos zonas o patios, al igual que lo puede realizar una zona administrativa, nexo entre la casa principal y el resto del conjunto.

Hay que mencionar que la mayor libertad de organización se corresponde con las posibilidades que brinda el estar en situación de aislamiento geográfico. Los volúmenes, al no estar comprometidos por la rigurosa retícula urbana, crean nuevas líneas compositivas de cuerpos que van creciendo, para generar variados esquemas de planta. Son configuraciones típicas aquellas en «L», en «H», en «U» o las que se densifican en torno a patios, recordando un microcosmos como el claustro del monasterio medieval en el campo.

El «parti» en «L» resulta muy común. Plantea la posibilidad de diferenciación funcional sencilla, por alas, y genera dos espacios abiertos de expansión, siendo el externo más abierto, de paisaje dominado con corredores periféricos, y el interno un patio vinculado generalmente a zonas más íntimas y de servicio. La disposición en «L» puede corresponder a una etapa inicial de desarrollo de la hacienda y presenta varias posibilidades de crecimiento.

En diversas oportunidades se da una composición espacial de varios elementos. La hacienda Santa Clara de Choroní ilustra este tipo de arreglo: dos masas principales -vivienda y servicios- definen un conjunto de espacios abiertos a gran escala, los cuales generan una secuencia de gran interés que se extiende hasta el pueblo colindante. A ello se añade la presencia de un fondo excepcional: el talud de la montaña densamente arborizado, el cual se convierte en una envolvente natural del conjunto.

En otros casos, como en plantaciones de caña de azúcar de relativa importancia, la residencia se separa notablemente de la zona productiva, tomando la casa una posición prominente, quedando el trapiche y residencias secundarias en el valle inferior, como ocurre en las haciendas San Mateo y Trapichito. En tierras calientes, los volúmenes se hacen oblongos para fomentar un máximo de contacto a las orientaciones Norte y Sur, las cuales son las más benignas en estas latitudes.

Además de los diferentes esquemas organizativos en planta, las haciendas poseen extraordinarias secuencias espaciales desde los espacios exteriores a los interiores. Secuencias que tienen su origen en la entrada al conjunto de la hacienda, remarcada con puertas y muros dispuestos libremente en el paisaje, continúan por un camino -flanqueado por zonas de cultivo y cortado por pequeñas quebradas- que, con frecuencia, se aproxima oblicuamente (rompiendo la simetría tradicional) a la casa principal, llegando en sesgo al corredor o porche socavado en la masa muraria, para luego ingresar a vestíbulos y salones principales. A lo largo del eje de movimiento, varios contraejos anuncian la presencia de otras habitaciones laterales. Luego de atravesar la estructura principal, la secuencia continúa a través de patios con corredores que conducen a las zonas de servicio, las de producción y a las caballerizas.

Al final surgen patios abiertos, de otra escala y características, como tránsito

al ambiente natural que aparece nuevamente. La estratificación de muros y vacíos se ve reforzada por el paso de espacios iluminados a zonas de penumbra.

Los alzados contribuyen a la sensación general de horizontalidad. Algunas edificaciones llegan total o parcialmente a dos niveles. Las torres de la capilla o del trapiche, las espadañas, miradores o algún fragmento a desnivel, introducen variaciones en la silueta del conjunto. Los juegos de cubiertas establecen la jerarquización de las dependencias con pendientes de techo que suben y bajan, intersectándose en múltiples aristas.

En las fachadas se produce un contrapunto entre lo abierto y lo cerrado, en soluciones de sólido-vacío de gran interés. La vida diaria se centra en los corredores exteriores, abiertos a las perspectivas y al paisaje que le brindan la razón de ser a la hacienda. Muchas veces, las filas de columnas se apoyan sobre podios lisos y continuos que limitan el acceso al corredor. La gran galería de la hacienda de La Vega es una de las más conocidas en el país. En los corredores de dos niveles, puede ser el primero de columnas cilíndricas -parientes del orden toscano- sustentantes de arcos de medio punto, y el segundo de sistema adintelado, con vigas soleras apoyadas sobre zapatas y pies derechos octogonales de madera. Las cubiertas se ajustan al sistema de pares, nudillos, tirantes y cuadriles de madera o viguetas de mangle con caña amarga, a veces a cuatro aguas en espacios principales, con cielorrasos. Todo ello recubierto por las invariables tejas criollas, que dan una coronación rojiza a la edificación, en contraste con el verdor general del paisaje.

Valores simbólicos

En las haciendas, las formas contribuyen a la lectura de las relaciones de poder y dominación sobre una población y un entorno físico. Al propio tiempo, son artefactos que acercan al hombre al paisaje, haciéndolo lugar (en el sentido heideggeriano del término), unificando el pensar, el construir y el habitar.

Variadas situaciones nos hacen conscientes de los mensajes simbólicos que encierran la hacienda y su emplazamiento: la vinculación del sistema a la red de caminos; la ubicación de la casa principal en el centro de los dominios, maximizando la accesibilidad de esta estructura, cual el cubo de una rueda; la localización de edificaciones en altozanos, con control visual sobre el paisaje; la disposición escenográfica de apertura al medio, como lo atestiguan balcones, miradores y corredores abiertos al paisaje; la proliferación de especies arbóreas en torno al casco de la casa principal, que refuerza o ayuda a crear la sensación de elevación; la disposición de elementos verticales como torres o imafrentes de capillas; los cambios de escala de los patios y la aparición de gigantescas operaciones de marca territorial, epitomizadas en el imponente cardo-decumano producido por dos largos ejes ortogonales de chaguaramos en la llamada «Cruz de Aragua», perteneciente a la hacienda Santa Teresa.

Lo simbólico del poder es un intangible del activo familiar de los dueños de la hacienda, como lo ilustra el epígrafe de este trabajo, en el cual la referencia a una casa en el «Paso de la Vega» resulta representativa de una familia y una riqueza más geográfica que mercantil.

Además, la integración de la actividad económica con los ritos religiosos proporcionaba formas específicas de apropiación del territorio y la arquitectura. Gilberto Freyre reseña una «botada» que debe haber tenido similares en Venezuela:

«En el día de la botada (primer día de la molienda de las cañas) nunca falta el cura para bendecir el ingenio: se iniciaba la faena con la bendición de la Iglesia. Primeramente el sacerdote decía misa, y luego se dirigían todos al ingenio, los blancos bajo quitasoles, lentos, solemnes, señoras gruesas de mantilla. Los negros contentos, pensando ya en sus batúques por la noche. Los muleques dando vivas y disparando cohetes... Después de todo, ese ceremonial es que se colocaban entre las muelas las primeras cañas maduras, atadas con lazos de cinta verde, roja o azul. Recién entonces empezaba el trabajo en los ingenios patriarcales. Ocurrió así desde el siglo XVI»¹³.

Por otra parte, la dignidad -casi ascetismo- de la arquitectura de la hacienda venezolana (carente de ejemplos que presenten una riqueza de lenguaje como la del barroco mexicano) declara modestia pero severidad en el mando. Así lo define una volumetría de austeras cajas murarias.

El problema de la preservación histórica de la hacienda y su entorno

La hacienda presenta un conjunto de retos para la actividad de preservación histórica. En primer lugar, existe una documentación muy escasa en relación con estos elementos patrimoniales. El abandono de actividades agrícolas por parte de una sociedad modernizada hace que se le brinde poca atención a los testimonios de un pasado que se pretende olvidar. En segundo lugar, la conurbación y el crecimiento metropolitano en la Región Central de Venezuela han ido incorporando gradualmente a las áreas urbanas los espacios otrora ocupados por haciendas, produciendo una acción devastadora sobre paisajes y edificaciones, las cuales, de ser conservadas, lo hacen de forma no contextualizada, como trazos dispersos. Ciertas zonas, como las residencias de los esclavos o peones, tienen problemas mayores de conservación, tanto por lo perecedero de su construcción como por lo que suponemos una menor percepción -hasta algo de pudor- respecto al valor de estos subconjuntos.

¹³ FREYRE, Gilberto, *Casa Grande y Senzala*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, p. 393.

Existen algunas alternativas para generar estrategias de revalorización de las haciendas. Creo que la más urgente es producir conocimiento sobre su valor en términos de sus relaciones con el contexto, su morfología y relación con lo simbólico. Es importante insistir, en primer lugar, que el estudio de la hacienda resulta entonces una necesidad central dentro de la aspiración global de preservar una cierta capacidad de memoria. Y, en segundo lugar, que de una mayor nivel de conocimiento se podrán derivar parámetros para la consolidación, renovación y remodelación de ejemplos valiosos que se encuentran presentes en toda la geografía venezolana.

De haber cumplido con el objetivo de documentar y entender mejor estos elementos del Patrimonio, podremos decir, con Rapoport: «...Me he interesado principalmente por las fuerzas que modelan estas viviendas y les dan unas características claramente identificables y en sus lecciones para la actualidad»¹⁴.

¹⁴ RAPOPORT, Amos, *Vivienda y Cultura*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1975, p. 9.

CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y PERCEPCIÓN DEL TERRITORIO: UNA VISIÓN DIACRÓNICA DEL PAISAJE DE VALLADOLID Y SU ENTORNO

Luis Santos y Ganges*

En los inventarios -o estudios del medio- propios de la primera fase de cualquier plan territorial suele incluirse el epígrafe «paisaje». En algunos casos aparece como el colofón del estudio del medio físico o natural, obviando el determinante papel de las sociedades humanas en la configuración del paisaje y errando, por tanto, en su caracterización. En otros casos, el paisaje se concibe simplemente como panorama visual o conjunto escénico.

Con motivo de la elaboración del Avance de las Directrices de Ordenación Territorial de Valladolid y Entorno (DOTVAENT) por un equipo del Instituto de Urbanística dirigido por Juan Luis de las Rivas, nos planteamos realizar un inventario territorial donde el epígrafe «paisaje», sin menoscabo de los aspectos visuales y sobre la base de la enorme relevancia de los aspectos naturales, contuviera una explicación histórica. El paisaje se modela y se concibe en el tiempo de formas diversas. El presente texto es un resumen de las aportaciones en esta materia a las DOTVAENT.

Este texto no persigue sino explorar -sobre la base de un caso concreto, el paisaje de Valladolid y Entorno¹- el interés o la necesidad de estudiar los cambios que experimenta el espacio geográfico a lo largo del tiempo, con el fin de mejorar el conocimiento que se tiene de un determinado territorio concebido como región-plan.

Hemos de partir de la convicción de que el estudio del paisaje no es simplemente el análisis visual desde la perspectiva ingenieril (componentes y

* Geógrafo. Universidad de Valladolid (España).

¹ Se entiende aquí por entorno de Valladolid a los siguientes municipios: Santovenia, Fuensaldaña, Mucientes, Cigales, Cabezón, Renedo, Castronuevo, Laguna, La Cistérniga, Tudela, Aldeamayor, Boecillo, Viana, La Pedraja, Valdestillas, Villanueva, Geria, Ciguñuela, Arroyo, Simancas, Villanueva y Zaratán, en concordancia con el ámbito delimitado por el Avance de Directrices de Ordenación Territorial de Valladolid y Entorno.

elementos, intervisibilidad, etc), sino que han de tenerse siempre en cuenta el factor de complejidad (la mixtura y conjugación de usos), el factor escénico (la disposición de las partes y el panorama), el factor histórico (las herencias y las inercias) y, sobre todo, el significado geográfico. De entre estas visiones del paisaje, nos interesa destacar aquí la enorme relevancia de la visión diacrónica para la comprensión del paisaje actual, en la doble perspectiva de la evolución (conformación histórica) del paisaje mismo y de la percepción que de éste han tenido las sociedades que lo han construido².

La caracterización fisiográfica de Valladolid y su entorno puede centrarse en su condición de encrucijada natural, de espacio de confluencia de valles y ríos -y por tanto de corredores naturales- donde el agua es un recurso relativamente abundante. Evidentemente, estamos ante un espacio de llanura, en el centro de la cuenca sedimentaria de Castilla la Vieja, donde las unidades básicas de paisaje son los páramos, las cuestas, las terrazas fluviales, los fondos de valle y la campiña.

La humanización del área central de la cuenca del Duero, y en concreto del entorno de Valladolid, puede considerarse como un ininterrumpido proceso en el que la agricultura es una práctica milenaria; la transformación del paisaje original, que corresponde al predominio del encinar, el quejigar, el pinar y las comunidades de ribera, tiene una larga trayectoria. Los campos de cultivo han sustituido a la vegetación natural, que ha quedado desfigurada y reducida a bosquetes de frondosas, a ciertos sotos de ribera y a algunos pinares. Por contraposición, en amplios sectores se ha favorecido históricamente la expansión del pinar, a lo que hay que sumar los cultivos de chopos y las arboledas lineales creadas en torno al sistema de acequias.

El paisaje, en suma, ha experimentado fuertes cambios de la mano de las sociedades humanas. El paisaje no es estático, sino que es a la vez herencia de nuestros ancestros y producto de nuestra sociedad actual. Por ello, es precisa una visión dinámica que ayude a comprender el paisaje actual y la posibilidad de adaptarlo a las necesidades y estrategias de la sociedad.

En principio, la desaparición de los ecosistemas naturales supone un empobrecimiento ecológico por pérdida de diversidad. En este sentido, la deforestación histórica que ha sufrido la comarca ha sido muy intensa y, en cierto modo, también inevitable. Pero más grave ha sido y sigue siendo, por poco justificada, la eliminación de la vegetación residual que ocupaba los cauces de arroyos, ribazos y lindes. Una práctica arboricida que afecta muy negativamente a la fauna y empobrece el paisaje.

² Sobre la evolución del paisaje destacan las aportaciones de historiadores como Valdeón, Bennassar o Reglero, así como el sintético texto del Ingeniero GORDO ALONSO, Javier, «Evolución histórica del paisaje vegetal», *Segundo Inventario Forestal Nacional 1986-1995. Provincia de Valladolid*, Madrid, ICONA, 1995. Por otro lado, en general, no abundan los estudios sobre la percepción del paisaje castellano y de Valladolid en particular, pero es una valiosísima aportación la obra del Geógrafo GARCÍA FERNÁNDEZ, J., *Castilla (entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*, Madrid, Edit. Espasa, 1985.

Varios son los procesos que originan la ausencia de vegetación natural en grandes extensiones del terrazgo, sobre todo los campos de secano: la eliminación de la vegetación de las lindes en las concentraciones parcelarias, la quema de rastrojos y malezas, y la equivocada política de saneamiento de cauces, donde aún pervive una visión trasnochada de la ingeniería civil, que ha convertido a los cursos de agua en meros canales de evacuación.

Tan intensa ha sido la transformación del campo durante el último siglo y medio como durante muchos siglos precedentes. Afortunadamente, se salvaron muchos montes en Valladolid y entorno. Los montes públicos, tradicionales o reforestados, son un gran activo patrimonial, paisajístico y natural que es preciso valorar y potenciar. Por otro lado, también debemos reseñar los déficit, sobre todo por los numerosos montes desaparecidos (el monte de Tudela, el monte de Castronuevo, el monte de Zaratán, etc) y por la práctica inexistencia de superficie forestal arbolada en términos como Fuensaldaña o Villanubla.

En cuanto a los valores paisajísticos de otros elementos introducidos por el hombre, debe destacarse la importancia de las arboledas lineales que acompañan a los canales y acequias, que se suman a las riberas de los ríos. En diversas ocasiones -como el Canal del Duero frente al Río Esgueva- los canales son quienes introducen contraste, variedad y color entre el terrazgo con sus líneas de chopos y otros árboles. De ahí que los bosques de galería son un buen activo paisajístico, pero desigual en su estado actual, aunque en cualquier caso siempre se comportan como una oportunidad de enriquecimiento del paisaje.

La evolución del paisaje

Ya mucho antes de la conquista de Iberia por las legiones romanas, el centro de la cuenca del Duero estaba explotado por los vacceos, cuyas actividades agrícolas y ganaderas contaban con arraigo en el territorio. En los primeros siglos de nuestra era se desarrolla una intensa explotación agrícola sobre la base de numerosas villas romanas en el Valle del Pisuerga.

La deforestación para disponer de nuevas tierras de cultivo es, por tanto, un proceso que arranca del neolítico y se prolonga en el tiempo hasta la actualidad. La Tierra de Campos y el valle del Pisuerga son espacios dedicados a usos agrarios desde hace más de veintitrés siglos, mientras que los páramos y las campiñas arenosas del sur del Duero son espacios donde el monte siempre ha tenido una importancia sobresaliente.

El terrazgo en el llamado Antiguo Régimen fue siempre predominantemente de secano, siendo el cultivo cerealista el mayoritario, ocupando un rango inferior las leguminosas y el viñedo. La explotación de los cultivos herbáceos se basaba en el sistema de año y vez, o por la modalidad al tercio si las tierras eran de peor calidad.

Así, las superficies cultivadas, respecto del total del terrazgo, se veían reducidas de tal forma que los barbechos eran un aspecto muy destacado de los labrantíos. A pesar de ser el partido de Valladolid un territorio donde las aguas están presentes de diversas formas, la agricultura de regadío ocupaba una mínima parte, según los datos del Catastro de Ensenada³. Los cultivos dominantes eran: trigo, cebada, centeno, avena, algarrobas, garbanzos, lentejas, guisantes, etc, siendo el viñedo un cultivo que raramente estaba ausente en los pueblos, agrupados en algunos pagos, allí donde los suelos eran menos capaces de producir cereales.

Pero era en los valles, las cuestas y la campiña donde la agricultura se daba en toda su intensidad, mientras que los páramos eran considerados como espacios proveedores de pasto para el ganado y de madera y leña. Los páramos estuvieron durante siglos cubiertos de bosque⁴. Por un lado, la limitación impuesta al libre pastoreo en el territorio vallisoletano condiciona de algún modo la utilización de los páramos próximos como pastizales, y por otro, está documentado el aprovechamiento de los montes del Páramo de Torozos para madera, leña y carbón vegetal (cisco o picón de encina).

El aumento de la población fue paralelo al de las roturaciones y degradación del monte, por lo que pronto se hizo necesario regular sus aprovechamientos. La continua presión sobre el bosque obligó a dictar normas para proteger el arbolado de los montes adhesados, al objeto de garantizar su persistencia y la de sus pastos⁵. Están documentadas, desde principios del siglo XVI hasta el XVIII, cartas y provisiones reales que prohibieron la tala y descepe de los montes y ordenaron plantar montes y pinares en Valladolid y su entorno, lo cual induce a pensar que el problema persistió.

Se prefería la encina y el roble para el páramo, el pino para la campiña y el almendro para acompañar o sustituir al viñedo. El pino preferido era el albar o piñonero, en detrimento del negral, más sometido al aprovechamiento de madera y leña.

A principios del siglo XIX aún se mantiene una agricultura de carácter tradicional y extensivo, fundamentada en el cereal de secano cultivado por el sistema de año y vez, junto a huertas, pagos de viñedo, prados y montes, además de una relevante cabaña lanar. Pero el advenimiento de la burguesía al poder político supone un cambio en la consideración de los recursos.

La llamada Desamortización supuso un cambio la estructura de la propiedad

³ *Las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada* (1752) describen a Valladolid como «tierra de secano, de sembradura, viñas, pastos, bosques, matorrales, montes y pinares».

⁴ Según BENNASSAR, B., «Los páramos eran grandes espacios carentes de cultivos, considerados en el siglo XVI como reservas forestales de Valladolid», en BENNASSAR, Bartolomé, *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*. Ayuntamiento de Valladolid, Fundación Municipal de Cultura, 1983.

⁵ Según GORDO ALONSO, J., *op. cit.*

del suelo que implicó profundos cambios fisonómicos en el paisaje⁶. A principios del presente siglo, las tierras de cultivo han aumentado a costa de los llamados baldíos, de los montes y los eriales. Muchos montes de quercíneas fueron descuajados en beneficio del terrazgo y algunos otros fueron acondicionados como dehesas y explotados para conseguir pasto para los ganados.

En la etapa desarrollista de los años sesenta del siglo XX se produce una nueva pérdida de superficie forestal arbolada para ser dedicada al cultivo agrícola, fenómeno que alcanza también a muchos montes públicos. Con todo, las repoblaciones de la administración forestal en la segunda mitad de este siglo han supuesto el crecimiento de los pinares de pino albar y negral, además de la creación ex novo de montes de pino carrasco, sobre todo en las cuestas de los páramos.

El paisaje percibido

Los autores del Siglo de Oro

Según Bennassar, muchos observadores del Siglo de Oro, como Fernando Colón, Andrés Navagero, Pedro de Medina, Enrique Cock, Dámaso de Frías o Antoine de Lalaing, coincidieron en sus alabanzas a la fertilidad y riqueza de las tierras de Valladolid⁷.

Navagero⁸ (o Navagiero o Naugerio) hace referencia a la espesura de las riberas del Pisuerga (si bien poco arbolada en contraste con la ribera del Duero a la altura de Tudela) y a la fertilidad de las tierras de la dilatada campiña.

⁶ Según GORDO ALONSO, J., *op. cit.*, «La tierra pertenecía en buena parte a las manos muertas, formada por la Nobleza, la Iglesia y los Concejos. En los Montes de Torozos casi el 85% del espacio productivo pertenecía a estos tres tipos de titulares; [...] y en la Ribera del Duero el 60%. [...] El período desamortizador fue muy largo en la provincia de Valladolid, desde 1820 hasta 1907, fecha en la que se vendieron los últimos montes de propios, significando una alteración sensible de la estructura de la propiedad y una evolución de la actividad agrícola hacia una economía de mercado. El resultado del proceso generó una estructura de la propiedad diferente, desaparece la Iglesia como titular de bienes, se inicia la venta de los propios y comunes y la propiedad de la Nobleza, a la vez que se incrementa, continúa en sus manos. Se consolidan las figuras del pequeño y mediano labrador, que poseía de 20 a 50 hectáreas de tierra, a costa de llegar a endeudarse y aparece el propietario urbano que explota directamente sus tierras o las arrienda».

⁷ Cita de BENNASSAR, B., *op. cit.* Algunos textos de estos y otros autores se encuentran en: MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José, *Valladolid, grabados y litografías*. Valladolid, Edit. Grupo Pinciano y Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1988.

⁸ NAVAGERO, Andrés, *Viaje a España del magnífico micer Andrés Navagero, 1524-1526*. Citado por Martín González.

Lalaing⁹ describe el valle del Pisuerga como muy abierto y muy fértil.

Cock¹⁰ resalta el valor que se da al Prado de La Magdalena, donde hay buenas carreras y alamedas con frescura por pasar allí el Esgueva.

Colón¹¹ dice de la comarca vallisoletana que es una Tierra de pan y cerrillos. Una peculiaridad la de los cerros, altozanos u oteros muy propia de los páramos calcáreos de la zona central de la cuenca del Duero. También Navagero advirtió la relevancia de los cerros en el paisaje y en la configuración de algunos lugares como Portillo, Nuestra Señora del Prado y otros. Estos cerros muestran en ocasiones nada infrecuentes los materiales arcillosos grises y ocre, de donde se obtiene el barro para fabricar adobes para construir las casas. Lalaing se muestra sorprendido por la abundancia de casas de adobe en Cabezón, un material que le parece feo. Podemos suponer que Valladolid y los pueblos del entorno también tendrían numerosas casas y tapias de barro.

Antonio Ponz. Referencias paisajísticas 1783

La vasta obra de este ilustrado viajero, con una pretensión de objetividad y una capacidad para describir y criticar dignas de encomio, refiere algunos apartados a Valladolid y su entorno¹². Ponz realiza su viaje de tal forma que entra en el área de estudio por La Parrilla, pasa por Tudela de Duero, La Cistérniga, Valladolid, Montes de Torozos, Fuensaldaña y Cabezón para seguir hacia Palencia por el valle del Pisuerga.

De Tudela y en general de toda Castilla, critica la excesiva presencia de viñas (incluso en las cuestas y el páramo). Del páramo de La Parrilla dice que es tierra agria, páramo y sólo buena para pastos y algunos centenos. Pero lo que destaca de lo comentado acerca de Tudela es la variedad, la frondosidad y la riqueza: las márgenes están frondosas de álamos blancos, negros y otros árboles. La vega, muy particularmente hacia el Mediodía, está cubierta de viñas, porción de pinares, frutales, etc., en las huertas, que se riegan con manantiales. No vuelve a hablar de frondosas arboledas hasta llegar al monasterio de Palazuelo, ya pasado Cabezón.

De camino entre Tudela y Valladolid, señala la existencia de viñas a un lado y otro del camino, hasta que, antes de La Cistérniga, sitúa unos cerros pelados y algunas tierras labrantías.

⁹ LALAING, Antoine, *Relation du premier Voyage de Philippe le Beau en Espagne*, 1501. Citado por Bennassar.

¹⁰ Según el fragmento recogido en MARTÍN GONZÁLEZ, J.J., *op. cit.*

¹¹ COLÓN, Fernando, *Descripción y Cosmografía de España*. Citado por Bennassar.

¹² Nos referimos al Tomo Undécimo de *Viaje de España*, editado en Madrid en 1787 (2ª edición corregida), que hemos consultado en la edición de Aguilar Maior, Madrid, 1988, así como en *Valladolid en el «viaje de España»* (1783). Valladolid, Grupo Pinciano, 1993.

En cuanto a Valladolid, describe el lugar como un amplio valle apto para el cultivo, una dilatada y ancha vega (más tarde Jovellanos señaló con sencilla claridad que Valladolid se emplazaba en una ribera despejada y fértil) donde las abundantes aguas no son suficientemente aprovechadas para el bien de muchas huertas en su campiña.

La presencia de agua abundante en el centro de la seca Castilla de las llanuras no pasa inadvertida en absoluto:

No parece que pueda darse cosa más a propósito que este valle para árboles, pues a cada paso se ven manar caudalosas fuentes en la ribera del Pisuerga, y a poco trabajo se sacan en él fuentes y norias perennes; de modo que se tiene por cierto que, si se buscasen otras en las faldas de los collados que forman el valle, se encontrarían arroyuelos utilísimos a la fecundidad. Es tal el beneficio que logra Valladolid en cuanto a la buena proporción de aguas, que en las más de sus casas hay pozo de manantial corriente, clara y de buen sabor, usándolas en muchas para beber, sin necesitar de las fuentes. Hay también manantiales de agua dentro de los muros de la misma ciudad.

Cuando habla de la calidad de las tierras, que no se reputa de mucha sustancia, tras advertir la presencia de terrenos arenosos y cascajosos en el valle del Pisuerga, destaca la buena calidad de las tierras del Valle del Esgueva.

Respecto a las cuestas de los páramos (cordillera de collados poco elevados) en sus sectores altos, el autor llama la atención acerca de cuán pelados están y sin provecho. Es decir, ya en el siglo XVIII las cuestas se encuentran totalmente desarboladas (y se han mantenido así hasta las reforestaciones de la segunda mitad del presente siglo). Respecto a los páramos, que son definidos como territorios llanos y dilatados, se describen sus usos habituales; antiguamente coronadas de montes, con mucho pasto y caza, el terrazgo va ocupando terreno (centeno y trigo). De los Montes Torozos dice, con visión histórica y también predictiva:

Es una cordillera de lomas no muy elevadas y de valles tampoco muy profundos, que casi divide por medio a Castilla la Vieja en dos partes [...]. Dicha cordillera no se encuentra hoy tan poblada ni tan continuada de árboles como se supone haber sido antiguamente, aunque hay trechos que cuentan leguas de espesura y las plantas son, regularmente, carrascas, encinas, robles, y en las praderas, fresnos con otros arbustos [...] desde entonces hasta ahora ha ido en mayor decadencia y que, probablemente, se destruirá con el tiempo, si no se toman otras medidas.

Y así ha sido, en efecto, puesto que tan sólo restan algunos montes en el páramo de Torozos de una forma minoritaria.

Pascual Madoz. Referencias paisajísticas 1845-1850

La fuente sistemática y de primer orden para el siglo XIX, que de alguna manera muestra el paisaje de Valladolid y su entorno, es el conocido Diccionario

Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar de Pascual Madoz (1845-1850)¹³.

Resaltemos en primer lugar la existencia de pinares en numerosos espacios: Aniago, Boecillo, Fuentes, Herrera, Laguna, La Pedraja, Puente Duero, Simancas, Tudela, Valdestillas y Viana. También destacan algunos montes de encina y roble (quejigo) en distintos lugares: Aniago, Boecillo, Cigales, Fuentes, Mucientes, Puente Duero y Tudela. Algunos de estos montes son explotados para el carboneo (Boecillo y Puente Duero), lo cual explica en parte su degradación actual. Existen además diversas dehesas arboladas, como la de Zaratán. Por contraposición, se señala la práctica inexistencia de leñas (monte talado) en Cabezón, mientras que de Castronuevo, Ciguñuela, Fuensaldaña, Geria, Renedo y Villanueva nada se dice respecto a la existencia o no de montes. Los pastizales (yerbas de pasto) estaban presentes en todos los lugares como espacios indispensables para el mantenimiento del ganado.

En cuanto a la producción agrícola, hemos de hacer hincapié en que prácticamente todos los pueblos tenían sus pagos de viña y producían vino. Madoz destaca, sobre todos los pueblos del entorno de Valladolid, Cigales y Tudela en cuanto a su producción, además de Aldeamayor, Boecillo, Fuensaldaña, Fuentes, Herrera, Mucientes y Villanueva. Por el contrario, llama la atención que no cite la producción de vino en algunos términos, como por ejemplo Valdestillas.

Son producciones indispensables y generalizadas tanto los cereales (trigo, cebada, centeno y avena) como las legumbres (lentejas y garbanzos). En algunos lugares se producía morcajo, que no es sino una mezcla indiscriminada de trigo y centeno, que se sembraba, recogía y molía como tal. Otras producciones son las patatas, guisantes, habas, judías, melones y sandías, ajos, cáñamo y sobre todo algunas leguminosas utilizadas mayormente como forrajes: yeros, guijas, muelas y algarrobas (estas últimas no deben confundirse con el fruto del algarrobo).

En cuanto a hortalizas, Madoz tan sólo señala los casos de Cabezón, Tudela, Valdestillas, Villanueva y Zaratán, mientras que para los frutales son señalados El Abrojo, Fuentes, Herrera, Simancas y Tudela. En un caso (Geria), aparece el zumaque como producción; un arbolito cuyos contenidos en taninos lo hacían interesante para obtener curtientes. También se produce la rubia, planta que servía para obtener colorante, en Aldeamayor, Tudela, La Pedraja y Valdestillas. Están documentadas en el siglo XVIII plantaciones de rubia en La Pedraja, Tudela, Valdestillas, Laguna, Renedo y Valladolid, en los suelos sueltos¹⁴.

Por último, en cuanto a la presencia de agua, señalemos que las lagunas de Laguna de Duero y Aldeamayor de San Martín tenían el aprovechamiento de la sal,

¹³ Hemos consultado la edición facsímil, editada por provincias, de la Editorial Ámbito, Valladolid, 1984.

¹⁴ COLÓN DE LARREÁTEGUI, J.J., *Informe sobre los gremios de Valladolid*. Valladolid, 1781. Citado por Bennassar, *op. cit.*

en manos públicas, mientras que las de La Pedraja de Portillo son consideradas lugares insalubres, de aguas corruptas en verano. Por otro lado, por lo que se refiere a los ríos, son sobresalientes las anotaciones sobre la riqueza piscícola. A pesar de las contradicciones y vaguedades que se aprecian, debemos resaltar la presencia de anguilas precisamente en cursos de agua como el Esgueva, el Pisuerga y el Duero. También había algunas truchas en el Pisuerga, así como cangrejos en el Esgueva. No es preciso señalar que hoy en día no se da ninguna de aquellas circunstancias. Finalmente, vuelve a llamar la atención que Madoz, como antes Ponz, dejara patente la abundancia de las aguas superficiales y subterráneas en el término de Valladolid.

El punto de vista de los viajeros europeos del XVIII y XIX

Las extensas y desarboladas llanuras se han constituido como el arquetipo uniformizador de los paisajes castellanos desde que los libros de viajes de autores europeos del XVIII establecieran el cliché de la parda Castilla, matizado posteriormente por los escritores españoles de la generación del noventa y ocho, quienes consagraron la imagen mítica de Castilla. La Castilla verde parecía entonces no existir.

David Mitchell muestra, en su libro *Viajeros por España*, las diversas visiones de los viajeros europeos acerca de España¹⁵. En buena parte de éstas aparecen los conceptos de desolación, despoblación y pobreza, convertidos a veces en prejuicios. Los libros de viajes reflejan la idea, tal vez pesimista, de una Castilla sin vida, devastada. Con todo, hubo autores viajeros como Alexandre de Laborde o Richard Ford, con mayores pretensiones de objetividad.

Sir John Talbot Dillon, fisiógrafo irlandés del siglo XVIII, expuso -según Mitchell- la siguiente visión de Castilla: una tierra pelada y triste, con gran necesidad de árboles que los castellanos quitan alegando que los árboles atraen a los pájaros y los pájaros se comen las cosechas; esta ignorancia choca con el amor que otros países sienten hacia el arbolado pues saben que proporciona buenas sombras y mantiene la humedad del suelo. Por su parte, el reverendo Edward Clarke decía de León: una desnuda, terrible y árida tierra, un horror. Son, de esta forma, la monótona desnudez del paisaje y sus corolarios, cultura arboricida, escasez de recursos, espacio intensamente humanizado pero escasamente ocupado, etc, los aspectos que definen la idea de la Castilla parda.

Théophile Gautier es el escritor más relevante en la creación de esta idea. Describe el trayecto de Burgos a Madrid pasando por Valladolid, en su viaje realizado en 1840¹⁶. Del valle formado por los cursos bajos del Arlanzón y el Arlanza desde

¹⁵ MITCHELL, David, *Viajeros por España; de Borrow a Hemingway*. Madrid, Edit. Mondadori, 1989.

¹⁶ GAUTIER, Théophile. *Voyage en Espagne*, 1ª ed. París, 1845. Trad. *Viaje por España*. Barcelona, Editorial Taifa, 1985.

Burgos hacia Torquemada, pero con una intención generalizante, Gautier dice: La comarca que estábamos atravesando tenía un aspecto extrañamente salvaje: llanuras inmensas, áridas, sin un solo árbol que rompiese su monotonía, acabadas en montañas de un amarillo ocre, a las cuales ni la lejanía lograba dar un tinte azulado. De vez en cuando cruzábamos pueblecitos terrosos contruidos con barro, la mayor parte en ruinas. Estamos ante una visión tan imparcial como influyente en la creación del arquetipo de paisaje castellano (amplitud, aridez, monotonía, decadencia...) siempre relacionado con sus peculiares gentes.

En su viaje hacia el sur de Valladolid, Gautier describe la Tierra de Pinares, aun a pesar de que ya no se trata de la Castilla parda (realmente es una vasta campiña de pinares), con los mismos caracteres comunes (aridez, soledad, desolación) que las desnudas llanuras cerealistas:

Al salir de Valladolid el paisaje cambia de aspecto y tornan a reaparecer las landas; diferenciándose éstas de las de Burdeos en que de cuando en cuando, tienen grupos de encinas verdes achaparradas y en que sus pinos son más anchos de copa, con una forma semejante a la de mi paraguas. Aparte de esto, la misma aridez, la misma soledad, el mismo aspecto de desolación; de trecho en trecho, montones de escombros que llevan el nombre de pueblos, quemados y devastados por los facciosos, en donde vaga algún que otro habitante desaharrado y de rostro macilento.

El primer tercio del siglo XX: la valoración de lo castellano

Machado, Azorín, Baroja, Unamuno y otros grandes escritores españoles de principios de siglo desempeñaron un papel primordial y ambivalente en la justa definición y valoración de los paisajes castellanos. Por un lado, rompían con el cliché decimonónico y con la tradición erudita y presentaban visiones libres de prejuicios heredados, mientras que por otro lado contribuían a consolidar el prototipo de la ancha Castilla y de los pobres y altivos castellanos, construyendo o reinterpretando el sentido de Castilla en España¹⁷.

Castilla es reinventada y revalorizada por los literatos españoles; la generación del noventa y ocho descubre y exalta una visión de los paisajes castellanos. Se mantiene la palpable valoración de región depauperada, de grandes soledades, donde las notas de monotonía y aridez muestran la imagen de estepa desolada; es la Castilla en ruinas, enquistada en sus glorias pasadas, pero se advierte un paulatino cambio de perspectiva. Ya no estamos ante el desierto de cielos plúmbeos, donde no existe el color ni la vida. Es decir, se rompe con la visión de algunos viajeros de Europa occidental en aras del regeneracionismo. La Castilla parda y devastada pasa a ser poco

¹⁷ Es el caso de pensadores de diversa talla y sentido como Julio Senador, José Ortega y Gasset o Ramón Menéndez Pidal.

a poco considerada como la Castilla amarilla y adusta, con todos sus matices y diversidad. Así, la comisión que organizó un homenaje en 1926 al pintor vallisoletano Aurelio García Lesmes (mi tío abuelo, el pintor del terruño vallisoletano, valorado por sus excelentes paisajes de las llanuras cerealistas), formada por Ramón Pérez de Ayala, Ramón del Valle-Inclán, Anselmo Miguel Nieto, Julio Romero de Torres, Pío del Río Horteiga y Juan Cristóbal, trasladó a la prensa un escrito en el que destacamos lo siguiente:

«[...] A partir del escritor galo Gautier, el paisaje castellano venía siendo un cliché literario, una abstracción estereotipada, parda monotonía, ausencia absoluta de color y matiz, dechado de lo antipictórico. No se reconocía en el paisaje castellano sino emociones de orden moral, estoicismo, dignidad mística, infinitud de horizontes [...] (la pintura de García Lesmes) ha revelado [...] que la tierra castellana, según el sesgo con que la luz celestial extiende sobre ella su caricia, posee gradaciones no menos ricas, suaves y sutiles que el oro viejo, la madreperla, la rosa o la piel virginal».

Por su parte, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, también incide en la ruptura con la visión decimonónica al realizar una crítica sobre el mismo pintor:

«[...] Castilla, la parda Castilla de los tópicos literarios, se deshace, desaparece de un golpe bajo el pincel mágico de García Lesmes y en su lugar esalzada otra Castilla, más verdadera: fina, luminosa, plena de colorido como es la verdadera Castilla, como la ve, como la siente el artista».

Castilla, no tiene paisaje, dicen unos, Castilla es el desnudo del paisaje, dice García Lesmes, y la pinta y la siente, como la ve, como es en realidad, interpretando el alma de la llanura y haciendo elevar su espíritu a través de sus lienzos.

Regoyos dijo que Castilla es impintable, opinión que dio origen a una polémica de la que queda una carta de éste a Lesmes, en que dice: «Me marcho al país verde, porque el país amarillo no me dice nada» [...]. Y entonces, «el país amarillo» surge, fino, lleno de color, aun dentro de la austeridad mayestática de sus llanuras.

Interesa en el presente apartado no ya la visión que se tenía y se tiene de las llanuras de Castilla sino más bien de su centro, de Valladolid y de su entorno. En este sentido, los escritores vallisoletanos de la primera mitad de este siglo, en la línea que glosábamos anteriormente, nos muestran aspectos comunes del paisaje percibido. Destaquemos el siguiente texto del profesor y escritor vallisoletano Narciso Alonso-Cortés¹⁸:

¹⁸ ALONSO-CORTÉS, Narciso, «Aurelio García Lesmes», *Catálogo de la Exposición Rincón de Arte*, de Meseta. Valladolid, Abril de 1950.

«[...] En esa quietud del llano, incomparable sugestión pictórica, parpadea la indecisa vaguedad del crepúsculo o esplende la fulgurante luz del mediodía, pero siempre nimbadas de cierta inefable expresión, entre melancólica y serena, que no es sino la poesía de los campos de Castilla. Basta a su mágico pincel imprimir un ligero cambio en la suprema horizontalidad del paisaje, para que la idea inspiradora halle nuevos matices emotivos [...]».

Así como en nuestros poetas se encuentran rasgos descriptivos y morales que recogen el hálito de la tierra castellana -Zorrilla en Soledad del campo, Núñez de Arce en el *Idilio*, Ferrari en *Las tierras llanas*, Cano y Masas en *¡Velay!*-, así García Lesmes condensó en sus cuadros la quintaesencia del llano. Grandes pintores tenemos en Castilla y algunos de ellos han llevado a sus lienzos los paisajes regionales con tanto verdad como belleza. En ellos puede verse lo que son nuestros campos en su aspecto más riente y ameno. García Lesmes buscó la inspiración en la parte más sintética, más desnuda, más escueta de ese paisaje, de ese mar de tierra «que sin términos ni orillas se dilata en derredor», y por ello le corresponde con justicia la calificación de pintor del terruño.

No sin razón un crítico, al evocar recientemente las palabras de José Francés, según las cuales García Lesmes es el «pintor incomparable de los tendidos campos de Castilla», dotado de «un aliento epopéyico», consideraba a nuestro pintor como uno de los ángulos vitales en la representación simbólica del solar castellano.

Estamos entonces ante un paisaje vallisoletano donde, a pesar del cambio de perspectiva, el paisaje estival de las llanuras cerealistas, desnudo, relativamente seco (amarillo) y con amplias vistas, predomina sobre el paisaje verde de las arboledas de ribera, de los amplios e históricos pinares, de las huertas e incluso de la totalidad del campo de Valladolid y entorno durante la primavera. El paisaje verde y de textura gruesa no es considerado por la población como propio o representativo. Recordemos que el excelente pintor García Lesmes, aunque realizó diversos óleos de riberas, jardines y campos verdes, se hizo justamente famoso con cuadros de campos de cereal en el estío, cuyos temas reales se encuentran en el entorno de Valladolid; cuadros como *Campos de Fuensaldaña*, *Campos de Zaratán*, *Rastrojos*, *Trigos*, *La vuelta de la siega*, *Mediodía en Castilla*, *La Bambilla*, *Paisaje veraniego*, *Tesos de Cabezón*, *Mucientes*, *Cuesta de La Maruquesa*, *Camino de Villanubla*, *Eras de Zaratán*, *Cabezón*, *El cerro del tomillo*, *Afuera de Valladolid*, etc. Se trata, en cualquier caso, de una visión moderna -optimista o fiel a la realidad- del desnudo paisaje de los campos de cereal, sin arbolado ni linderos. De ahí el enorme interés que tiene la pintura de García Lesmes para comprender el paisaje de principios de siglo; estamos ante estampas de la realidad, ante un realismo que es fiel al paisaje percibido del natural y ante una técnica post-impresionista fundamentalmente colorista, alegre y luminosa.

He aquí otros comentarios de la crítica a la pintura de García Lesmes que sirven para aprehender la nueva concepción del paisaje de las llanuras cultivadas de Castilla:

«[...] La Castilla que tú ves y nos haces ver a los demás conforta el ánimo y acaricia sin rumor de frondas, pero sin sequedad de yermo; sin molicie, pero sin miseria; la Castilla que se presente en aquel libro, olvidado injustamente, de Macías Picavea, Tierra de Campos, y que las miradas indiferentes de los viajeros ven a través de los cristales del vagón desdoblarse en anchos, largos kilómetros de sembradío feraz y de soledad arrogante [...]».

FRANCÉS, José, «Elogio del pintor castellano Aurelio García Lesmes», en *Nuevo Mundo*, 7 de noviembre de 1931.

«[...] Aurelio García Lesmes es el pintor de las llanuras [...]. Pero no es el pintor de esa Castilla escueta, tosca y áspera, de la que se ha hecho un lugar común literario; es el descubridor de una Castilla moderna [...]».

Porque Castilla no es uniforme de color, como equivocadamente se cree. Castilla es un manantial inagotable de tonos, de finos matices [...]. Todo es soledad en aquellas tierras; parece como si se labraran tan extensos terrenos por arte de encantamiento [...].

Luminosas, enormemente luminosas, son las planicies castellanas de Aurelio García Lesmes [...]. Sin embargo, no hay blancos [...] y es que los mismos pueblos nacen de la tierra que los sostiene y existe aparentemente esa uniformidad luminosa que ha servido de punto de apoyo a esa falsa leyenda de la parda Castilla».

GUTIÉRREZ NAVAS, «Aurelio García Lesmes», en *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes*, Año VI, nº 51. Madrid, julio de 1927, pp. 232-235.

«Rastrojos es la revelación de la llanura castellana, tendida al sol implacable de verano. En el cielo, de un azul denso y etéreo, se inmovilizan blancas nubes. Leves sombras claras y transparentes puntean los dorados rastrojos. A lo lejos rojea una loma poco pronunciada. Contadas figuras dan la nota oscura, que dista mucho de llegar a negra. Estos campos de leyenda, campos épicos, mudos escenarios de epopeyas [...]».

VEGUE Y GOLDONI, Ángel, «Crónica de arte: la Exposición Nacional», Apartado sobre García Lesmes, en *El Imparcial* del 28 de mayo de 1926.

«Hasta aquí no veíamos paisaje en Castilla, solamente el color «del sayal del franciscano», y las notas de monotonía y aridez... Y he aquí, que García Lesmes, sin falsear la realidad y sin recurrir a ningún efecto que no sea puramente pictórico, nos presenta la llanura tan bella e interesante, a la vez que recia y varonil, que se eleva a categoría estética.

Maravilla que de un asunto tan desestimado estéticamente como la llanura castellana, pueda componerse una sinfonía de colores tan bella: en primer término un rastrojo; al fondo, tierra y más tierra, después el cielo de un solo azul. Nada más. Pero, la privilegiada retina del artista ha captado tal variedad de tonos, matices tan suaves, delicados y exquisitos, que encantan...».

PARDO, Gaspar, «Un pintor de Castilla», en *Heraldo de Zamora*, 7 de octubre de 1926.

Nos interesan también las referencias a la amplitud de los panoramas, a las peladas cuestas y al predominio del cereal. Destaca por su escasa valoración general el monte proveedor de leña y la abundancia de cursos de agua con sus respectivas riberas. Los cuadros de García Lesmes nos pueden ayudar a aprehender ese paisaje de hace sesenta años, tan modificado; las cuestas están siempre peladas y a menudo erosionadas; los secanos son omnipresentes; no hay hitos tecnológico-ingenieriles (grandes antenas, depósitos de agua, silos, factorías, etc) ni elementos distorsionantes del paisaje como por ejemplo las líneas eléctricas de alta tensión; no se aprecia la existencia de vegetación en las lindes, a excepción de algunas líneas de almendros en Valladolid; los pueblos tienen el mismo color que el entorno, etc.

La cultura de la clorofila

Desde el desarrollismo de los sesenta y setenta y el nacimiento del llamado movimiento ecologista, la puesta en valor de los espacios arbolados, poco humanizados, donde la vida silvestre tiene menos dificultades para su normal desarrollo, supone cierto abandono del ensalzamiento de los rasos, los campos de cultivo, las texturas finas, el amarillo, frente al creciente valor del arbolado, los montes, las texturas gruesas, el verde. Algunos autores vienen a denominar este cambio como el triunfo de la visión clorofílica, de origen eminentemente urbano.

En realidad, la valoración del bosque tiene su inicio en la Ilustración, que se enfrentó a los prejuicios medievales (insalubridad, peligros...) y convirtió al árbol en el símbolo de la lozanía y el vigor de la naturaleza. De ahí la anotación de Ponz en su *Viaje de España*:

«[...] la escasez de árboles que se nota en tan vastas llanuras como se descubren; cosa extremadamente ingrata a la vista de los forasteros, que están acostumbrados a ver países llenos de frondosidad y hermosura [...] ¿quién duda que la falta de árboles da un aspecto hórrido a los campos, y en la imaginación de los viajeros imprime ideas áridas, y destierra el deleite, que hace breve y apacible cualquier camino, por largo y fragoso que sea?».

Por otro lado, el monte, enmarcado en las grandes fincas de coto redondo, siempre había sido valorado como elemento de prestigio entre las clases dirigentes, vinculado a la caza y otros usos. Desde principios del siglo presente, la burguesía vallisoletana va instalando sus casas de campo y grandes fincas de recreo y de producción en un amplio entorno, en todo tipo de lugares. Paulatinamente, las clases medias -insertas en la cultura de la clorofila- imitan este fenómeno, ocupando menos espacio unitario pero siendo relativamente más selectivos; se valoran otros elementos como las arboledas, los cursos de agua, las vistas, la conectividad, etcétera.

Por otro lado, no puede olvidarse que a lo largo del presente siglo el

crecimiento del terrazgo en regadío, basado tanto en la construcción de canales y acequias como en los pozos y sondeos, ha sido el causante de la expansión de los espacios donde el color verde se impone. Una foto aérea o una imagen de satélite muestran con muchísima claridad la gran extensión de las manchas verdes, tanto las relacionadas con la presencia del agua como las que corresponden con la tierra pinariega.

Desde mediados del presente siglo, las repoblaciones forestales basadas en el pino carrasco para crear montes protectores en las cuestas de los páramos paulatinamente han conseguido tornar el aspecto de éstas; de peladas laderas, donde aparecían los materiales terciarios al desnudo y la erosión era más realidad que riesgo, las cuestas han pasado a ser franjas verdes en los horizontes de los valles y campiñas. Hoy en día, las cuestas cubiertas de pináceas y quercíneas son uno de los valores paisajísticos más notables de Valladolid y entorno, y cuesta hacerse a la idea de cómo eran las peladas cuestas de antaño¹⁹.

Hoy en día, se está en proceso de redescubrir que Valladolid (o Pucela, como también se la llama) es un lugar de aguas²⁰. No solamente estamos ante la confluencia de los grandes ríos Duero y Pisuerga con los tramos finales de sus afluentes Cega, Adaja y sobre todo Esgueva, sino que además se manifiesta el área de descarga del acuífero de Los Arenales (lagunas, sectores inundables, pastizales) y existen los canales de Castilla y del Duero, con sus acequias para el riego de las tierras.

¹⁹ Acúdase para ello a las primeras colecciones de fotografías. Por ejemplo, la postal de Simancas; una vista fotográfica del castillo desde la torre de la iglesia, con un fondo informe que no es sino la cuesta del páramo de Simancas, sin vegetación alguna y con una franja inclinada y mal definida que ha de ser la antigua Cañada Real de Puente Duero y de los Páramos.

²⁰ Algunos autores defienden el carácter de hidrónimo del término popular Pucela, cuyo significado étimo está en discusión, basándose en la existencia del área húmeda del Prado de La Magdalena y en la presencia directa del Río Esgueva con sus ramales atravesando la ciudad.



Ilustración 1. Vista de Valladolid. Grabado holandés del siglo XVII, de Pieter van der Berge.

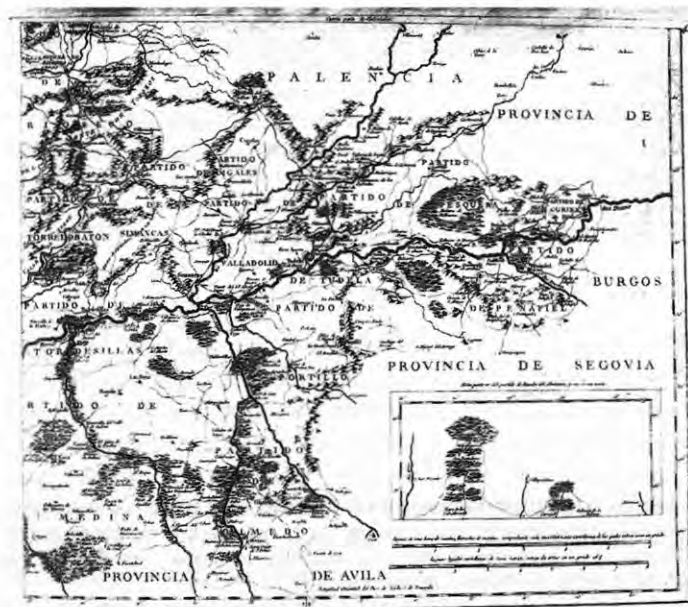


Ilustración 2. Mapa de la provincia de Valladolid de 1779.



Ilustración 3. Plano de Valladolid y sus cercanías, de la obra *Viaje pintoresco e histórico de España*, de Alexander Laborde, 1806-1820.



Ilustración 4. «Valladolid: vista general» (principios del siglo XX).



Ilustración 5. «Valladolid. Archivo de Simancas» (imagen histórica).

EL PATRIMONIO DE LA FORMA DEL TERRITORIO COMO CRITERIO DE ORDENACIÓN

Joaquín Sabaté Bel*

Una de las más claras competencias y responsabilidades de la proyectación del territorio es la de constituirse en una herramienta útil para el reconocimiento y ordenación de la forma de construirlo. Este objetivo se ha abordado en el Plan Insular de Ordenación de la Isla de Tenerife (PIOT), a partir del estudio de su territorio y de los procesos que han afectado a su transformación, buscando modelos de orden y proponiendo su actualización. Se defiende con ello la firme convicción de que, en la identidad del territorio, está y debe fundamentarse su propia alternativa de ordenación.

Al mismo tiempo, esta finalidad propositiva se enfoca buscando un equilibrio entre recursos y procesos de transformación de carácter muy dinámico. Se trata de reconocer y preservar los valores de un territorio enormemente antropizado, o de las escasas áreas aún no alteradas, como garantía de un cierto equilibrio ecológico; pero, a su vez, prepararlo para responder a las exigencias del turismo, de la agricultura, de los nuevos espacios productivos o de las extensiones de los asentamientos. Se trata, evidentemente, de un mismo objeto de análisis e intervención y, por tanto, la ordenación no debe plantearse como si se tratara de territorios diferentes o con exigencias contrapuestas. Así, el PIOT defiende la necesidad de establecer estrechos vínculos entre el territorio del turismo y el paisaje agrícola, entre aquél y los desarrollos residenciales, entre servicios y actividades productivas, y entre el conjunto de transformaciones y los recursos naturales o artificiales que puedan ser puestos en juego en cada caso.

* Arquitecto. Universidad Politécnica de Barcelona (España).

¿Qué se ha pretendido con los trabajos sobre la forma del territorio?

La mayor parte del crecimiento reciente en Tenerife se ha llevado a cabo al margen de los procesos urbanos ortodoxos, que tienen pautas de tratamiento suficientemente experimentadas. Esto ha conllevado notables desajustes y una actitud, antaño, de pretendida ignorancia del fenómeno, o de simple prohibición del mismo, que conllevaba su incapacidad de impedirlo o de encauzarlo. De esta manera, se ha construido la periferia del área Santa Cruz-Laguna y, asimismo, gran parte de lo que, eufemísticamente, se denomina «suelo rústico» en el conjunto de la isla.

Pero, recientemente, se han planteado la superación de aquel rechazo y la voluntad de encauzar y reconducir dichos fenómenos, potenciando lo que tienen de positivo. Esto resulta patente en el área de expansión capitalina, con el tratamiento de los barrios de autoconstrucción. Resta ahora aplicar dicha nueva filosofía al conjunto de nuestras medianías. Algo se ha avanzado a través de algunos Planes Generales (Arona, Tacoronte), o de la Ley del Suelo Rústico (asentamientos rurales), aunque todavía no suficientemente. El PIOT plantea como hipótesis que, en unas medianías tan intensas, y, en apariencia, tan desordenadamente ocupadas, existen modelos de orden, pautas que han de valorarse positivamente y que reflejan una cultura territorial. Estos modelos, una vez reconocidos y actualizados, deben servir para reproponer los criterios de intervención en dicho territorio.

El reto no es sencillo, porque todavía no se ha construido una disciplina de reconocimiento e intervención sobre el territorio, que cuente con análoga capacidad técnica que la que se ha desarrollado desde el campo de la urbanística, en relación con los procesos urbanos. Y resulta imprescindible que el PIOT se enfoque desde esta disciplina de ordenación territorial, permitiendo un tratamiento del suelo rústico, de especial importancia en Tenerife, que supere la insuficiente e inadecuada regulación que del mismo se ha venido haciendo a través del planeamiento urbanístico, pero que debe tener muy en cuenta, además, que la forma del territorio insular y de la gran mayoría de sus núcleos, obedece a pautas y lógicas rurales.

¿Cuáles son los sucesivos escalones de este enfoque del plan insular?

El trabajo que se ha realizado en el PIOT entiende el territorio como espacio continuo (urbano y rural), con la vitalidad y persistencia de unos elementos vinculantes, más allá de la dialéctica lleno-vacío, y que permanecen con sus intensidades, sus lógicas y sus funciones, en formas y grados diferentes. El antagonismo funcional entre la ciudad y el campo ha provocado, en muchas ocasiones, la simplificación del problema en términos de positivo-negativo, compacto-difuso, y la expansión de modelos concentrados y jerarquizados, prescindiendo de la explotación de otros, seguramente más sutiles. Ni la ciudad canaria es, o debe ser, necesariamente,

compacta, ni tampoco el territorio tinerfeño es su negativo, por lo que las cosas deben pasar por valoraciones mucho más sensibles y menos taxativas. Los modelos de orden no son necesariamente urbanos. También la construcción del territorio aporta desarrollos formales cuyas voluntades proyectuales están engendradas en un conocimiento vital, y forjadas en una cultura rural, agraria, longeva y rica, pero esencialmente diferenciada de la urbana.

El reconocimiento del territorio revela valores estructurales y formas de suelo que inciden directamente en la comprensión de las operaciones constructivas y sobre los elementos de ordenación-regulación a utilizar. Se abre una vía metodológica para su ordenación, a partir del análisis de las relaciones y de la permanencia histórica de sus elementos. Toda propuesta de ordenación territorial debe ir acompañada de la previa discusión sobre su formación y crecimiento, es decir, desde su propia morfología, como combinación de las componentes territoriales.

El trabajo que ahora se presenta se apoya en los inventarios catastrales superpuestos a los planos topográficos, para extraer de ellos una interpretación de la forma del territorio intencionada, en el sentido de redescubrir estructuras geomorfológicas de los tejidos y sistemas territoriales. Los planos catastrales reproducen maneras de hacer en la construcción del territorio, propias de los diferentes procesos agrarios a lo largo del tiempo. Contemplar estos planos con anterioridad a los fuertes procesos de transformación impulsados por la agricultura industrial de exportación, sobre todo en el caso del plátano y del tomate en el Suroeste de la isla, por las nuevas implantaciones turísticas o de segunda residencia, o por las implicaciones suburbanas en la proximidad de los grandes centros de actividad, supone descubrir la matriz de la actual construcción territorial despojada de las posibles desviaciones sectoriales o específicas de un determinado producto final.

A partir de estas reflexiones, el proceso de análisis y propuesta de ordenación territorial ha tenido las siguientes fases sucesivas en la elaboración del trabajo:

1. Formación de una nueva cartografía, como sumatorio del plano topográfico tradicional y del parcelario de rústica. Como lecturas complementarias para la construcción de esta cartografía, se ha procedido, asimismo, al análisis de los procesos de construcción de los caminos y articulación del tejido agrícola, de la incidencia de las pendientes o de la manipulación del agua.
2. Sistematización de las formas construidas en relación a sus factores naturales y artificiales, identificadas en la nueva cartografía.
3. Categorización de un mosaico de territorios mediante la identificación de estas lógicas y sistemas de funcionamiento.
4. Determinación de los criterios de ordenación, de la normativa y de las medidas de delimitación, control y gestión en base a los parámetros detectados.

Evidentemente, esta metodología analítico-propositiva no se ha planteado al margen de las restantes aproximaciones. Así, ha tenido fundamental importancia su interrelación continua con el estudio de las implicaciones territoriales de las actividades económicas y, muy en concreto, de la agricultura y la residencia.

Los trabajos elaborados confirman la existencia de unas pautas y lógicas de orden territoriales. A este resultado se ha llegado a través de la individualización y caracterización de unos elementos formales (edificación, infraestructuras, parcelario), en los que se reconocen, a su vez, unidades y formas de producción de ciudad-territorio diferentes. El esfuerzo posterior se ha centrado en una opción propositiva y alternativa, cuya expresión gráfica, de procedimiento y preceptiva, ha de hacer comprensibles y asumibles dichas propuestas a todos los agentes sociales y de gobierno del territorio de Tenerife.

En este sentido, ya desde el Avance del PIOT y con carácter de ordenación sugerida, que admite ajustes razonados desde figuras urbanísticas más detalladas, se dibujan en los Planes de propuesta de cada una de las Comarcas, los denominados elementos itinerantes que, con las trazas de los caminos, constituyen los ejes de organización de la actividad constructiva sobre el territorio, debiéndose mantener el resto de las áreas que atraviesan, libres de edificaciones y destinadas a las actividades propias de las mismas (generalmente agrícolas).

Asimismo, de dichos trabajos realizados se concluye claramente que la regulación de este territorio requiere de una normativa específica que evite excesivas aplicaciones de parámetros de racionalidad urbana: parcela mínima (en medianías sería mejor hablar de parcelas máximas edificables o prescindir del concepto «parcela»), ocupación máxima (parámetro de densidad urbana), alineación estricta y altura homogénea (la multifuncionalidad de áreas y diversidad de usos desvirtúa esta variable), distancia mínima a límites y caminos (mejor sería referirnos a retirada máxima de las construcciones respecto de los caminos para mantener áreas cultivas en el interior de las grandes «manzanas» territoriales).

Las tres grandes categorías del territorio tinerfeño

Dos franjas costeras diferenciadas

Desde la lectura formal del territorio insular se distinguen dos franjas costeras bien diferenciadas:

- La húmeda norteña se caracteriza por las mayores pendientes de las tierras próximas al litoral y la abundancia de depósitos aluviales, que favorecen la construcción de huertas de regadío. Aquí se habían venido produciendo la mayoría de los monocultivos intensivos destinados al comercio exterior.

- La otra vertiente, la de los monocultivos intensivos destinados al comercio exterior, la árida costa sureña, de pendientes generalmente más suaves, pero menos apta inicialmente para el cultivo, se ha visto fuertemente transformada en las últimas décadas por la agricultura intensiva y, sobre todo, por las nuevas estructuras turísticas y residenciales, superpuestas a la anterior sin solución de continuidad. El relieve cumple un papel de soporte regular en el caso de las suaves laderas que se entregan al mar, seccionadas regularmente por profundos barrancos.

Las medianías, verdaderos motores de la construcción de la isla

La medianía es el lugar de la primitiva colonización y del asentamiento más denso. Se presenta igualmente con notables diferencias en las dos vertientes de la isla. Las del Norte son de mayor altitud (>600 m.), con fuertes pendientes y mayor actividad agrícola que las del Sur que, por sus dificultades hídricas, no se han desarrollado de forma continua, y que tienden a una relación vertical (medianía-puerto) sistemática, más localizada y puntual.

Las medianías no pueden entenderse como una franja homogénea; las distintas condiciones de la topografía, agua y orientación, crean diferentes inflexiones como localizaciones más adecuadas de los asentamientos o actividades agrícolas. El relieve manda, ordena y limita el lugar de la urbanización y de la colonización rural. Las sucesivas franjas agrícolas diversifican una agricultura que se sustenta en la totalidad de ellas.

El Teide y los macizos

Junto con los macizos de Teno y Anaga, el conjunto de Las Cañadas constituye el territorio de relieve más accidentado, con pendientes superiores al 15% y de considerable altura, lo que ha hecho difícil su colonización. Las trazas de este territorio se geografizan buscando las inflexiones más elementales del suelo. El grano de la división catastral crece considerablemente y los elementos formales se debilitan hasta casi desaparecer. La naturaleza y la vegetación (bosque y matorral), en primer término, y la tierra volcánica, se muestran despojadas de intervención humana. Es el territorio quien domina sobre toda actuación humana.

A partir de esta primera distinción elemental de los diversos territorios de la isla, el trabajo ha desarrollado un análisis más preciso y detallado, aplicando el método en diversos ámbitos seleccionados por su representatividad. Uno de ellos es el que se ejemplifica a continuación.

Un ejemplo de aplicación del método: Tacoronte

Para su más clara comprensión se adjuntan algunos gráficos. El primero es un fragmento de la cartografía base de análisis (catastral+topográfico) correspondiente al municipio de Tacoronte. Su observación permite detectar dos relaciones fundamentales en la organización del territorio: las existentes entre relieve y parcelario, y entre acceso y edificación. Estos componentes definen típicamente el territorio, formalizan las estructuras e identifican, de una manera selectiva y fidedigna, el Medio Ambiente físico.

El primer binomio relieve-parcelario valora el territorio en sus características de superficie y dimensión y, por tanto, sus peculiaridades de pendiente, posición, naturaleza y homogeneización. Para su primera formalización, se utilizan generalmente criterios productivos agrarios. El segundo gráfico permite comprender la estructura de malla primaria de accesos en relación a la división del suelo. Así, se observa que el territorio se organiza en bandas definidas por caminos paralelos a la costa, complementados con otros ortogonales que los relacionan. Esta malla básica subyacente en la organización del territorio es ya, en sí misma, una primera propuesta de nuevos accesos y de continuidad de los ya existentes. Con ello, se consigue racionalizar el actual esquema y homogeneizarlo jerárquicamente, además de mejorar la permeabilidad territorial.

El segundo binomio, acceso-edificación, responde a una valoración itinerante o lineal del territorio. La elección del sitio para situar las trazas en las inflexiones y en los lugares de menor oposición al trazado, se valoran junto a otros caracteres de ajuste topográfico. El tercer gráfico resalta la relación entre los ejes de accesos y las edificaciones. Se comprueba cómo son los ejes verticales los que articulan los asentamientos más irregulares, que tienden a concentrarse en la intersección con los caminos horizontales. Estos soportan bandas de edificación discontinuas, cuya intensidad se incrementa y se distribuye a modo de racimo al conformarse como «núcleos de población».

De otra parte, la comparación entre sistemas de accesos, división catastral y disposición de las edificaciones, permite distinguir las nuevas carreteras de las históricas, pues las primeras, con sus servidumbres geométricas, no organizan parcelario, sino que lo atraviesan, sin tener en cuenta la proporción, ni la forma de las parcelas, ni cuándo se apoyan en los caminos rurales, mientras que la agrupación constructiva tradicional responde a pautas rurales, sin servidumbres geométricas.

Con objeto de concretar una propuesta territorial, se ha escogido un sector de trabajo reducido: la zona de La Atalaya, El Carmen y Cruz de Fray Diego. A partir de la lectura formal de este sector, se ha realizado una hipótesis de propuesta de organización, tanto del sistema de accesos, como de ubicación de las construcciones y de las funciones que, en los diferentes suelos, pueden establecerse. Con este ejemplo se quiere mostrar el análisis de un proceso de evolución parcelario y edificatorio a lo largo del tiempo.

Este sector agrupa los dos modelos de parcelación que existen en Tacoronte: paquetes horizontales en forma de franjas dispuestas paralelamente a las curvas de nivel y paquetes en forma de bolsas definidas por el límite natural de la ladera de los volcanes y de las discontinuidades del terreno. El barranco es el lugar de encuentro singular entre las dos zonas de pendientes y orientaciones distintas.

El siguiente gráfico recoge la evolución del proceso parcelario. La primera etapa corresponde a la división en franjas ortogonales a las curvas de nivel, formando parcelas largas, paralelas entre ellas, que buscan el acceso a las carreteras que limitan al Norte y al Sur. En una segunda etapa, se produce la división longitudinal de estas parcelas en otras nuevas, muy estrechas y largas, que siguen buscando el acceso al Norte y el Sur, y parcelas más cuadradas, que giran alrededor del volcán. En la tercera fase, las parcelas se dividen longitudinalmente por la mitad y aparecen otras nuevas mucho más largas que anchas. Éstas, a su vez, se fragmentan en dos y hacen necesaria la creación de los primeros caminos interiores que les den acceso. Las parcelas se subdividen perpendicularmente al límite inicial. En la última fase, la subdivisión transversal de las verticales va generando pequeñas piezas más regulares. Al mismo tiempo, aparecen caminos interiores que permiten el giro en la disposición de los lotes. De esta manera, se llega a la situación actual, resultado de un mucho mayor troceamiento de las pequeñas parcelas interiores y la abundancia de los caminos interiores, con un loteamiento de conjunto muy poco homogéneo en tamaños y formas. A pesar de ello, se distinguen las líneas maestras de la parcelación originaria. El objetivo, por tanto, de una futura parcelación, sería atender a estos límites parcelarios iniciales, recuperando la antigua imagen ordenada y homogénea del territorio rural.

El siguiente gráfico muestra la evolución de la edificación en las mismas etapas parcelarias, en relación también con la estructura de accesos. En la etapa inicial de la edificación, que está articulada por los accesos horizontales y verticales que corresponden a los caminos históricos, se apoya en ellos, a los dos lados, buscando el acceso más directo. Cada edificación se sitúa en una de las parcelas al borde del camino: hay una continuidad parcelaria y un ritmo edificatorio. Con la aparición de nuevas parcelas como resultado de la subdivisión longitudinal de la segunda fase, las nuevas edificaciones refuerzan el anillo viario que envuelve este paquete y comienzan, por otro lado, a disponerse en forma aislada y dispersa en los nuevos caminos interiores, con escasa capacidad de estructuración territorial. Finalmente, en las últimas etapas, se observa un asentamiento de la edificación, continuo y homogéneo, a lo largo de los ejes principales, con carácter rural, ya que generalmente se presentan edificios aislados, y tan sólo en las pequeñas aglomeraciones «semi-urbanas», entre medianeras. En el interior, la edificación pierde su carácter disperso y se sitúa de forma continua a lo largo de los caminos.

Los análisis anteriores (parcelario y edificación-viario) son la base de partida para la concreción de una propuesta de ordenación que dé pautas sobre la forma de construir este territorio (ejemplificando el alcance que puede tener el PIOT). En otro

gráfico se recoge esta propuesta, cuyo proceso de elaboración y criterios normativos podrían esquematizarse en los siguientes aspectos:

- Se ha querido poner énfasis en la distribución de las funciones colectivas del suelo, centrándolas en vías y nudos.
- Se distinguen las vías primarias y las secundarias, según tenga un servicio general o local respectivamente, y, por lo tanto, su capacidad, forma y trazado responden a esas servidumbres.
- Igualmente, se distingue entre las horizontales, no sólo como respuesta a su posición relativa respecto a la topografía, sino también a su grado de continuidad territorial.
- Los nudos son los puntos de mayor publicidad y, por lo tanto, los garantes de una buena urbanidad.
- Por ello, se opta por su reserva para usos de carácter colectivo, como lugar donde se producen las mayores y mejores relaciones de intercambio, comercio o terciarización y dotación o servicio.
- Por esta razón, se han grafiado en las diferentes categorías de nudos unas hipótesis de contenedores de posibles actividades colectivas, instalaciones o espacios de diferentes usos, en orden a esta jerarquía.
- La residencia se sitúa en las bandas intermedias, a ambos lados de aquellas vías que son susceptibles de contener edificación.
- Las vías rurales no edificables, las áreas agrícolas y las de referencia territorial, junto a las franjas o ejes naturales de torrentes y barrancos, constituyen los elementos patrimoniales y de paisaje que alimentan la identidad propia del lugar.

Así pues, a partir de la interpretación de la forma de construcción de un territorio determinado, se pueden extraer las pautas y lógicas propias que sirvan para su ordenación. Como puede apreciarse, se trata de «formas rurales» de ocupación del territorio que se insertan en una estructura de mayor escala, que les da sentido y permite concebirlas como modelos de orden territorial. Con estos criterios, el PIOT ha venido proponiendo, en otras partes de las islas, los correspondientes modelos específicos. Se recoge, finalmente, la abstracción teórica del modelo propuesto en el sector de La Atalaya.

Territorio y retribución del patrimonio paisajístico

El análisis y las propuestas relativas a la forma (estructural) del territorio reclamaron, desde el inicio de la redacción del PIOT, un enorme protagonismo y ocuparon buena parte de los esfuerzos en la redacción del mismo. La consecución de una herramienta útil para el reconocimiento y ordenación de la forma de construir el territorio se abordó esencialmente a partir de un exhaustivo y muy detallado estudio del mismo, y de los procesos que han afectado a su transformación, buscando modelos de orden y proponiendo su actualización. Se defendía, con ello, la firme convicción de que, en la identidad del territorio, está y debe fundamentarse su propia alternativa.

Subrayamos «territorio» (y no suelo, ni siquiera paisaje) por hacer patente que se rehuye una interpretación reduccionista del mismo, que supondría una preocupación exclusiva del suelo como soporte, o del paisaje en su acepción meramente perceptiva. Se defiende, en cambio, el entendimiento de ésta (la forma) como plasmación de una estructura (relación entre partes) y de una cultura previa, y del territorio, no como soporte, sino como factor básico de la ordenación, con un cometido activo; territorio cuyas características inciden en las actividades que en él se desarrollan y que, a su vez, es construido paulatinamente por éstas.

Principales conclusiones de los trabajos realizados

Los diferentes análisis sobre la forma y construcción del territorio tinerfeño abordados por el PIOT se resumen con detalle en el capítulo de «La forma del territorio» (Ver Memoria del PIOT, Información, Criterios y Objetivos). Una primera conclusión de aquellos estudios es la de confirmar la existencia de unas pautas y lógicas de orden territorial. A este resultado se llegó a través de la individualización y caracterización de unos elementos formales (edificación, infraestructuras, parcelario), en los que se reconocen, a su vez, unidades y formas de producción de ciudad-territorio diferentes. El esfuerzo se ha centrado, además, en una opción propositiva, cuya expresión gráfica, de procedimiento y preceptiva, debe ser capaz de mostrar bien claramente, de hacer comprensibles y asumibles dichas propuestas a todos los agentes sociales y de gobierno del territorio de Tenerife.

En este sentido, en el PIOT y con carácter de ordenación sugerida, que admite ajustes razonados, desde aproximaciones y figuras urbanísticas más detalladas, se dibujan en los Planes de propuesta de cada una de las Unidades Territoriales los denominados «elementos itinerantes» (actualización de un modelo tradicional en el que la edificación se ha venido disponiendo a borde de camino, con un cuidadoso encaje territorial y salvaguardando los mejores terrenos de cultivo). Estos, junto con las vías seleccionadas, constituyen los ejes de organización de la actividad constructiva sobre el territorio. En ellos se propone ajustar una demanda edificatoria, a partir

de una actualización rigurosa de las pautas de nuestra tradicional cultural rural. El resto de las áreas que atraviesan (generalmente rústicas o agrícolas), deberán mantenerse libres de edificaciones y destinadas a las actividades propias de las mismas. Estos elementos itinerantes configuran modelos de ordenación bien diversos en los diferentes territorios de la isla. Su estructura (relación entre los caminos edificables, disposición de los elementos singulares y las dotaciones necesarias, en las cabeceras y finales de estos asentamientos rurales, señalando las «puertas de acceso» a los mismos, o la organización de sus espacios más representativos...), así como los criterios paramétricos (de los diferentes tipos de caminos y de las construcciones...) son objeto de especial atención en los documentos gráficos y en las Normas. En éstas, se recogen, además, diversos modelos con carácter indicativo, que podrán ser ajustados a las características específicas de cada territorio en los correspondientes Planes municipales.

De los trabajos abordados se derivan otras reflexiones, asimismo básicas, que tienen importantes consecuencias en cuanto a las determinaciones del Plan Insular, y requieren, por ello, un debate en profundidad. Entre ellas, cabe destacar las siguientes:

a) Exceptuando un par o tres de ciudades, por sus condiciones de capitalidad, la existencia de terrenos escasamente accidentados o la misma voluntad de fundación, son objeto de un cierto proyecto de su asentamiento, la dualidad campo-ciudad tan clara y concreta en otros territorios, se difumina en Tenerife. Se pueden llegar a afirmar que los restantes núcleos, que hoy consideramos urbanos (al menos a efectos del planeamiento), son agregados de lógicas y sistemas rurales, que se han ido densificando como mecanismo de concentración de actividad. ¿Hasta qué punto, por tanto, se puede hablar de una superación física y cultural de la dicotomía urbano-rural? ¿Por qué, pues, mantener el enfoque habitual del planeamiento en el tratamiento de estos núcleos y del territorio que los engloba?

b) El arraigo y extensión de las formas urbanas claras es muy inferior a las formaciones de los sistemas urbanos (relaciones residencia-producción). Incluso en las excepciones «urbanas» anteriormente citadas, se puede decir que gran parte de la «urbanidad» nace de la concentración y yuxtaposición de lógicas rurales. Llevando, a efectos simplemente dialécticos, este argumento al extremo, podríamos llegar a ponderar la conveniencia de reconocer la práctica totalidad de la isla como suelo rústico. Esto llevaría consigo la exigencia de desarrollar nuevos instrumentos de reconocimiento, ordenación e intervención; de encontrar una alternativa a la actual lógica del planeamiento, que consiste en repartir, sobre un territorio rico y diverso, un salpicado de manchas urbanas. Lógica que encuentra su única justificación en los requerimientos de una Ley del Suelo, hoy ampliamente criticados como genéricos y poco ajustados a la realidad territorial canaria.

c) Para ello, se propone como mucho más adecuado el partir del concepto de territorio como elemento de síntesis, superador del antagonismo campo-ciudad, que está construido con la sabiduría de una cultura, ni urbana ni rural, sino territorial. El

PIOT ha defendido un camino metodológico que consiste en extraer todas las pautas, usos y costumbres que se pueda, de las lógicas y sistemas de construcción histórica.

d) La mayoría de tratamientos del suelo rural se han venido dirigiendo a una idea de racionalidad ordenadora, de raíz estrictamente urbana: zonificación, compartimentación, transposición de modelos de orden urbano, zonas protegidas. Y, efectivamente, existen distintas partes del territorio rural que se podrían diferenciar con criterios zonificadores: zonas arboladas, cultivadas, barrancos, alta montaña, medianías. Pero el suelo rural es multifuncional, las funciones se desarrollan indistintamente, en tanto que el Medio es, en extremo, concreto. Por tanto, se puede y debe ir hacia la fijación, en qué lugar y en qué parcelas se pueden satisfacer necesidades concretas o demandas de planeamiento.

e) Otra conclusión clara es la de la inadecuación de la normativa que, desde el planeamiento reciente, se viene aplicando de forma genérica sobre este Suelo No Urbano. Desde el análisis realizado y desde la óptica con que se ha abordado el PIOT en el tratamiento del territorio rural, se plantea una clara alternativa. Es preciso, por no decir imprescindible, el evitar excesivas aplicaciones de variables paramétricas de origen y racionalidad urbana: parcela mínima (en medianías se sugiere trabajar, por ejemplo, con parcelas máximas edificables o prescindir del concepto de la superficie de la parcela); ocupación máxima (se trata de un parámetro de densidad urbana); alineación estricta y altura homogénea (la multifuncionalidad de áreas y diversidad de usos desvirtúa esta variable y, por tanto, se aconseja su flexibilización); distancia mínima a límites y caminos (se propone en las Normas regular prioritariamente la separación máxima a los caminos, al objeto de garantizar el mantenimiento de las áreas cultivadas en el interior de las grandes «manzanas» territoriales).

Modelos de construcción en suelo rústico

Los modelos de construcción en suelo rústico y las Normas recogen todo este conjunto de consideraciones. En los primeros se concreta, a partir del laborioso proceso detallado, la selección de aquellos caminos más adecuados para ser soporte de la edificación y la organización de éstos en estructuras acordes con las características de cada territorio. Ello lleva a distinguir las diferentes categorías de elementos itinerantes: caminos o senderos de montaña, pistas forestales, carreteras de acceso a las cumbres, caminos de servicio y explotación agrícola, vías edificadas y vías conectoras, para algunos de los cuales se regulan las condiciones de edificación en sus bordes. Igualmente, se reconocen los denominados «hitos territoriales», cruces y cabeceras de elementos itinerantes, puntos estratégicos para la localización de construcciones y actividades de carácter singular. En ocasiones, se señalan los límites de los asentamientos a borde de camino, en su contacto con el viario básico, dando forma con ello a los accesos a dichos asentamientos rurales. La delimitación de un hito

responde, pues, a una doble motivación formal y funcional. Formalmente, un hito resuelve la ubicación de los servicios o pequeñas dotaciones de carácter local necesarias en un modelo territorial relativamente difuso. Los planos recogen, además, los trazados viarios básicos (red insular de carreteras), así como la delimitación y características fundamentales de las denominadas estructuras territoriales. Éstas constituyen ámbitos donde se establecen o pueden establecerse relaciones entre distintos elementos itinerantes y las áreas homogéneas que los soportan y, a su vez, de referencia para los ajustes y modificaciones a introducir desde el planeamiento municipal.

La ordenación del patrimonio natural

Complementariamente, por su especificidad como recursos naturales, se plantea una segunda aproximación en la lectura y ordenación del territorio, la que hace referencia a los que genéricamente se han venido denominando «espacios naturales de interés». La excepcional riqueza del Patrimonio natural insular (incluyendo numerosas especies amenazadas y endemismos) está fuera de toda duda. Tenerife cuenta con una notabilísima y muy representativa red de hábitats y sistemas naturales, con un cometido muy importante en los procesos ecológicos esenciales de la isla. Se ha destacado, además, repetidamente, en los trabajos del PIOT, el notable valor del paisaje (en su más amplio sentido y, en primer lugar, de los espacios naturales más singulares) como recurso y factor en el desarrollo de otras actividades.

Hace muchos años que la Administración ha venido dedicando una especial atención a la protección de estos espacios. No obstante, desde los iniciales inventarios elaborados en el Cabildo, a la recientemente aprobada Ley de Espacios Naturales, pasando por un Plan Especial de Catalogación y Protección no tramitado, por las calificaciones más detalladas en el planeamiento municipal, o en el Proyecto Fénix, dicha protección del Medio natural se han planteado generalmente desde una visión forzosamente restrictiva (conservacionista) y autónoma. El principal objetivo, en este sentido, del PIOT, sería el de vincular precisamente el singular valor de estos espacios con los restantes y con el conjunto de actividades que se dan sobre el territorio.

La protección como intervención activa

Precisamente, una de las primeras constataciones al afrontar la ordenación del Patrimonio natural es la del desfase entre la voluntad de protección desarrollada durante más de una década, y la efectividad real de las medidas adoptadas. Igualmente es constatable que, hasta la fecha, la delimitación de un espacio protegido se ha venido

realizando con un carácter fundamentalmente pasivo, de mero control, entendiéndose, por tanto, por parte de los titulares de los terrenos como un vínculo negativo que, en el mejor de los casos, se aceptaba resignadamente. Parece imprescindible intentar modificar esta tendencia, que lleva a la desarticulación del territorio y de su infraestructura natural y a un proceso crecimiento de deterioro del Medio.

Algunos factores se destacan generalmente como claves en la explicación de esta situación: los vacíos legales y el clima de transitoriedad, la superposición de competencias, la falta de gestión efectiva y la ausencia de cauces adecuados para la financiación de las medidas de protección. Pero cabe añadir, además, los efectos considerablemente nocivos de la mera protección restrictiva, tanto por la desvinculación de determinados ámbitos del resto del territorio, como por las enormes tensiones que suponen las calificaciones urbanísticas.

La intervención activa sobre un espacio protegido debe plantearse como un elemento incentivador de la economía local, capaz de generar recursos económicos en función de sus características, y a partir de una intervención adecuada. Los ejemplos que avalan este punto de vista son ya numerosos y constituyen, en conjunto, una ya dilatada experiencia en la gestión de los recursos naturales. Es en este sentido que se plantea como objetivo básico del PIOT la protección y conservación de los espacios naturales más relevantes de Tenerife. Del reconocimiento del singular valor de la red de espacios naturales se deduce, en primer lugar, la necesidad imperiosa de asegurar su salvaguarda y mejora, la conservación de sus recursos naturales, de su diversidad genética y de los procesos ecológicos que sustentan, así como de las acciones encaminadas a la corrección de los impactos sufridos y a la restauración del paisaje.

La delimitación de las áreas de interés natural

Los criterios de inclusión y delimitación de los diferentes ámbitos son de origen diverso (hitos paisajísticos, representatividad de los hábitats y sistemas naturales, valor de los procesos ecológicos albergados, singularidad de las especies animales, vegetales o minerales, interés científico...) y, en su conjunto, ofrecen una representatividad amplia. En base a los sucesivos estudios realizados se recogen en el PIOT los espacios de interés natural contenidos en:

- a) La Ley de 1987, con los ajustes, reclasificación y otras determinaciones desarrolladas en el Proyecto Fénix y, esencialmente, en la recientemente aprobada Ley de Espacios Naturales de Canarias.
- b) Los suelos rústicos protegidos en el planeamiento municipal.
- c) Las primeras propuestas de protección de los años 80, donde aparecen reiteradamente ámbitos territoriales en los que se reconocen valores

singulares de carácter paisajístico, geomorfológico, botánico o zoológico que, por su menor importancia relativa a nivel de todo el archipiélago, no se mantuvieron en posteriores medidas legislativas.

- d) Aquellos otros elementos paisajísticos que, sin tener un valor relevante a escala insular, constituyen referencias básicas en la estructura de cada Unidad Territorial, que se ha evidenciado con los trabajos de redacción del propio Plan Insular.

Otra de las conclusiones de los trabajos abordados fue la necesidad de ordenar, regular e intervenir en positivo, más allá de la mera restricción, y sin ceñirse asimismo a los estrechos límites, de los que se han verificado como parajes merecedores de algún tipo de protección. Es preciso, para ello, el plantear dichas opciones desde ámbitos de carácter más extenso y vinculando las áreas de interés natural a un conjunto de actividades diversas, tal y como se pretende con la instrumentación de las Unidades de Paisaje.

Para ello, cabe atribuir funciones específicas a cada espacio natural, atendiendo a sus valores intrínsecos y en relación con las actividades propias de la Unidad Territorial en que se integran. Esto implica, en muchos de estos espacios, la posibilidad de superar una etapa de mera preservación con carácter restrictivo, y avanzar hacia una ordenación activa de los mismos, con finalidades diversas: turismo rural, senderismo, investigación científica, educación ambiental, recreación en parques específicamente acondicionados, mantenimiento y potenciación de usos tradicionales...

Ya en el volumen «La forma del territorio» (de la Memoria de la Información, Criterios y Objetivos del PIOT) cada uno de estos espacios relevantes se incluía en una categoría determinada, atendiendo a sus características, y relación con el conjunto del territorio. En función de ello, se establecían las actividades e intervenciones admitidas o propuestas, y se les asignaba un determinado grado de protección y una función específica en la ordenación integral del territorio. Las Normas del PIOT identifican ahora todos aquellos espacios que, en función de su interés geomorfológico, ecológico y paisajístico, por su valor estratégico, por sus características naturales o de conservación de la calidad de vida, deben ser excluidos de los procesos de urbanización o edificación, y sujetos a intervenciones de conservación y mejora. Comprenden ámbitos de diferente naturaleza, objetivos, estado de conservación y necesidades, por lo que se han establecido diferentes categorías, que van, desde el Parque Nacional del Teide y los Espacios Naturales Protegidos por la Ley del Parlamento de Canarias, a los propuestos directamente por el PIOT, los denominados «Hitos morfológicos» (montañas, barrancos, laderas, macizos, malpaíses y coladas volcánicas), áreas de valor forestal y áreas costeras.

Los objetivos de la ordenación

En todos los casos, los objetivos básicos en estas áreas son los de garantizar la protección y conservación de los recursos naturales y, en concreto, la preservación de su estructura física, valores geomorfológicos y paisajísticos, así como de los ecosistemas asociados: conservar y extender la cobertura vegetal existente, atendiendo a la finalidad de evitar una creciente erosión y desertización de los terrenos; y garantizar el mantenimiento de un conjunto de espacios que, como un sistema, articule el modelo territorial propuesto para Tenerife; asegurar el encaje adecuado de elementos o actividades de interés general, ya sean actualmente previsibles o de futura implantación, estableciendo las reservas adecuadas. Para ello, se regula detalladamente el régimen de actividades en cada área, estableciendo cuáles son propias, admisibles y prohibidas, en función de los objetivos y condicionantes territoriales, así como los instrumentos de gestión y desarrollo de planeamiento para alcanzar las finalidades previstas.

Para cada una de las áreas homogéneas de interés natural se establece un tipo de tratamiento específico a través de diversas figuras de planeamiento urbanístico o ambiental:

- Programas científicos, con el objetivo prioritario del estudio de la conservación de las especies animales y vegetales amenazadas, de sus hábitats, condiciones de reproducción y posibilidades de repoblación a otros ámbitos de la isla.
- Normas de Conservación y los Programas de Restauración ecológica y/o paisajística, con el objetivo de restituir las condiciones ambientales propicias y potenciar el desarrollo de los ecosistemas en aquellos espacios con importantes valores ecológicos afectados.
- Planes Rectores de Uso y Gestión, para espacios de amplia extensión y complejidad.
- Planes Directores, para la conservación de los valores de los espacios propuestos y su estudio con fines científicos y educativos.
- Planes Especiales de Protección Paisajística, para la conservación de los valores ambientales y culturales presentes en ellos.

Se sugieren, asimismo, fórmulas para la gestión de los espacios naturales desde los diferentes escalones de la Administración Pública, en función del ámbito de cada espacio, de la complejidad de la intervención, y de los recursos necesarios para abordarla. Además, por su posición, condiciones del entorno y expectativas creadas, se definen prioridades de intervención, en función de los conflictos y contradicciones entre las propuestas del planeamiento y las finalidades de protección.

La retribución del paisaje

Conviene, asimismo, afrontar el reto, siempre aplazado, de retribuir el mantenimiento del paisaje (ya sea natural o creado por el hombre, como el agrícola). Se trata de un bien que puede asociarse al desarrollo de otras actividades (por ejemplo al turismo). Su preservación y mejora implica necesariamente su retribución, tanto para mantenerlo al servicio o asociado a otras actividades, como para compensar las limitaciones que, en virtud de su adecuado tratamiento, deben ser establecidas.

El paisaje, en la medida en que es un bien escaso, constituye lo que, en términos técnicos, se denomina «un bien económico», porque, además, se ha producido una variación en su cotización. Se trata de un bien económico colectivo, ya que su goce no es excluible, ni exclusivo. No es excluible porque es para todos necesario y gratuito. No es exclusivo porque su disfrute no puede ser restringido a unos pocos. Como bien económico escaso, se debe organizar su uso racional y la racionalidad en la utilización de un bien escaso se puede producir de dos formas, elevando el precio o restringiendo su uso.

Pero el paisaje es, además, un bien libre y público, porque en buena medida ha sido producido por la naturaleza o por la colectividad (incorporando, asimismo, el paisaje construido). Siempre que existen estos bienes públicos, se pueden dar externalidades asociadas que, si son perjudiciales, serán negativas, las denominadas «deseconomías externas». Éstas provocan a la larga un coste social, una repercusión diferida, que deberá abonar en su conjunto la propia sociedad. Por ejemplo, en nuestro caso concreto, el paisaje es un elemento primordial para la supervivencia y la cualificación de la industria turística.

En el proceso de elaboración de un producto industrial, no se pueden mantener elementos negativos que, a la larga, afecten a la propia industria. Ciertamente es que en los procesos productivos tienden a generarse habitualmente deseconomías, pero éstas afectan a terceros y, por tanto, no producen disminuciones en la competitividad del producto elaborado. En la industria turística, por el contrario, las deseconomías externas que se producen indirectamente o, incluso, las que pudieran ser ajenas a la elaboración del producto turístico, la destrucción o degradación del paisaje, afectan a la propia industria turística. Esta paradoja es producto, sin duda, de la dualidad de intereses que se producen sobre el territorio, intereses fundamentales y contrapuestos, intereses de las empresas turísticas e intereses de otros agentes. La degradación de un territorio guardará una relación directa con esta dualidad.

Yendo aún más allá de las consideraciones expuestas, y desde una actitud positiva, cabe ver en la actividad turística, no ya un factor que pudiera haber incidido en la degradación de nuestro paisaje, antes al contrario, como la primera oportunidad para contribuir a su recuperación.

Conviene considerar la posibilidad de retribución o compensación del producto paisaje. Su evaluación es, cuanto menos, compleja. No es un producto que tenga

un mercado claro, por lo que resulta bien difícil evaluar su adecuada retribución. Aún a pesar de esta dificultad, el PIOT propone diversas medidas para contribuir, desde otras actividades, a la recuperación del valor del bien paisaje, y apunta mecanismos y recursos para su mantenimiento y mejora. La retribución del paisaje admite opciones muy diversas, desde la adquisición pública de aquellos espacios de altísimo valor y representatividad, hasta su vínculo a actividades, propias o externas, que puedan coadyuvar a su mantenimiento. En este sentido se recogen algunas alternativas, tales como:

- a) Priorizar la adquisición de espacios naturales de singular interés (vía excepcional y lógicamente no generalizable) y constituir, de este modo, un Patrimonio natural a escala insular. Estas adquisiciones podrían basarse en los siguientes criterios: completamiento de extensos ámbitos de propiedad pública, vínculo a procesos ecológicos esenciales, altísimo valor individualmente considerados (endemismos), urgencia de la intervención por peligro de desaparición o de grave alteración de los hábitats albergados...
- b) Su compensación, a través del planeamiento urbanístico, como ámbitos vinculados a un aprovechamiento externo.
- c) El vínculo de dichos espacios a actividades como el turismo, para el que resultan factores esenciales dentro de las Unidades de Paisaje, y la articulación de medidas encaminadas a su salvaguarda y mejora.
- d) La realización de actividades recreativas (parques temáticos, turismo rural...) que, convenientemente reguladas, permitan generar recursos destinados al mantenimiento de los propios espacios.
- e) La compensación a los municipios y comunidades que resulten especialmente afectados por las limitaciones establecidas, por medio de los Fondos de Cooperación Intermunicipal o de las transferencias específicas; la asunción de parte de la «carga ambiental» por otra Administración con mayores recursos; o la realización de obras de equipamiento e infraestructura, así como de previsión de actividades alternativas, para mejorar las condiciones de vida de las comunidades afectadas.
- f) Las subvenciones o compensaciones, directas o indirectas (exenciones fiscales) a aquellos propietarios o asociaciones que cumplan con las finalidades y requisitos de la conservación.

En este sentido, el PIOT plantea, dentro de los ámbitos de referencia para los proyectos turísticos, vínculos entre las áreas necesarias para dichos proyectos y las de interés natural o agrícola, al objeto de garantizar su salvaguarda, transferencias de recursos desde dichas iniciativas a los asentamientos de la población de servicios, figuras como las de los parques agrícolas y, en general, unas Normas con diversos mecanismos incentivadores del mantenimiento del paisaje.

**Ciudades, 4
1998**

TERRITORIO Y PATRIMONIO

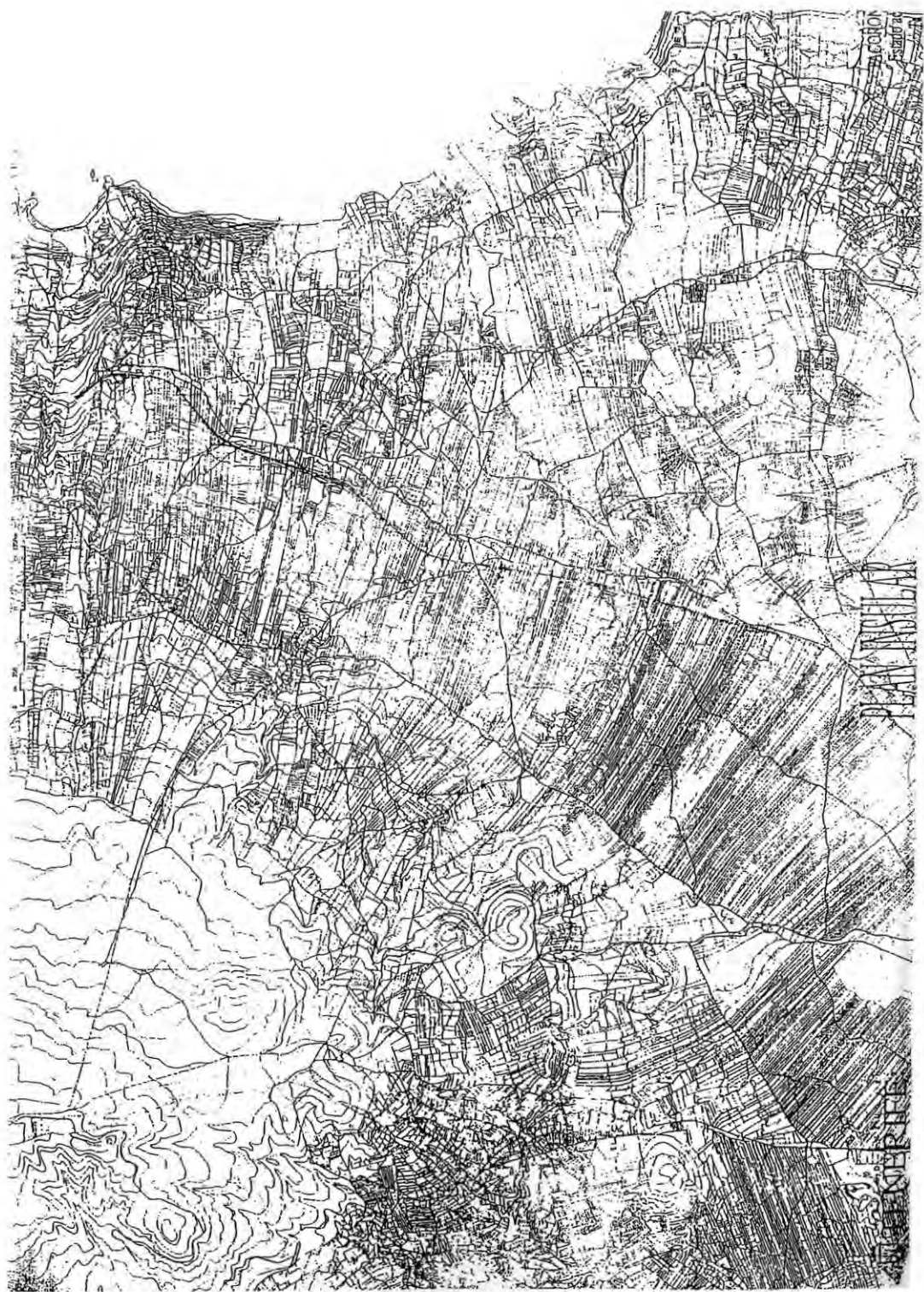
FE DE ERRATAS

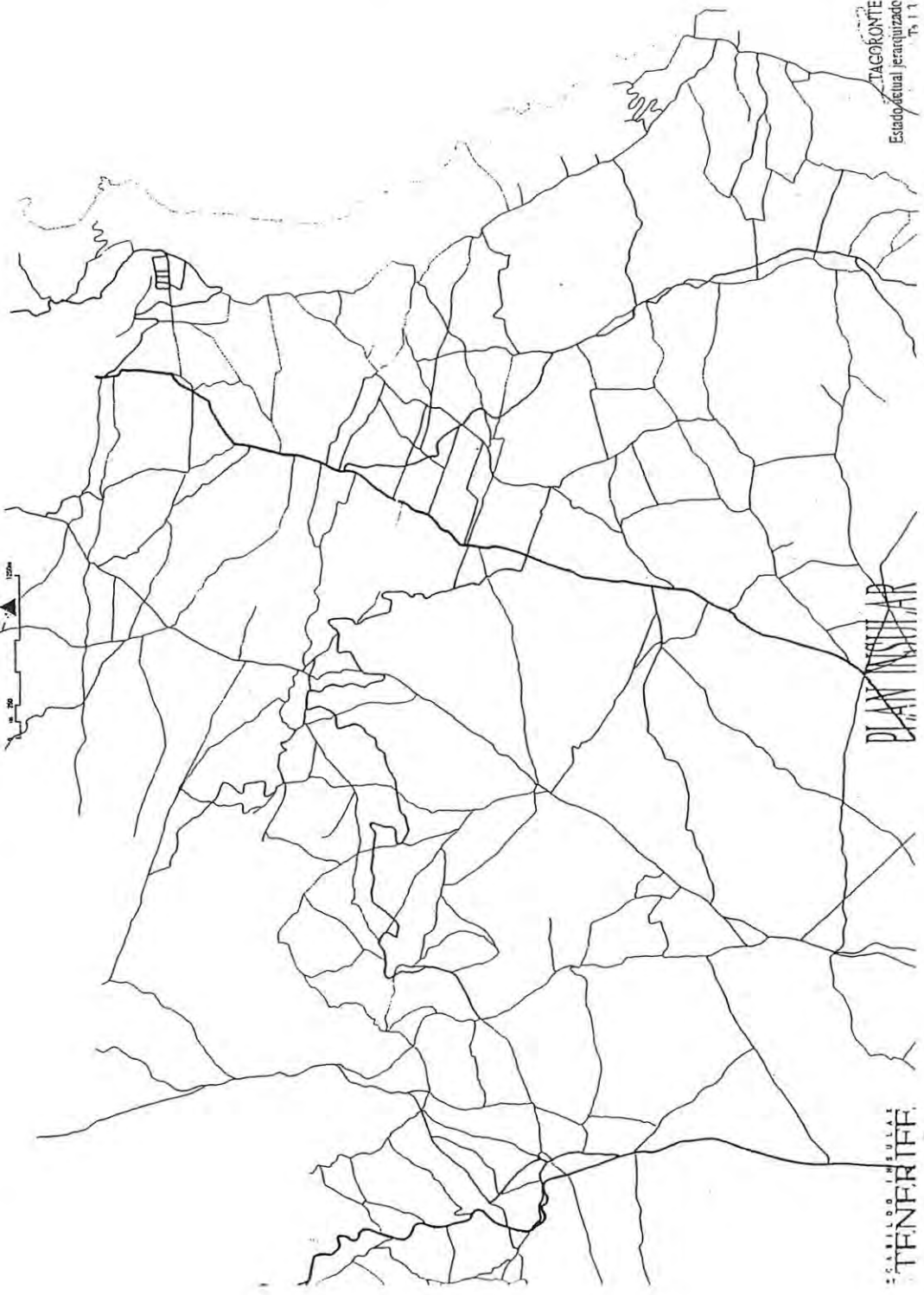
instituto de urbanística
de la universidad de valladolid



UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

En el artículo de Joaquín Sabaté Bel "El patrimonio de la forma del territorio como criterio de ordenación", en la página 238, se hace referencia a unos gráficos que, por error, no han sido impresos junto con dicho texto, por lo que se reproducen en esta fe de erratas.

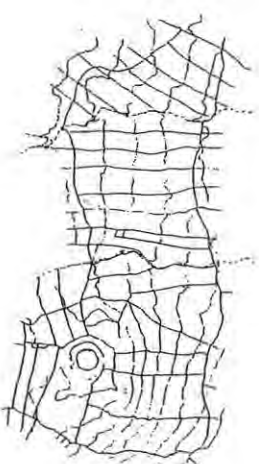
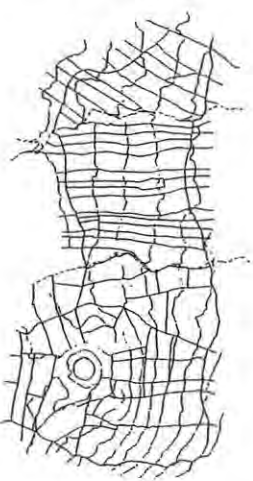
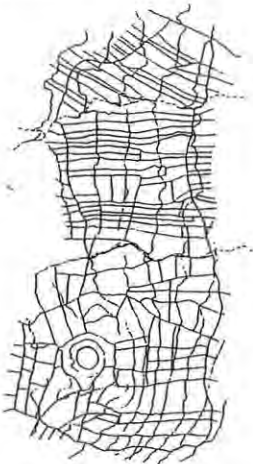
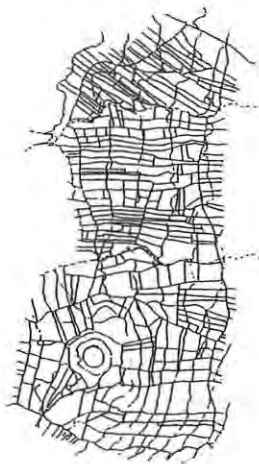
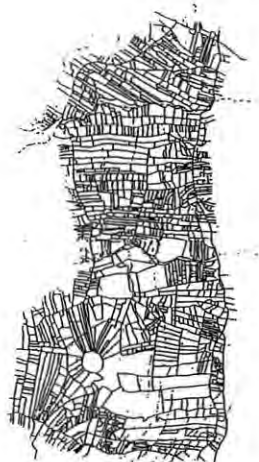




TACORONTE
Estado actual jerarquizado
P. 17

PLAN INSULAR

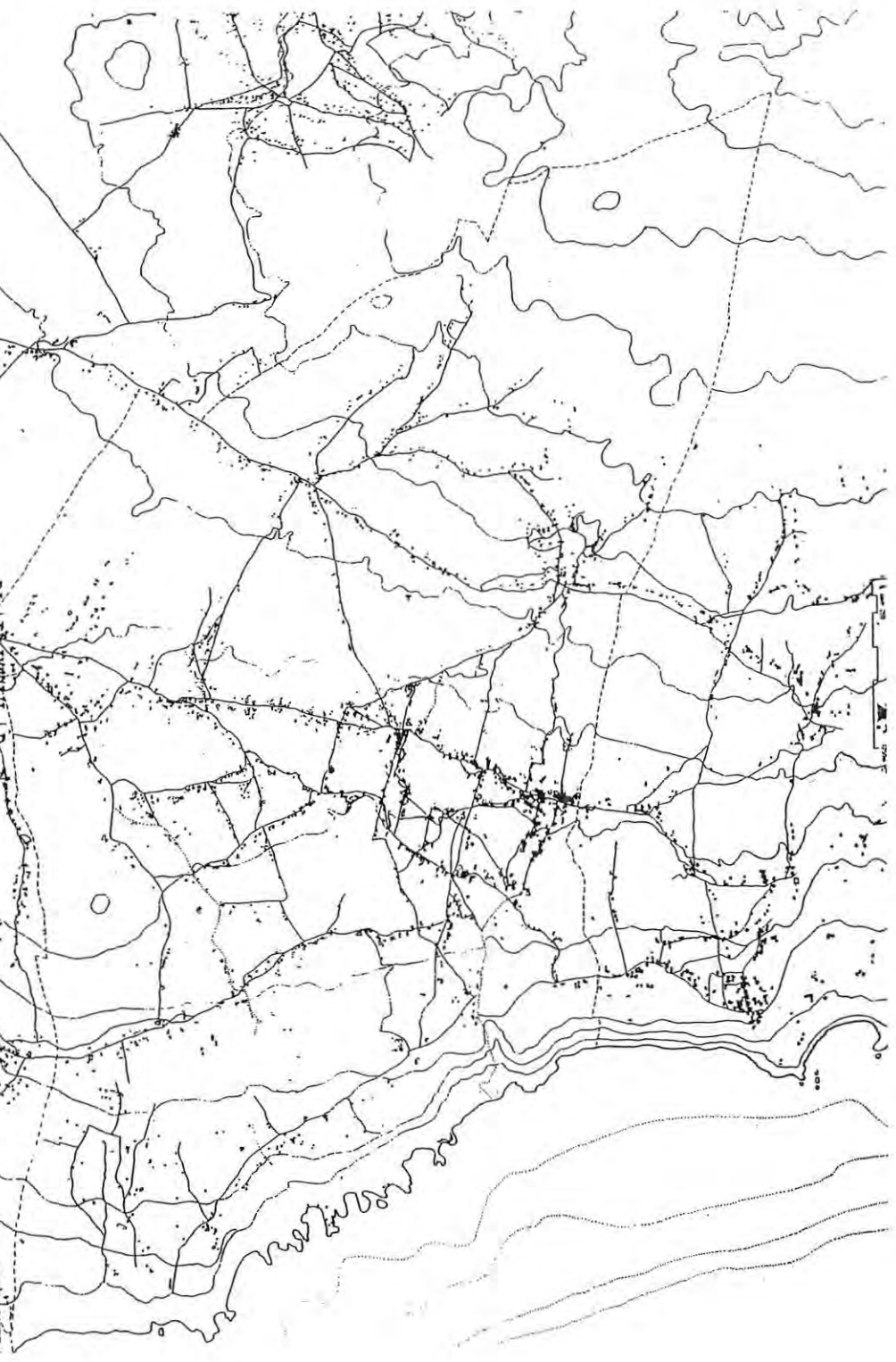
CAJILLO INSULAR
TENERIFE

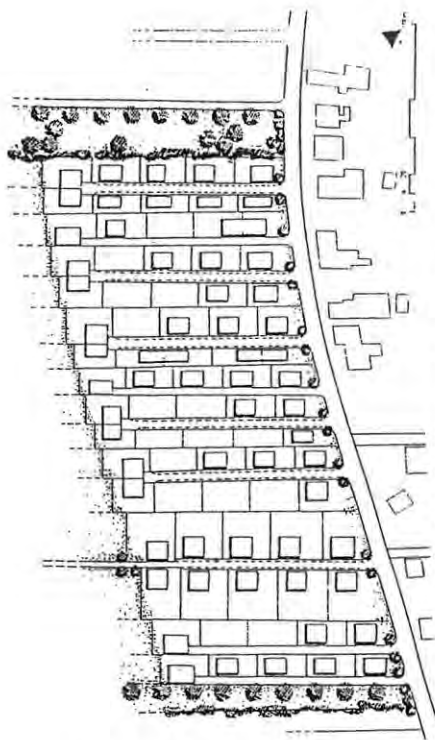
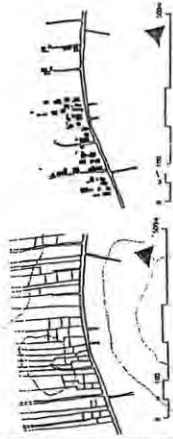


CAJALBO
TENERIFE

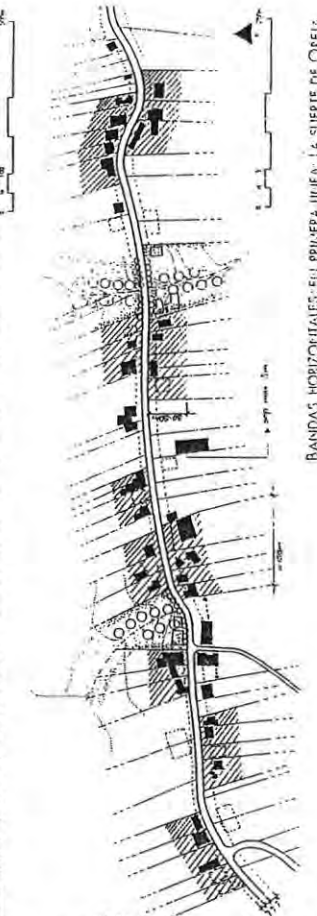
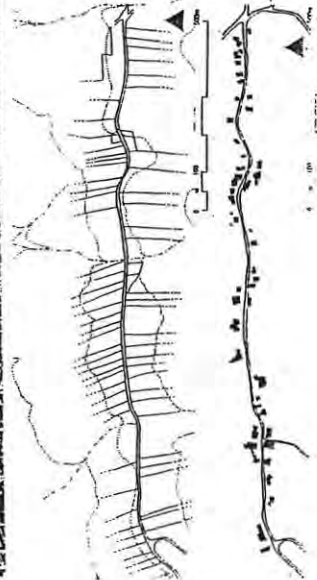
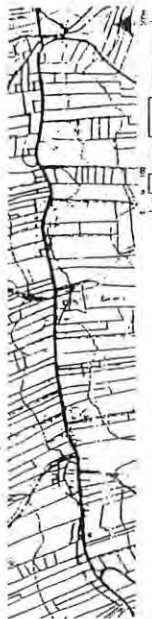
PIENSA
TENERIFE

JACORONTE
El acceso y la edificación
1911

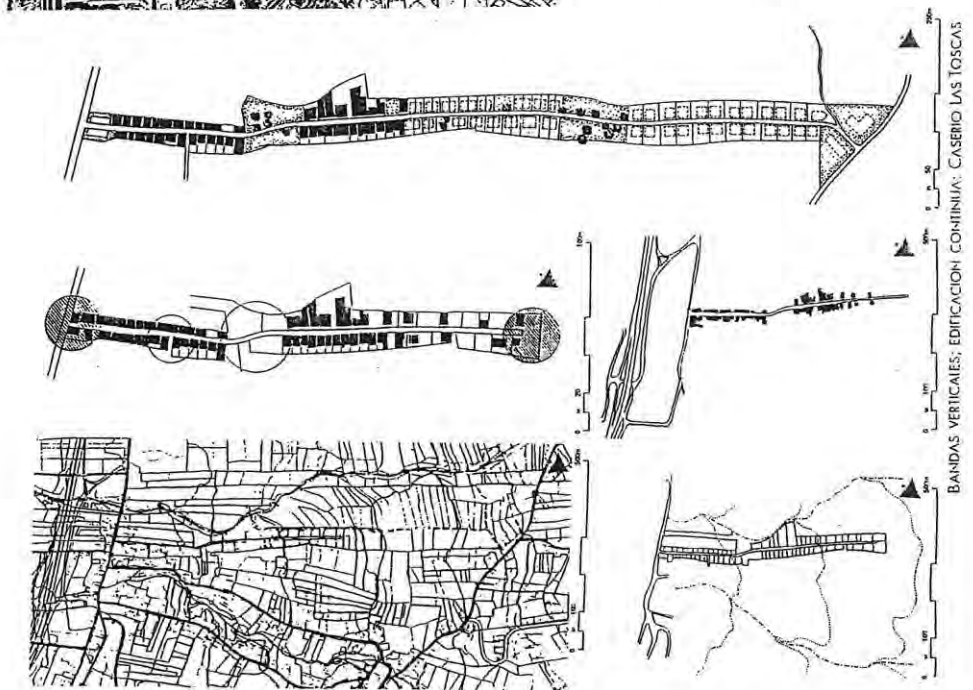
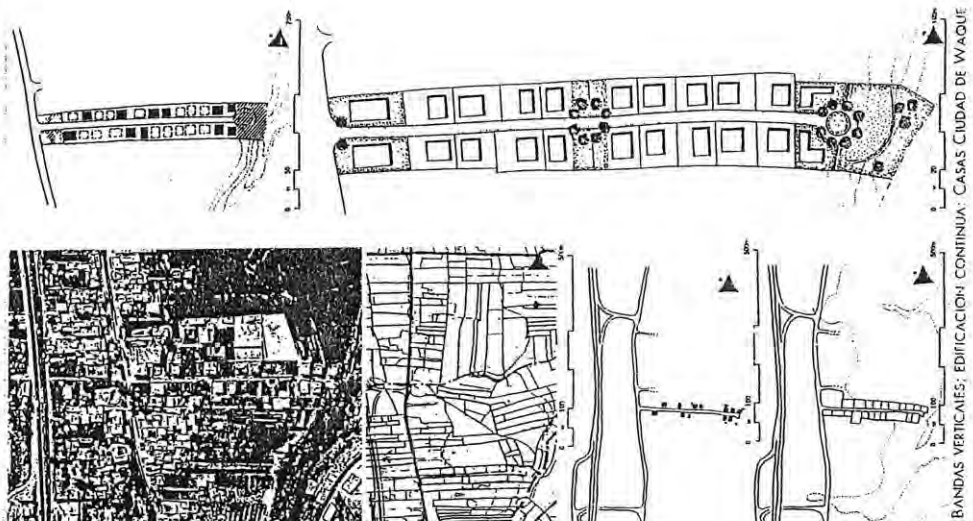




BANDAS HORIZONTALES: EN LINEAS SECUNDARIAS: MONTAÑA MADRUGA



BANDAS HORIZONTALES: EN PRINERA LINEA: LA SIERRA DE OREJA





PAISAJE, HISTORIA Y CIUDAD. LA CONSERVACIÓN DEL VALLE DEL ERESMA A SU PASO POR LA CIUDAD DE SEGOVIA

Juan Luis de las Rivas
Cristina Tremiño
Gregorio Vázquez*

El Plan Especial de Protección Histórico-Artística, del Paisaje y Reforma Interior de San Lorenzo, Valle del Eresma y San Marcos, su fundamentación

El ámbito del Plan Especial es fruto de una simbiosis excelente entre paisaje y arquitectura. Porque lo extraordinario en Segovia es la conjunción de naturaleza y obra del hombre en la configuración a lo largo de la historia, y básicamente hasta finales del siglo XVI, de un enclave de singularidad excepcional. En el corazón de este paisaje está el Río Eresma, a los pies de la ciudad, y el conjunto de asentamientos que desde el Barrio de San Lorenzo, a lo largo del río, entre su encuentro con el arroyo Cigüñuela, por huertas y alamedas, por el Barrio de San Marcos, se articulan hasta el prado de la Fuencisla. Secuencia valiosa de espacios naturales, jalonada por conjuntos monumentales y por los efectos de una humanización del espacio rica y lentamente sedimentada.

El Plan Especial de Protección Histórico-Artística, del Paisaje y Reforma Interior de San Lorenzo, Valle del Eresma y San Marcos desarrolla un triple análisis del ámbito de ordenación, mediante tres documentos -y tres planos- cuyos contenidos articulan una interpretación progresiva del espacio, en función de sus condicionantes más determinantes:

* Arquitectos. Universidad de Valladolid (España).

- 1º A partir de su condición de paisaje valioso. Análisis de los elementos naturales configuradores del paisaje, incluida una valoración histórica.
- 2º A partir de su condición de Patrimonio Histórico-Artístico a conservar y recuperar. Análisis de la estructura histórica del espacio y de la organización de los conjuntos o elementos de valor histórico-arquitectónico.
- 3º A partir de su condición de barrios de la ciudad, es decir de espacios urbanos complejos y activos, necesitados de una ordenación urbanística que los regule. Análisis de los espacios urbanos, su grado de consolidación y la exigencia de reordenación.

El Plan quiere ser resultado del compromiso con los valores señalados, compromiso difícil por el cruce de exigencias, por lo que se concentra en una comprensión intensa de las partes, en un reconocimiento preciso de cada espacio, y en una voluntad de fortalecer la estructura funcional del espacio en su conjunto sin introducir alteraciones significativas.

Los Barrios

El área comprendida en el Plan Especial de San Marcos, Valle del Eresma y San Lorenzo se desarrolla a lo largo del Río Eresma y su afluente el Cigüñuela, con un fuerte condicionante topográfico que favorece la dispersión de los núcleos o asentamientos principales y problematiza sus conexiones entre sí y con el casco intramuros. Los Arrabales del Valle del Eresma, de gran vitalidad urbana, se organizaron en torno a las parroquias románicas de Santa Lucía, San Lorenzo, Santa María del Parral, Santiago, San Gil, San Blas y San Marcos. En ellos se mezclaban las huertas con molinos y pequeñas industrias al borde del río, destacando entre ellos la fábrica de la moneda que se construye a finales del siglo XVI. Los asentamientos rápidamente gozaron de un crecimiento importante asociado a la actividad económica productiva ligada al río -molinos, tenerías y batanes-, como la propia Fábrica de la Moneda.

Es importante el papel desempeñado por los asentamientos monásticos, extramuros, al otro lado y a lo largo del río, en la conformación de la estructura periurbana de la zona. En el Valle del Eresma se establecieron progresivamente varios conventos y monasterios, con diferentes orígenes, permaneciendo hasta hoy, desapareciendo o incluso volviendo a instalarse, las Monjas Cistercienses de San Vicente, los Dominicos de Santa Cruz, los Premostratenses junto a Santa María, los Jerónimos en el Parral, los Carmelitas en torno al mausoleo de San Juan de la Cruz... Hasta finales del siglo XIX el asentamiento urbano es bastante limitado, sólo destacan algunas operaciones del siglo XVIII como la gran Alameda del Parral. Con el asentamiento desde principios de este siglo de algunas industrias -Fábrica de Loza, Harinera y

piensos, fábrica de Borra y fábrica de Papel- y la apertura de la nueva Carretera de Boceguillas, se producen las mayores transformaciones, fundamentalmente en el desarrollo y carácter del Arrabal de San Lorenzo-.

El Barrio de San Marcos

El antiguo arrabal histórico de la Puente Castellana sigue concentrando su tejido edificado en torno a la iglesia y calle de San Marcos y calle Marqués de Villena. La estructura de la zona está condicionada por la presencia del Río Eresma bajo el promontorio del Alcázar, la Carretera de Arévalo, que atraviesa literalmente el barrio, y una topografía abrupta, con un impresionante conjunto de edificios singulares religiosos -el Santuario de la Virgen de la Fuencisla, San Juan de la Cruz, la Iglesia de San Marcos, la Fábrica de la Moneda y en lo Alto, y en la Carretera a Zamarramala, la singular Iglesia templaria de la Vera Cruz-, que se asientan en grandes espacios libres sin más relación original entre sí que la lógica interinfluencia de sus presencias tan singulares. El conjunto formado por tales monumentos con los enclaves naturales -ríos, arbolado, colinas, cortados rocosos-peñas grajeras-laderas, arboledas, sendas rurales- donde se ubican, dotan a la zona de un valor tanto paisajístico como cultural y patrimonial único, en sí mismo y como mirador privilegiado hacia el casco histórico, sus bordes y laderas, destacando especialmente la contrastante y variada multiplicidad de perfiles de la ciudad que desde allí se ofrecen. Así, el carácter de paseo como borde natural de la ciudad y la buena conexión con el casco a través de la Puerta de San Cebrián, sin perder su carácter de enclave residencial de arrabal con las valiosas huertas de la ribera del Eresma en la Puente Castellana y la fuerte personalidad de los cortados de roca caliza sobre la Fuencisla, configuran una enclave de gran calidad ambiental a preservar.

El tejido edificado en San Marcos es fundamentalmente residencial tradicional, con intervenciones restauradoras y sin apenas sustituciones, manteniendo una buena integración con el entorno. Especialmente atractiva resulta la idílica imagen de la Calle Marqués de Villena, prolongada por un camino hasta el Monasterio de El Parral. El conjunto de El Parral, con sus arquitecturas y jardines, con la hoy todavía destatada Fábrica de la Moneda, configuran un continuo de edificios, espacios ajardinados y asentamientos diversos, que impiden la desconexión total entre San Marcos y el otro núcleo o arrabal histórico, San Lorenzo. Un espacio que conserva huellas o aspectos de la imagen del pasado tanto en su vegetación como en algunos de los usos hortícolas tradicionales -gremios históricos de hortelanos- de la Vega del Eresma, evidente en el Parque de La Alameda que, con sus chopos y sauces, es el verdadero enlace entre ambos barrios. La vegetación y el arbolado -básicamente chopos, arces y castaños tras la desaparición de los olmos- son elementos claves en la definición de ese paisaje y exigen un cuidadoso tratamiento que lo mantenga y potencie.

El Barrio de San Lorenzo

Entre el recogimiento y calidad para el paseo del Valle del Eresma encontramos el núcleo edificado de San Lorenzo en torno a su iglesia y el puente, conjunto en el que pese a mistificaciones de la imagen -cuando no falseamientos escenográficos muy dudosos en el entorno más monumental de la Plaza- pervive quizá el carácter más auténtico de la condición o el carácter de Arrabal Extramuros. Sobre el área más antigua -el núcleo original medieval- aún coexisten las viviendas tradicionales, las huertas y los restos de antiguos molinos en la ribera del Eresma que configuran un paisaje característico, con recientes sustituciones por viviendas colectivas en bloque fundamentalmente hacia la Vía Roma. Esta zona mantiene asimismo la estructura de las antiguas fábricas de la Loza y de Carretero, sobre el río, abandonadas o convertidas ya en viviendas con desigual fortuna arquitectónica, como en la calle de los Vargas.

En la zona de San Lorenzo y en la calle Puente San Lorenzo se concentra la mayor actividad comercial del barrio con pequeños locales en los bajos. El equipamiento del barrio es mínimo, demandando claramente mayores niveles de dotaciones. Otro aspecto fundamental, por el carácter tradicional de la zona, lo constituyen las huertas, delimitadas por una serie de pequeños caminos sin apenas estructura y conexión así como infraestructura, y veredas, cuyas características básicas conviene mantener en lo posible.

El área entre los Ríos Eresma y Ciguñuela es la más densa de todo nuestro ámbito y la que mayor número de viviendas presenta. Con un tejido edificado prácticamente sustituido en su totalidad por edificios de 3 y más alturas -únicamente perviven edificaciones tradicionales en la calle San Vicente y adyacentes, y viviendas unifamiliares con patio como tipologías repetidas en la travesía Puente del Río Ciguñuela y calle Santa. Águeda-. El problema de conexión a través del antiguo Puente de San Lorenzo así como las escasas dotaciones y comercios -únicamente de primera necesidad en bajos residenciales- configuran las principales carencias de la zona. Sólo hay una dotación, el colegio de E.G.B. «Martín Chico», además de una pista deportiva al aire libre.

Al Norte, el área del Terminillo, constituida por un tejido de baja densidad sin ninguna ordenación global estructurante, contiene aún bolsas de terreno rústico con pequeñas edificaciones ligadas al antiguo uso agrícola, ganadero..., con aspectos de marginalidad en algunos casos en contraste con algunas islas de vivienda unifamiliar aislada en grandes parcelas de alto nivel social. Dado el carácter periférico de la zona y sus condicionantes topográficos, existen grandes vacíos y zonas de huerta -calle San Vicente- como espacios de oportunidad importantes para su reordenación mediante una posible ocupación con carácter residencial y dotacional que requiera gran superficie, de cara a solventar las carencias de la zona, así como aquellas concretas del área -las carencias de equipamiento e incluso de comercio en el Terminillo son prácticamente absolutas-.

El área consolidada constituida por el tejido desarrollado en la margen derecha

de la Vía Roma -saliendo de Segovia- hasta la intersección con la Carretera Nacional 601 con Vía Roma a la altura de la Residencia de la tercera edad, se ha ido consolidando con manzana abierta y edificación en bloque de bastante altura o bien con manzanas compactas -vivienda de protección oficial- a partir de la banda inicial de naves, talleres, industrias surgidas en torno a la carretera -Vía Roma-. La convivencia con tipologías tradicionales de ciudad jardín -ya escasas- y la multiplicidad de usos en la zona, contribuyen a generar la imagen caótica que caracteriza a la zona y a la que en nada beneficia la ocupación incontrolada de las partes altas y topográficamente más apetecibles por los Estudios de Detalle en desarrollo, con sus tipologías de viviendas adosadas. Debido a la densidad de población incorporada por las nuevas promociones, las carencias dotacionales -fundamentalmente culturales y escolares- son también importantes.

Singularidad del enclave natural, el río, su vegetación, su paisaje, sus huertas

El Medio Físico en la provincia de Segovia se caracteriza por el contraste entre la Sierra -la de Guadarrama, en el Sistema Central- y la Llanura -penillanuras, campiñas y páramos regados por los Ríos Riaza, Duratón, Cega, Pirón, Eresma, Moros y Voltoya-. A unos 1.000 metros de altura, en el pie de la Sierra, en el borde de sus bloques medios y bajos, sobre páramos y lastras excavados en el cuaternario por los Ríos Clamores y Eresma, en el promontorio definido en su encuentro, y sobre sus vegas, se levanta desde tiempo inmemorial la ciudad de Segovia.

Los Ríos Eresma y Cigüñuela, confluyentes entre San Lorenzo y la Alameda del Parral, definen y caracterizan una parte fundamental del área del Plan al atravesar su ámbito totalmente. Ríos que merecen atención especial, tal y como ya recogía el Plan General¹. El Río Eresma alcanza la ciudad encajado en una garganta de gneis y granito, para continuar a partir de la ciudad sobre un espacio más abierto sobre un lecho de gravas, arenas y arcillas. La terraza fluvial del Eresma, que recibe en nuestro espacio al arroyo Cigüñuela, constituye la zona tradicional de huertas de los Barrios de San Lorenzo y de San Marcos, encajadas a ambos lados por las laderas del promontorio de la ciudad intramuros y las laderas de La Lastrilla y Zamarramala. Se trata de un espacio claramente definido y a la vez lugar de encrucijada, espacio de transición entre la Sierra y la Llanura, vega fértil y lugar accidentado, donde la presencia del agua, el relieve y la riqueza del suelo permiten a la naturaleza crear un

¹ Ver *Revista Medio Ambiente de Castilla y León*, nº 6. «El río y la ciudad. Segovia, enclave histórico entre los Ríos Clamores y Eresma», de YOLDI, L., SALINAS, B. y ARROYO, F., y el Plan Verde de Segovia, del Ayuntamiento.

enclave sobresaliente y al hombre asentarse en él y, poco a poco, cada vez más peligrosamente para su conservación, darle forma y habitarlo. Quizás sea la vegetación el elemento más llamativo del espacio del Eresma en el ámbito protegido por el Plan Especial, como se recoge en la excepcional publicación «Segovia: Ecología y Paisaje. Guía para una comprensión integral de la ciudad»².

El arbolado, elemento simbólico característico de muchas ciudades, cobra en el caso de Segovia una especial importancia histórico-social, dado el gran interés y cuidado que históricamente ha existido en los Paseos y Arboledas de la ciudad. Así, la primera repoblación arbórea en la Ribera del Eresma data de la época de Felipe II, siendo numerosas las operaciones sucesivas de arbolado en el Valle del Eresma y las laderas del casco, conforme desaparece el carácter defensivo de la ciudad, fundamentalmente a partir del siglo XVI, cuando se reorganiza y caracteriza como Parque Urbano la Alameda del Parral. Actualmente encontramos plantaciones de Almeces, Arces y Tilos en La Fuencisla, tras la desaparición de olmos y negrillos; escasos, pero significativos paisajísticamente, son los cipreses en torno a San Marcos y al convento de San Juan de la Cruz; plantación de choperas y sauces en la ribera del Eresma, una encina centenaria junto a piñoneros y almendros en los Altos del Parral; algunos frutales característicos en los huertos preexistentes en la zona, con la singularidad de la de la Puente Castellana donde aparecen aún un laurel, una higuera y un tejo; una plantación de pinos en el Pinarillo -junto al Cigüñuela-... Especial atención merece la Alameda del Parral, como hemos empezado a señalar, probablemente el espacio natural más valioso del área, no sólo por su singularidad como proyecto urbano y sus valores históricos y artísticos, sino además por su privilegiada situación en un paraje medio-ambiental y paisajístico único. En ella encontramos fresnos, tilos, castaños de indias, arces y chopos colocados en los paseos tras la lamentable desaparición de los olmos, sauces y una interesante y variada vegetación de ribera de tipo arbustivo además de juncos, cañas, como mimbreras y bordagueras, majuelo, conejo, lautana, aligustre, taray y saúco, además del césped de algunas partes. Se han emprendido últimamente por el Ayuntamiento, con ayuda en diversos programas y con el amparo del Plan Verde de Segovia, sistemáticas operaciones de mejora de diferente alcance, tanto de los elementos arquitectónicos como de las plantaciones, iniciativas valiosas que deben continuarse a fin de lograr una adecuada recuperación de las valiosas especies naturales de todo el Valle del Eresma, regulando los márgenes, recuperando represas y restaurando los elementos arquitectónicos -ingenieriles- del cauce.

En todo el ámbito del Plan se conservan las propiedades dedicadas tradicionalmente al uso de Huerta, con una articulación de propiedades y de vegetación que configuran la estructura del área, incluso cuando muchas de ellas no conservan el uso de huerta, están abandonadas o la explotación ya no existe -a excepción de las

² AA.VV., *Segovia: Ecología y Paisaje. Guía para una comprensión integral de la ciudad*. Ayuntamiento de Segovia y otros, 1994.

límitrofes a la Puente Castellana en San Marcos, cuidadosamente atendidas- como tal. En ocasiones se han transformado en jardines privados que, sin embargo conservan la estructura hortelana, tanto en frutales y ajardinamiento, como en algunas construcciones asociadas que se conservan, como tapias, acequias y albercas. El Plan propone una ordenanza³ que, conservando las edificaciones ya existentes, limite su posible crecimiento a la nueva edificación, manteniendo el arbolado o replantando según criterios que se especifiquen en Normativa.

La regeneración de los cauces y de los márgenes de los ríos -calidad del agua, limpieza, tratamiento y ordenación de las orillas, caminos de borde a recuperar...-, en algunos casos muy degradados en partes concretas, a pesar del cada vez más riguroso control de vertidos y factores contaminantes, así como la complección de la instalación del sistema de saneamiento en toda la zona, aparecen como operaciones que el Plan considera imprescindibles. A ellas contribuye a través del rediseño del espacio, de las Áreas de Proyecto Singular, que afectan en algún caso a espacios de borde de ribera, y con algunas indicaciones normativas.

Estructura del Paisaje, Valores del Medio Natural

El análisis de la Estructura del Paisaje y de los Valores del Medio Natural pretende establecer un fundamento objetivo a la protección del paisaje natural, finalidad del Plan Especial, que debe ser capaz de interpretar el conjunto y, a la vez, establecer las diferencias entre los componentes del paisaje histórico, para facilitar su atención pormenorizada.

El análisis vinculado al plano recoge una secuencia de información complementaria:

a) En primer lugar se identifican los elementos del paisaje, las unidades de paisaje diferenciadas que componen el ámbito de estudio, las cuales requieren tratamiento diferenciado:

- Las riberas o fondos de valle.
- Las huertas.
- Las laderas arboladas -básicamente las situadas hacia la ciudad-.

³ Ver Plano de la Comunidad de Regantes. La estructura de la propiedad y los caminos y veredas entre las huertas, verdadero recorrido de paseo de un enorme interés para la zona, y ligadas al carácter lúdico y de esparcimiento que, para la ciudad, ofrece el Valle del Eresma. Siempre atendiendo a su clasificación en Suelo No Urbanizable de Especial Protección como Espacio Libre de carácter Privado.

- Las laderas sin arbolar o con repoblaciones recientes -las dispuestas hacia los páramos o lastras al Norte-.
- Los páramos y lastras incluidos en el ámbito del Plan Especial.
- Los jardines, públicos o privados.

b) Complementario es una valoración de los lugares singulares, destacando algunos de los incluidos en los anteriores grupos. Se trata de:

- El entorno de los grandes monumentos.
- Los jardines singulares.
- Las huertas singulares.

c) Conservar y destacar el sistema de recorridos históricos es importante para reconocer el espacio tradicional desde una perspectiva original. El estudio sirve para lo que luego los planos de ordenación definen. En concreto distinguimos:

- Las antiguas cañadas o vías pecuarias.
- Otros recorridos históricos ligados a la estructura de caminos.

d) Los cursos de agua, clave en este espacio, a partir de la estructura definida por los ríos.

- El Eresma y sus afluentes, los arroyos Cigüñuela y Alemán.
- La acequias y canales de riego.
- Los valiosos estanques y albercas conservados.
- Las fuentes o manantiales.

Riqueza patrimonial de los espacios vinculados al Valle del Eresma

En Segovia «...la parte vieja de la ciudad, comprendida dentro del antiguo Recinto Amurallado, junto con los Barrios medievales de San Millán, San Lorenzo, El Salvador y Extramuros» es, desde el 12 de julio de 1941, Monumento Nacional. La primera condición del Conjunto Histórico Segoviano, declarado Patrimonio de la Humanidad⁴, es su diversidad, ya que no se trata exclusivamente de la ciudad

⁴ UNESCO, 8 de Diciembre de 1985.

medieval intramuros, o de una ciudad histórica más o menos homogénea, configurada por el núcleo medieval y sus sucesivas ampliaciones. Segovia es «...un perfecto ejemplo de situación estratégica ideal en la que se combinan la protección natural con las defensas construidas por el hombre»⁵. Pero donde el papel de los Ríos, del Clamores y del Eresma, es determinante, como señala Antonio Ruiz Hernando⁶, de una manera hermosa a la vez que clarificadora.

La Segovia que conservamos es ya, en su origen y por su enclave, polinuclear y compleja. Algo que destacaba, como es sin duda conocido, el viajero árabe Edrisi cuando definía la Segovia de mediados del siglo XII como un «...conjunto de aldeas numerosas, vecinas y separadas unas de otras». Imprecisa descripción que comienza diciendo que Segovia no es una ciudad, a pesar de contar entonces con las murallas y ser sede episcopal, quizás, como apunta Ruiz Hernando, por apoyarse en testimonios anteriores. En cualquier caso, es sabido que el origen de Segovia, sin duda prerromano, está todavía poco claro, y siempre asociado a las condiciones naturales de su enclave geográfico, algo que aprovecharon los romanos para levantar la ciudad. Tras la caída del imperio, los años de vacío de un poder estable en estas tierras, a pesar de diversos testimonios arqueológicos, hacen pensar a los expertos en una continuidad inestable del asentamiento, que no se consolidará de nuevo hasta ya avanzado el siglo XI. Como apuntara Edrisi, la Segovia medieval fue primero una agrupación de aldeas dispares, ocupadas por repobladores de diverso origen a partir de mediados o finales del siglo XI, sobre un asentamiento que no fue nunca totalmente abandonado y en el que permanecerían algunos pobladores de la Hispania musulmana, moriscos arraigados en las fértiles vegas.

La forma de la ciudad medieval nunca fue compacta y dispuso de muchos espacios intermedios para acoger huertos y ganado, espacios a disposición de unas gentes que aprovechaban un asentamiento anterior todavía hoy mal conocido. De hecho la muralla Segovia, con más de 3000 metros una vez finalizada y construida, nunca pudo incluir los Barrios de San Millán y de San Lorenzo que se asentaban en las vegas del Clamores y del Eresma. Porque las vegas de los ríos eran vitales para la ciudad. De su fertilidad dependía el abastecimiento agrícola y el alimento del ganado, por ello estaban más pobladas en origen que la ciudad alta intramuros, y el progreso económico de Segovia, su condición de centro manufacturero -con su esplendor en el siglo XVI-, dependía de los ríos, sobre todo del Eresma, ya que su potencia alimentaba Aceñas, Batanes, Tenerías, fábricas de tintes y de papel. La evolución de estos espacios heterogéneos y periféricos es también compleja. Toda población debía estar amurallada, los tejidos urbanos estaban determinados por la muralla, elemento clave en la definición de lo urbano, y a cuya misión defensiva se le añadían otras como la fiscal o la representativa. Algo que no podía ocurrir en los Arrabales de San Lorenzo

⁵ GUTKIND, E.A., *Urban Development in Southern Europe: Spain and Portugal*, 1961.

⁶ RUIZ HERNANDO, Antonio, *La ciudad de Segovia*. Ayuntamiento de Segovia, 1986.

y de San Marcos, por lo que es fácil prever una evolución distinta para la ciudad alta, amurallada, espacio del poder civil y eclesiástico, espacio de la nobleza, de los barrios no incluidos en la muralla, cuyo futuro estará vinculado a sus condiciones específicas: primero como espacios populares ligados a la fertilidad de las vegas, luego espacios también ligados a los monasterios obligados a instalarse extramuros por lo pobladores de la ciudad alta y, poco a poco, espacios de la industria ligada a la fuerza motriz de los molinos y batanes de las riberas.

Sin embargo tanto en intramuros como en los arrabales, el tejido edificado de Segovia se organiza en torno a una gran variedad de plazas, en las que las Iglesias-parroquia actúan de polo configurador: la parroquia o collación fue el elemento estructurador de los barrios medievales, a veces aldeas independientes que se suman. En torno a la iglesia se organiza la vida urbana, allí estaba la plaza, el pozo y el camposanto. A pesar del reparto desigual de los barrios, los núcleos urbanos medievales contaban con algunas vías principales que partían de las puertas, unían los diferentes barrios entre sí y en torno a ellas se organizaban los azogues o mercados. Este sistema de caminos penetraba las huertas y riberas desde las puertas de la ciudad amurallada, y a través de los arrabales organizaba una verdadera estructura urbana, donde las puertas, las plazas y los puentes iban caracterizando el espacio. Sin embargo los Barrios de San Lorenzo y San Marcos pronto quedarán aislados, cuando la ciudad se extiende de forma continua y cada vez más compacta, entre el Acueducto y los prados del Clamores, en torno a las parroquias del Salvador, San Millán y Santa Eulalia, y a lo largo del barrio denominado luego extramuros. Un aislamiento que se incrementará con la decadencia de alguno de los monasterios allí enclavados.

Los edificios y los espacios singulares son, en la Ciudad Histórica, los elementos que configuran su identidad al constituir el principal contenido de su riqueza monumental; se apoyan en la geometría de los lugares y en el trazado parcelario y componen sobre un fondo de plazas, calles y espacios naturales, los hitos figurativos en los que descansa esa identidad. La interpretación comienza por ello en el recorrido histórico como búsqueda de los elementos y de las lógicas de transformación de la Ciudad Histórica.

Decíamos que el Arrabal de la Puente Castellana tiene en su ámbito valiosos edificios como la Vera Cruz, los Carmelitas y la Fuencisla, y lo que hoy se identifica con San Marcos. El barrio decayó con la decadencia del camino, aunque fuera el arrabal más poblado, y hoy es un espacio revalorizado porque conserva una buena accesibilidad y una imagen excepcional de tranquilidad, con numerosas casas restauradas encajadas en el paisaje, entre laderas, huertas y río. En el hermoso conjunto de San Lorenzo, plaza e Iglesia, declarado «Monumento», la humildad de las casas conservadas y el aislamiento que las laderas y los cultivos hortícolas en torno a lo construido, han dado al espacio durante mucho tiempo cierto carácter de aldea. Un carácter agredido por las construcciones de bloques de viviendas a partir de mediados de los años 60.

Pero Segovia es una ciudad de monasterios, fruto de las fundaciones religiosas

en una ciudad que no dejó de prosperar hasta el siglo XVI. Ciudad amada por los reyes y dotada de unas condiciones muy favorables para la instalación de monasterios: las vegas fértiles al lado mismo de una ciudad bien protegida. San Vicente el Real, el primero de la ciudad y quizás un antiguo cenobio, refundado en 1156 por el Cister, hoy está habitado por una clausura de monjas. Su situación semielevada sobre la desembocadura del Cigüñuela sobre el Eresma, y el aparente descuido de las antiguas edificaciones, dan a este lugar un encanto ruralizante valioso, a pesar de no contener elementos arquitectónicos de relieve. Santo Domingo de Guzmán funda en 1218 el Monasterio de Santa Cruz La Real, reconstruido en el siglo XV por encargo de los Reyes Católicos cuenta hoy con valiosos elementos de gótico isabelino. Sufrió un importante incendio y tras la desamortización, el uso de hospicio y luego de residencia de ancianos mantuvo el conjunto, hoy a la espera de una reutilización adecuada, con expectativas cada vez más consolidadas en su destino universitario, ojalá acompañado de una restauración y rehabilitación adecuadas a su condición de Monumento. La Iglesia de la Vera Cruz, del siglo XIII, es la valiosa huella de un monasterio de templarios, extraordinaria por su tipología poligonal de doce lados, edículo central, dos portadas, tres ábsides y torre cuadrada adosada. El Rey Enrique IV funda en 1447 el Monasterio del Parral, obra de Gallego y Juan Guas, es uno de los Monumentos más significativos del Valle del Eresma y de Segovia, -declarado como tal su Iglesia en 1914- habitado por los Jerónimos hasta la desamortización, abandonado entonces y luego recuperado por la orden en 1925. El monasterio forma un conjunto integrado con el paisaje, a través de sus jardines y huertos, y con la Alameda denominada del Parral. El Convento de Carmelitas Descalzos está ligado a la vida de San Juan de la Cruz y es el lugar donde descansa el santo escritor. El Santuario de la Virgen de la Fuencisla, Patrona de Segovia, incrustado en la fuente de Las Peñas Grajeras y con una bella explanada enfrente, se instala sobre un santuario del siglo XIII, está construido a partir de trazas del arquitecto Francisco de Mora de finales del siglo XVI, y se acaba en el siglo siguiente. Muy cerca se levanta, sobre la carretera, el Arco de la Fuencisla, del siglo XVIII. Desaparecido, con algunos restos todavía entre maleza, está el Monasterio Premostratense de Santa María de los Huertos, situado en la Alameda del Eresma, fundado a mediados del siglo XII. En la zona de la Fuencisla hubo un convento de trinitarios, dotado de un hospital. Cercano estuvo también el hospital de San Lázaro.

El Río Eresma hizo posibles las huertas y sus aguas dieron fuerza a los molinos, clave de la prosperidad segoviana. Aunque los habitantes de nuestra zona de trabajo eran fundamentalmente agricultores -los barrios pañeros son los Arrabales de El Salvador-, los enclaves de las fábricas y monasterios determinan la forma del barrio. Todo ello dota al espacio del Plan de una complejidad valiosa. El río y las construcciones ligadas a él, hoy muy abandonadas salvo los puentes, son elementos indispensables no sólo para el paisaje, sino para la conservación de la memoria histórica segoviana. El aparejador del Ayuntamiento de Segovia, D. Valero Herrera Ontañón, como complemento a las alegaciones presentadas al Plan Especial, realiza una síntesis del trabajo de Alonso Velasco, de la Academia de San Quirce, un valioso

informe denominado «Molinos y Cauces. Riberas del Eresma y Cigüñuela». En él se recogen informaciones e indicaciones sobre los elementos de las riberas, que el documento del Plan Especial hace suyas. En primer lugar las incorporamos gráficamente en el Plano de Análisis de la Estructura Histórica, que valora la Riqueza del Patrimonio Histórico-Artístico en la zona. En segundo lugar se incorporan al catálogo y a las ordenanzas de conservación y a los planos de ordenación. Sin duda el elemento más relevante es la Fábrica de la Moneda, antes referida. Un edificio y su jardín, de indudable valor y que confiamos encuentre un uso adecuado, como ya se está planteando -Museo de Numismática-.

Aunque es muy difícil graficar cada caz, o cada socaz en los molinos, el Plan ha contado con la información de la asociación de regantes. A pesar de que no se grafien con precisión, el Plan Especial entiende que todos estos elementos del sistema de riego, intrínsecamente ligados a las huertas que se protegen, tanto los elementos lineales, como los pozos y las albercas, cuando existan, deben ser conservados.

Dinamismo urbano y conservación-protección de los valores históricos y paisajísticos

Las exigencias sociales, vitales e institucionales, conviven en la ciudad histórica con la valoración cultural del Patrimonio urbano y con la necesidad de conservarlo, desde la lógica de los usos y de las funciones de un espacio urbano preconfigurado. El Plan parte de un complejo de valoraciones y de relaciones en el que es difícil orientarse sin incluir la perspectiva histórica, es decir, sin la capacidad de reconocer el origen de los lugares, de los términos comúnmente utilizados para interpretarlos, de los instrumentos y de los conceptos que fundamentan la intervención en los Centros Históricos: la geomorfología original del espacio, los trazados urbanos, la parcelación, los monumentos y los conceptos ligados a la conservación, los tipos edificatorios y sus sistemas de agregación, los elementos naturales del paisaje -relieve, sistema del agua, vegetación-... Pero también de las funciones urbanas elementales en barrios llenos de vida -como lo muestra la vitalidad de su asociación de vecinos-, circular o residir, con sus requerimientos, y de las funciones urbanas más complejas, ligadas al intercambio y a otras aspiraciones de los ciudadanos. La polémica que rodea a cualquier intervención sobre los espacios históricos todavía dinámicos de nuestras ciudades está, primero en cómo compatibilizar su condición de barrios o de centros urbanos con la de espacios protegidos, cuestión que impregna también los problemas funcionales que debe abordar el plan.

El espacio complejo incluido en el ámbito del plan especial de San Lorenzo, Valle del Eresma y San Marcos, exige una ordenación que haga compatible las exigencias del tiempo presente con las medidas orientadas a la protección del paisaje y del conjunto edificado: permitir el mix funcional y evitar que se degrade la escena

urbana y el paisaje; proteger y conservar los elementos arquitectónicos históricos valiosos y a la vez garantizar la adecuación al confort y necesidades actuales; etc. Hay que tener en cuenta que la adaptación de los tejidos urbanos y de los conjuntos paisajísticos históricos a nuevas necesidades es, en gran medida, inviable. La cuestión debe plantearse en función de la capacidad efectiva de estos espacios para recibir nuevos usos y sobre la adaptabilidad de esos usos a tipos ya fabricados: el valor tanto del tejido edificado -no sólo de cada pieza sino del conjunto que componen- como del espacio libre público y privado, se comprueba en nuestro caso en la estabilidad inalterable de un paisaje de gran belleza, difícilmente mejorable desde lógicas ajenas a su identidad, aunque a lo largo de la historia haya cambiado mucho más de lo que ahora podemos imaginar. Por eso algunas posiciones «conservacionistas» sorprenden por su inmovilismo.

Definición de los ámbitos de transformación en función de la situación y del nivel de consolidación de los espacios

El análisis de los espacios urbanos, de su carácter y de las condiciones, además de las señaladas, dependen de su grado de consolidación, lo que nos permite plantear la exigencia de reordenación. Pese al deterioro parcial de muchas edificaciones y la existencia de numerosas edificaciones agresivas recientes, puede afirmarse que el estado de conservación general de los lugares y espacios del ámbito de estudio es bueno, con una tradición local de valoración y respeto salvo excepciones. Se mantienen las condiciones originarias del tejido urbano protegidas en la declaración inicial de protección. Sin embargo el área del Barrio de San Lorenzo, sobre todo a lo largo de la Vía Roma y de otras salidas de la ciudad, más que sometido a una adaptación y adecuación a las formas de vida modernas, el espacio histórico ha sido agredido por formas de construcción irrelevantes y de gran densidad, beneficiarias de las rutas de acceso. Algo que complica cualquier solución.

El Plano de Análisis de los Espacios Urbanos es un instrumento que nos permite comprobar que existen algunas zonas claramente irresueltas en el ámbito del plan, poco numerosas pero amplias, y en esas zonas es donde se deba concentrar la acción transformadora por su capacidad evidente de introducir mejoras: el Terminillo, la cuña entre la Vía Roma, la Carretera de Riaza y el Cigüñuela, la vieja Fábrica de la Loza, fundamentalmente. En el resto del espacio la intervención será puntual, vinculada a criterios de protección y consolidación de los valores existentes.

El Plan General establecía una delimitación del suelo urbano bastante estricta, que dejaba gran parte de las áreas de huertas, las riberas y los bordes en ladera, como no urbanizables. Esto garantiza la protección de estos espacios de los procesos urbanizadores. El Plan Especial clarifica las diversas zonas de no urbanizable en función de sus características diferenciales. El problema está dentro de los límites del

suelo urbano. El Plan Especial entiende que hay que proteger jardines y huertas privados dentro del suelo urbano y, de hecho, el Plan hace un esfuerzo muy importante en el reconocimiento y en la clasificación de los espacios no edificables, con el fin de garantizar la protección de los valores paisajísticos. Por ello el plan entiende que es necesario facilitar un instrumento urbanístico para la mejora sistemática y progresiva de los espacios libres públicos. Tal es la función de las Áreas de Proyecto Singular.

El control de la sustitución de lo edificado no puede hacerse si no es teniendo en cuenta las condiciones específicas de cada tipo de edificación, algo que el Plan Especial actúa mediante tres grandes grupos de ordenanzas de la edificación: conservación, para los edificios pertenecientes al Patrimonio Histórico; consolidación, para las edificaciones que tienen cierto valor por pertenecer a la forma tradicional del espacio o por tratarse de edificaciones muy recientes con su propia autonomía; por último, renovación, en aquellas zonas donde se prevé la transformación necesaria y sobre áreas edificadas sin valor. El criterio de cada ordenanza es el de respetar, por su escala e intensidad, las circunstancias valiosas de su lugar de emplazamiento.

Perfil técnico del Plan Especial, su capacidad estructuradora y adaptativa a la diversidad espacial

El Plan Especial de Protección -de Protección Histórico Artística, de Protección del Paisaje y/o de Reforma Interior en nuestro caso- es el instrumento urbanístico utilizado para salvaguardar, mediante su protección y revalorización, los Conjuntos Históricos, Sitios Históricos o Áreas Arqueológicas. El Artículo 20 de la Ley de Patrimonio Histórico Español aparece la obligación de redactar Planes Especiales y sus condiciones. El Plan Especial de Protección es definido en la Ley del Suelo, Texto Refundido de 1992, Artículos 84-86, y en el Reglamento de Planeamiento, Artículos 76-79 y 83-85. El Ayuntamiento, a través del presente Plan Especial, asume sus competencias ejecutivas sobre la conservación y custodia del Patrimonio Histórico (Ley 16/1985, del Patrimonio Histórico, Artículo 7º) y paisajístico en el ámbito de los Barrios de San Lorenzo y de San Marcos y a lo largo del Eresma, cumpliendo con una de las exigencias derivadas del Plan General de 1984, que definía los Objetivos, Usos e Intensidades como base la ordenación de los diferentes espacios incluidos en Planes Especiales.

La amplitud, generalidad y evidente contradicción de alguno de los objetivos allí incluidos es una muestra de la dificultad que tiene coordinar una función de centralidad y vitalidad urbana con la conservación de un espacio histórico. No se puede pensar, y cada vez menos, en un Plan Especial para una parte importante de la ciudad sin reflexionar sobre la ciudad en su conjunto, haciendo evidentes las implicaciones entre ambos (Ver apartado anterior). Así, de la protección restauradora

se ha ido evolucionando a una progresiva integración del Centro Histórico en políticas globales para la ciudad. En nuestras ciudades el principal problema de la conservación está precisamente en la identificación de la Ciudad Histórica con barrios de la ciudad dotados de dinamismo, donde surgen temas difíciles, no sólo el de la regulación y el control de las edificaciones, sino la congestión y la ordenación del tráfico, el control de usos como el terciario urbano, la degradación general y la relación de los espacios históricos con la vivienda social, o el más general sobre la función de los barrios históricos en el crecimiento de la ciudad. La clave está en cómo orientar la forma de lo nuevo en los espacios históricos, cuestión presente en las discusión sobre la forma que la edificación nueva debe tener al lado de edificaciones históricas, es decir como condicionar figurativamente las nuevas construcciones, y, en nuestro caso, también sobre la forma futura de espacios abandonados como las huertas privadas. Estas cuestiones no pueden ser resueltas unilateralmente y, aunque defendemos una preocupación mayor por parámetros objetivos -uso, dimensiones, intensidades- que por simples formalismos, la solución está siempre más ceñida al caso concreto y a su contexto.

La dificultad funcional de la ciudad tradicional para adaptarse a nuevas necesidades está también en la imprecisión sobre cuáles son esas necesidades. La evidente distancia entre la vida de los espacios tradicionales, su carácter originario de arrabal o de enclave, y los nuevos requerimientos es obvia en las exigencias de algunos a la ciudad tradicional: más funcionalidad y dinamismo, aunque el resultado suele ser más renovación y más congestión. La ciudad y el espacio tradicional -histórico y natural, en nuestro caso- que se desea conservar condiciona su propio uso, y sobrepasar esta condición sin racionalidad es destructivo. El plan debe ser capaz de agrupar las situaciones homogéneas y tipificarlas antes que resolver definitivamente la forma de todas las cosas. La arquitectura se justifica siempre a sí misma, la propia calidad que alcanza la defiende, y su falta de calidad, su desastrosa aparición en nuestras ciudades, debe fomentar en los profesionales una conciencia alejada de la autocomplacencia. Por eso es interesante no simplificar en torno a conceptos como el de ambiente, conceptos próximos a lo pintoresco y por lo tanto proclives a ser ampliamente desvirtuados al reducir la ciudad a un decorado. Hay que tener en cuenta que un plan se construye sobre herramientas pensadas para delimitar áreas de características homogéneas; definir situaciones específicas y clasificarlas, estableciendo categorías de intervención; y, en general, estructurar instrumentos que controlen o regulen los procesos de transformación. El objetivo básico de un plan como el nuestro está en conservar los espacios y los elementos edificados de gran valor histórico-artístico, el carácter general del paisaje natural, en sus partes singulares y en su configuración como conjunto, pero a la vez, potenciar la vida que allí tiene lugar, las actividades que la componen con sus exigencias derivadas hoy en día. Un doble objetivo difícil, imposible sin la colaboración de todos, y ajeno a la demagogia que algunos grupos utilizan al interpretar lo urbano.

El Plan Especial, en relación con lo hasta ahora dicho, se articula en torno a un conjunto de ideas que concretamos en los siguientes puntos:

1. Redibujar el ámbito del plan, espacios y barrios, con precisión, a partir de un refundido original y a E. 1:500 de las cartografías existentes -catastral y fotogramétrica, mejorándolas-. Es el primer trabajo e instrumento útil para el Plan.
2. El plan debe articular una ordenación parcela por parcela, el punto de partida es establecer una clasificación de la edificación coherente que esté vinculada con la heterogeneidad del tejido urbano, sólo homogéneo en algunas áreas muy renovadas. Las ordenanzas que regulan la edificación y los espacios libres de parcela están fundamentadas en las formas de la edificación y, en su caso, tienen en cuenta el objetivo de garantizar su conservación: las ordenanzas se estructuran por el requerimiento de protección que la edificación y los espacios singulares -huertas, bordes del río, etc.- exigen.
3. El plan orienta la forma del espacio público con la intención de mejorar su estructura. La idea clave que organiza el conjunto es concebir las riberas del Eresma como un espacio para el paseo, recuperando recorridos perdidos, aprovechando los existentes y interrelacionando ambas orillas.
4. La principal política de usos consiste en crear reservas residenciales -espacios de silencio- canalizando la actividad de servicios -comercio, hostelería...- sobre las calles efectivamente activas y protegiendo el resto.
5. Asociado a lo anterior el Plan orienta el tráfico sin condicionarlo, para lo cual establece alguna vía de descongestión -rodeando San Lorenzo hacia Cardenal Zúñiga- y espacios de convivencia con preferencia peatonal.
6. La renovación de la edificación no protegida se organiza en ordenanzas en función del parcelario-entorno de las mismas. La conservación, articulada también por ordenanzas específicas, debe ser complementada con una investigación tipológica, sobre todo en materia de vivienda, que aproveche las condiciones del espacio tradicional y la riqueza de los espacios intermedios y naturales que en él se producen.
7. El plan reordena algunos espacios especialmente relevantes a través de acciones puntuales de mejora y complección de tejidos, ámbitos de intervención preferente donde el control público del espacio es indispensable.
8. La construcción de nuevas viviendas estará catalizada, además de por la complección de algunos solares vacíos, por la reestructuración de espacios degradados o desurbanizados mediante unidades de ejecución, que garanticen una urbanización coherente, integrada en la estructura general del espacio, y la consecución de equipamientos deficitarios. Las unidades de ejecución se han delimitado con criterios de viabilidad, incorporando la experiencia de la participación pública desarrollada.

El conocimiento de la naturaleza del espacio urbano tradicional y el conocimiento de cómo ha sido éste transformado en el tiempo, permiten abordar las claves materiales de la intervención: la geometría del lugar, la geometría de los trazados, las relaciones estructurales de lo edificado, los tipos que se articulan en tejidos urbanos, sus dimensiones y sus intensidades... La intervención tiene así una triple razón proyectual: topológica, morfológica y tipológica.



Ilustración 1. Vista aérea de la ciudad de Segovia.

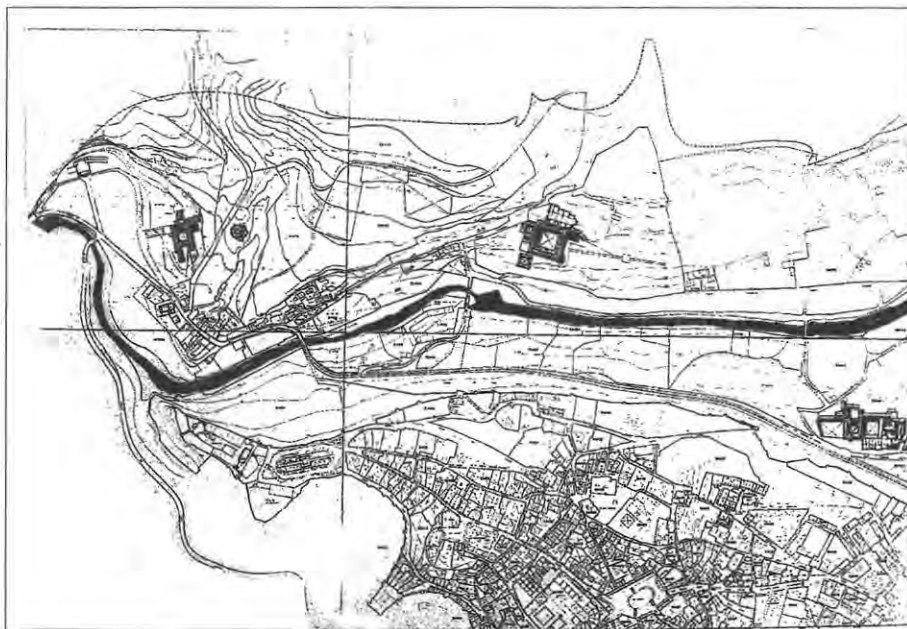


Ilustración 2. Estructura urbana del Valle del Eresma. Detalle del área en torno a San Marcos.

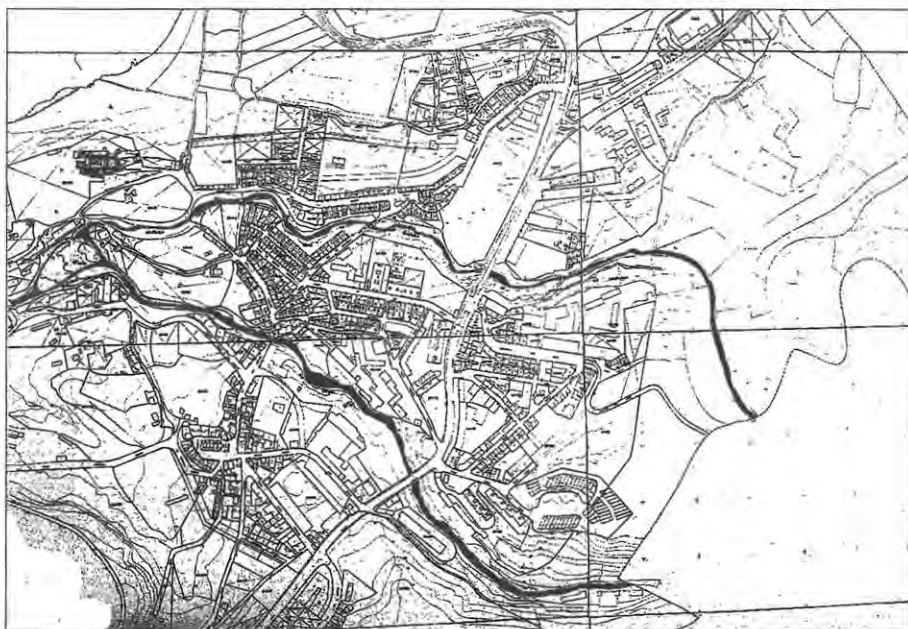


Ilustración 3. Estructura urbana del Valle del Eresma. Detalle del área en torno a San Lorenzo.



Ilustración 4. Barrio de San Lorenzo (Segovia). Análisis del estado actual.

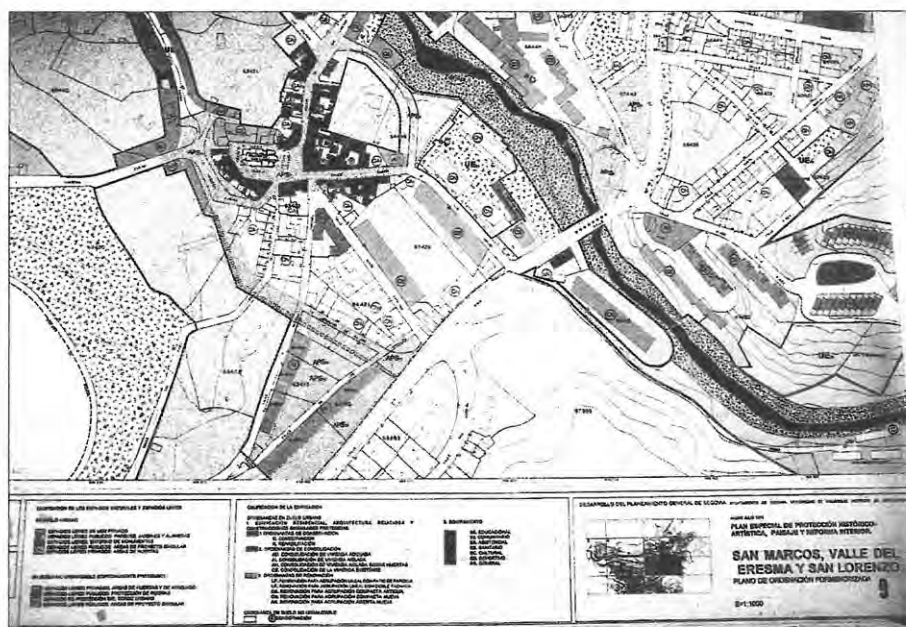


Ilustración 5. Detalle del barrio de San Lorenzo en el plano de ordenación del Plan Especial de San Marcos, Valle del Eresma y San Lorenzo.